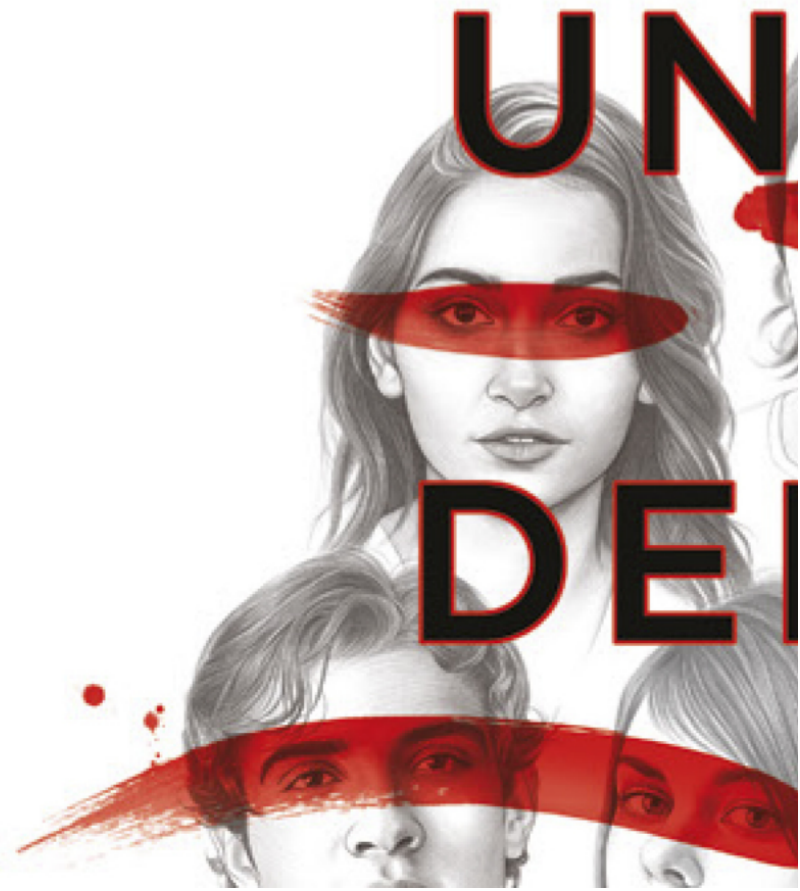
UN
DE

LA CRÍTICA HA DICHO…

«Agárrate. Este *thriller* pasa de cero a cien por hora en un segundo. Querrás devorarlo de una sola sentada».

KIM CULBERTSON

«Una auténtica montaña rusa. Durante la cuenta atrás, nada te prepara para el final de infarto de este libro. Querrás releerlo inmediatamente».

MIKE CHEN

«Un libro que nos hace reflexionar sobre las terribles consecuencias que el acoso escolar puede llegar a acarrear».

KIMBERLY MCCREIGHT,
autora *best seller* del *New York Times*

«A los jóvenes fans de Agatha Christie les va a encantar. Una nueva voz estelar que hay que vigilar muy de cerca».

J.T. ELLISON,
autora *best seller* del *New York Times*

«¡Este libro no podría ser más adictivo! Necesitaba seguir leyendo para descubrir lo que pasaba. Creedme cuando os digo que es un constante bombardeo de sorpresas».

R.L. STINE

«Personajes que llegarás a amar y a odiar al mismo tiempo. Es, sencillamente, un *thriller* fabuloso».

KAIRA ROUDA,
autora *best seller* del *USA Today*

«Un debut inteligente con una inquietante trama. Diana
Urban construye un misterio al más puro estilo de Agatha Christie con un giro contemporáneo muy bien encontrado».

LISA UNGER,
autora *best seller* del *New York Times*

«Este nuevo *thriller* de Diana Urban, una trepidante combinación entre *El club de los cinco* y el popular *Alguien está mintiendo,* viene cargado de adrenalina. Urban enfrenta a seis adolescentes en una oda a Agatha Christie. Deliciosamente claustrofóbico».

Booklist

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza.

Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

UNO DEBE MORIR

T

DIANA URBAN

Traducción de
Scheherezade Surià

Título original: *All Your Twisted Secrets*
© 2020, Diana Urban

Edición publicada mediante acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC
y gestionada a través de International Editors' Co.

© 2021, Obscura Editorial, S.L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2021, Scheherezade Surià, por la traducción

Primera edición: mayo de 2021

Ilustración de la cubierta: Evgeni Koroliov
Composición de cubierta: Marc Vilaplana
Imágenes de la cubierta: Shutterstock, Getty images
Corrección: José Cabello y Antonia Dueñas
Realización: La Letra, S.L.

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright* , esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org).

ISBN Digital: 978-84-123243-4-1
ISBN: 978-84-122567-2-7
Depósito legal: B. 3173-2021

Para Bryan, por todo

Estimada Amber Prescott:

¡Enhorabuena! Nos complace informarle de que ha sido elegida beneficiaria de una beca del Ayuntamiento de Brewster por un importe de 20.000 $. La felicitamos por su talento musical y sus contribuciones a la comunidad.

Para celebrar sus logros, la invitamos a una cena de gala con el alcalde Timothy Meinot y los demás beneficiarios de la beca el martes 4 de febrero a las 19:00 en el Chesterfield.

De nuevo, reciba nuestras felicitaciones. Esperamos verla en el Chesterfield.

Reciba un cordial saludo,

Director de becas
Comité de becas del Ayuntamiento de Brewster

INICIO

Me pasé la última hora pensando en si moriría aquella noche.

A los diecisiete no mueres fulminada por un ataque al corazón, ¿verdad? La mera idea de la cena de esta noche me revolucionaba de tal modo el corazón que estaba convencida de que tenía los días contados.

Pero ¿qué hay de malo en una cena? Bueno, empezaré contando que a mi novio, Robbie, también lo habían invitado a esta recepción y no estaba la cosa muy fina entre los dos. Nuestros planes para después de la graduación pendían de un hilo, por decirlo suavemente, y a medida que pasaba el último curso, la tensión iba en aumento. Tampoco ayudaba que Diego, el mejor de la clase, hubiera recibido también esta invitación. Nuestra amistad había pasado a ser otra cosa… algo que me hacía enrojecer las mejillas, me estremecía los nervios y me hinchaba el corazón como una esponja mojada.

Ponernos a los tres en la misma habitación podría ser catastrófico. Si Robbie sospechara que me gusta el empollón de la clase, capaz era de darle un puñetazo allí mismo. Robbie y yo teníamos problemas más serios que este, pero sería la gota que colmaría el vaso. Si pudiera ocultar mis emociones, aunque fuera un poquito, podría pasar la noche ilesa. Por desgracia, mentir se me da fatal, así que, inevitablemente, acabaríamos rompiendo y nos haríamos daño.

Sí. El ataque al corazón era inminente. Solo tenía que pasar la noche y todo terminaría.

Supongo.

Me puse a ver *Harry Potter* en un intento de tranquilizarme y empecé a rebuscar en el armario, pero pronto me di cuenta de que toda la ropa era horrible. Podía ir superinformal o de negro integral (a lo *funeral chic* , como a Sasha le gustaba llamarlo) y, sinceramente, cualquiera de las dos opciones era deprimente.

Después de amontonar toda la ropa en el suelo —a mi gato,

Calcetines, le encantó; no tardó en acurrucarse entre las prendas—, descubrí un viejo vestido de lentejuelas color esmeralda que me había puesto hace años para un recital de piano. Me quedaba un poco corto, bastante por encima de las rodillas, pero era lo único adecuado que tenía.

—Amber, ¡estás guapísima! —me dijo mamá cuando salí de mi dormitorio en el sótano y subí tirándome del dobladillo del vestido.

—Es que tú me miras con buenos ojos.

—No seas tan dura conmigo. —Me estrujó uno de los rizos cobrizos que amenazaba con quedarse lacio. Ella llevaba una media melenita pelirroja lisa, a lo madre total—. Estás muy elegante. Aunque ese vestido podría ser un poquitín más largo…

—¿Ha venido ya Robbie? —Llegaba diez minutos tarde. Me asomé por la cristalera de la puerta principal, buscando su todoterreno negro mientras jugaba con mi pulsera de amatistas. Calcetines se me restregó y me llenó de pelos blancos los zapatos de terciopelo negro.

—No puedes salir con nadie hasta los cuarenta y siete —gritó papá desde su despacho, al final del pasillo.

—¿Es mal momento para contarte que llevamos un año saliendo? —dije. Hasta mamá puso los ojos en blanco.

Justo cuando le estaba enviando un mensaje a Robbie, los faros iluminaron la entrada. Metí el móvil en el bolso, mamá me dio una chaqueta y me besó la mejilla antes de que saliera por la puerta.

—Envíame un mensaje cuando lleguéis.

—Dios, mamá —me quejé mientras me ponía el abrigo—. Dentro de unos meses, estaré en la universidad. ¿Tendré que enviarte un mensaje cada vez que vaya a cualquier sitio?

—¡Qué buena idea, sería todo un detalle! —Le brillaban los ojos con picardía, aunque siempre tenía la mirada triste—. Te quiero.

—¡Adiós! —dije por encima del hombro mientras corría hacia el exterior húmedo, tan impropio de la época. Bajé rápidamente por el camino de entrada con el abrigo aleteando detrás de mí. Mamá no era exactamente sobreprotectora. Me dejaba hacer lo que quisiera, siempre y cuando le hiciera saber que seguía viva, a todas horas.

No podía decir que no tuviera una buena razón.

Robbie tiró su guante de béisbol en el asiento trasero.

—¿Qué pasa, nena…?

—¿Un cuarto de hora tarde, Robbie? ¿En serio? —Cerré la puerta del copiloto y me puse el cinturón con un movimiento rápido. No

soy de las que empiezan las peleas, pero estaba de los nervios.

—Amber, tranquila. El entrenamiento se ha retrasado un poco. —La excusa de siempre.

Robbie se inclinó y me besó; el dulce aroma del gel de ducha y la gomina inundaron mis sentidos. Se agarró a la parte trasera de mi reposacabezas y echó marcha atrás. Mamá saludó desde la ventana de la sala de estar y las cortinas se cerraron cuando Robbie pisó el acelerador.

—Además, he tenido que pasar por casa para coger tu regalo. —Buscó detrás de mi asiento sin apartar los ojos de la carretera, cogió una cajita y me la lanzó al regazo.

—¿Mi… regalo? ¿Por qué?

—Ábrelo. —Sonrió y se arrugaron los rabillos de sus ojos grises al tiempo que se le marcaban los hoyuelos en las mejillas. Muerta de curiosidad, desaté la cinta roja que sujetaba la cajita blanca y dentro encontré una pulsera. Varias notas musicales plateadas pequeñitas colgaban de una banda de cuentas de amatista—. Pensé que haría juego con tu otra pulsera. —Me señaló la pulsera de amatista de mi abuela que llevaba en la muñeca derecha.

Mi ira se esfumó y ahora sentía una mezcla confusa de alegría y temor.

—Pero ¿a qué se debe?

—¿Qué? ¿No puedo regalarle algo bonito a mi chica porque sí? —dijo con una gran sonrisa; esa sonrisa contagiosa que siempre me hacía sentir la estrella más brillante de su cielo. Parecía que iba en serio. Todo en Robbie era tan natural… Hablaba con el corazón en la mano y eso era bueno y malo a la vez. Nunca tenía que preguntarme cuánto me quería o lo enfadado que estaba conmigo, sobre todo estos días. Pero que el regalo fuera de temática musical era lo último que me esperaba.

Mi música ha sido un tema delicado para nosotros últimamente. Robbie quería que me fuera con él y con su beca de béisbol a la Georgia Tech, como si abandonar mis sueños de estudiar música en la USC o en Berklee no fuera un gran sacrificio. «Pero puedes tocar música donde sea», insistía una y otra vez. Hacía un par de meses tuvimos una gran pelea sobre el tema y me convenció para que echara la solicitud en la Georgia Tech. Propuso que dejáramos la discusión hasta que me dijeran si me aceptaban o no.

Al poco tiempo recibí la carta de admisión y fue entonces cuando supe que íbamos a romper.

Tal vez me hubiera enamorado de Robbie, pero llevaba enamorada de la música desde que tenía uso de razón. No podía dejar que me manipulara para abandonar mis sueños. A pesar de la decisión que había tomado, no sabía cómo decírselo.

Pero esto era un giro inesperado de los acontecimientos. Pasé los dedos por los colgantes en forma de notas musicales. Era todo un detalle. ¿Entendía por fin mi punto de vista? ¿Estaba dispuesto a ceder?

Como si me hubiera leído la mente, dijo:

—Sé que hace tiempo que no hablamos de la universidad y todo eso. —La universidad y todo eso. Qué bien resumía todas mis ambiciones en dos palabras. «Todo eso». Se peinó el pelo rubio con la mano—. ¿Sabes algo ya de la Georgia Tech?

Noté la tensión en los hombros.

—No, aún no. —Por suerte, la oscuridad disimulaba mis mejillas sonrojadas. Era tan blanca que mi propia sangre siempre me delataba: *mentirosa* .

—Bueno, seguro que pronto te dicen algo. Quiero estar contigo. —Dejó una mano al volante y con la otra entrelazó los dedos con los míos—. Podemos resolver esto juntos. Te quiero, Amber.

—Eh… yo también. —Ay, Dios. ¿Y ahora qué? Me besó la mano y la soltó, y yo toqueteé nerviosa el cierre de mi nueva pulsera hasta colocármela en la muñeca izquierda. Me apoyé en la ventana y vi pasar una casa colonial tras otra. El resto del trayecto fuimos en silencio hasta que empezaron a caer unos goterones de lluvia sobre el coche que me distrajeron de mis pensamientos.

—No, mierda. —Me cerré la chaqueta bajo el cinturón de seguridad. Pasarte la plancha es como ir a lavar el coche: llueve seguro. Si nos mudásemos a California, podría acabar con las sequías yo solita.

Robbie esbozó una sonrisa.

—Solo es agua.

—¿Se lo explicas tú a mi pelo? —Me aparté el flequillo.

Me miró mientras aminoraba frente al Chesterfield.

—Oye. Estás preciosa, pelo incluido.

Volví a sonrojarme.

—Gracias. —Durante un momento me olvidé de la ansiedad y busqué en la calle un hueco para aparcar. El Chesterfield era un restaurante de lujo en el sótano de un viejo almacén que se había convertido en una especie de centro comercial de alto copete. Los

fines de semana, la gente del pueblo acudía a esta zona como si viviera en una ciudad vibrante y dinámica cuando, en realidad, nuestro «centro» eran unas míseras tres manzanas. Pero no nos engañemos, seguíamos siendo unos pueblerinos al norte de Nueva York.

Afortunadamente, era martes y había muchos sitios donde aparcar. Me desabroché el cinturón y salí rápidamente en cuanto Robbie aparcó. Me puse la capucha al doblar la esquina y fui con cuidado de no pisar ningún charco. En la acera solo había un par de mujeres de mediana edad que echaron a correr hacia un coche con sendos paraguas negros. Bajé a toda prisa los escalones de la entrada principal del Chesterfield sin esperar a que Robbie me alcanzara.

Se ve que solo tiene prisa para llegar a la base.

Me sacudí el agua de la chaqueta frente al atril de entrada. Dentro, los reservados de terciopelo carmesí se alineaban a cada lado de la sala bajo una luz tenue y había una barra que se extendía a lo largo de la pared contraria. Una pirámide de botellas de vino y licores se alzaba detrás de la barra y la luz que se filtraba entre ellas creaba un efecto de resplandor. La música clásica salía de los altavoces repartidos por el techo, sobre las mesas.

Mesas vacías.

La sala estaba desierta.

—¿Seguro que el evento este era en el Chesterfield? —preguntó Robbie a mi espalda.

—Sí. Mira. —Señalé un cartel pegado al atril: «Evento de la Beca del Ayuntamiento de Brewster en la sala Winona». Una flecha apuntaba a la derecha—. Por aquí.

—¿Dónde narices están todos? —Se me aceleró el corazón cuando me adentré en el restaurante—. Puede que en la sala Winona, que es donde se celebra esto.

—No, me refiero a todos los demás…

—Venga, vamos. —«Y terminemos con esto». Le agarré la mano a Robbie y lo llevé por el comedor vacío. Oímos una risa gutural familiar al otro lado de una puerta abierta que había junto a la barra.

Entré y descubrí una salita más pequeña pero igual de elegante presidida por una larga mesa de caoba sobre una alfombra oriental de color rojo con motivos intrincados. El suelo era de un parqué negro muy reluciente. Como la mayor parte de la sala era

subterránea, solo había dos ventanas pequeñas junto al techo. A lo largo de las paredes había aparadores de caoba que hacían juego con el marco de las ventanas y el de la puerta. A la izquierda, dos armarios con batientes de cristal llenos de vasos y figuritas custodiaban una chimenea de ladrillos rojos y se reflejaban en un espejo gigante de latón colgado en la pared de enfrente. Había varias velas falsas encendidas en un candelabro, también de latón, en el centro del techo. La salita era de estilo medieval… y daba sensación de claustrofobia.

Sasha Harris y Diego Martin ya estaban sentados a la mesa y se reían de alguna broma que seguro que no tenía nada que ver con la necesidad constante de ella de ser mejor que él. Robbie carraspeó y Sasha se quedó a media carcajada, mirándonos desde el respaldo de su silla. Al verme, se le iluminaron los ojos.

—¡Hola, señorita! —Se dio la vuelta en la silla y me acercó la mejilla mientras lanzaba un beso al aire—. Gracias a Dios que vosotros también habéis ganado esto; si no, esta noche sería un aburrimiento —dijo en voz baja.

Sasha era todo lo que las demás querían ser: capitana de las animadoras, presidenta del club de teatro, delegada de clase y la alumna más brillante. Descansar no estaba precisamente en su vocabulario, vaya, y en un giro inesperado del destino, también era mi mejor amiga en ese momento. Llevaba un vestido rojo sin tirantes que se le ajustaba al cuerpo como un guante y la brillante melena castaña le caía en unas ondas sueltas sobre los hombros desnudos; ni un solo mechón estaba fuera de su sitio.

—Aun así, conocer al alcalde mola bastante —dije—. ¿Ya ha llegado?

Abrazó a Robbie y cuando se separó dijo:

—No, todavía no. Pero ya te digo yo que no mola. Porque, a ver, ¿quién sueña con ser alcalde de Podunk de pequeño?

Me quité la chaqueta húmeda, la colgué en el perchero ornamentado junto a la puerta y me atusé el flequillo. Los rizos que me había hecho en el pelo ya habían desaparecido. Dichosa lluvia.

—Uf. Esto es un horno.

—Ya te digo. —Sasha movió la mano para abanicarse—. Vamos, te han puesto a mi lado. —Señaló el asiento más cercano a la puerta. Ocho sillas de respaldo alto rodeaban la mesa, tres a cada lado y una en cada extremo. En mi plato con el borde dorado no había nada salvo una tarjeta que rezaba *Srta. Prescott* . En la suya ponía

Srta. Harris . Qué elegante. Retiré mi silla de respaldo alto y, al mirar la mesa, Diego y yo nos miramos a los ojos.

Ay, allá vamos.

Unos mechones de pelo negro le caían sobre la frente y, mientras sostenía mi mirada con sus intensos ojos cobrizos, una sonrisa se asomó a sus labios.

—Hola, Amber. —Me vino inmediatamente el recuerdo de hace unas semanas, cuando tuve esos ojos a escasos centímetros de los míos. Seamos sinceros: se podría freír un huevo en mi cara.

—Hola —dije casi en un susurro. Dejé el bolso en el suelo y me senté, maldiciéndome en silencio por no saber disimular. A fin de cuentas, no había pasado nada entre nosotros. Casi pasó hace unas semanas, pero un «casi» no cuenta.

—Felicidades —dijo—. A ver si lo adivino… ¿has ganado por tu talento musical?

Solté una risa nerviosa, toqueteando las notas musicales de mi pulsera nueva.

—Sí. Me habrá nominado el señor Torrente. A ver, llevo asistiendo a su clase de orquesta casi cuatro años.

Ay, Dios. Como Robbie se enterase de la tensión entre Diego y yo, esta noche sería una pesadilla. Fingí tos y me cubrí la boca, tratando de esconder las mejillas rojas. Por suerte, Robbie, que estaba junto al perchero, no se percató de nada porque estaba absorto en el móvil sacudiendo la cabeza.

—¿Te puedes creer que le han dado una beca a Diego? —susurró Sasha cuando Diego sacó su teléfono—. Aunque veinte mil dólares deben de ser calderilla para él.

Como si no le bastara con ser tan inteligente, Diego era muy popular en el instituto. Había inventado una esponja extraña que cambiaba de color cuando se mojaba y salió en el programa *Puja o quiebra* —un *reality* donde los inventores buscan recaudar fondos de empresarios millonarios— el verano antes de primer curso. Después de recibir ofertas de todos los inversores y firmar un contrato, su padre y él vendieron millones de SpongeClowns.

—Bueno, puede que sea el mejor alumno de todos —le susurré.

Sasha inclinó la cabeza y sonrió, aunque le vi fuego en los ojos.

—No mientras yo esté presente.

—Aquí no hay cobertura. —Robbie se sentó a mi lado y se desabrochó el botón superior de la camisa de cuadros—. ¿Soy solo yo o aquí hace como cuarenta grados?

Cogí mi vaso de agua y le di un sorbo.

—Sí, hace calor.

—Buf —se quejó Sasha y yo seguí su mirada por encima del hombro.

Priya Gupta entró, recorrió la sala e hizo una mueca. Me quedo muy corta si digo que Priya había sido mi mejor amiga. Más bien había sido como una hermana para mí. Pero ahora evitaba mi mirada y agachó la cabeza mientras colgaba su chaqueta y se bajaba las mangas anchas de su vestido blanco vaporoso. Cuando Robbie la saludó, ella se limitó a refunfuñar. Se me cayó el alma a los pies, pero permanecí en silencio mientras Priya se sentaba al lado de Diego. Se saludaron en voz baja y ella se puso a mirarse las uñas.

—Hola, Priya —dijo Sasha con voz cantarina.

Priya apretó la mandíbula.

—Hola. —Le sonreí, pero ni siquiera me miró. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Volvería a hablarme alguna vez? ¿No sabía cuánto la echaba de menos?

—¡Felicidades! No tenía idea de que te habían dado una beca —dijo Sasha. Priya no era la mejor alumna, pero sus notas eran ejemplares.

Priya frunció el ceño.

—Ah, pero ¿te importa quién más la haya ganado?

A Sasha le flaqueó la sonrisa.

—¿Qué quieres decir con…? —Le di un codazo a Sasha.

—Déjalo. —Me miró enfurruñada—. Será mejor no discutir delante de la gente de las becas.

Sasha asintió y Priya chasqueó la lengua y volvió a mirarse las uñas.

Diego y yo volvimos a mirarnos y me derretí por dentro. Entonces, Robbie me cogió la mano por debajo de la mesa y pegué un brinco. Él se rio.

—No quería asustarte. —Tenía la mano fría a pesar del calor que hacía en el comedor y me besó en la mejilla mientras Diego nos miraba. Ay, Dios. ¿Cómo iba a sobrevivir a esta noche?

—Me muero de hambre —dijo Priya, rebuscando en su bolso—. Buf, se me ha olvidado traerme una barrita de cereales.

Diego recogió su mochila del suelo.

—Tengo una barrita de chocolate aquí. ¿La quieres?

Ella la rechazó con un ademán.

—No, da igual. Pero gracias de todos modos. —Y mientras miraba la recargada cubertería de plata que adornaba la mesa, Scott Coleman, porrero profesional, entró en la sala. Llevaba su vestimenta habitual: chaqueta de cuero negro, camiseta negra, vaqueros rotos y gorro negro.

Sasha se quedó boquiabierta.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues creo que lo mismo que vosotros —dijo Scott. Sonrió a Priya, que le devolvió una tímida sonrisa.

—Ni de coña, tío. —Robbie arrugó la nariz. Scott apestaba a humo de tabaco—. ¿Te han dado una beca?

Scott tiró del cuello de la chupa.

—Se ve que sí.

—Y una mierda —dijo Robbie y Sasha chasqueó la lengua.

Vaya. Al parecer nadie se iba a llevar bien esta noche.

—Chicos. Sed amables —dije, intentando calmar los ánimos—. Tal vez sea un genio encubierto.

Scott me guiñó un ojo.

—¿Qué tal, pelirrojilla?

—¡De maravilla! —Así nos saludamos desde que jugábamos juntos cuando éramos niños, antes de que nos diéramos cuenta de lo poco que teníamos en común.

Asintió con la cabeza mientras se sacaba una carta doblada del bolsillo.

—Recibí esta carta. Ponía que viniera aquí, así que aquí estoy.

—Pero ¿cómo te la han dado? —preguntó Sasha, sonriendo dulcemente—. ¿Tienes algún talento secreto que nos hayas estado ocultando?

—No. —Scott se encogió de hombros y se paseó por la sala—. Pero ¿a quién narices le importa?

Se dejó caer en el asiento vacío junto a Priya y desenvolvió un chicle.

—Veinte mil son veinte mil. Además, no tenía planes para esta noche y me pirra la comida gratis, así que ni dudar del peluquín.

Sasha hizo una mueca.

—Esa expresión no es así…

La enorme puerta de roble se cerró de golpe detrás de mí con tal fuerza que resonó en mi pecho y temblaron hasta las copas en los armarios de la vajilla. Todo el mundo se asustó y se oyeron gritos de asombro.

—¿Hay un túnel de viento o qué? —Eché la silla hacia atrás y me levanté para abrir la puerta mientras el trueno retumbaba fuera.

—Ah, claro. —Robbie relajó los hombros—. Es la tormenta.

Mientras pasaba por delante de Sasha, esta se echó el pelo hacia atrás y se centró en Scott otra vez.

—De todas formas, no reparten veinte mil dólares así como así. —Apoyó el codo en el reposabrazos y la barbilla sobre un puño, como si el mero hecho de que Scott ganara algo fuera totalmente fascinante—. Por ejemplo, Robbie es un jugador de béisbol fantástico, Amber es un prodigio de la música y yo soy la presidenta del club de teatro. Tiene que haber alguna razón por la que estés aquí.

—¿Tú crees? —Hacía ruido con los labios al mascar el chicle—. Bueno, pues yo soy el presidente del club «Me importa todo una mierda». Tal vez eso cuente para algo.

—Esto… ¿Chicos? —Agarrada al pomo de la puerta, lo giré, pero la puerta no se movió ni un ápice—. Creo que se ha atascado.

—¿En serio? —Priya me miró con desprecio, como si estar atrapadas en la misma sala fuera la definición misma de «infierno».

—¡Qué floja eres! —se pavoneó Robbie, que me dio un empujoncito juguetón.

—No es verdad —murmuré, volviendo a mi asiento. Saqué el móvil del bolso. No había cobertura.

Mientras Robbie forcejeaba con la puerta, repasé la mesa. Diego era el único que no miraba el móvil. Estaba observando fijamente una de las ventanas mientras los rayos iluminaban el callejón de afuera. Robbie maldijo e intentó forzar el pomo de la puerta por última vez.

—Mierda. Es verdad, está atascada.

Puse los ojos en blanco.

—Ya lo decía yo.

—Mierda. —Sasha movió el móvil por encima de la cabeza—. No tengo cobertura.

—Yo tampoco —dije.

—No tengo ni una sola raya desde que llegamos aquí. —Robbie sacó su teléfono y lo agitó, como si eso sirviera para algo.

—Lo mismo digo —dijo Priya.

—Bueno, el alcalde tendrá que venir en algún momento, ¿no? —preguntó Diego.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Seguro que puede abrirnos o

conseguir ayuda o lo que sea.

—¿No debería estar aquí ya? —Sasha consultó su reloj.

—Puede que llegue tarde por lo que sea —dijo Diego.

Sasha miró a Robbie, que le dio un puñetazo a la cerradura y sacudió el pomo de la puerta de nuevo.

—Pero ¿y si al final no puede venir? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Y si ha intentado llamarnos para avisarnos, pero no ha podido? ¿Y si no viene nadie…?

—Sasha, tranquila —le dije. Diego recorrió la mesa con la mirada y el ceño fruncido.

—Si no pudiera venir —dijo Scott— mandarían a alguien de su oficina para decírnoslo, ¿verdad?

—Qué raro —dijo Diego—. La mesa está puesta para seis.

Priya señaló cada sitio mientras contaba en silencio. Diego llevaba razón: había ocho sillas, pero las que estaban en los extremos no tenían cubiertos puestos.

—Sí, ¿y? —dijo Scott.

Diego y yo intercambiamos una mirada.

—Esto es muy raro —dije—. Si el alcalde viene a cenar con nosotros, ¿por qué la mesa está puesta solo para seis?

—¿Estás diciendo que nadie va a venir a sacarnos de aquí? —dijo Sasha en un tono muy agudo.

—Alguien tiene que haber aquí para servir la comida y esas cosas —dijo Scott—. ¿Algún camarero o algo así?

—Parece que ya la han dejado servida. —Diego hizo un gesto señalando las bandejas cubiertas que había sobre la mesa—. Pero ¿por qué servirían la cena antes de que llegáramos?

Scott levantó la tapa de la bandeja que tenía más cerca y debajo de ella había un pollo asado entero y verduras al vapor.

—¿Soy yo o esto es un poco raro?

—Por una vez, no eres solo tú —murmuró Robbie, destapando una bandeja con ensalada.

—Bueno… —Priya se relamió, mirando un plato de boniatos asados—. Pues ya puestos, comamos, ¿no?

—Pues sí… —Me mordí el labio.

Robbie tiró la tapa al suelo detrás de él.

—Pues vale. Que empiece la fiesta, ¿no? —Destapó otra bandeja con pollo—. ¿Habrá alcohol aquí?

—Sí, pero todo está en la barra de ahí fuera —dijo Sasha, destapando una bandeja de huevos rellenos—. Qué asco. ¿Cuánto

tiempo llevará esto aquí?

Me levanté y quité la tapa de la bandeja más grande que había en el centro de la mesa.

Sasha y Priya gritaron y casi se me cayó la tapa. El corazón se me encogió y todos se quedaron boquiabiertos con lo que había en la bandeja.

Una jeringuilla.

Un sobre.

Y algo que se parecía mucho a una bomba.

—Pero ¿qué cojones…? —dijo Robbie. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral mientras miraba la jeringuilla. Estaba llena de un líquido beis pálido; la aguja estaba destapada y brillaba bajo la luz de la lámpara de araña que había sobre ella.

—¿Qué narices es esa… esa cosa? —lloriqueó Sasha.

Había un par de botes de plástico atados del tamaño de cartones de leche a media docena de cilindros marrones conectados a un pequeño reloj digital y una pila de baterías. Cada bote estaba medio lleno de una especie de líquido amarillo. La cara del reloj apuntaba al techo y los números rojos comenzaron una cuenta regresiva. Cincuenta y nueve cuarenta y cinco. Cincuenta y nueve cuarenta y cuatro. Cincuenta y nueve cuarenta y tres. Cincuenta y nueve cuarenta y dos.

—Parece una bomba —dijo Robbie, apretando la mandíbula.

—He puesto en marcha el temporizador… —dije en voz alta, agarrando la tapa con ambas manos—. Cuando he levantado la tapa, se ha puesto en marcha.

—Esto no puede ser real —dijo Priya—. ¿No?

—¿Y qué pasa con la jeringuilla? —preguntó Sasha.

—Está etiquetada. —Diego se inclinó para leer—: Toxina botulínica… Mierda. —Se puso pálido.

—Buto… ¿qué? ¿Qué es eso? —preguntó Priya, agarrándole el brazo tan fuerte que se le pusieron blancos los nudillos.

Diego siguió leyendo.

—Pone: «Advertencia: evite el contacto con la piel. Una sola gota puede ser fatal. La inyección completa provoca la muerte inmediata».

Todos nos miramos desconcertados.

—¿Qué hay en el sobre? —preguntó Robbie. Nadie se movió.

Cincuenta y nueve treinta. Cincuenta y nueve veintinueve.

Puse la tapa debajo de la mesa y cogí el sobre de la bandeja, abrí

la solapa y saqué una hoja de papel. Desplegándola, carraspeé y leí en voz alta:

—Bienvenidos a la cena y, de nuevo, felicidades por haber sido seleccionados. Ahora vosotros debéis ocuparos de la selección. Dentro de una hora, debéis elegir quién de esta habitación morirá. Si no lo hacéis, moriréis todos.

T

HACE UN AÑO Y UN MES

ENERO DEL TERCER CURSO

He pasado los últimos tres años evitando a zorras como Sasha Harris.

Pero tenía que pedirle un favor y mi futuro dependía de ello.

Como directora del club de teatro, ella elegía la obra de cada semestre y yo quería componer la banda sonora de la siguiente. Era mi única oportunidad de entrar en el programa de bandas sonoras de películas de la USC. Papá me había dicho hacía poco que no podía pagarme el vuelo para las audiciones de otoño, así que tenía que dar con alguna forma de dejar boquiabiertos a los encargados de las admisiones de la universidad, algo que los otros dos mil candidatos virtuales no intentasen. Como solo había tres programas de grado de bandas sonoras de películas en el país, la competencia era encarnizada. Crear la banda sonora de la obra de teatro del colegio con una orquesta en directo y enviarles la grabación era el mejor plan que se me había ocurrido.

Pero eso significaba hablar con ella, la dichosa Sasha Harris, la esencia de la nobleza del instituto Brewster: soberbia, pretenciosa e intimidante de cojones y, aun así, inexplicablemente venerada. No nos conocimos hasta el primer año; en la ciudad había dos escuelas de secundaria, pero los alumnos terminaban en el mismo instituto Brewster. Priya y yo habíamos ido a Crompond mientras que Sasha y sus amigas habían estudiado en la Hampton. Pero ya había oído rumores sobre su malicia y lo implacable que podía ser. ¿Había visto yo misma aquella maldad? No. ¿Me había acercado lo suficiente? ¡Ni hablar! No pensaba arriesgarme a ser su próxima víctima.

Hasta ahora.

Así que ahí estaba el primer día después de las vacaciones de Navidad, observándola cruzar la cantina, planeando mi

acercamiento. Sus mejores amigas, Amy y Maria, revoloteaban a su alrededor como moscas, exprimiendo el tiempo con los últimos cotilleos. No sabía qué me asustaba más: el rechazo de la USC o Sasha.

—Me tiemblan los dedos. —Me llevé las manos hasta el nivel de los ojos y le enseñé los dedos temblorosos—. ¡Mierda! No puedo hacerlo.

Priya, mi mejor amiga, relajó un poco la postura.

—Gracias a Dios. Vámonos, anda. —Se giró para irse y me azotó en el brazo con su largo y brillante pelo negro.

—¡Espera! —La agarré por la muñeca—. ¿Vas a dejar que me acobarde tan fácilmente?

—No te estás acobardando, estás entrando en razón —comentó, lanzando una mirada a Sasha y su grupo—. No te hace falta crear la banda sonora de esa obra de tres al cuarto. Estoy segura de que tus grabaciones te harán entrar en cualquier programa de música que quieras.

—Pero los demás candidatos también enviarán grabaciones. —Me limpié el sudor del labio superior mientras el trío se sentaba por fin en una mesa vacía en medio de la cantina—. Aunque enviarán cosas normales; ya sabes, pistas de audio de anuncios, tráileres de películas, ese tipo de cosas. Yo tengo que hacer algo *épico* . Algo que me haga destacar.

Priya enarcó las cejas.

—¿Qué? ¿Tus diez mil seguidores de YouTube no te hacen destacar?

—Diez mil no son nada. Hay chavales con muchos más. Tengo que hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que Sasha se lo planteará siquiera? Siempre eligen una obra de Broadway, con lo que la música ya está hecha. Pedirle a Sasha componer música nueva para la obra es como preguntarle si puedo unirme al dichoso equipo de animadoras. Dirá que no.

Priya siempre había querido ser animadora. El problema era que no había tenido ovarios para intentarlo.

—Si consigo que acceda, intentarás entrar en las animadoras.

Se le abrieron los ojos como platos.

—Ni hablar. Sasha es la capitana ahora y no me dejará ser animadora.

Miré a Sasha de nuevo. ¿Cómo se las había apañado para meter

las garras en todo? Parecía que la chica estaba decidida a ser siempre el centro de atención. Y nadie le decía que no a Sasha Harris.

Ahora tenía que procurar que no me dijera que no a mí.

Respiré hondo, me detuve antes de quitarme el auricular de la oreja derecha; estaba haciendo acopio de valor escuchando el tema de una escena de batalla de una película fantástica. Algunas personas necesitaban beber para tener agallas, pero a mí me bastaba con un trago de música. Los acordes y *crescendos* potentes me hacían sentir que me enfrentaba a mi peor enemigo, lista para el gran combate.

—Voy a hacerlo.

—No te voy a dejar hacerlo. Punto. —Priya me agarró del brazo cuando empecé a caminar hacia ellas—. Como tu mejor amiga, no puedo dejar que te interpongas en el camino de Sasha. Ahora mismo ni siquiera sabe que existimos y es mejor que siga siendo así. ¿Recuerdas lo que le pasó a tu hermana? ¿Recuerdas lo que puede hacer la gente como Sasha?

Se me hizo un nudo en la garganta al oír hablar de mi hermana y solté el codo del agarre de Priya.

—¿Crees que necesito que me lo recuerdes?

La muerte de mi hermana Maggie me había enseñado a evitar como a la peste a esas chicas mezquinas. Sabía lo que suponía ser el blanco de sus chistes, la víctima de su crueldad. Nunca supe lo que Maggie había tenido que aguantar hasta que las cosas llegaron demasiado lejos. Nos llevábamos cuatro años —ella estaba en el último año cuando yo estaba en octavo—, por lo que no íbamos al mismo colegio desde primaria. La culpa me abrumaba cada vez que pensaba en Maggie y en lo ciega que había estado con el maltrato de aquellas chicas.

Cuando supe la verdad, ya era demasiado tarde.

Después de que muriera, abandoné mi grupo de amigas. En parte me aterraba que pudieran volverse en mi contra también. Pero, sobre todo, no soportaba que me tuvieran lástima. La mayoría de la gente se vuelve rara de narices cuando una persona está de duelo. Se me quedaban mirando con esos ojos abiertos y tristes; su malestar me hacía sentir como si fuese yo quien tuviera que reconfortarlas a ellas.

En aquel momento no pude soportarlo. Ya era bastante chungo ver llorar a mis padres y tener que ser fuerte por ellos. Priya era la

única que se comportó normal conmigo y dejó que me desahogara sin esa mirada de preocupación en los ojos. Se negó a dejarme sola.

Así pues, en lugar de salir de fiesta o ir a los bailes del colegio, acampábamos en mi habitación y hacíamos maratones de películas o *jam sessions* . Yo trabajaba en una canción al teclado con los cascos rojos clavados en el cráneo, mientras ella, tumbada en la alfombra roja con Calcetines, leía una novela fantástica o estudiaba los trucos de magia de David Thurston en su programa de Netflix *Manic Magic* . Priya, introvertida de manual, estaba en su salsa, pero, de vez en cuando, yo echaba de menos formar parte de un grupo grande.

—Lo siento —dijo ella, tensa—. No quiero que te hagan daño.

Miró a Sasha y a sus amigas, que se apiñaban en la mesa susurrando animadamente. Parecían preparadas para una pasarela en comparación con la mesa vecina, en la que Becky Wallace y nuestro antiguo grupillo llevaban gafas demasiado grandes, sudaderas y trenzas mal hechas.

De repente, Sasha golpeó la mesa, echó la cabeza hacia atrás y se empezó a reír con ganas. Que tuviera tanta seguridad en sí misma me maravillaba. La peña se giraba para mirar, como si quisiera saber de qué iba el chiste. Si Sasha Harris pensaba que algo era gracioso, seguro que merecía la pena escucharlo.

Siempre que no fuese sobre ti.

Se me cerró el estómago. Podía dejarme llevar por el miedo y seguir temiendo a chicas como Sasha o podía estar por encima de estas mierdas de instituto y esforzarme a tope para entrar en la escuela de música y, algún día, componer las bandas sonoras de las mejores películas de cine y televisión.

Tenía que hacer esto. Y punto.

Además, ¿qué era lo peor que podía pasar? Podía decirme que no. Podía reírse de mí. Torturarme. Convertirme en objeto de mofa y hacer que quisiera…

Plof. Alguien chocó con fuerza con mi brazo y me sacó de mis pensamientos.

—¡Lo siento! —gritó Zane Carter por encima del hombro mientras se dirigía a la mesa de Sasha.

Mientras me frotaba el brazo, Priya se lo comía con los ojos.

—Ay, Dios. Te ha tocado.

—Es una forma de decirlo.

Priya adoraba a Zane desde hacía años. Era clavado a su mago

favorito, David Thurston. Y con esos abrasadores ojos verdes, el desgreñado pelo castaño, los pómulos marcados y su sonrisilla permanente, ¿quién podía culparla?

Bueno, yo no entendía el atractivo de aquella sonrisilla de suficiencia.

Fuera como fuere, ella abría los ojos como platos y se volvía muda cada vez que aparecía él, lo que dificultaba mantener cualquier tipo de conversación normal. Pensé que ya se había olvidado de él durante las vacaciones de invierno (yo lo había hecho), hasta que un par de días antes, cuando fue al súper con su madre, lo vio leer la etiqueta de un batido de proteínas en el pasillo siete. Sabía que había sido en el pasillo siete porque Priya me lo había contado diecisiete veces.

—¿Sabes? Si fuéramos hacia allí… —dije— podrías hablar con Zane. —Tenía que terminar con eso de una vez por todas y sería más fácil si no me acercaba sola a Sasha.

—¿Qué? —dijo con un grito ahogado—. No va a hablar conmigo. Ni de coña.

—¿Y por qué no? He oído que lo dejó con su novia el mes pasado. —Le di con el codo—. Puede que le gustes.

—¡Sí, seguro!

—Venga, vamos. —Cogí a Priya de la muñeca y, pasando de sus protestas, la llevé hasta la mesa de Sasha y Zane. Zane tecleaba en el teléfono con los codos en las rodillas y las chicas se reían por algo.

—Hola, chicos…

Ay. Ay, no. El compañero de béisbol de Zane, Robbie Nelson, estaba sentado a su lado, garabateando las respuestas de unos deberes en el último minuto. No me había fijado porque la gorra de béisbol le ocultaba la cara. Me miró y me dio un vuelco el corazón.

Robbie tenía una de esas caras que no podías dejar de mirar: bien definida, con una nariz recta, el mentón rectangular y esos ojos grises y voraces que te hacían derretir solo con mirarte. Aunque yo era invisible para Sasha, algo que ya me estaba bien, Robbie me miraba en los pasillos e inclinaba la cabeza con una expresión interrogativa mientras esbozaba una tímida sonrisa. Yo siempre apartaba la mirada primero, aturullada porque no quería que me pillara mirándolo boquiabierta. Como no teníamos ninguna clase juntos, lo más seguro es que ni siquiera supiera mi nombre.

No podía dejar que me distrajese. Tenía que hablar con Sasha.

—Esto… ejem… hola —empecé a decir. Me eché el pelo hacia atrás y esbocé una amplia sonrisa tratando de no pensar en cómo me temblaban las piernas—. ¿Qué tal las vacaciones de Navidad?

Los cinco me miraron con indiferencia. Seguí sonriendo e intenté que el rubor no me subiera a la cara. Me quedé en blanco y las palabras se esfumaron sin más. Todas las situaciones que había imaginado aquella misma mañana en la ducha sobre qué le diría se entremezclaban ahora en mi cabeza. ¿De qué hablaban las personas populares? Ay, mierda. Ellos eran los gallos del gallinero y nosotras meros gusanos que se retorcían en su corral. ¿En qué estaba pensando?

Por fin, Robbie rompió el silencio:

—Pues bastante bien. Tú eres Amber, ¿no?

Así que *sí* sabía mi nombre. Una calidez se me extendió por todo el cuerpo. Se puso la visera hacia atrás y los ojos grises brillaron bajo los fluorescentes mientras me lanzaba su media sonrisa. Tenía las paletas un poco torcidas y eso hacía su sonrisa aún más bonita.

Se levantó y giró dos sillas de la mesa vecina como si fueran ligeras como plumas.

—Creo que no habíamos coincidido antes.

—Ya ves, qué locura, ¿eh? —dije, sentándome—. Nuestra clase ni siquiera es tan grande. Pero mejor tarde que nunca, ¿no? Es, ya sabes, algo que se suele decir. —Balbuceaba como una idiota y, por mucho que lo evité, me puse roja como un tomate. Priya, por supuesto, se había vuelto muda. Miraba fijamente a Zane, casi babeando.

Amy y Maria solo sonreían con los labios y no con los ojos; no las tenían todas consigo. ¿Por qué habíamos invadido su territorio? Antes de que pudiese decir nada más, Sasha alargó un brazo y me tocó un mechón de pelo.

—Madre mía, me encanta tu color de pelo. —Tenía una voz tan melodiosa que no sabía si se estaba burlando de mí—. ¿Qué color es?

—Es… esto… ¿rojo?

Se rio de forma gutural.

—Ya, claro. Me refiero a qué tono, al tinte que usas.

—Ah. —Me coloqué el pelo hacia atrás—. En realidad, no me lo tiño.

Entrecerró los ojos.

—Y una mierda. ¿Es pelo virgen? —Me tensé y me mordí la

mejilla por dentro. ¿Pensaba que le estaba mintiendo? Se echó hacia atrás en su silla y apoyó el codo en el respaldo—. Qué suerte, tía. —La melena castaña le caía sobre los hombros en ondas sueltas, sedosa y brillante, y el lunar al lado del ojo izquierdo desaparecía entre las arruguitas de los rabillos cuando sonreía con aquella sonrisa con la que podía iluminar la sala entera. Me estaba haciendo un cumplido. Sarcástico pero sincero.

—Chicos, estoy un poco rayada —dijo Amy, enrollándose un mechón de pelo rubio que le llegaba hasta los hombros—. ¿Las pruebas para animadoras son hoy o mañana?

—Hoy. —Sasha se crujió los nudillos uno a uno—. No me puedo creer que Emily y Ellie se mudaran a Wisconsin. ¿Qué leches hay en Wisconsin?

—¿Patatas? —Maria se metió un trozo de *muffin* en la boca y se sacudió unas migajas del vestido de encaje violeta.

—Eso es en Idaho, idiota —dijo Amy mirándola por encima de su afilada nariz—. Wisconsin tiene queso o lo que sea.

Robbie puso los ojos en blanco.

—¿Sois animadoras? —preguntó.

Priya negó con la cabeza automáticamente, pero yo dije:

—Priya sí. —Se le abrieron los ojos como platos y se le tensaron los tendones del cuello—. Bueno, le gustaría. Hizo gimnasia muchos años. —Asentí hacia ella para darle coraje, pero parecía estar dispuesta a dejar de existir.

—Igual que Sasha —dijo Amy, interesada en nosotras de repente —. Eso te da ventaja.

—Pero Sasha cumplía los requisitos para las Olimpíadas a los doce —terció Maria; se le movieron los rizos morenos. Siempre era la protagonista de los musicales de nuestro colegio e incluso una vez logró llegar a la ronda final de un programa de cantantes de la tele.

—Chicas, parad —dijo Sasha tímidamente, pero le flaqueó la sonrisa—. Hay que tener dieciséis años para competir y tuve la puntuación justa para poder hacerlo.

—¡Vaya! —dije—. ¿Y competirás?

Sasha se removió en su silla y apretó la mandíbula.

—No.

—¿Por qué no? Parece una oportunidad increíble…

—Porque no puedo. —Las palabras le salieron en un susurro—. Me rompí la pierna en un accidente de coche y tuvieron que operarme. —Arrugó la frente e hizo una mueca al acordarse. De

repente, fue como si la chica que lo tenía todo no tuviese nada en absoluto. La transformación era asombrosa. Yo no tenía ni idea del accidente. Cuando empezó el instituto, parecía que Sasha se comía el mundo.

»Ahora ya está bien. —Me hizo un ademán para quitarle importancia—. Pero tardé un tiempo en recuperarme. Puedo volver a hacer acrobacias y cosas así, pero… no es lo mismo.

—Aun así… lo siento…

Zane de repente lanzó su móvil sobre la mesa.

—Buenas noticias. Mis viejos estarán fuera de la ciudad este fin de semana. —Se señaló con ambas manos—. Fiesta en mi casa el viernes.

—Genial. —Robbie le chocó el puño.

Sasha reaccionó y el brillo le volvió a los ojos.

—¿Tienes priva? Pensaba que tus padres guardaban el alcohol bajo llave después de la última vez.

—Sí, así es. Tendremos que ir a comprar.

Carraspeé, dispuesta a meterme en su conversación de nuevo.

—Si no podéis comprar, siempre podéis hacer una noche de juegos. ¿Sabéis qué es muy divertido? —Iba a decir Tabú, mi juego favorito, pero lo pensé mejor—. Cartas contra la humanidad. Os presto mi mazo.

—¿Cuándo fue la última vez que jugamos a algo? —dijo Sasha—. ¿Qué teníamos, doce años?

¿Se estaba burlando de mí o solo hacía memoria?

—A mí me encanta Cartas contra la humanidad. —Robbie me sonrió y se le marcaron los hoyuelos en las mejillas—. Me mola la idea. —Tenía una sonrisa contagiosa y me vi sonriéndole también.

Zane le pegó un puñetazo a Robbie en el hombro.

—¡Penoso!

—Lo que tú digas, tío. —Robbie se lo quitó de encima—. Pero es mejor que sentarse y mirarnos unos a otros. —Zane se encogió de hombros y volvió a juguetear con el teléfono. Robbie movió su silla hacia mí y nos señaló a Priya y a mí—. Deberíais venir. Trae la baraja tú misma.

Ay. Dios. Mío. Robbie Nelson nos acababa de invitar a una fiesta. El corazón me dio varios vuelcos. Fijo que estaba muerta.

—¡Claro! Sin problema —conseguí decir.

—Guay.

—De todas formas, tampoco deberíamos emborracharnos

demasiado. —Sasha chasqueó los dedos a Amy y Maria—. Mi madre nos lleva a ver *El fantasma de la ópera* el sábado, que no se os olvide.

—¿A Broadway? —pregunté—. Me encanta ese musical. Es muy triste.

—Su hermana dejó la universidad para ser una de las bailarinas —me dijo Amy, apuntando a Sasha— y ahora es la suplente para el papel principal.

—¿Podemos dejar de hablar de mi perfecta hermana? —Sasha puso los ojos en blanco—. Ya me repatea tener que adularla este fin de semana.

—Por lo menos tenemos pases para los camerinos —dijo Maria.

Sasha asintió.

—Cierto. El tío que hace de Fantasma está buenísimo. —Pasó el dedo por la pantalla del móvil y se inclinó hacia mí para enseñarme una foto del oscuro e inquietante Fantasma.

—Madre mía, qué envidia —dije—. Ah, hablando de obras… —Se me estremeció el corazón, pero era el momento perfecto—. Tengo una pregunta para ti. Es sobre la obra del insti. Ya sabes, la de primavera. ¿Qué te parecería ponerle una banda sonora original?

—¿Por qué íbamos a hacer algo así? —preguntó Maria, a la defensiva. Como *prima donna* del club de teatro, seguramente no le hacía gracia la idea, pero era Sasha a quien tenía que convencer. Como directora, ayudaba al supervisor del club de teatro, el señor Norris, a elegir la obra.

Tragué saliva.

—Me encantaría componer la banda sonora de la obra de primavera, hacerla completamente original.

—Guau. ¿En serio? —dijo Sasha—. Pero eso es muchísimo trabajo…

—Por favor, escúchame. —Me lamí los labios. Seguro que Sasha estaba rellenando ya el currículo para entrar a una de las universidades de la Ivy League. Sabía qué enfoque debía tomar—. Dirigir una obra con una banda sonora original y una orquesta en directo impresiona más en el expediente que poner cualquier obra de Broadway.

—Puede… —masculló Sasha—, pero la cantidad ingente de coordinación que supondrá…

—Sasha, tranquila —dijo Robbie—. Déjala terminar. —Me lanzó una sonrisa de ánimo. ¿Era raro que quisiera lanzarme a su regazo?

Probablemente.

Pero tenía una misión. Cogí una bocanada de aire y me centré en Sasha.

—Yo compondré toda la música basada en tu dirección escénica y la coordinaré con la orquesta. El señor Torrente ya ha accedido.

—¿Qué? ¿Crees que puedes componer un musical entero? —Maria se cruzó de brazos y enarcó una ceja—. ¿Cómo? ¿Tú sola?

—No sería un musical, sino una obra con música de orquesta…

—Ni de broma —dijo Maria.

Pero Sasha estaba en silencio, con los brazos cruzados, mirando hacia Maria y hacia mí.

—Ni siquiera hace falta que sea algo completamente original —proseguí—. Podríamos elegir algo como *Un tranvía llamado Deseo* o *Romeo y Julieta* y ponerle música nueva.

—Ni de coña —dijo Maria.

—Es una gran idea. De verdad lo es. —Sasha sacudió la cabeza—. Pero sería demasiado trabajo.

Frustrada, resoplé.

—Pero ahora que eres la directora, ¿no quieres hacer algo único?

—Lo siento —dijo Sasha, con tono vacilante—. Pero no podemos. —Vio que Maria se recostaba en la silla, aliviada.

—Pero…

—¡Ha dicho que no! —dijo Maria.

—Bueno, ¿y quién leches la ha nombrado reina del universo? —Las palabras me salieron antes de poder pararlas.

Ay, Dios. ¿Qué había hecho?

Se me enrojecieron las mejillas al ver a Sasha arrugar el ceño e inclinar la cabeza, entrecerrando los ojos hacia mí. Maria tenía la boca desencajada. A Priya parecía como si le fuera a dar un soponcio. Pero a Robbie se le veía impresionado y a Amy le costaba reprimir la risa. Hasta Zane levantó la vista del teléfono.

Después de un momento tan largo que desafió las leyes de la física, Sasha echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Todos los demás la siguieron.

—¡Madre mía! ¡Tu cara! —dijo Sasha al final, secándose los ojos con los meñiques, con cuidado para que no se le corriera el rímel.

Dejé salir una risa nerviosa y me agarré los dedos temblorosos en el regazo. Sasha apoyó un codo en el respaldo de la silla y movió la lengua contra la mejilla, evaluándome. Quizá le impresionaba que la desafiara cuando todos los demás la adulaban todo el tiempo.

Cuando todos se callaron, Robbie dijo:

—Vamos, Sasha, creo que es una buena idea. Nadie quiere ver *Un beso para Birdie* de todas formas.

—Eso es verdad —dijo Amy—. Es una mierda.

Sasha enarcó las cejas.

—Pero ¡si me dijiste que te encantaba *Un beso para Birdie* !

Amy se encogió en la silla un poco.

—Esto… mentí un poco. Lo siento.

—Bueno —dijo Sasha—. Me encanta *Romeo y Julieta* . Tan oscura y romántica… Me apunto.

Ay. ¿Esto podría pasar de verdad? La esperanza floreció en mi pecho cuando Robbie me dedicó un guiño cómplice.

—Supongo que podría ser divertido —dijo Maria poco convencida. Me sentí un poco mal por privarla de su gloria como cantante, pero deslumbraría como Julieta.

—¿Puedo ser Romeo? —preguntó Zane.

—Tío, ni siquiera estás en el club de teatro —se mofó Robbie.

Sonó el timbre, Sasha se levantó y se puso la mochila sobre el hombro.

—Vale, vale. Hablémoslo. Pero el resto del club de teatro tendrán que estar de acuerdo… a todos les encanta hacer obras de Broadway. —Chasqueó los dedos—. Tengo una idea.

—¿Cuál es? —Se me subió el corazón a la garganta.

—Los invitaré a la fiesta del viernes de Zane. Y estaría genial si pudieras traer bebidas. Ya sabes, que se suelten un poco. Estoy segura de que, por lo menos, te escucharán.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Bebidas? ¿Quieres que lleve alcohol a una fiesta? —No tenía ni idea de dónde conseguirlo.

—Tequila estaría genial.

—O vodka. —Zane sonrió—. No hace falta que sea de marca, no somos exquisitos.

Priya y yo intercambiamos una mirada cautelosa.

—Pero… no tengo un DNI falso ni nada así. —Me puse de pie y los seguí torpemente—. ¿Dónde voy a conseguir la bebida?

Sasha se encogió de hombros de forma exagerada.

—A ver, puedes aparecer con las manos vacías, pero si quieres impresionarlos, tendrás que averiguarlo.

T

FALTAN CINCUENTA Y NUEVE MINUTOS

Se me aceleró el pulso mientras observaba la jeringuilla con veneno y la bomba encima de la reluciente bandeja de plata. «Dentro de una hora, debéis elegir quién de esta habitación morirá. Si no lo hacéis, moriréis todos».

—Esto es una broma de mal gusto —dijo Robbie—. ¿Quién narices haría algo así? —Me quitó la nota y la leyó rápidamente. Diego se inclinó sobre el borde de la mesa para examinar la bomba.

—Espera, espera, espera. —Sasha se agarró la garganta—. ¿Eso significa… que, si no matamos a uno de nosotros, esa bomba explotará dentro de una hora?

Scott se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Sasha.

Se echó hacia atrás en la silla.

—Es una broma, está claro, y habéis caído a la primera.

—A mí no me hace gracia —murmuró Robbie.

—¿Quién haría algo así? —gritó Priya—. ¿Quién se inventaría algo tan horrible?

—¿Alguien ha visto quién ha cerrado la puerta? —pregunté. Priya y Scott negaron con la cabeza.

—No. —Diego se encogió en la silla—. No he visto a nadie.

—Ni yo —dijo Sasha—. Estaba demasiado ocupada hablando con este rarito. —Señaló a Scott y este resopló.

—Seguramente alguien se ha escondido detrás de la puerta y la ha cerrado —dijo Diego.

Priya se estremeció.

—¿Eso significa que había alguien escondido todo el tiempo?

—¿Estarán todavía ahí fuera? —Me tembló un poco la voz.

Robbie dejó la nota en la mesa con un golpe y retiró la silla con un chirrido que me sobresaltó.

—Esto es ridículo. —Rodeó la silla y golpeó la puerta—. ¡Eh!

¡Abrid la puerta! —Se le tensó la mandíbula cuando nadie contestó —. No tiene gracia. ¡Abrid la puerta ahora mismo!

—Ay, madre mía —dijo Priya. Sasha respiraba despacio y profundamente, intentando mantener la calma, pero miraba la habitación de un lado a otro, desesperada.

—Robbie. —Corrí hacia él y le cogí la mano—. Calma. Solo es una broma de mal gusto. Estoy segura de que se aburrirán y nos dejarán salir.

Se deshizo de mí y se arrodilló, mirando con un ojo por la enorme cerradura que había debajo del pomo.

—No hay llave.

—Yo no he oído ningún clic —añadió Sasha.

—Todo ha pasado muy deprisa. —Toqué la puerta de roble, la madera estaba fría, y me giré hacia el grupo—. ¿Creéis que siguen ahí fuera?

Robbie se encogió de hombros.

—A saber.

—¿Hola? —grité—. ¿Hay alguien ahí?

—Esto es una gilipollez. —Robbie le dio una patada a la puerta—. ¿Qué clase de pirado haría…?

—Chis. —Le hice un ademán para que callara y pegué la oreja a la puerta, pero solo oía a Priya murmurar:

—Ay, madre mía. Ay, madre mía. —Así, una y otra vez.

—Priya, cállate —le dije. Cerró la boca; tenía los ojos vidriosos.

Pegué la oreja a la puerta otra vez, intentando oír algo. Una voz. Pasos. Alguien respirando. Cualquier cosa. Pero solo oía los barítonos y los instrumentos de cuerda amortiguados de la música de orquesta que sonaba en el comedor principal.

—¿Nada? —preguntó Diego.

Negué con la cabeza y me arrodillé para echar un vistazo por la cerradura. Se me aceleró el corazón y contuve la respiración. Años viendo películas de terror me habían preparado para, de repente, ver un ojo al otro lado. Me tensé entera, lista para pegar un brinco hacia atrás.

Pero solo vi uno de los reservados forrados de rojo del comedor principal. No había ningún tipo de movimiento.

—No hay nadie ahí. —Me levanté y me giré hacia el grupo—. No veo nada.

—Joder, qué calor hace. —Sasha se puso el dorso de la mano en la frente.

—Ya ves. —Me sequé la parte superior del labio y examiné las paredes—. Mierda. El termostato debe de estar afuera, en el comedor principal.

—Esto empeora por momentos. —Priya se tiró del pelo—. Solo quiero irme a casa.

Jadeé y me mordí el labio. *Casa* . Me olvidé de enviarle un mensaje a mamá cuando Robbie y yo llegamos.

—Ay, no. —Cogí mi teléfono de la mesa y lo levanté hacia el techo, pero no tenía señal. Sasha intentó lo mismo, estirándose hacia las ventanas que daban al callejón.

—Nada —confirmó—. No hay cobertura.

—Mierda, mierda, mierda. —Sentí una presión en el pecho como si algo se me clavara en el corazón. ¿Y si algo horrible pasaba aquí esta noche? ¿Qué fue lo último que le dije a mi madre mientras salía corriendo por la puerta? ¿Le dije que la quería? ¿Cuándo fue la última vez que les dije a mis padres que los quería? Me recorrió un escalofrío a pesar del calor de la habitación y traté de no ponerme en lo peor. Solo era una broma. No era real.

—Ay, madre mía… —Sasha se encorvó, abrazándose a sí misma—. Esto no puede estar pasando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Robbie.

Sasha se incorporó y se frotó la frente con dedos temblorosos.

—No puedo creer que esto esté pasando. ¿Y si tenemos que hacer esto de verdad? ¿Y si nos hacen matar a uno de nosotros?

T

HACE UN AÑO Y UN MES

ENERO DEL TERCER CURSO

—Priya, me matas. —Me desplomé sobre el teclado, partiéndome de risa mientras Priya se apresuraba a recoger las cincuenta y dos cartas que había tirado por toda mi habitación.

—¡Perdón, perdón! —Se tiró sobre la cama, casi chocando con el trípode de la cámara, para recoger una carta que se había caído entre el colchón y la pared.

Me quité los auriculares y apagué el botón de grabar de la cámara.

—Dios mío, qué torpe eres. —Le dije a Priya que la ayudaría a grabar y ponerle música a su último truco de magia, que supuestamente había estado perfeccionando la última semana. Habíamos hecho varios vídeos para su nuevo canal de YouTube, pero era la primera incursión de Priya en las florituras con naipes.

—Te prometo que a la próxima las cojo.

—Solo lo has dicho unas doce veces, pero vale. —Bromeé, echándole un ojo al móvil. Las nueve y media. La fiesta de Zane había empezado hacía media hora, pero no podíamos ir para allá hasta que no hubiera conseguido alcohol. Y eso no sería hasta que mis padres se hubieran acostado.

Pensé en coger alguna botella de las suyas ya que llevaban años sin tocarlas. Solían tomarse una copa juntos por las noches, pero un día tras la muerte de Maggie mi padre se emborrachó tanto que se desmayó y mi madre y yo pensamos que había fallecido. Perdió el conocimiento en el suelo del salón y mi madre me gritó que llamara a emergencias al ver que no se despertaba. Después de hacerle un lavado de estómago nos prometió que no volvería a beber ni a darnos un susto semejante.

—¿Crees que se acostarán pronto? —preguntó Priya al reparar en lo estresada que estaba.

Cuando bajaba a por agua a las tres de la mañana, solía

encontrarme a mi madre trabajando en la mesa de la cocina en sus proyectos editoriales, pero normalmente no un viernes.

—Sí, suelen acostarse sobre las nueve para ver Netflix. No creo que tarden mucho ya.

Priya ajustó la cámara en el trípode.

—¿Crees que nos da tiempo a hacer una toma más?

—Mejor practica esa cosa de la cascada un par de veces antes. —Al parecer, hacer la cascada de cartas de una mano a la otra antes de desvelar el truco, lo vuelve más impresionante, pero hasta entonces las cartas habían acabado en cada centímetro cuadrado de mi habitación… menos en la otra mano de Priya.

—¡Lo siento! Te prometo que me ha salido bien tropecientas mil veces. Pero cuando alguien me está mirando, la lío. —Se colocó la baraja en la mano—. ¿Preparada? ¿Lista? Venga, puedo hacerlo.

Contuve la respiración mientras ella presionaba los bordes de la baraja para crear una media luna. Soltó la baraja y las cartas volaron hacia la otra mano que estaba extendida, le golpearon en la palma y se dispersaron por todas las direcciones. Me miró avergonzada mientras apretaba los labios intentando contener la risa. Pero no funcionó. Al cabo de un segundo, ambas comenzamos a partirnos de risa.

—Pensaba que tenías que cogerlas —dije, recobrando el aliento.

—Obviamente.

—¿Seguro que no estás mareada?

—Segurísimo. —Tendió las manos para comprobar si le temblaban —. Me he comido una barrita de cereales hará media hora.

La pobre Priya tenía hipoglucemia no diabética. Tenía que comer frutos secos o barritas de cereales constantemente, si no, empezaba a temblar y se mareaba. Como ella decía, esto la había convertido en una «patosa siempre hambrienta».

Se frotó los ojos.

—A lo mejor puedes componer la música y ya adapto yo la demostración del truco.

—Vale, ya casi lo tengo, pero quiero ver los tiempos finales de la actuación. Esto es lo que tengo hasta ahora. —Desenchufé los auriculares del teclado para que pudiera escucharlo—. La música va a ser discreta, así como liviana y etérea.

Priya asentía mientras mis dedos bailaban sobre el teclado.

—Básicamente enfatizaremos los momentos clave, sin que desvíen la atención. Y con un *crescendo* llegaremos al silencio en el

momento final, pero no puedo sincronizarlo bien hasta que no hayamos grabado la actuación entera.

—Ah, ¡está genial! —Se pasó la mano por la cara, pensativa—. Puedo intentarlo sin la cascada.

—No, no, no. —Me crucé de brazos—. Todo gira alrededor de la cascada. Además, te he visto lanzar las cartas como quince veces. Ahora no puedes rendirte…

Mi madre llamó a la puerta abierta.

—Hola, chicas. ¿Necesitáis algo antes de que papá y yo nos acostemos?

Ay, Dios. Ya era casi la hora. Puse los ojos en blanco para que los nervios no me delataran.

—Por suerte, tengo un talento natural para preparar palomitas en el microondas.

Mi madre rio por la nariz.

—Pero ¡qué lista es mi niña!

Tenía ojeras y probablemente se había pasado la noche corrigiendo. Siempre he pensado que se refugiaba en las palabras como yo lo hacía con la música, pero cuando la oí discutir con mi padre sobre haber metido demasiada mano a los ahorros para la jubilación, me di cuenta de que estaba aceptando más encargos para compensar así los ingresos reducidos de él. El año pasado me ofrecí a buscar trabajo para ayudar, pero mi madre insistió en que me centrara en los estudios y la música.

—Pero ¿vosotras no os ibais a una fiesta?

Priya y yo nos miramos.

—Sí —dije—, pero primero queremos acabar este proyecto.

—Vale. Pero acuérdate de mandarme un mensaje cuando llegues. —Desde que Maggie murió, mi madre necesitaba saber en todo momento que estoy viva y se pasaba todo el día mandándome mensajes—. Y si queréis que os recoja, llamadme sea la hora que sea.

—Lo sé, lo sé. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño. Divertíos haciendo… —Se quedó mirando la cámara que estaba en el trípode y las cartas esparcidas por la habitación—. Lo que sea que estéis haciendo.

Cuando se fue, Priya murmuró:

—¿Cuánto rato tenemos que esperar?

—¿Unos cinco minutos? —El corazón se me iba a salir por la boca —. Ya estaba aseada.

—Pero ¿será suficiente?

Miré el móvil.

—No podemos esperar más. No sé hasta qué hora será la fiesta de Zane. —Los nervios me comían por dentro. No era solo por tener que ganarme a los del club de teatro, sino porque nunca había estado en una fiesta de instituto de verdad… y mucho menos en la de los chicos más populares. Una mezcla de nervios y emoción me corría por las venas.

Me puse la chaqueta y me colgué la bandolera al hombro.

—Bueno, primero cogeré la llave del escritorio de mi padre. Después entraré al salón y cogeré una botella. Tú vigila las escaleras y tose si mis padres abren la puerta. Luego saldremos por la puerta de atrás.

—Recibido.

—Eh, espera. —Cogí mi nueva baraja de Cartas contra la humanidad de la mesa, por si Robbie iba en serio con lo de jugar. Tenía un nudo en el estómago… y no era solo de nervios—. Venga. Lista.

Fuimos de puntillas hasta la planta de arriba y le hice señas a Priya para que fuera a las otras escaleras mientras yo entraba al despacho de mi padre. Fui lentamente hasta su escritorio en la oscuridad, con los brazos extendidos y el latido del corazón retumbándome en los oídos.

Abrí el cajón con cuidado de no hacer ruido. De repente, oí un sonido sordo a mi izquierda. Me quedé sin aliento y pegué un brinco hacia atrás. Dos ojos brillantes me miraban fijamente.

—Calcetines —susurré. Saltó desde la librería—. Gato tonto.

Le di una palmadita en la cabeza mientras se escabullía entre mis piernas ronroneando.

Ayudándome de la luz del móvil, me guardé la llave y bajé de puntillas hasta el salón, asintiéndole a Priya mientras pasaba. Tenía los ojos como platos, pero también asintió con la cabeza. El ruido amortiguado de la tele de mis padres se oía desde la planta de abajo. Me acerqué lentamente al salón —la luz tenue de las farolas de la calle se filtraba a través de las cortinas— y abrí el mueble bar.

Conforme tiré de la puerta, las bisagras chirriaron como si no se les hubiera dado uso en años. Entonces, Priya comenzó a toser, señal de peligro. Me quedé de piedra. Ay, Dios. ¿Habrían oído ese ruido mis padres? «Me han pillado», pensé mientras mi padre preguntaba desde lo alto de las escaleras:

—¿Todo bien?

¿Cómo iba a explicar esto? Notaba un hormigueo en los dedos por el miedo.

—Sí, ¡todo genial! —respondió Priya desde abajo, tratando de mantener la voz firme—. Me he atragantado con la saliva. —Tosió para darle veracidad al asunto—. Voy a por agua.

—Vale. Buenas noches. —La escalera se iluminó cuando encendió la luz del baño y se atenuó al cerrar la puerta.

Priya se asomó al salón.

—¡Rápido! —susurró.

Agarré la primera botella que pillé y la guardé en la bandolera; el club de teatro tendría que arreglárselas con lo que fuera. Cerré el mueble bar y devolví la llave a su sitio. Priya me siguió por la cocina y salimos para coger las bicis.

La casa de Zane estaba a unas pocas manzanas. Vivía en una construcción colonial de tres plantas con arbustos redondos perfectamente podados en el jardín delantero y una vieja canasta de baloncesto oxidada al final del camino de entrada. Los bajos retumbantes de un rap se filtraban por la puerta delantera. Mientras Priya tocaba el timbre, le envié un mensaje a mi madre diciéndole que no nos habíamos descalabrado con las bicis.

—Bueno, bueno, bueno. —Sasha abrió la puerta; su sonrisa me calmó los nervios—. Ya pensaba que no vendríais.

Tras ella vi el recibidor vacío.

—¿Dónde están todos? —preguntó Priya. A modo de respuesta, se oyeron risas al fondo del pasillo.

—En el sótano.

—Ah. —Me removí y tragué saliva, no sabía qué hacer. Cogí la bandolera para sacar la botella, pero Sasha dio un brinco y me agarró la muñeca.

—¡Aquí no! ¿Quieres que lo vean los vecinos? —Entre risas me empujó hacia dentro y le hizo un gesto a Priya para que nos siguiera—. Llegáis justo a tiempo, porque se nos han acabado las cervezas. Ah, una cosa… no ha podido venir nadie del club de teatro. Bueno, salvo Maria.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿En serio? —¿Les había robado bebida a mis padres para nada?

—Sí, pero no pasa nada. De todas formas, deberíamos hablar primero de la estrategia. Y, además, debería escuchar la música antes.

—Claro, por supuesto. Tengo muchas canciones aquí. —Saqué el móvil y me desplacé por la carpeta de música.

—Genial. Pues mándame algunas al correo y las escucho luego, ¿vale? Vamos a pasárnoslo bien esta noche. —Levantó los brazos sobre la cabeza—. Chicas, ¿listas para la fiesta?

Sonreí, tratando de disimular mi sorpresa.

—¡Claro! —No podía creer que Sasha quisiera pasar el rato con nosotras a pesar de que el club de teatro no hubiera venido. Tal vez no fuera tan gilipollas, a fin de cuentas. Había dado por hecho que los rumores sobre ella eran ciertos, pero tendría que haberle dado el beneficio de la duda. Me cogió del brazo y nos llevó abajo, donde una veintena de chavales se apoltronaban en grupos con vasitos de plástico o latas de cerveza.

Robbie, Zane y un par de chicas del equipo de animadoras estaban sentados en círculo con las piernas cruzadas. Robbie miraba su móvil malhumorado con las gruesas cejas fruncidas. Pero cuando levantó la vista y me vio, esbozó una sonrisa.

—¡Eeeh! —gritó—. ¡Has venido! ¿Traes el juego?

Estaba hecha un flan.

—¡Sí!

Él levantó el puño.

—Eh, Zane, juegas también, ¿no? —dije cogiendo a Priya del brazo para que se sintiera incluida. Quería asegurarme de que se lo pasara bien—. Es divertido, lo prometo.

Robbie le dio una palmada a Zane en el hombro.

—Vamos, tío.

—Vale, vale —dijo Zane.

Se levantaron y Sasha nos dio dos vasos de plástico a Priya y a mí.

—Son unos chupitos un poco raros, pero qué más da.

Priya negó con la cabeza y se agarró las manos detrás de la espalda. Su madre la escolarizaría en casa como la pillara bebiendo. Yo me mordí el labio…

—Eh… no, gracias.

—Anda, vamos. —Me puso un vaso en la mano—. Si estáis de fiesta con nosotros tenéis que beber.

Amy y Maria empezaron a chillar, y noté un cosquilleo en el pecho.

Priya y yo habíamos ido a las típicas fiestas de pijama con amigas como Becky Wallace, pero para nosotras «ir de fiesta» significaba jugar a Verdad o atrevimiento (normalmente todo era «verdad»

porque éramos todas unas mequetrefes) y cantar en el karaoke rosa de Becky. Pero esta era una fiesta de verdad. Nunca imaginé que las animadoras y los deportistas acogieran tan bien a un par de empollonas.

Sasha se acercó, apoyó el antebrazo en mi hombro y sacudió mi bandolera.

—Bueno, ¿qué has traído?

Saqué la botella y se la di.

—Aquí tienes.

—Anda, Jack Daniel's. —Sasha examinó la etiqueta—. Qué bien. A mis padres les encanta. La despensa está llena de estas.

—Ah, guay. ¿También has traído una?

Esbozó una sonrisa pícara.

—¿Cómo? ¿Y arriesgarme a que me pillen?

T

FALTAN CINCUENTA Y SIETE MINUTOS

—No nos dejemos llevar por el pánico, ¿vale? —le dije a Sasha—. Nadie nos va a hacer matar a nadie. Tiene que ser una broma.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Sasha con voz temblorosa—. No puede ser. No me puede estar pasando esto. ¡No quiero morir!

—Ay, Dios mío —gritó Scott de repente, a todo pulmón. Todos se sobresaltaron. Se puso en pie y se acercó a Sasha—. ¿Me puedes…? ¿Me puedes firmar un autógrafo? — le imploró con los ojos como platos y la mano en el pecho.

Sasha frunció el ceño.

—¿Qué narices estás diciendo?

—Es que… nunca pensé que conocería a la persona alrededor de la que gira el mundo.

Ella hizo una mueca.

—Por el amor de Dios —dijo entre dientes mientras se recogía el pelo con los dedos temblorosos.

—Déjate de bromitas, tío. —Robbie le dio un empujón a Scott para alejarlo de Sasha.

—Eso —dijo Sasha—. No sabes si esto es una broma.

Scott cambió la expresión de asombro.

—Y tú no sabes si esto es real.

Le puse la mano sobre el hombro a Sasha en un intento de calmarla.

—No seáis ridículos, va. Solo es una broma de mal gusto. No vamos a matar a nadie. Así pues, vamos a calmarnos y encontremos la manera de salir de aquí. —Eché un vistazo por la habitación. No había otras salidas visibles que no fueran la puerta o las dos ventanas.

—Ya has leído la nota. —Sasha apartó a Scott de su camino y agarró la nota de la mesa—. «Dentro de una hora, debéis elegir quién de esta habitación morirá. Si no lo hacéis, moriréis todos».

¿Quién bromearía sobre algo así? Tenemos que elegir a alguien. —Tenía los ojos como platos y la mirada enloquecida.

Se me revolvieron las tripas. Ella creía que esto iba en serio, pero yo no podría matar a nadie. Ya había visto la muerte. Me dio un escalofrío al pensar en ese instante en el que el alma abandona un cuerpo. Ese instante en el que una persona se convierte en una mera concha vacía, un cadáver en descomposición. Además, esto solo era una broma pesada. Y teníamos una hora —bueno, cincuenta y seis minutos— para salir de esta. Pero entrar en pánico era lo peor que podíamos hacer. El pánico no solucionaba nada.

—Escuchad —dije—, aunque no fuera una broma, puede que sea una especie de prueba para ver cómo reaccionamos.

Diego me miró fijamente.

—Quieres decir que… ¿Crees que es parte de la beca?

—Exacto.

—Pues qué buen premio. —Scott se quitó la gorra y la lanzó sobre la mesa al tiempo que se despeinaba—. Quizá el año que viene encierren a los ganadores en un cementerio y les hagan creer que los zombis van a por ellos. —Rio—. Eso parece mucho más divertido que esto.

—No, este no es el premio, está claro. —Diego apoyó los codos en la mesa y juntó la punta de los dedos de ambas manos—. Puede que nos planteen una situación hipotética para ver quién tiene las mejores cualidades de líder. Quién consigue ver más allá del miedo y encontrar una solución para que todos salgamos ilesos de aquí.

—No sé yo… —Robbie se frotó la mandíbula—. Es un poquito rebuscado.

—¿Tú crees? —Enarqué las cejas— ¿No crees que es aún más rebuscado que este veneno y la bomba sean de verdad? Quizá sea como una *escape room* .

—¡Sí! —dijo Diego.

—¿Qué es eso? —preguntó Priya.

—A mí me encantan. —Diego sacó rápidamente el móvil y buscó por las aplicaciones—. Tengo unos cuantos juegos aquí. Estás atrapado en una habitación y tienes que ir encontrando pistas para abrir la puerta, el ascensor o lo que sea. Normalmente tienes que resolver varios enigmas para salir.

Todos echamos un vistazo por la habitación.

—¿Deberíamos empezar a buscar pistas? —pregunté.

—¿Y qué pasa si no las hay? —dijo Sasha con un nudo de pánico

en la garganta—. ¿Y si un psicópata nos ha metido aquí para torturarnos y es verdad lo que dice la nota?

—Ay, Dios mío —murmuró Priya cerrando los ojos con fuerza.

Negué con la cabeza.

—No, no. Esto tiene que ser alguna prueba o juego, como en esa aplicación.

—Estoy de acuerdo —dijo Diego.

—Vale, te lo compro —asintió Robbie mientras me frotaba la espalda—. Propongo que busquemos pistas.

—Vale. —Sasha se puso en pie con el resto y respiró hondo—. ¡Hagámoslo!

Reseguí con las manos el borde del aparador junto a la puerta, tratando de detectar algo que pudiera pasar por un panel secreto o servir como pista. Las vitrinas de la porcelana a ambos lados de la chimenea estaban llenas de vasos, baratijas decorativas y figuritas. Cualquier cosa de ahí dentro se podía entender en cierto modo como una pista.

Priya se dio media vuelta lentamente.

—¿Qué tipo de cosas suelen ser pistas en esa aplicación?

—Bueno, puede ser cualquier cosa. —Diego se rascó la cabeza—. Una llave en una rejilla. Números en un cuadro que corresponden con la combinación de una cerradura. Y no es solo una aplicación; ahora hay *escape rooms* físicas, en la vida real. La gente paga unos cuarenta pavos para que los encierren en una habitación y encuentren la manera de salir… es una locura.

—Si la gente paga quince pavos por una esponja… —bromeé—. La gente es tonta. —Diego inclinó la cabeza, como si quisiera descifrar si yo había dejado de guardarle rencor.

A fin de cuentas, mi padre había perdido el trabajo por las dichosas esponjas de Diego.

Al final, Diego esbozó una sonrisa.

—*Touché* . —Se arrodilló y pasó las manos por la alfombra oriental —. Puede haber una pista detrás de un cuadro o bajo la alfombra. —Levantó una esquina, pero debajo solo vio madera pulida.

Yo exploré la zona cercana a mi silla en la mesa. Robbie se arrodilló cerca de la puerta y miró por el ojo de la cerradura.

—¿Ves algo? —dijo Diego.

Robbie negó con la cabeza.

—No, tío. Nada.

Priya corrió hacia el perchero y rebuscó en los bolsillos de su

chaqueta.

—Puede que haya algo en las vitrinas de la porcelana. —Examiné una de ellas, en la que había hileras de copas y vajilla fina. En el estante superior había figuritas, pero no parecían seguir ningún patrón.

Scott cogió un jarroncito para el incienso de uno de los aparadores y olfateó los palitos de bambú. Se encogió de hombros y volvió a dejarlo en su sitio.

—Oye, quizá… —Señaló los palitos de bambú y se rascó la cabeza —. Sí, sí, eso es. Puede que sea el número de palitos, el número de platos, el número de sillas… Quizá sea esa la combinación de una cerradura.

Sasha extendió los brazos.

—¿Ves alguna cerradura con combinación?

—Ah, espera, que no es eso. —Scott se frotó la barbilla—. No es el número de sillas. Es la cantidad de idiotas en esta habitación.

—Vete a la mierda, anda…

—Esperad, chicos —dijo Priya con una voz aguda y la invitación a la cena en la mano—. Nadie firmaba la invitación. No hay firma ni nada.

—¿Y? —pregunté.

—Viene de la oficina del alcalde, ¿no? —Sasha se sacó la invitación del monedero.

—Bueno —dijo Priya examinando la invitación—, dice: «Director de becas. Comité de becas del Ayuntamiento de Brewster». Pero ¿por qué no consta ningún nombre? ¿No debería haberlo firmado el alcalde, por lo menos?

Casi todos asintieron, perplejos.

—Además —apuntó Diego—, ¿no suelen sacar esta beca en mayo?

—La verdad es que no llevo un calendario de estas cosas — reconoció Robbie.

—Sí, tienes razón. —Sasha se frotó la frente—. Me pareció pronto, pero no le di mucha importancia… —dijo con un hilo de voz.

Scott echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír.

—¿Qué carajo es tan divertido? —preguntó Robbie.

—Es evidente que nos están engañando. No hay beca.

—Sí que la hay —afirmó Diego—, la dan todos los años.

—Sí, bueno, quien haya hecho esto también lo sabe —dijo Scott—. Y la beca de verdad ni siquiera se la han concedido todavía a nadie. Esto no era la cena de beca. No hay prueba. Ni pistas. Solo es una

broma para que perdamos los papeles.

—O una estrategia para matar a uno de nosotros. —Sasha se echó la mano al cuello.

—¡Para ya! —dije—. Aunque esto no tenga nada que ver con la beca, tiene que ser una prueba, una broma o algo.

—Pues esa bomba me parece tan real como tú o como yo —dijo Sasha, señalando la mesa con su invitación.

—Pero ¿alguna vez has visto una bomba de verdad? —preguntó Diego.

—Pues sí.

—Las pelis y la tele no cuentan —dije.

Sasha se cruzó de brazos.

—Bueno, pues vale. Nunca he visto ninguna. Pero esa cosa de ahí tiene una pila de cables y… ¿qué son esas cosas marrones? —Varios nos acercamos a la mesa a examinar la bomba—. Esas. —Sasha señaló la media docena de tubos marrones conectados a un pequeño reloj digital y a un montón de pilas.

—¿Son… cartuchos de dinamita? —dijo Robbie—. Yo que sé, tíos, a mí me parece auténtica.

—Yo también lo creo —dijo Priya.

—Vamos, por favor. —Scott se inclinó sobre la mesa para echar un vistazo a los cables que alimentaban los cartuchos de dinamita—. Alguien podría haber buscado en Google cómo se hace una bomba casera y apañar algo así.

Priya arrugó la nariz.

—¿Lo has buscado tú?

Scott se encogió de hombros.

—Pues claro. Recuerdo que busqué cómo hacer una bomba con una olla a presión después del atentado que hubo en Boston. Tenía curiosidad por saber cómo lo habían hecho aquellos psicópatas. Se pueden encontrar instrucciones para hacer todo tipo de bombas caseras.

—Espera. —Robbie entrecerró los ojos mientras miraba a Scott—. ¿Estás diciendo que sabes hacer una?

Scott levantó las manos.

—No. Solo digo que hay todo tipo de imágenes de bombas por internet. Cualquiera puede hacer una bomba falsa basándose en esas.

—O —dijo Sasha— pueden hacer una de verdad. Tú lo has dicho, las instrucciones están ahí. —Echó un vistazo al veneno que había

en la bandeja—. Y esa jeringuilla también parece bastante auténtica.

—Puede ser falsa o de atrezo —dije.

—Qué va —dijo Priya con la mano en la barriga mientras se inclinaba hacia delante para examinar la jeringuilla—. Es auténtica. Es exactamente igual a las que hay en la consulta del médico.

—Bueno, está claro que han hecho que parezcan reales —dije.

—Muy bien. —Robbie se puso delante de Scott—. Pues solo hay una manera de saberlo con seguridad. —Y antes de que nadie pudiera detenerlo, cogió la jeringuilla de la bandeja y presionó el émbolo con el pulgar.

T

HACE UN AÑO

FEBRERO DEL TERCER CURSO

Me iban a expulsar. Eso es lo que suele pasar cuando vas al baile de invierno con una botella de tequila en el bolso.

¿Por qué narices había dicho que sí? Como me pillaran, mis padres me quitarían el portátil, quizá hasta el móvil, y ahí tenía toda mi música. Ir por la vida sin mi música sería como respirar sin oxígeno.

A una manzana del instituto paré la bici y me quité los auriculares. Quizá debería volver a casa. Si seguía haciendo esto, mis padres se darían cuenta de que las botellas estaban desapareciendo, a pesar de que no las hubieran tocado en años. Al fin y al cabo, el mueble bar no podía vaciarse solo.

Pero estaba tan cerca de componer la música de la obra del instituto… Solo tenía que ganarme a los del club de teatro. Sasha prometió que estarían en el baile esta noche y sugirió que los acorraláramos tequila en mano. No sé por qué creía que teníamos que sobornarlos con bebida, pero era la abeja reina, así que seguramente sabía un par de cosillas sobre cómo salirse con la suya.

Me coloqué los auriculares de nuevo y puse una de mis composiciones cinematográficas preferidas mientras me apresuraba hacia el descampado poco iluminado que había en una pequeña colina detrás del instituto. Si accedía por la entrada trasera evitaría a los seguratas que vigilaban el vestíbulo.

Allí los aparcamientos de las bicis estaban vacíos. Pasé pitando por las pistas de tenis y fui hasta el primer sitio que estuviera lo más cerca posible del camino de tierra que bajaba serpenteante por la colina hacia el instituto. Una farola titilaba y proyectaba sombras espeluznantes en el bosque detrás del descampado. Tarareando el pasaje acelerado de cuerdas y percusión, me desabroché el casco con las manos temblorosas y le puse el candado a la bici en el

aparcamiento.

Detrás de mí, oí la puerta de un coche cerrarse de golpe.

—Eso es de una escena de combate de *El señor de los anillos* , ¿verdad? —preguntó alguien.

Me quedé sin respiración y me giré, y el casco se me cayó de la cabeza. Ay, no. Era Diego Martin. Era alto y ágil, tenía la piel cálida y dorada, como el atardecer en la arena, y los ojos de un color cobrizo intenso.

Mientras se acercaba, agarré el bolso bajo el brazo y la botella de tequila se me incrustó en las costillas. No podía dejar que viera lo que tenía entre manos. Diego era un empollón de mucho cuidado. Si la lealtad fuera un rasgo familiar, me delataría en un santiamén.

¿O no?

Diego y yo íbamos a diferentes escuelas, pero cuando nuestros padres trabajaban juntos en una consultoría que fundaron juntos, nos veíamos en eventos para los clientes y en barbacoas familiares cerca del lago Brewster. Solíamos escabullirnos al muelle pesquero para escapar de las charlas aburridas de los adultos y del humor cambiante de Maggie. Me sentaba con las piernas colgando en el borde astilloso del muelle y con los dedos de los pies rozaba el agua cristalina mientras escuchaba música y Diego leía a mi lado con los mechones de pelo negro que le caían por la frente. Tengo estos recuerdos algo borrosos, pero sí me acuerdo de cómo le brillaban los ojos con la luz del sol y el aleteo que notaba en la barriga cada vez que me miraba.

Podría decirse que fue el primer chico que me gustó, pero en realidad no habíamos hablado más de dos palabras en años.

—Perdona —dijo mientras yo tomaba aire con la mano aferrada al pecho. Unos cuantos mechones de pelo desaliñado le caían entre los ojos—. No quería asustarte.

Me quité los auriculares y pausé el tema.

—Está bien. Y… no.

—¿No estás bien?

—No, no. Digo la canción. —Resoplé—. Es cuando huyen del balrog. Ya sabes, la cosa demoníaca que escupe fuego en la primera película. —No podía evitarlo, el resentimiento me hervía la sangre. Si no fuera por las estúpidas esponjas de Diego, mi padre podría haberse permitido llevarme a las audiciones de la USC y no estaría removiendo cielo y tierra para componer la música de la obra del instituto.

Mi padre y yo solíamos ver *Puja o quiebra* cada viernes por la noche, hasta la noche en la que Diego y su padre aparecieron en nuestra pantalla plana. El señor Martin había estado eludiendo sus responsabilidades en la empresa de mi padre durante meses. «No tiene un hijo al que llorar», decía papá hecho un basilisco. «¿Qué demonios tiene como excusa?». De repente, tuvo su respuesta. Nos quedamos boquiabiertos cuando presentaron una esponja que cambiaba de color cuando se mojaba. Al parecer, había sido idea de Diego y el señor Martin había encargado su producción. Los productores del programa se quedaron encandilados con la historia del adolescente adoptado y el momento en que conoció a su padre adoptivo. La cámara grabó a los inversionistas llorando cuando Diego les contaba que había conocido a su padre a los cuatro años y supo que por fin estaba en casa.

Tras conseguir aquel contrato superventajoso, le mandé un mensaje a Diego con un millón de emoticonos gritando de la emoción, le di la enhorabuena y le pedí que me contara con todos los detalles. Pero nunca me contestó. Al día siguiente, su padre dejó la empresa del mío y, con el tiempo, como no pudo encontrar a nadie que tuviera las mismas habilidades para sustituirlo, el negocio se vino abajo. Y Diego nunca me volvió a hablar.

Supuse que la mediocridad era un repelente muy fuerte.

—Ah. —Me recogió el casco y abrochó las correas en el manillar de la bici—. Bueno, todas suenan casi igual, ¿no?

—No, claro que no. —Me crucé de brazos en el pecho y contuve un escalofrío. ¿Qué le había hecho pensar que volvía a ser digna de conversación? Quizá pensara que no decirme nada era más raro—. Lo que pasa es que esas dos escenas comparten motivo.

Levantó la vista de mi bici y clavó sus ojos cobrizos en los míos mientras las luces de un coche pasaban sobre nosotros. El aparcamiento principal debía de estar lleno.

—Motivo, ¿eh? —Bajo una camisa de franela desabrochada llevaba una camiseta negra en la que ponía «Expresiones de Vader» sobre nueve imágenes idénticas de Darth Vader. Era un friki de manual.

—El tema, vaya —dije algo cortante y con un deje de amargura.

Después de que Diego dejara claro que no merecía la pena hablar conmigo, empecé a evitarlo en el colegio, a esquivarlo en los pasillos y a sentarme en la otra punta del aula en las clases que compartíamos. Estaba perdiendo amigos a manos llenas y la

pequeña chispa que había entre nosotros hizo que lo de Diego me doliera todavía más. Aun así, mientras yo perdía a Diego, mi padre lo había perdido absolutamente todo. Ahora le costaba muchísimo conseguir trabajos como autónomo y en su tiempo libre llevaba comida a domicilio para poder pagar las facturas. Odiaba verlo tan destrozado. Y todo gracias a una esponja asquerosa.

—Sé qué es un motivo. —Diego sacó de su mochila una cámara que tenía pinta de ser cara y se pasó la correa por la cabeza. Era fotógrafo para la revista del instituto y seguramente iba a cubrir el baile.

—Ah. —Me atusé el flequillo, aplastado por el casco, ya que no sabía qué más decirle. ¿Repararía en la forma de la botella de tequila en la bolsa? La oculté lentamente detrás de mí—. Bueno, tengo que irme.

Me puse en marcha por el camino de tierra, pero Diego comenzó a seguirme.

—Así que te mola *El señor de los anillos* , ¿eh?

Hice una mueca y lo miré recelosa. A veces, cuando pasaba delante de él por los pasillos, juraría que estaba a punto de decir algo, pero después lo pensaba mejor y pasaba sin decir ni mu. O quizá nunca quiso decirme nada. Al cabo de un tiempo, el resentimiento rellenó el hueco que la esperanza había dejado en mi corazón. Nuestra amistad le había sido muy cómoda cuando nuestros padres tenían relación… pero ahora que era asquerosamente rico, yo no merecía su tiempo.

Aun así, tal vez me echara de menos y por fin se hubiera armado de valor para decirme algo ahora que me había pillado sola.

—Sí —dije curiosa—. Me fascinan las bandas sonoras de películas. —Si me lo hubiera preguntado hace años, no le habría dicho lo que estaba escuchando de verdad. No es que me avergonzara; escuchar música de películas sin parar le daba a mi tediosa vida su propia banda sonora. Pero no era un estilo musical precisamente popular.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es tu favorita? —Parecía realmente interesado.

—Cualquiera de Hans Zimmer, Howard Shore o John Williams.

Él asintió con admiración.

—Genial. —Guau. Normalmente esta respuesta me procuraba miradas vacías y muecas varias, así que empecé a decirle a la gente que mi cantante favorita era Taylor Swift. A la gente le gusta, ¿no? De nuevo se apartó el pelo de los ojos—. Yo me pongo la música de *La guerra de las galaxias* para estudiar. La trilogía original, sobre

todo.

Me quedé boquiabierta.

—¿En serio?

—A veces escucho algo de *Gladiator* o *Blade Runner* , si tengo ganas de marcha.

—Me encantas. —Me dio un vuelco el estómago mientras Diego me miraba perplejo—. Las composiciones, me encantan esas composiciones. Es que no sabía que tú escucharas… Y no conozco a nadie más que escuche bandas sonoras como yo… —Nerviosa, apreté los labios para dejar de vomitar palabras, mientras él esbozaba una sonrisa.

—No eres la única persona a la que le gustan las bandas sonoras, créeme.

—Ya. Evidentemente. —Abochornada, buscaba ramas por el suelo con la mirada mientras bajábamos la colina hacia la puerta trasera. Pero el señor Turner, uno de los guardias de seguridad del instituto, estaba junto a la puerta fumando un cigarrillo. Me quedé sin aliento y me detuve. ¿Y si quería revisarme el bolso? Tendría que arriesgarme y entrar por la puerta delantera.

—¿Qué pasa? —preguntó Diego.

—No quiero entrar por la puerta trasera. —Me di media vuelta.

—Esto… ¿Por qué no? —preguntó en un tono molesto. Y yo que creía que me había echado de menos… Menudas falsas esperanzas.

Tragué saliva. No podía contarle lo de la bebida.

—Es… es mi primer baile del instituto —fue lo único que se me ocurrió decir.

—¿Y?

—Que no he ido nunca a ninguno.

Frunció el ceño.

—¿Y?

—¡Pues eso! Que es un hito para mí. Estoy saliendo de mi cascarón. Me estoy lanzando y abriendo a cosas nuevas. Voy a… ¡bailes de instituto! —Señalé con un dedo el edificio—. Y quiero entrar por la puerta delantera.

Dios, seguramente pensaba que era más patética de lo que ya creía.

Diego pensó en lo que le había dicho y volvió a fruncir el ceño.

—Pues muy bien. —Me rozó al pasar para bordear el edificio—. Vayamos a la puerta principal.

Suspiré, me apresuré para alcanzarlo y me puse a su lado. Cuando

llegamos a la entrada principal, quise empujar la puerta, pero me lo impidió estirando un brazo.

—¿Qué pasa? —Se me aceleró el corazón como un caballo salvaje que escapa de un cazador. Se había percatado de la botella del bolso, seguro.

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Aquí empieza todo.

—¿Cómo?

—Estamos a punto de cruzar el umbral que te llevará a la siguiente etapa de tu vida.

Le lancé una mirada inexpresiva.

—¿En serio te estás riendo de mí ahora?

—Espera, espera… ¿Hueles eso? —Respiró hondo.

El aire olía ligeramente a tubo de escape y rocío de la noche.

—No.

—Es el olor de los nuevos comienzos.

—Anda, cállate. —Puse los ojos en blanco y le aparté el brazo.

—¡Ay! —Corrió detrás de mí mientras yo cruzaba la puerta— ¡Es el comienzo de una nueva era!

Sacudí la cabeza y crucé el vestíbulo a toda prisa, intentando dejar la mayor distancia posible entre nosotros. Cómo no, choqué con el otro guardia de seguridad, el señor Garcia. El corazón casi me llegó a los pies.

—Oye, más despacio, Amber —dijo el señor Garcia, sujetándome de los hombros para pararme—. Vas a noquear a alguien.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho. —Me enderecé y me puse el bolso a la espalda; la correa se me hundió en la camiseta entre mis pechos. «Por favor, no me mires el bolso. Por favor, no me digas que quieres revisarlo».

—No pasa nada. —Una sonrisa amable apareció bajo el bigote negro del señor Garcia.

—¿Estás bien? —preguntó Diego. Me puso la mano en la parte baja de la espalda y me recoloqué el bolso, alejando la botella de su mano. Pero seguro que ahora el señor Garcia se fijaría en el peso del bolso, que cargaba con quinientos kilos de culpa.

—Sí, estoy bien.

El señor Garcia nos miró y guiñó un ojo.

—Pasadlo bien, chavales. —Me puse como un tomate, pero Diego se quedó como si nada.

Fuimos hasta el gimnasio y nos quedamos cerca de la puerta

dudando y contemplando el panorama. Siempre pensé que el baile de invierno sería tan sofisticado como el de graduación. Pero en el Brewster High no había vestidos sofisticados ni decoración ostentosa, salvo unos globos repartidos por el gimnasio sin mucho afán, cortesía del consejo de estudiantes. Las chicas se mecían al ritmo de los bajos retumbantes con vaqueros entallados y tops brillantes, y los chicos iban igual que siempre: de deportista atlético o de friki redomado.

Mientras ojeaba la multitud en busca de Priya o Sasha, Diego hizo señas hacia la cabina del DJ.

—Siento que no estén poniendo la banda sonora de *El señor de los anillos* . ¿Quieres que la pida?

—No creo que a la gente le entusiasmase esa elección —dije mientras él abría su mochila y sacaba una segunda cámara—. Eh… pero ¿cuántas cámaras necesitas para cubrir un baile de instituto?

Le dio una palmadita a la que tenía colgada en el cuello.

—Solo una, pero…

—Míralo, el millonetis —dije intentando hacerle un reproche—. Una pena que los demás nos tengamos que conformar con coleccionar monedas.

Una sonrisa se asomó a sus labios y se la devolví.

—Solo tengo dos cámaras, ¿vale? Esta era de mi madre. Es una Polaroid.

—Ah, ya. No sabía que las siguieran fabricando.

—Todavía puedes pedir carretes por internet. En realidad, puedes encontrar cualquier cosa en internet. Ven, vamos a conmemorar este hito tuyo.

Cogió la cámara con el brazo extendido, apuntando la lente hacia nosotros.

—Oh, no, no creo que…

—Di «patata». —Vale, estaba pasando. Tenía que hacerlo y, como no quería que me pillara desprevenida, esbocé mi mayor sonrisa mientras el *flash* de la cámara nos cegaba. Una pequeña tira de papel blanca salió inmediatamente de la cámara.

Parpadeé para borrar los puntitos violetas del *flash* . Sacó la tira y observamos cómo las manchas grises se transformaban en una versión sonriente de nosotros.

—Ja, parezco una idiota. —Odiaba verme en fotos. La imagen que me devolvía la mirada nunca coincidía con cómo me imaginaba a mí misma: las pecas de las mejillas se me notaban más de lo que

creía y el pelo nunca me quedaba bien.

—Estás genial. —Se guardó la cámara en la mochila, pero antes de que pudiera fijarme en la expresión de su rostro, alguien abrió la puerta de detrás y un aluvión de luz le sumió la cara en la sombra.

Priya asomó la cabeza.

—¡Aquí estás! —Salió corriendo.

—¡Aquí estás tú!

—¿Por qué no has respondido a los mensajes? —Ay, mierda. Siempre que iba en bici ponía el móvil en silencio para no distraerme—. ¡Vamos!

—¿Adónde?

Priya miró a Diego con recelo.

—Solo… Vamos.

—Vale. Bueno, hasta luego. —Saludé discretamente a Diego y salí pitando detrás de Priya.

—Todos están por allí. —Me llevó hacia el aula de ensayo de la banda, con la mirada llena de preocupación—. Odio ser tan tímida —dijo—. Nunca sé de qué hablar con Sasha.

—Háblale del equipo de animadoras —sugerí—. Ahora tenéis eso en común. —Alentada por mi pequeño triunfo con Sasha, había convencido a Priya de que intentara unirse al equipo de animadoras, y para su total sorpresa y deleite, lo había conseguido. Pero eso no parecía haber reafirmado su autoestima.

—Sí, supongo.

Entramos en el aula de ensayo y Sasha se acercó rápidamente.

—¡Mirad quién ha venido al fin! —Lanzó dos besos al aire, uno por mejilla. Priya y yo nos miramos sin saber qué pasaría mientras sacaba la botella de tequila. Sasha la cogió—. ¿Media botella? Espero que sea porque te la has bebido por el camino.

No sabía si lo decía de broma o estaba enfadada. Pero antes de que pudiera responderle, se fue corriendo detrás de la batería.

—Por fin, joder. —Zane echó un vistazo por encima de los platillos con los ojos sombreados por la gorra de béisbol y nos sonrió de forma pícara—. ¿Qué? ¿Tenéis sed?

Priya y yo rodeamos la batería y nos encontramos a todo un grupo de gente apiñado en el suelo. Amy y Maria estaban encorvadas sobre uno de sus móviles, riéndose de algo. Sasha estaba sentada espalda contra espalda con Robbie y sostenía el móvil con el brazo extendido para hacerse un selfi. Reconocí a unos cuantos chicos del club de teatro, entre los que estaban Asher y Dan, que miraban

cómo Zane repartía el tequila en vasitos de plástico y los iba pasando. Sasha me dio un golpecito en el tobillo y me miró con aprobación, asintiendo con la cabeza.

—Eh, chicos. —Sasha llamó su atención—. Conocéis a Amber, ¿verdad?

—Claro. —Dan me saludó y después se metió las manos en los bolsillos. Solía interpretar el papel principal junto con Maria, que nos miraba de reojo—. Compones música, ¿no?

—¡Sí! Algún día me gustaría producir música para películas.

—Mola —dijo Dan.

—Es genial —dijo Asher, otro actor—. Oye, quizá algún día le pongas música a una película en la que salga yo.

Sonreí.

—Eso sería increíble.

—Sasha nos contó tu idea sobre *Romeo y Julieta* …

—¡Vamos a darle a la bebida! —interrumpió Zane, tendiéndome una copa. Nunca había probado el alcohol, excepto aquella vez que mi padre me dio a probar un sorbito de su cerveza. Qué asco. Cada vez que salíamos con la pandilla de Sasha, Priya rechazaba las bebidas sin ningún miramiento, mientras yo evitaba bebérmelas sin que se dieran cuenta, dando sorbos falsos y vaciando la copa en la cocina o en el lavabo del baño cuando nadie me veía. Pero aquí no había donde hacerlo. Olí la copa e hice una mueca mientras Zane le ofrecía una a Priya—. Aquí tienes, preciosa.

Se sonrojó entera. Intentó darle las gracias, pero le salió un «cias» e hizo un ruido raro como de ahogo mientras intentaba recomponerse.

—Salud. —Robbie estiró el brazo, brindó su copa con la mía y sonrió enseñando los dientes. No pude evitar devolverle la sonrisa.

Sasha se echó la bebida a la boca y se la tragó como si nada. Yo le di un sorbo con cuidado, intentando reprimir un escalofrío mientras la bebida me quemaba el esófago al pasar. Me puse la mano en la garganta.

—¡Guau! Esto es… interesante.

Sasha miró confundida a Priya, que me miraba a mí boquiabierta.

—¿Y bien?

Priya olió el vaso, arrugó la nariz y la ofreció para que alguien la cogiera.

—No, gracias.

Zane le sonrió con suficiencia.

—¿No has probado el tequila?

—Nunca he probado nada —dijo Priya—. Mi madre me castigaría en un suspiro si me emborrachara.

—Créeme, no te vas a emborrachar con un chupito —le dijo Sasha para tranquilizarla—. Beber este poquito me da para un mareíllo gracioso de un par de horas. Y soy mucho más pequeña que tú, así que…

—Ah —dijo Priya repasando a Sasha, que no era mucho más delgadita que ella—. Aun así, prefiero que no…

—Pruébalo por lo menos —dijo Amy.

—No te va a matar —terció Maria.

—Hazlooo —dijo Zane—. Va, solo un sorbito. —Priya se debatía entre impresionar a Zane y no querer desobedecer a su madre—. No te vamos a hacer cambiar al lado oscuro de la Fuerza.

Me reí junto a los demás y toqué unos acordes de la Marcha Imperial de *La guerra de las galaxias* en el piano de pared.

—Guau, ¡es increíble! —Robbie sonrió y se le marcaron los hoyuelos en las mejillas.

—Gracias —dije con voz aguda.

—Sabe tocar el tema de cualquier película. —Priya bajó el vasito, visiblemente agradecida por la distracción—. Literalmente, cualquiera. Decid una.

Asher dejó su vaso lleno encima del piano e inclinó la cabeza hacia las teclas.

—James Bond.

No pude evitar sonreír. Fácil. Me senté en la banqueta y toqué unos veinte segundos del tema principal de *GoldenEye* . Todos se apiñaron a mi lado. Maria se quedó atrás con los brazos cruzados.

Robbie me dio un empujoncito en el brazo.

—Toca *Parque Jurásico* . —Toqué el fragmento más emblemático del tema principal mientras él observaba embelesado mis dedos fluir por las teclas. Los demás gritaron más películas y programas de la tele, a cuál más desconocido que el anterior. Los toqué todos, haciendo transiciones fluidas de un tema a otro. Cuando terminé de tocar, Robbie y Sasha me vitorearon, y yo me puse como un tomate.

—Ha sido increíble —dijo Asher—. ¿Puedes tocar algo tuyo?

—Oh, pon YouTube. —Sasha señaló mi bolso—. Pon alguna de tus grabaciones.

Saqué mi móvil.

—Vale, aquí va una. —Le di al *play* y rompí el récord de mayor

respiración contenida mientras todos la escuchaban.

Cuando acabó la canción todos me alabaron. Incluso Maria dijo:

—¿La has compuesto tú? ¿Con todos esos instrumentos? Es increíble.

Priya me sonrió embelesada, gesticulando con la boca: «¡Toma!».

—Pues… —Sasha se dirigió a los actores mientras Robbie y Zane aporreaban las teclas del piano—. Estoy pensando en hacer una interpretación moderna de *Romeo y Julieta* . Podríamos modernizar algunos versos, ¿sabéis? Añadir un poco de humor, algo de sátira… —Mientras parloteaba, se me henchía el corazón de aprecio. No podía creer que la hubiera tomado por una cabrona.

De repente, las puertas se abrieron de par en par. Me quedé sin aliento y me levanté tan deprisa que tiré la banqueta hacia atrás. En ese mismo instante, Zane le dio a la botella de tequila ya vacía y esta se rompió en el suelo. Maria tiró de la muñeca a Sasha para esconderla detrás del piano mientras los chicos se ocultaban detrás de la batería. Todos nos acurrucamos con los ojos como platos y las manos sobre la boca para contener las risillas y los gritos ahogados. Robbie me pasó un brazo sobre el hombro para acercarme a él. No me importó.

—Sé que estáis ahí detrás —gritó una voz. Era la señora Burr, la bibliotecaria—. He oído algo que se rompía. Y el piano se oía desde el pasillo. —Nadie respondió. Nadie sabía qué hacer. Nos habían pillado—. ¿Qué pasa aquí?

«Mierda, mierda, mierda», articuló Sasha con la boca mientras recogía los vasos que había alrededor y los amontonaba. Priya quiso levantarse, pero Zane la agarró de la trabilla del pantalón y la empujó hacia abajo de nuevo. Señaló la puerta lateral, que llevaba al auditorio. Podríamos salir por allí. La señora Burr era demasiado mayor y débil y no podría cogernos. Quizá no nos había visto las caras tampoco.

Encorvada sobre la botella hecha añicos, Sasha recogió el trozo con el gollete intacto y lo levantó como si fuera un puñal de relucientes bordes puntiagudos. ¿Qué narices iba a hacer con eso? ¿Quería apuñalar a la señora Burr? Como nos pillaran bebiendo en el instituto, expulsarían a las animadoras y a los jugadores de béisbol de sus respectivos equipos. ¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para evitarlo?

Pero antes de que yo pudiera hacer nada, Sasha se dio la vuelta y lanzó el cristal al otro extremo del aula para generar una

distracción.

—¡Corred!

T

FALTAN CINCUENTA Y TRES MINUTOS

Robbie sujetaba la jeringuilla por encima de uno de los platos vacíos de la mesa. Con el pulgar en el émbolo, apretaba el plástico como si fuera a exprimirlo. Hice una mueca y contuve la respiración instintivamente.

—¡No! —gritó Diego, que empezó a agitar los brazos hacia Robbie —. ¡Nos matarás a todos!

Robbie aflojó un poco.

—¿Qué? Pero ¿cómo iba a…? —Diego se abalanzó hacia Robbie, le inmovilizó la muñeca y le quitó la jeringuilla—. Vale, vale. Joder.

—No podemos liberar ni una pizca de esta toxina. —Diego sujetó la jeringuilla con dos dedos como si fuese algo asqueroso y la dejó en la bandeja—. Que nadie la toque. —Señaló la etiqueta—. Aquí dice: «Evite el contacto con la piel. Una sola gota podría ser fatal». ¿Y si te cae un poco encima? Y a saber qué pasa si hay transmisión aérea… No sabemos lo concentrado que es. Podrías matarnos sin querer.

Sasha enarcó las cejas.

—Entonces, ¿crees que es de verdad?

Diego examinó la jeringuilla.

—Pues no lo sé seguro. A ver, la jeringuilla parece real, pero no te sabría decir si el contenido también lo es. —Giró la jeringuilla con la punta del meñique e inspeccionó el líquido de color beis—. La toxina botulínica puede ser extremadamente peligrosa.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Priya.

—Literalmente, es la toxina más letal que se conoce. La etiqueta no dice de qué tipo es, pero si se trata de la H, es la sustancia más mortal del mundo. Una sola gota podría matarte.

Priya abrió unos ojos como platos y Sasha se cubrió la boca con la mano.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —le pregunté, enarcando las cejas.

Se encogió de hombros.

—Pues no me acuerdo exactamente, creo que lo leí en algún sitio hace un tiempo. Tal vez fuera un documental.

Si alguien podía ser carne de documentales, era Diego sin lugar a duda.

—¿Y sería una muerte instantánea? —pregunté—. ¿Qué pasa, exactamente?

—Creo que sí. —Frunció el ceño—. Es una neurotoxina. Bloquea los nervios que controlan los órganos vitales. Los pulmones dejarían de coger aire y el corazón dejaría de latir.

Al oírlo se me revolvió el estómago. Diego reparó en mi expresión aterrorizada.

—No sería muy doloroso… Al menos, no durante mucho rato. Por otro lado, si es del tipo A o B, aquí debe de haber lo suficiente para matar a una persona con toda la jeringuilla llena. —Negó con la cabeza—. Pero sin saber seguro de qué tipo es o la concentración que tiene, no hay forma de saberlo hasta que… bueno, ya sabes. Hasta que la usemos.

—Pero ¿cómo ha podido conseguir algo así alguien del pueblo? —quiso saber Priya.

—Pues ni idea. —Diego se pasó una mano por el pelo alborotado —. ¿Habrá algún mercado negro en internet? O tal vez esta persona no sea de aquí.

—No lo pillo —dijo Robbie mientras me rodeaba con un brazo con aire protector—. ¿Por qué veneno? ¿Por qué no una pistola, una daga, yo qué sé?

—Esas cosas son más difíciles de falsificar, ¿no? —dijo Scott.

—¿Cómo estás tú tan seguro de que es falso? —preguntó Sasha.

Se dio unos toquecitos en la sien.

—Usando el coco. Quieren hacernos creer que te mata con solo una gota o lo que sea para que no nos arriesguemos a comprobarlo. Está claro que no quieren que probemos si es real, que no lo es, pero no quieren que lo sepamos. Es psicología invertida.

—Psicología inversa —dije yo.

—Pues eso. Sigo pensando que es una broma.

—O puede que sea porque solo quieren que muera uno de nosotros. —Sasha señaló la bomba—. O que muramos todos.

Scott arrugó la frente.

—No te sigo.

—Con un cuchillo o una pistola… a saber qué puede pasar, ¿no

crees? ¿Cuántos podríamos acabar acuchillados o con una bala o lo que sea? Pero puede que, si el veneno no es del tipo más letal, solo haya la cantidad suficiente para matar a uno. —Asentí; su argumento era plausible.

—Pero ¿por qué? Llegados a este punto, ¿por qué les importa lo que nos pase a los demás? —preguntó Priya.

—Porque quieren que el resto vivamos con lo que hemos hecho —dije en voz baja.

Sasha asintió.

—Exacto.

—Joder. —Robbie se secó la frente.

—Dios mío —dijo Priya—. Esto no puede estar pasando. No puede ser.

Me acerqué a ella; quería tranquilizarla, pero se apartó. Tragué con fuerza el nudo que se me hizo en la garganta y me giré hacia Diego.

—¿Seguro que la jeringuilla es auténtica?

Diego se tiró del cuello de la camisa.

—No hay forma de comprobarlo. Como ha dicho Scott, no podemos arriesgarnos. No quiero soltar ni una gotita. Si es del tipo superpeligroso y entra en contacto con el aire, solo inhalarlo nos podría matar también.

—Creo que tenemos que pensar que es real —dijo Robbie—. ¿No?

Diego y yo nos miramos; él se frotaba la mandíbula.

—No lo sé. Podría ser real, sí, pero no lo sé.

—No, no. Me refiero… —Robbie se lamió los labios y arrugó la frente como si tratara de poner voz a sus pensamientos—. Lo que digo es que tenemos que pensar que esta situación es real. El veneno, la bomba, todo. Es decir, si no es real, pues genial… le inyectamos esto a alguien, pero no pasará nada. Pero tenemos que escoger a alguien y hay que envenenarlo, por si las dos cosas, el veneno y la bomba, fueran de verdad. —Señaló la bomba—. Porque no podemos arriesgarnos a que la bomba mate a todo el mundo.

Todos se quedaron inmóviles. ¿A los demás también les iba el corazón a mil por hora? Me toqué el pecho y tenía la clavícula empapada de sudor. Parecía que subía la temperatura con cada minuto que pasaba.

—¿Y qué hacemos? —dijo Priya a media voz.

—Tenemos que seguir adelante con esto —dijo Sasha—. Debemos escoger a alguien.

T

HACE ONCE MESES

FEBRERO DEL TERCER CURSO

Intentaba sobrevivir todo el tiempo que pudiera, pero ahí estaba yo, arrastrándome hacia Sasha a cuatro patas, rogándole que me salvara.

—La palmaré dentro de cuarenta y cinco segundos —sollocé—. Cuarenta y cuatro, cuarenta y tres. Revíveme, revíveme.

Pero Sasha estaba demasiado ocupada evitando que la mataran a ella también.

—Un momento. ¡Estos capullos no mueren! —Se agazapó bajo una plancha que se había montado a modo de pared y se salvó de una ráfaga de disparos por los pelos. Al cabo de un rato de silencio, construyó una rampa, se asomó por la pared, apuntó con la escopeta y disparó—. ¡Mierda! ¡Anda ya, si le he dado en la cabeza!

—Qué negadas sois —dijo Robbie—. Yo te salvo.

Corrió hacia donde estaba para revivirme, me pasó la mano por la cabeza y a los diez segundos ya volvía a estar en pie de guerra.

Tampoco es que les fuera muy útil. Llevábamos más de una hora jugando al Fortnite y, de momento, solo había conseguido talar árboles, encontrar cofres del tesoro saqueados y, a grandes rasgos, ser un estorbo.

—Gracias —le dije a Robbie. Estábamos sentados en la cama de Sasha con las piernas cruzadas y los portátiles en el regazo, mientras ella aporreaba el teclado del ordenador de sobremesa disparando a nuestros enemigos a diestro y siniestro. Ya podía olvidarme de enseñarle a Sasha las nuevas canciones para el primer acto de *Romeo y Julieta* . Cuando llegué, Robbie ya estaba ahí, portátil y cascos en mano. Me di media vuelta para irme, pensando que me harían volver otro día, pero me pidieron que me apuntara a su escuadrón. Me quedé ojiplática. ¿Los había oído mal? Pero entonces Sasha dijo: «Te has traído el portátil, ¿no? Pues quédate».

Me señaló su cama y me dijo que jugara.

Si hace un mes me hubieran dicho que estaría sentada en la cama de Sasha Harris jugando a un videojuego con el tío más bueno de nuestro curso, me hubiera partido el pecho de risa. Pero me hacía mucha ilusión que me incluyeran.

Hasta que me di cuenta de lo mala que era jugando.

—No es nada. —Robbie lanzó varios paquetes de salud a los pies de mi avatar—. Yo te cubro.

Cuando mi avatar terminó de vendarse, Robbie levantó la mano del teclado para que chocáramos los puños. Cuando nuestros puños entraron en contacto el calor se me extendió por todo el brazo. De golpe, fui consciente de que nuestras rodillas casi se rozaban. Me mordí el labio mientras lo veía jugar. Le brillaban los ojos al mirar la pantalla; la luz le iluminaba las motitas plateadas que rodeaban sus pupilas. Fruncía el ceño, concentrado, mientras apuntaba con su lanzamisiles. Creo que debí de pasarme demasiado rato mirando, porque me miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Vienes?

—¿Qué? —Volví a centrarme en la pantalla y me ruboricé. Los avatares de Robbie y de Sasha bajaban la montaña corriendo, se dirigían a un grupo de edificios—. Ah, sí. Lo siento. —Eché a correr tras ellos, pero notaba un cosquilleo en el cuello; estaba convencida de que Robbie me estaba mirando. Me arriesgué a echar una ojeada rápida.

Sí. No era la única que miraba.

—Chicos —dijo Sasha—, los enemigos están en el edificio de esa colina. A la derecha. —En efecto, estaban levantando un andamio a toda leche. Era como si quisieran construir un puente de una colina a otra.

—Muy bien —dijo Robbie—, pues vayamos por ahí detrás…

Pero yo disparé contra el puente de los enemigos. El andamio desapareció y cayeron dos rivales. Apareció un mensaje: «AmberATope ha eliminado a AsesinoAstuto y Guerrero045».

Sasha vitoreó.

—¡Eres la puta ama! ¡Tremenda!

—¡Olé! —Robbie me dio un empujoncito amistoso en el brazo—. Son tus primeras muertes, ¿no?

—Sí —dije, resplandeciente. Había olvidado lo mucho que me gustaban los videojuegos. Maggie y yo solíamos jugar muy a menudo.

El dolor me atenazó los pulmones. A Maggie le habría encantado este juego. Ese factor de «solo puede quedar uno» era como en *Los juegos del hambre* , que Maggie me pasaba bajo la almohada después de que mamá me prohibiera leerlo argumentando que era demasiado pequeña. Éramos muy fans de la serie y, de estar viva, seguro que habríamos jugado juntas al Fortnite: yo en mi cuarto y ella en su universidad de la Ivy League, dándonos instrucciones mutuamente por los cascos.

De repente, se abrió la puerta de la habitación de Sasha y yo pegué un brinco. Una mujer de aspecto severo apareció en el marco con los brazos en jarras.

—¿Qué narices pasa aquí?

—¡Mamá! —Sasha se quitó los cascos—. Estamos jugando a un videojuego. ¿Cómo es que has llegado tan temprano?

Su madre levantó la barbilla y enarcó una ceja.

—Mis dos últimos pacientes han cancelado las visitas y quería llegar antes para empezar a hacer la cena. Ya veo que no has pensado en ponerte al día con los deberes. —Robbie y yo nos miramos; la madre de Sasha chasqueó la lengua y entrecerró los ojos al fijarse en la pantalla—. Y encima pierdes el tiempo en tonterías.

—No son tonte…

—Los exámenes de admisión están a la vuelta de la esquina.

—Ya lo sé, mamá. He estado hincando los codos y lo sabes. Además, aún quedan dos meses.

—Dos meses no son nada. —Se cruzó de brazos—. Si quieres entrar en Harvard no puedes perder el tiempo. Cuando tu hermana quería llegar a Broadway y tenía audiciones a dos meses vista, ¿crees que se puso a jugar a videojuegos? No. Practicó sin parar. Sacrificó su carrera. No desperdició ni una oportunidad. Y ahora está en *El fantasma de la ópera* .

—Ya lo sé, mamá. Fuimos a verla juntas, ¿te acuerdas?

—Bueno, solo digo que podrías seguir su ejemplo. —Joder. Si mamá me comparara así con Maggie alguna vez, me quedaría hecha polvo. Pero Sasha estaba ahí, estoica; solo el brillo de sus ojos delataba el dolor que sentía.

—Es culpa mía, señora Harris —dijo Robbie, cuya valentía iba más allá del ámbito digital. Cerró el portátil y se puso de pie. Miré mi pantalla y vi que el escuadrón enemigo se cargaba a nuestros avatares de un solo golpe—. Sasha y Amber iban a trabajar en la

obra de teatro, pero las he convencido para que jugáramos al Fortnite. Es mi culpa.

La señora Harris me miró como si acabara de reparar en mi presencia.

—Ya puestos, quedaos a cenar. La cena estará lista dentro de una hora. —Y dicho eso, salió de la habitación y dejó la puerta abierta.

Robbie y yo miramos a Sasha, que se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Robbie.

—Psé —murmuró Sasha, parpadeando hacia el techo.

—Sabes que no puedes estar todo el santo día estudiando, ¿no? —dijo Robbie—. Todo el mundo necesita descansar de vez en cuando. —Como ella no respondió, prosiguió—: Además, los exámenes de acceso son una tontería. Las mayores victorias de la vida no tienen nada que ver con el instituto.

—¿Te crees que no lo sé? —le espetó Sasha—. ¿Por qué crees que hago la obra? ¿O por qué estoy en las animadoras?

Robbie levantó las manos en señal de rendición.

—Perdona, solo quería ayudar.

—Ya, bueno… —Sasha miró por la ventana para que no le viéramos la cara—. Será mejor que os vayáis.

—Espera —le dije—. ¿No quieres escuchar esas canciones de las que hablamos? —Si no las escuchaba, ella y el club de teatro no podrían tomar la decisión final sobre *Romeo y Julieta* .

Dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Ahora no, ¿vale? Tiene razón… Debería estar estudiando. —Se frotó los ojos para despejarse—. Envíamelas por correo y las escucharé después. —Por la voz parecía que estuviera conteniendo las lágrimas. Tal vez no quería que la viéramos llorar.

—Vale. —Me dio lástima. No me extrañaba que siempre intentara ser perfecta en todo. No éramos íntimas, pero me parecía raro dejarla así—. Si quieres, me quedo y te ayudo a estudiar —dije mientras Robbie se guardaba el portátil en la mochila.

—¿En serio? —dijo. Durante un instante pensé que diría que sí, pero entonces se le humedecieron más los ojos y cogió un pañuelo de papel de una caja que tenía en el escritorio—. No, no pasa nada. Mejor vete, ¿vale? Por favor.

Robbie me dio un toquecito en el brazo.

—Vámonos.

Guardé mis cosas en la mochila y seguí a Robbie, que cerró la

puerta al salir, y juntos bajamos por la escalera.

—Adiós, señora Harris —dijo él al llegar a la cocina, por encima del ruido de las ollas y sartenes.

—Adiós —contestó la mujer sin animarnos a que nos quedáramos.

—Uf —dije mientras bajábamos por la escalera de entrada.

—Ya.

—Si su madre es tan estricta, ¿cómo puede ser que Sasha salga tanto, vaya de fiesta y todo eso?

Robbie soltó una carcajada.

—¿Crees que le cuenta la verdad a su madre? Seguramente le dice que va a casa de alguien a estudiar o a la biblioteca o alguna patraña similar.

—Ah. —Yo nunca había mentido así a mis padres. Al menos, no hasta que empecé a sisarles alcohol. Robbie me acompañó hasta mi bici, que había dejado apoyada junto a la puerta del garaje. Me pasé una mano por la cara.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, solo ando un poco estresada por la obra. Si no escucha esas canciones pronto… cada vez queda menos tiempo. Tengo que saber si lo vamos a hacer o no. Es muchísimo trabajo tenerlo todo listo para mayo, pero es posible… siempre que no me haga perder más tiempo.

Robbie se apoyó en el muro y me miró. Clavó los ojos en los míos un poquito demasiado y se me paró el corazón.

—Esta obra significa mucho para ti, ¿verdad?

—Lo significa todo. Demostraría que puedo escribir una banda sonora completa para una orquesta de verdad. ¿Cuándo volverá a presentarse una situación como esta?

—Sé lo mucho que significa probar suerte con algo. Algo importante. —Me puso una mano en el hombro—. Hablaré con Sasha y procuraré que las escuche.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí? —dije animada.

—Claro. A ver, no te garantizo que el club de teatro vaya a acceder, pero seguro que ella estará dispuesta a echarte una mano.

Aun así, al ver lo estresada que estaba, yo ya no estaba segura de nada.

T

FALTAN CINCUENTA Y UN MINUTOS

Era la segunda vez que Sasha insinuaba que debíamos escoger a alguien para que muriera.

—No. —Apreté los puños para obligarme a dejar de temblar. Me dolían los músculos de lo mucho que me estremecía a pesar del calor—. No llegaremos a eso. No se puede llegar a eso.

Sasha extendió los brazos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Pues, no sé… mantengamos la calma e intentemos buscar la forma de salir. Esto no es Alcatraz. Tiene que haber alguna forma de escapar. —Pero nadie me dio la razón. Nadie dijo nada. Todos nos miraban a Sasha y a mí.

Miré a Diego y le imploré con la mirada.

—¡Vamos! Al menos hay que intentar buscar una salida.

Él asintió.

—Probaré con la puerta. Que alguien abra las ventanas.

Se acercó a la puerta y tiró del pomo hasta que se le pusieron blancos los nudillos; no cejaba en su intento de forzar la cerradura. Los demás siguieron su ejemplo y se pusieron manos a la obra. Robbie se unió a Diego en la puerta mientras Scott y Priya arrastraban una silla bajo las ventanas que había a cada lado del aparador, cerca del techo. Sasha fue corriendo a la chimenea y yo reseguí el contorno de la alfombra oriental, buscando Dios sabe qué. ¿Quizá una trampilla o un panel ocultos? Abrí todos los cajones habidos y por haber en busca de una llave.

—La chimenea es falsa. —Sasha se agachó y entró en ella. Empezó a dar golpes al panel que había sobre su cabeza, donde debería estar el conducto de la chimenea—. Pero falsísima.

Encaramada a la silla, Priya masculló al tratar de abrir la cerradura de la ventana.

—La cerradura está atascada.

—Esta también —dijo Scott. El sudor le perlaba la frente y el labio superior—. Parece que han pintado por encima de la cerradura. Además, hay barrotes en las ventanas.

—Pero quizá las podamos abrir. ¡Seguid intentándolo!

Robbie estuvo mirando cómo Diego agitaba el pomo, pero al cabo de un minuto lo apartó y se lanzó contra la puerta de roble, que ni se movió. Cogió carrerilla y volvió a golpear la puerta con el hombro, lanzándose con todo el peso corporal, pero retrocedió a trompicones y se agarró el hombro.

—¡Mierda!

—¿Y si intentamos echarla abajo de una patada? —sugirió Diego.

Robbie le dio una patada en el centro. Y otra. Y otra más. Pam. Pam. Pam. Cada patada me vibraba hasta en el pecho, pero yo seguía rebuscando en los cajones de la mesa auxiliar. Pam. Pam. Pam. Solo encontré manteles, tapetes, servilletas, tenedores, cucharas, platos y velas decorativas. Pam. Pam. Pam.

Sasha se subió a la mesa y empezó a buscar como una loca.

—Necesito una escoba, un palo, lo que sea.

—¿Para qué? —pregunté.

Pam. Pam. Pam.

—Para golpear el techo. Puede que haya alguien arriba.

Señalé a Robbie.

—¿Crees que nos oirán?

Pam. Pam. Pam.

—No lo sé… Robbie, ¡esto no funciona! —gritó Sasha tapándose las orejas—. No estás ayudando.

Diego paseó la mirada por la habitación.

—Puede que haya algo que podamos usar para echar la puerta abajo.

—¿Como qué? —preguntó Robbie, tratando de recuperar el aliento.

—No sé… lo que sea.

Robbie cogió la silla que tenía más cerca y trastabilló hacia atrás como si el peso le hubiera sorprendido. Tras recuperar el equilibrio, la lanzó contra la puerta. Diego pegó un salto hacia atrás con un grito. La silla impactó débilmente contra la puerta y cayó de lado.

—¡Mierda!

Me tiré del cuello del vestido de lentejuelas, me picaba en contacto con la piel sudorosa.

—Joder, esto es un horno. —Crucé la sala y toqué la rejilla que

bordeaba la pared debajo del espejo de latón enorme. ¿Habría forma de cerrar las salidas de aire? Toqué la rejilla y di un respingo —. ¡Ay! —Estaba hirviendo—. ¿Esto se calienta siempre así? —Pero nadie me hizo ni caso porque estaban enfrascados en dar con la forma de salir.

—¿Alguien sabe forzar cerraduras? —preguntó Sasha. Algunos negaron con la cabeza.

—Bueno… podría intentarlo —dijo Diego—. ¿Alguien tiene un clip para sujetar papeles? ¿O un clip de esos para el pelo?

—¿Una horquilla? —dije.

—Sí, eso.

Sasha sacó un pasador con brillantitos del compartimento central del bolso y se lo tendió a Diego.

—¿Este te va bien?

—No, creo que no. Necesito algo más fino y puntiagudo —dijo después de examinarlo.

—A ver si llevo algo en el bolso. —Corrí hasta mi silla y rebusqué en él, palpando todo el fondo, pero no vi nada afilado ni puntiagudo que pudiera usar—. Priya —grité—, ¿tienes una horquilla?

—No —masculló ella, concentrada mientras trataba de girar la cerradura de la ventana. Al final se dio por vencida, respirando con fuerza—. Ya sabes que no uso horquillas. —Era verdad, ella prefería las pinzas porque le recogían mejor su espesa melena.

—Pues no sé, cualquier otra cosa puntiaguda. ¿Un clip o algo?

—Solo me he traído el móvil y un brillo de labios.

—Qué bien. —Scott saltó de la silla—. Nunca sabes cuándo necesitarás retocarte los labios. —Se sacó objetos de lo más variopinto de los bolsillos de su chaqueta y los puso en la mesa: cigarrillos, un mechero, un chicle, la cartera y un montón de pañuelos de papel.

—Pues lo tuyo tampoco nos ayuda mucho, ¿eh? —le dije. Él se encogió de hombros y volvió a subirse a la silla para forzar la ventana.

De repente, Sasha gritó:

—¡He encontrado una horquilla! —Dejó el bolso y se la llevó a Diego—. Robbie, aparta.

Robbie se hizo a un lado, jadeando. Diego estaba arrodillado junto a la cerradura.

—No sé si funcionará.

—Inténtalo de todos modos —dijo Sasha.

—¡Joder! —Priya se apartó de la cerradura de la ventana y negó con la cabeza—. Está atascada de verdad. —Apoyó las palmas en la ventana. Las gotas de lluvia resbalaban por el cristal y le nublaban la vista.

—Déjame a mí —dijo Robbie. Priya saltó de la silla y se subió él.

—¿Por qué habrán pintado las cerraduras por encima? —Scott seguía haciendo fuerza para abrir la de su ventana—. Qué gilipollez.

—Es un… puto… peligro de incendio… eso es lo que es. —A Robbie se le marcaban los bíceps bajo las mangas de la camisa.

—¿Podéis romper el cristal? —propuso Sasha.

—No —dije yo—. No sirve de nada porque hay barrotes en las ventanas.

—Pero quizá podamos sacar los barrotes —dijo Priya.

Robbie me miró; era la más menuda del grupo.

—Podríamos hacerte pasar y tú podrías ir a pedir ayuda.

Me peiné el flequillo hacia atrás con los dedos; estaba frustrada.

—Aunque pudiésemos quitar los barrotes, no creo que quepa por ahí.

Diego estaba concentrado en la cerradura de la puerta; sacaba la lengua mientras introducía la horquilla desde distintos ángulos. Suspiró y se sentó sobre los talones.

—No sé qué estoy haciendo.

Scott se secó la frente.

—Dadme una silla.

Sasha frunció el ceño.

—¿No estás… encima de una?

Señaló desesperado.

—¡Otra silla, evidentemente!

Suspiré. Esto no servía de nada. Aun así, me puse a su lado y le pasé la silla más cercana, estirando bien los brazos para levantarla. Pesaba más de lo que esperaba.

Él la cogió y resopló mientras la alzaba por encima de la cabeza y con las patas traseras golpeó el cristal con fuerza. Era grueso, pero tras un par de golpes certeros, apareció una gran grieta en el centro.

—¡Sí! ¡Muy bien! —gritó Priya.

Scott golpeó la ventana una última vez y el cristal se rompió. Retrocedí hasta la mesa mientras los fragmentos de cristal caían sobre Scott. Un trozo grande le cortó en la mejilla y se le escapó un

grito de dolor. Perdió el equilibrio y agitó los brazos como si fueran hélices, en busca de algo a lo que agarrarse, pero solo había aire y yo no pude acercarme a él lo bastante rápido.

Cayó de la silla y aterrizó en el suelo con un golpetazo que dolía con solo oírlo.

T

HACE DIEZ MESES Y DOS SEMANAS

MARZO DEL TERCER CURSO

—¿Los ves? —le pregunté a Priya mientras examinaba a la multitud en el Chesterfield por si veía a Sasha. Era la segunda vez que iba al restaurante. Los padres de Maria eran los dueños y el fin de semana anterior Sasha me había pedido que vigilara mientras Maria y ella entraban a pillar alcohol. Durante todo el rato que estuve ahí pensé que acabaría echando la pota… hasta que salieron tan campantes con bolsas de tela llenas de botellas. Las dos se escondían tras unas gafas de sol oscuras, como si acabaran de atracar un banco. Nos sentamos como pudimos en la parte trasera del coche de Amy y nos echamos a reír. Solo por ese momento casi pareció que había valido la pena.

Ahora, prácticamente todos los de tercero se agolpaban en el restaurante como sardinas y apenas me oía pensar por encima de las voces y la música. Priya miró el móvil; el pelo que yo misma le había rizado le caía sobre la cara.

—Uf, no hay señal. Pero mira… —dijo—. Sasha ha subido una foto a Instagram hace veinte minutos. Parece que estaba terminando de arreglarse. —Me enseñó la pantalla y me puse rígida. Aparté la vista tan deprisa que casi me provoqué un latigazo cervical. Me vino a la mente el rostro sin vida de Maggie y se me cortó la respiración.

—Ay, Dios. —Priya apagó la pantalla—. Lo siento muchísimo.

Me llevé la mano al pecho para recobrar el aliento.

—No pasa nada…

—No, no, soy imbécil. No sé cómo se me ha podido olvidar.

Después de morir Maggie… después de lo que vi en las redes sociales… mis padres me dijeron que fuera al psicólogo, pero me negué y ellos no lo forzaron más. Sin embargo, a veces me pregunto

si me equivoqué. No podía perder así los nervios cada vez que viera una red social.

—¿Quieres que nos vayamos? —Priya tenía la frente arrugada de la preocupación.

Negué con la cabeza.

—No. Estoy bien, ya se me ha pasado…

Alguien agarró a Priya del hombro.

—¡Señoritas! —gritó Zane al tiempo que alguien subía el volumen de la música, y a Priya se le iluminó el rostro. Zane llevaba tres copas de champán con burbujitas en una mano y nos hizo un ademán para que cogiéramos una.

—Gracias. —Cogí una con el estómago aún revuelto—. Mmm… esto no es champán, ¿no?

—¡Ya quisieras! —dijo—. Es sidra con gas. —Le di un sorbito mientras él se sacaba una petaca metálica del bolsillo—. Pero con esto le he puesto un poco de emoción.

—Hola. —Robbie apareció a mi lado. Alguien volvía a subir el volumen.

La sidra se me fue para el otro lado y tosí.

—Hola —farfullé.

—¿Estás bien?

Tosí otra vez antes de carraspear. «Tranquila, Amber. Tranquila».

—Sí, sí. Estoy bien.

—Esos… pendien… bonitos. —Me perdí la mitad de la frase por el ruido ensordecedor de la sala.

—¿Qué?

Alargó la mano y me puso un mechón detrás de la oreja para luego acariciarme uno de los pendientes que había escogido para la noche. Eran unos atrapasueños dorados con motitas de ámbar. Imaginé que me había hecho un cumplido.

Se me aceleró el pulso.

—Gracias.

Dijo algo más, pero negué con la cabeza porque me resultaba imposible escucharlo. Me dijo al oído:

—Ven, vamos a buscar un sitio más tranquilo. —Su cálido aliento en la piel me puso la piel de gallina.

Priya estaba demasiado ocupada haciéndole ojitos a Zane. Dudaba mucho de que le preocupara que yo me fuera, así que dejé que Robbie me cogiera la mano y me llevara con él. Nos abrimos paso entre la multitud, pasamos frente a la barra y Robbie empujó una

gran puerta de roble que ya estaba entreabierta. Encendió la luz, cerró la puerta al pasar y el ruido se transformó en un leve murmullo. Solo estábamos él y yo.

A solas.

En un comedor privado de la parte de atrás.

Nadie más.

Me notaba el corazón hinchado como un globo a punto de estallar. Seguía sin entender qué quería Robbie con una friki de la música como yo, pero cuando salíamos, la corriente entre ambos era electrizante.

—¿Y… qué te cuentas? —pregunté.

—Solo quería alejarme un rato de todos. Hace mucho calor.

—Sí, hay mucha gente. —Le di un sorbo a la sidra por hacer algo.

—Y demasiado ruido —dijo—. Quizá podrías tocar el piano. Eso los haría callar. —Reí y noté que me ruborizaba—. Oye, le he hablado a Sasha de tus canciones.

—Ah, ¿sí? —Por tanto, me había llevado ahí a hablar de la obra… Desde la última vez que hablamos, le había enviado a Sasha canciones del primer y quinto acto de *Romeo y Julieta* , impaciente por ir haciendo progresos. No sabía si las había escuchado aún.

—Sí. Y esta mañana le he vuelto a preguntar y me ha dicho que el club de teatro está de acuerdo. ¡Harás *Romeo y Julieta* !

—¿Qué? —dije con un gritito de alegría. No me lo podía creer. Estaba pasando, era real—. Ay, muchísimas gracias. —Me lancé sobre él y lo abracé sin dejar de dar saltitos. Él se echó a reír y me aparté, avergonzada por el arrebato que me había dado.

—Me alegro de poder ayudar —me dijo—. Sé lo que es soñar a lo grande.

Me abaniqué con la mano en un intento de refrescarme la cara.

—El béisbol es tu sueño, ¿no?

—Sí —dijo con una gran sonrisa.

—Tus hermanos también juegan, ¿verdad? —Un mes antes, uno de sus hermanos salió en las noticias locales porque lo había seleccionado un equipo de la primera liga.

—Exacto. Liam juega en el Georgia Tech y Paul en los Red Sox. Espero que me vayan igual de bien las cosas.

—¿Los vínculos familiares ayudan con esto?

—No lo sé. —Se metió las manos en los bolsillos—. Mis hermanos mayores… son unos hachas. Siempre he creído que están a otro nivel. Aun así, siempre he querido ser como ellos y, cuando

practicaban en el jardín, yo siempre me apuntaba. Pero ellos se llevan un año y yo me llevo cuatro con Liam, así que me trataban como si fuera un estorbo. Siempre he sido el pequeñín para ellos.

—Pero está claro que eso no te ha disuadido.

—Claro que no. Cada vez que me lo hacían pasar mal, yo se lo devolvía. —Sonrió y le aparecieron los hoyuelos; yo estaba hecha un flan—. ¿Tú tienes hermanos?

«Maggie». Me subió la bilis por la garganta. No quería que sintiera lástima por mí. Algo que me encantaba de quedar con el grupito de Sasha y él era que como habían ido a la Hampton, no habíamos coincidido en la escuela y no habían atado cabos sobre mí y la estudiante del Brewster High que murió cuando íbamos a octavo. No sabían que yo era la hermana de Maggie. Y la gente te mira de otro modo cuando descubren que eres la hermana de la chica que murió.

—No. —Sonreí tan natural como pude—. Soy hija única.

—Eso tiene que molar. —Prendió un dedo en una de las trabillas de mis vaqueros y, cuando me acercó a él, me recorrió un escalofrío —. Mis padres van mucho a los partidos de Paul en Boston, así que a veces también me siento solo. —Con la otra mano, me volvió a poner el mechón esquivo detrás de la oreja y me miró fijamente—. ¿Sabes? Hace tiempo que quiero hacer algo.

Me latía tan deprisa el corazón que estaba convencida de que él lo oía golpear contra mis costillas.

—¿Y qué es?

Bajó la mirada y la posó en mis labios.

—Creo que ya lo sabes.

Ay, Dios mío. Esto estaba a punto de pasar. Ahora mismo.

Nunca había besado a nadie. ¿Y si lo hacía mal? ¿Tenía los labios demasiado secos? ¿Las manos sudorosas? ¿Qué tenía que hacer con la lengua? ¿Algo? ¿Nada? ¿Y si me explotaba el corazón antes de averiguarlo? ¿Y si…?

Pero antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, me puso una mano en la nuca y me acercó a él. Nuestros labios se rozaron. Cerró los ojos mientras movía la boca sobre la mía. Me embargó un calorcito que me hizo sentir un cosquilleo en los dedos de las manos y los pies.

Mientras profundizaba el beso, me empujó hacia el armario de la vajilla. Se me cayó la copa de champán y me mojé de sidra los zapatos, pero me daba absolutamente igual. Le rodeé el cuello con

los brazos y se me escapó un suspiro cuando me lamió el labio superior. Siempre había pensado que los besos con lengua eran asquerosos, pero eran electrizantes y excitantes… me quería explorar entera y yo quería permitírselo.

Bueno, a ver, tal vez no entera del todo. Cuando me empezó a bajar los dedos por el muslo, le aparté suavemente.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

—Vale. —Me dio otro beso interminable y yo sonreí tímidamente cuando fue a abrir la puerta.

Pero la puerta estaba atrancada.

—Pero ¿qué leches…? —dijo, agitando el pomo.

—¿Se ha cerrado?

Pasó la mano por la puerta y el pomo.

—Hay una cerradura, pero no hay llave. —Aporreó la puerta—. ¡Eh! ¡La puerta se ha atrancado! —Me tapé la cara con las manos. Ahora todo el mundo sabría que estábamos liándonos aquí dentro —. ¿Hay alguien ahí…?

La puerta se abrió de repente; Maria y Priya estaban al otro lado.

—¡Ay! Lo siento. —Maria cogió una llave de latón y me la enseñó —. La puerta se cierra sola. —Introdujo la llave en la cerradura, por la parte de dentro, y me guiñó un ojo—. Por si acaso. —Sonrió y se fue hacia la barra.

Tosí visiblemente incómoda.

—Ve tú —le dije a Robbie. Me moría de ganas de contarle a Priya lo que acababa de suceder—. Te alcanzo dentro de un ratito.

Él sonrió antes de volver al salón principal.

—Perdón por haberte dejado plan… —empecé a decir.

—Ay, por favor, no te disculpes. —Esbozó una sonrisa enorme—. ¿Os habéis liado?

Me puse como un tomate.

—Sí.

Las dos pegamos un gritito y me abrazó.

—Jo, qué suerte, está buenísimo.

Intenté no sonreír como un macaco.

—Y Zane y tú ¿qué?

Se le borró la sonrisa.

—Fue aparecer Sasha y me volví invisible.

Se me cayó el alma a los pies al verle aquella tristeza en la mirada.

—Puedo ir y apartarla de Zane, pero no te quedes ahí callada sonriendo. —Le recoloqué un tirabuzón en el hombro—. Tienes que

participar un poco en la conversación.

Ella se apretó el puente de la nariz.

—No quiere cuentas conmigo.

—¡Qué cosas tienes! Solo eres tímida y ya. Suéltate un poco. —Le agarré los brazos y le di un meneíllo—. Eres divertida, demuéstraselo.

Ella se echó a reír.

—Vale, vale.

—Muy bien. Pues volvamos con Zane, ¿de acuerdo? ¿Dónde andan todos?

—Están junto a la barra…

No le di tiempo a terminar la frase y me abrí paso entre la gente tirando de ella. Vi a Sasha, Amy y Maria riéndose por algo que había dicho Zane.

—¡Sasha!

—¿Cómo va? —Lanzó dos besos al aire, uno por mejilla—. Tengo noticias para ti.

Por encima del hombro de Sasha, vi a Becky Wallace con Phil Pratt y un par más de amigos; me estaban mirando atónitos. Ella fue quien me advirtió por primera vez sobre Sasha en octavo cuando especulábamos sobre los compañeros de clase que tendríamos al año siguiente. Tal vez estuviera celosa de la chica popular a la que adoraba todo el mundo.

Al ver que no decía nada, Sasha siguió mi mirada.

—¿Qué narices está mirando? —preguntó entre dientes—. ¿Y qué lleva puesto? ¿No se ha enterado? Es una fiesta de cumpleaños de alguien de diecisiete, no siete.

Becky llevaba un maxivestido rosa eléctrico con pequeños unicornios blancos estampados. Amy y Maria estallaron a reír y Becky puso unos ojos como platos detrás de sus gruesas gafas. Cuando vio que todo el mundo le miraba el vestido, se lo sacudió inconscientemente como si pudiera borrar los unicornios. Phil, que iba con muletas, fulminó a Sasha con la mirada y apretó la mandíbula.

—¿Y qué hace Phil Pratt aquí? —preguntó Priya un poco más alto mirando a Zane. Phil se puso rojo bajo aquella mata grasienta de pelo castaño—. ¿No hay que ducharse para que te inviten a estas cosas? —Me quedé boquiabierta. No era así como quería que participara en una conversación. ¿Cómo podía decir algo semejante, aunque fuera para impresionar a Zane?

—¿Verdad? —Sasha entrelazó un brazo con Priya—. Maria —dijo en voz baja—, ¿en qué estabas pensando cuando los invitaste?

Maria puso los ojos en blanco.

—Mi madre me hizo invitar a todos los de la clase. No quería que nadie se sintiera desplazado. Y creí que, total, como tampoco hacía falta que habláramos con ellos…

Becky me miró enfadada como si pensara que yo también me estaba mofando de ella. Pero nunca lo haría. Habíamos sido amigas… hasta que ya no lo soporté más. Y no por su culpa.

Deseosa de desviar la atención de Becky, le di un tironcito en la manga a Sasha.

—¡Robbie me ha dicho lo de la obra! —Di una palmada, contenta.

Ella me abrazó.

—¡Sí! Estoy superemocionada. Tía, cuando escuché *El veneno* me puse a llorar, te lo juro. Pero a llorar en plan feo. Tienes muchísimo talento. —Cogió un *pretzel* de la barra y lo mojó en salsa de espinacas—. Me muero de ganas de hacer la obra.

Quise contestar, pero solo me salió un gritito.

—Pero tenemos que esperar al invierno. Sé que querías que fuera mayo…

—¿Qué? Pero ¡será demasiado tarde! —Se me vino el mundo abajo—. Quería enviar las grabaciones junto con las solicitudes para la universidad.

Cogió otro *pretzel* .

—Ya, pero es que se necesita muchísimo trabajo para montar una obra con música original. Y *Romeo y Julieta* es mucho más complicada que *Un beso para Birdie* . —Hizo una pausa para masticar—. Tenemos que rematar el guion, preparar la escenografía y todo eso. Además, esto le dará a la orquesta más tiempo para aprenderse las canciones.

Me entró el pánico.

—Pero la obra de invierno siempre es justo antes de Navidad y será demasiado tarde.

—¿Cuándo es el tope para enviar las solicitudes?

—Mediados de diciembre, creo.

Se lamió salsa del pulgar.

—Bueno, pues procuraremos que el primer pase sea antes de ese plazo. No te preocupes, seguro que encontraremos la forma. Te lo prometo.

Pero para eso tendríamos que cruzar los dedos y que el primer

pase fuera perfecto. Mi futuro estaba en juego y no me gustaba depender de la suerte.

Cuando dependes de la suerte, las cosas suelen torcerse.

T

FALTAN CUARENTA Y OCHO MINUTOS

—¡Scott! —chilló Priya.

Scott aterrizó de espalda y la silla le cayó encima. Él resolló, se agarró la barriga y se quedó sin aire. Tenía un corte en la frente y la sangre le resbalaba por la cara.

Fui corriendo hasta él.

—¿Estás bien? —Hizo una mueca y aulló—. ¿Qué pasa? ¿Qué te duele?

—Todo. —Con un gruñido, medio se incorporó apoyándose en un codo. Tenía el pie derecho inmovilizado bajo la pierna izquierda. Diego dio la vuelta a la mesa mientras yo apartaba la silla. Todos nos arremolinamos alrededor de Scott.

Priya se arrodilló a su lado y, a toquecitos, empezó a secarle el corte de la frente con una servilleta roja de tela.

—Uy, es un corte profundo. Espera, hay un trozo de cristal…

—Espera. Para. —Él la hizo a un lado—. El tobillo… —Dobló la rodilla izquierda y con las manos apartó el pie derecho, aullando de dolor. Se levantó la pernera y le vimos el tobillo torcido en un ángulo antinatural.

Se me revolvió el estómago y, cubriéndome la boca, aparté la vista. Robbie me agarró por los hombros y yo le cogí una mano. Podía soportar la sangre, pero las extremidades dislocadas eran harina de otro costal. Dios, esto no podía ser real. No podía estar pasando.

—Joder —dijo Diego—. ¿Y ahora qué hacemos?

Robbie se arrodilló junto a Scott.

—Deja que le eche un vistazo… —Fue a cogerle el pie, pero Scott reculó un poco y gritó de dolor.

—¡No lo toques!

—Quiero ver si está roto —dijo Robbie.

—Pues claro que está roto —dijo él.

—Podría estar dislocado y ya. ¿Ves cómo sobresale la articulación? —Señaló algo que parecía una nuez redonda bajo la piel—. A Zane le pasó lo mismo en un partido hace años. Si es eso, puedo recolocártelo…

—¡No! —Scott se apoyó en la pared e hizo una mueca de dolor cuando asentó la palma de la mano sobre un trozo de cristal—. ¡No me toquéis!

Priya se le acercó otra vez y, con las manos en las mejillas, contempló horrorizada el tobillo de Scott. Quise tocarle el hombro para tranquilizarla, pero ella reparó en el movimiento y se apartó de mí. Me quedé con los dedos en el aire y bajé la mano.

—Va, tío —dijo Robbie mientras apartaba con el pie otros fragmentos de cristal que rodeaban a Scott—. Si dejas que te lo recoloque no te dolerá tanto.

—No eres médico. —Scott se pegó aún más a la pared; le brillaba la frente por el sudor. Empezó a secarse las manos en los vaqueros y a quitarse de encima las esquirlas de vidrio, pero se quedó helado al ver la mancha rojiza que había dejado a su paso. Le sangraba una mano—. Mierda.

—Yo te ayudo —dijo Priya mientras le examinaba la palma y le extraía una pequeña esquirla.

—¿Alguna vez has recolocado un hueso? —le preguntó Diego a Robbie.

—No, pero vi cómo el entrenador se lo hacía a Zane —dijo él.

Scott negó con la cabeza. Se había puesto de un blanco enfermizo.

—Ni de coña. —Le hizo un ademán a Robbie para que se apartara —. Eso no cuenta.

Robbie se incorporó y se pasó una mano por el pelo.

—Joder —murmuró.

Priya le envolvió la mano a Scott con una servilleta y luego empezó a limpiarle el corte de la frente. La pobre apretaba la boca como si se esforzara por no vomitar. Le pasé un vaso de agua de la mesa.

—Gracias. —Mojó la servilleta en el agua y me dedicó una mirada como diciendo «¿Cómo puede ser que nos pase esto?».

—Eh, chicos —dijo Sasha—. Tenemos que salir de aquí pero ya.

Miré el temporizador de la bomba. Nos quedaban cuarenta y cinco minutos. Cuarenta y cinco minutos… ¿hasta qué? ¿Hasta que todos nos pusiéramos de acuerdo en a quién íbamos a matar? ¿O hasta que uno de nosotros intentara matar a otro por voluntad propia?

¿Colaboraríamos para encontrar la forma de salir de esta o consideraríamos que la bomba era falsa y esperaríamos a ver qué pasaba? La caída de Scott había hecho que, de repente, todo esto fuera terriblemente real. Y si la temperatura subía aún más, ¿nos ahogaríamos antes de que terminara el tiempo? ¿Podría pasar?

Sea como fuere, no podíamos quedarnos de brazos cruzados esperando a que ocurriera algo. A que alguien hiciera algo. Arrastré hasta la ventana la silla a la que Scott se había subido, por encima de los trozos de cristal. Me subí, me apoyé en la pared y me asomé. Una reja metálica oxidada cubría la ventana, con lo que era imposible sacar más que un puño, y mucho menos una persona. Mientras buscaba alguna especie de cerradura o palanca para abrir la reja, Sasha me tocó la pierna.

—Va, eres muy delgadita. Intenta salir.

Toqué las barras de hierro por los extremos, donde se unían a los ladrillos del marco de la ventana, buscando alguna bisagra.

—Es imposible, Sasha —le dije—. La reja está unida al muro con cemento… No encuentro ninguna forma de abrirla.

—Mierda —dijo ella—. ¿Y hay alguien por ahí?

Solo alcanzaba a ver la lluvia en el callejón que separaba el Chesterfield del edificio de delante. Había un contenedor de basura a la izquierda, lo que me impedía ver nada de la calle lateral. A la derecha solo había más muro de ladrillo y pavimento. En el edificio de enfrente no había ventanas que dieran a nuestro lado.

—¡Socorro! —grité tan cerca de los bordes oxidados de la ventana como pude—. ¡Ayúdennos! —Pero era imposible que me oyera nadie con el chaparrón que caía. Un trueno reverberó en el callejón. Volví a gritar, pero nadie respondió a la llamada de socorro.

Me volví hacia Robbie.

—No hay nadie fuera. Nadie. —Me cogió la mano, me ayudó a bajar de la silla y me envolvió en un abrazo de oso. No sabía si quería tranquilizarse él mismo o a mí, pero su calor corporal me agobió y me separé de él—. Joder, hace un bochorno de mil demonios. —No pensé que pudiera hacer tanto calor tan deprisa, pero la sala era pequeña y la energía calorífica que emanaban seis personas aterrorizadas no ayudaba precisamente—. Fuera hay tanta humedad ahora que el aire caliente no se disipará.

—Sí se disipará, pero no lo bastante rápido —dijo Diego.

Sasha se subió a la silla y se agarró a los barrotes de la reja como si pudiera soltarlos ella sola. El sudor le rizaba el pelo de la nuca. Al

ver que su esfuerzo era en vano, empezó a gritar y se puso las manos alrededor de la boca como para dirigir el sonido a través de la ventana. Priya estaba sentada al lado de Scott y, distraídamente, se tocaba la cicatriz del labio superior mientras veía a Sasha montar en cólera.

—Sasha, no sirve de nada. —Le di un toquecito en la pantorrilla —. Ahí no hay nadie.

—El móvil. —Saltó de la silla, casi sin resuello, y se inclinó sobre la mesa para coger el teléfono. Tras volver a subirse, sacó el brazo por la ventana y agitó el móvil. Sentía una mezcla de esperanza y terror. ¿Funcionaría? No, en el sótano no podía haber cobertura. ¿Podría llamar Sasha?

—¿Qué? —preguntó Robbie con los brazos en jarra. Yo toqueteaba la pulsera de amatista mientras esperábamos.

Al cabo de un rato volvió a meter el brazo; tenía la mano y el móvil mojados.

—No, no hay señal. Es una zona sin cobertura. —Se bajó de la silla y me agarró el brazo con los ojos inundados de lágrimas—. Mis padres… Zane… ¿y si no me puedo despedir de ellos? —Le temblaba el labio inferior. Priya entrecerró brevemente los ojos al oírla hablar de Zane, pero no dijo nada.

Abracé a Sasha tratando de pasar por alto el malestar que sentía. Solo habían pasado quince minutos y a pesar del aumento de temperatura, me entraban escalofríos al ver como alguien tan fuerte empezaba a desmoronarse.

—Escúchame, volverás a verlos. No hay por qué decir adiós. No pasará nada. —Pero ya no estaba tan segura. Toda ella temblaba cuando asintió.

—Tiene que haber alguna otra forma de salir. —Diego observó la sala pasándose una mano por el pelo. Yo solté a Sasha—. Como una salida de emergencia o algo así.

Scott negó con la cabeza.

—Ya lo he comprobado. No hay nada.

—¡Tiene que haber algo! —dije en una voz demasiado alta y aguda. Me apoyé en el borde de la chimenea y miré detrás de un armario y luego del otro. Notaba el aire pegajoso y no sé si me lo estaba imaginando, pero cada vez me costaba más respirar.

—Ya os lo he dicho: no hay nada —dijo Scott secándose el sudor de la frente con el dorso de una mano—. No hay puertas secretas.

—¿Ni trampillas? —Robbie le dio una patada a la alfombra

oriental.

—Estamos en un sótano —le recordó Diego.

—Tampoco es una mansión antigua —dijo Sasha—. Estamos en el puto Chesterfield. Y estamos atrapados.

—Dios mío —se quejó Priya, tirándose del cuello del vestido—. Me estoy asando.

—Intentemos echar la puerta abajo otra vez —propuso Robbie.

—No. —Diego se frotó la frente—. Es demasiado pesada…

—¡Intentadlo otra vez! —gritó Sasha—. ¡Tenemos que hacer algo!

Mientras discutían por lo de la puerta, me dejé caer por la pared, al lado de la chimenea, con las manos en la cabeza, toda pegajosa por el sudor. Recorrí la sala con la mirada: no había plafones, paneles, trampillas, enrejados ni nada de nada. Me invadió el pánico y la habitación empezó a darme vueltas mientras me notaba el pulso en las mejillas por el aumento de la temperatura. ¿Cuánto tardaría en tener un golpe de calor? ¿Cuánto calor más tendría que hacer?

Robbie aporreaba la puerta y me tapé los oídos con las manos. La habitación se estaba volviendo cada vez más pequeña; el aire, rancio por el sudor y el olor a huevos y carne asada, me asfixiaba y no podía hacer nada para evitar un ataque de pánico. No tenía forma de huir. No podía escapar.

T

HACE NUEVE MESES

ABRIL DEL TERCER CURSO

Me rugía el estómago mientras me quitaba el chubasquero y lo levantaba para colgarlo del gancho del interior de mi taquilla; no acerté y la chaqueta empapada cayó sobre los libros y libretas. Y yo que creía que podía ser igual de funcional durmiendo solo tres horas…

Quedarme hasta las cuatro de la mañana para terminar el tema del duelo entre Teobaldo y Mercucio en *Romeo y Julieta* me pareció una idea fantástica… hasta que tuve que darle siete veces al botón de repetir del despertador. Cuando por fin me levanté de la cama, ya no tenía tiempo de comerme una tostada y aún menos de maquillarme. Me arriesgué y me eché un vistazo en el espejo de la taquilla.

Pues sí. Quienquiera que inventara el botón de repetir debería pudrirse y morir. En ese orden.

Mientras me dirigía al lavabo de las chicas en un intento de controlar los daños, Sasha vino hacia mí con los ojos desorbitados y estuvo a punto de llevarse a Phil Pratt por delante.

—¡Mira por dónde vas!

Phil la fulminó con la mirada y se fue arrastrando los pies.

—Puaj. ¿Ese chaval no se ducha nunca o qué? —Sasha me tendió un fajo de papeles—. Coge esto. —Abrió la mochila, sacó una grapadora y cinta adhesiva y las puso encima de los papeles—. Y esto también.

—¿Qué es?

—Necesito que me eches una mano con unos carteles… no tengo tiempo… Joder, ¿quién te ha pegado en la cara? —Entrecerró los ojos al reparar en las ojeras que llevaba. Me las toqué con los dedos, avergonzada.

—Eh… es que no he dormido mucho.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Volvió a rebuscar en la mochila y sacó un chicle—. Toma, un chicle de cafeína. —Como tenía las manos llenas, me lo puso entre los labios—. Mano de santo. —Dio un golpecito a los papeles—. ¿Me los podrás colgar? ¿Porfa?

—¿Por qué? —murmuré mientras masticaba el chicle de menta con cafeína—. Me acabas de insultar a la cara.

—Estás fabulosa y fresca como una rosa. ¿Te vale? —dijo con los ojos muy abiertos—. Hazlo, por favor. Tengo que empollar para el examen de biología durante los ratitos libres. —Se puso las manos en el pecho con aire suplicante—. Además, esta tarde tengo entrenamiento con las animadoras y cero tiempo libre.

—¿Estás bien?

—Sí, estresada, nada más. —Me cogió del brazo—. Porfa, porfa, porfa, ayúdame. Te querré para siempre.

Riendo, la aparté.

—Vale, vale. —Recogí la grapadora con la barbilla y leí el papel de arriba del todo. Las palabras «Sasha Harris para delegada de clase» formaban un arco encima de un primer plano de Sasha; las ondas de su melena castaña le caían por los hombros y tenía una sonrisa tan grande que parecía puesta con Photoshop—. ¿Seguro que tienes tiempo para ser delegada de clase?

—Quiero engrosar mi currículo. Tengo que entrar en Harvard cueste lo que cueste. —Como si su currículo no fuera ya lo bastante extenso…

—Oye, espera… —Me las apañé para echar un vistazo al fajo. En algunos carteles había rumores muy feos sobre Jason Goding, su contrincante. Uno decía: «Jason Goding se embolsó los fondos de la clase el año pasado. Votadle si queréis que nos robe también el baile de final de curso». Otro ponía: «Jason Goding copió en el examen de historia. No permitáis que haga trampas en sus responsabilidades con la clase»—. Todo esto es falso.

Sasha frunció el ceño.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues que no pienso ayudarte a esparcir mentiras.

—¡Venga ya! No pasa nada…

—¡Amber! —Priya se abría paso entre la gente apiñada antes de que sonara el timbre; movía una ficha de póquer entre los nudillos. Llevaba practicando sin parar desde muestra *jam session* del domingo, cuando se aprendió un truco de magia de David Thurston.

Sasha arrugó la frente.

—¿Qué haces?

Se le cayó la ficha y rebotó en el suelo antes de detenerse a los pies de Scott Coleman.

—Mierda. Lo siento —dijo Priya al tiempo que Scott le tendía la ficha.

—Nada. Me alegra serte de ayuda. —Esbozó una sonrisa bobalicona. Scott le había pedido salir al menos una vez por semestre desde octavo, pero ella no quería salir con el fumeta de la clase. Su madre la castigaría de por vida como se atreviera a decir la palabra «hierba» siquiera.

—Gracias —dijo ella, ruborizándose. A la vergonzosa Priya le iban los chicos peligrosos.

—¿Qué tal, pelirrojilla?

—Te ha dicho que gracias —le espetó Sasha haciéndole un ademán para que se largara. Él resopló y se fue. Esta miró a Priya —. ¿Qué haces con esa ficha de póquer?

—Un truco de magia —dijo ella—. Estaba practicando en el autobús, ni siquiera me di cuenta de que lo hacía…

—¿Has cogido el autobús del insti?

Priya se puso roja.

—Sí, bueno, es que está lloviendo y no quería coger la bici…

—Ay, eres taaan adorable. —Sasha sonrió.

Incómoda, Priya se rio por lo bajo.

Sasha se volvió hacia mí y se llevó una palma a la frente.

—Joder, tengo que irme ya a estudiar. Vendré esta tarde después del entrenamiento. Estudiaremos juntas. —Nos señaló a las tres.

—Yo ya no necesito estudiar más —dije. Habíamos pasado juntas la mayoría de los días y era divertido, nunca había tenido una vida social tan ajetreada, sobre todo por las fiestas a las que me invitaba Sasha, pero era agotador—. ¿No puedes estudiar con Amy y con Maria? ¿O Robbie, quizá?

Soltó una carcajada.

—Esas tienen cero interés en los finales y Robbie solo quiere jugar al Fortnite.

—Ya, pero es que tengo que centrarme en la música de *Romeo y Julieta* .

—Vale. Priya y yo podemos escuchar mientras estudiamos. —Antes de que pudiera protestar siquiera, me rozó con la mejilla, luego le hizo lo mismo a Priya y se fue tan campante.

Mascullé entre dientes, pero, a decir verdad, su empuje

desenfrenado era motivador. Éramos empollonas y nos alimentábamos la una de la intensidad de la otra. A veces le tocaba una de las piezas en las que trabajaba y ella me daba su opinión, sorprendentemente buena… aunque siempre con su toquecito mordaz habitual. Entonces esbozaba una gran sonrisa como para demostrarme que solo me presionaba para que diera lo mejor de mí.

Priya negó con la cabeza mientras veía a Sasha desaparecer por el pasillo.

—No lo entiendo —dijo con voz temblorosa—. ¿Por qué me odia tanto?

—¿Qué dices? No te odia —le dije mientras íbamos a clase de francés—. Te invita a todas sus fiestas. Y, además, te acaba de pedir que vengas a estudiar con nosotras.

—¿En serio? ¿Es que no la has oído? Me ha dicho que soy adorable.

—Sí, ¿y? Lo eres.

—Pero la intención no era esa —dijo Priya en tono abatido mientras se tocaba la brillante bufanda azul—. Ha sido condescendiente. Ya lo sabes. Hasta ahora, me ha puesto en la banda en todos los partidos.

—¿De verdad? No sabía que a las animadoras también las enviaban al banquillo.

—Al banquillo, no. En la banda. Puedo animar y jalear a la gente, pero no puedo hacer acrobacias. Y sabe perfectamente que no se me da bien jalear.

—Bueno, puede que sea por eso, entonces. Quiere que mejores, solo trata de ayudarte. —Dejé el montón de carteles en el suelo, bajo un tablero de anuncios, y cogí uno en el que salía la cara de Sasha en primer plano—. Sabe que quieres dejar de ser tan tímida. Además, últimamente eres más extrovertida.

—Sí, supongo…

Sonreí y le di un toquecito en el brazo.

—Eso es lo que hacen las amigas, se ayudan mutuamente. —Blandí un montón de folletos de Sasha a modo de prueba.

Ella puso unos ojos como platos.

—Ay, Dios mío… ¿Y si me ha intentado ayudar todo este tiempo? Porque, a ver, la verdad es que me ayudó a entrar en el equipo. ¿Y si me toma por una desagradecida? Tal vez por eso está enfadada conmigo. —Se mordió el labio.

Sonó el timbre y los grupitos de estudiantes se dispersaron para

acudir a la primera clase del día.

—No está enfadada contigo —le dije—. En serio, creo que le estás buscando tres pies al gato.

Priya asintió, pero seguía con aire preocupado. De camino al aula, me detuve junto a una papelera. ¿Debería tirar los carteles que mentían sobre Jason? Las amigas se ayudaban entre sí, y eso también significaba evitar que las pillaran mintiendo. Tiré los carteles incriminatorios a la papelera y me fui a clase.

T

Después del último timbre del día, fui directa al casillero arrastrando los pies; me moría de ganas de llegar a casa y echarme un ratito antes de que llegara Sasha. Estaba abriendo el casillero cuando Priya se me acercó corriendo y me llamó susurrando:

—¡Amber! ¡Tienes que ayudarme!

—¿Por qué gritas susurrando?

—He hecho algo malo. —Le temblaba la voz—. Algo muy muy malo. —Con unos ojos como platos miraba el pasillo arriba y abajo.

—¿Qué has hecho?

Abrió la cremallera de la mochila y sacó una esquinita de un sobre marrón.

—He robado las respuestas del examen de biología.

—¿Que has hecho qué?

—Ha sido después de la quinta hora; sabía que la señorita Tanner no tenía clase. Es cuando está en su despacho. He encontrado el sobre en su mesa. He pensado en hacerle una foto a la hoja de respuestas, pero entonces ha entrado el bedel y me he puesto nerviosa y me he guardado el sobre en la carpeta. Ya sabes que llevo tiempo practicando juegos de manos y…

—¿Y qué? ¿Has pensado que podías volver a dejar el sobre en su mesa por arte de magia?

—¡Yo qué sé! Como te he dicho, me he puesto nerviosa.

—Pero… ¿qué… por qué…? —No sabía por dónde empezar—. ¿Te ha visto alguien más?

Negó con la cabeza.

—No. No me ha visto ni el bedel. Estaba escuchando música mientras sacaba la papelera. Me he escabullido sin más.

—Pero ¿por qué lo has hecho?

—¡Por Sasha! —Priya escondió el sobre en la mochila—. Estaba muy estresada por lo del examen y como me has dicho que solo quiere ayudarme, he querido hacer algo para ayudarla a ella también.

—Pero eso no significa que debas robar un examen. Dios, Priya…

—Ya, ya lo sé.

—¿Le has enviado las respuestas a Sasha?

Priya hizo una mueca.

—Claro, he pensado que ya puestos… —Me cogió la muñeca—. Pero por favor… por favor… ayúdame.

—¿Cómo?

—Tengo que volver a dejar el sobre en la mesa de la señorita Tanner, en el mismo lugar, pero ahora está en el aula con más gente. Creo que dirige un club o algo así. —Se secó el sudor del labio superior—. Pero tengo que hacerlo antes de que terminen las clases y antes de que se dé cuenta.

—Puede que ya lo haya visto. Ha tenido ya varias clases para percatarse de que no está ahí.

Priya contuvo un sollozo.

—Ya, ¡ya lo sé! —Se frotó la frente—. Me he pasado al acabar cada clase después de historia, pero no se ha movido de ahí. Debe de tener una vejiga de acero. —Emitió una especie de gritito y gruñido—. ¿Y si lo tiro sin más? Nunca sabrá que he sido yo.

—No, no. No puedes tirarlo, porque entonces sabrá que alguien se lo ha llevado y, como empiece a hacer preguntas, fijo que al final te descubre. Se te da peor mentir a ti que a mí. —Me froté los ojos.

—Ay, Dios —dijo ella—. Como se entere mi madre, me mata. ¿Y si esto queda para siempre en mi expediente? —Abrió unos ojos como platos y se llevó una mano a la garganta—. ¿Y si me expulsan?

—Priya. —La sujeté por los hombros—. Tranquilízate, ¿vale? Lo arreglaremos. ¿No puedes esperar hasta que termine ese club?

Se mordió el labio.

—Sí, ya lo había pensado, pero ¿y si sale un momento a hacer fotocopias del examen antes de irse a casa? Verá que no está.

Cerré la taquilla de un golpe.

—Vale. Analicemos la situación.

—Gracias, gracias… Me sabe fatal todo esto. —Priya no dejó de disculparse en todo momento mientras nos acercábamos a las aulas de ciencias—. Tenemos que distraerla de alguna manera. ¿Hacemos sonar la alarma de incendios? No, nos meteríamos en un lío más

grande aún…

—¿Tenemos? ¿Hacemos? Pero si la que has robado el examen has sido tú. No voy a hacer nada tan radical. —La puerta del aula de la señorita Tanner estaba abierta de par en par y desde el pasillo se oían las voces y las risas del interior. Me escondí tras una hilera de taquillas y me asomé a la clase.

La señorita Tanner no estaba en su mesa, que estaba justo al lado de la puerta. Estaba escribiendo algo en la pizarra de la pared adyacente —no lo vi bien por la luz que entraba por las ventanas— mientras un puñado de estudiantes ocupaban un par de mesas del laboratorio. Diego estaba hablando:

—Creo que deberíamos construir un prototipo de acuífero.

Amanda, una chica de segundo a la que conocía, hizo una mueca.

—Uf, eso es aburridísimo. ¿Qué os parece mi idea de realidad virtual 3D?

—Sí, a mí me ha gustado —dijo alguien.

Diego negó con la cabeza.

—Pero la gestión de las aguas freáticas podría ayudar a muchos países en vías de desarrollo. La gente se muere de sed cada día.

—Creo que es el club de las Olimpíadas de Ciencia —le susurré a Priya. Ella asintió y apretó los labios como si quisiera contener las náuseas. Me saqué la libreta de biología de la mochila y pasé las páginas—. Vale, esto es lo que haremos. Le preguntaré algo a la señorita Tanner e intentaré que se coloque de cara a las ventanas. Mientras esté distraída y no mire nadie, dejas el examen en la mesa.

Priya volvió a asentir con tanta fuerza que parecía un muñeco cabezón.

—Va, terminemos con esto.

—Espera —susurró ella, pero yo ya estaba llamando a la puerta abierta. Todos los allí presentes se giraron y la señorita Tanner dejó de escribir en la pizarra—. Esto… ¿Señorita Tanner? ¿Puedo hablar con usted un momento? Tengo una pregunta sobre el examen de mañana.

—Sí, claro. —Dejó la tiza en el soporte y se sacudió el polvillo de las manos—. Melissa, ¿sigues tú? Los demás, continuad con la lluvia de ideas.

La profesora empezó a acercarse, pero me fui directa a una mesa vacía al otro extremo del aula, junto a las ventanas, y casi me llevé por delante a la pobre Melissa, que se había levantado para apuntar en la pizarra las ideas que le lanzaban sus compañeros.

—Perdone la interrupción.

—No pasa nada. —Se apretó el puente de la nariz—. Tendría que haber cambiado la reunión del club de las Olimpíadas y programar más horas de consulta en el despacho. Dime, ¿qué pasa?

Parecía cansada, tal vez por un exceso de trabajo, pero no mostraba señales de preocupación ni de enfado porque le hubieran robado el examen. Tal vez aún no había tenido tiempo de ir a hacer fotocopias. Ya en la mesa más alejada de su escritorio, puse la libreta de modo que la profesora y yo estuviéramos de cara a las ventanas mientras repasábamos mis apuntes.

—Tenía una duda sobre… —Repasé frenéticamente las notas para dar con algo que pudiera inducir a confusión—. La osmosis. No sé si lo apunté bien. ¿Qué diferencia hay entre las soluciones hipertónicas e hipotónicas? Creo que lo tengo todo mezclado…

La señorita Tanner enarcó las cejas.

—¿Has buscado las definiciones en el libro de texto o en internet?

Hice una mueca. Pues claro, buscar la definición en internet habría sido mucho más fácil que pedirle ayuda.

—Eh… sí, sí… pero lo que más me confunde es cómo diferenciarlas. Es decir, en la práctica. Es que no he encontrado ninguna explicación que…

—Ah —bajó la voz—, bueno, pero no hace falta saber eso para el examen. Solo pido las definiciones. —Esbozó una sonrisa pícara como si estuviera divulgando información clasificada—. Pero ya que lo preguntas, te lo explico.

Mientras la profesora parloteaba sobre células que se encogían o hinchaban o algo así, giré ligeramente la cabeza y le lancé a Priya una mirada significativa. Empezó a caminar hacia el escritorio de la señorita Tanner, sin dejar de mirar a los estudiantes, que ahora mismo estaban centrados en Diego y Amanda mientras estos discutían sobre los acuíferos, como si fuera un partido de tenis.

—Nadie quiere hacer eso de los acuíferos —dijo Amanda y algunos asintieron.

Diego se llevó un puño a los labios y negaba con la cabeza como si no pudiera creer cómo podía ser tan obtusa.

—Mira —dijo al final—, hacer un proyecto que termine con el sufrimiento humano nos dará más puntos. El agotamiento del agua está matando a las personas. Mata a bebés. Mejorar los acuíferos puede salvar vidas y conseguir que países enteros sean más estables social y económicamente. A ningún jurado le importa la realidad

virtual 3D. Tal vez la realidad aumentada… pero son problemas del primer mundo.

—Tú eres el menos indicado para hablar de problemas del primer mundo —le espetó Amanda—. ¿Quién narices necesita una esponja que cambia de color?

Diego se pasó una mano por la cara como si estuviera cansado de oír hablar de su propio invento.

—Eso fue hace años, ¿vale? Esto no tiene nada que ver con SpongeClown… —Algunos se rieron y Priya levantó un montón de carpetas de la mesa; en la otra mano llevaba aún el sobre con el examen robado.

—Reconócelo, señor Esponja —dijo Amanda con tono altivo—. Tu idea es un aburrimiento. Tenemos que escoger la mía. —Algunos se rieron por la pullita. ¿Por qué se dejaba Diego amilanar así?

—Chicos, no perdáis las formas —les dijo la señorita Tanner, girándose hacia el grupo. Priya dio un respingo, con el sobre en las manos y expresión culpable. De repente, el tiempo iba más despacio y el pánico me invadió como la niebla mientras visualizaba lo que pasaría a continuación. La profesora repararía en el sobre que Priya llevaba encima y sabría lo que estábamos haciendo. Me suspenderían y mis padres me castigarían quitándome todo lo que me llenaba de vida: el teclado, el violín, el ordenador, mi música. Ya no podría trabajar en la obra y Sasha cambiaría de opinión y no me dejaría componer la banda sonora. El aula se estaba volviendo cada vez más pequeña.

Pero no podía dejarme llevar por el pánico. Tenía que hacer algo para salir de esta.

—¡ACUÍFEROS! —grité a la desesperada. La señora Tanner dio un brinco y todos se volvieron para mirarme. Todo el calor se me subió a las mejillas y supe que me había puesto roja como un tomate—. Esto… creo que deberíais escoger la idea de Diego de los acuíferos.

Amanda frunció el ceño.

—¿Y por qué deberíamos hacerte caso?

—Pues… porque… —Tragué saliva y me temblaban las piernas mientras trataba de pensar en algo mientras Priya volvía a levantar el montón de carpetas—. Porque Diego tiene razón… Todos los institutos van a hacer proyectos vistosos con realidad virtual o impresoras 3D y similares. Cosas que le importan a la gente que tiene dinero. Pero si escogéis la idea de los acuíferos, estaréis haciendo algo bueno por la gente que sufre cada día y que no puede

ayudarse a sí misma.

Diego arqueó las cejas, sorprendido. Al cabo de un instante, asintió.

—Exacto. Y si podemos crear un prototipo de acuífero barato y eficaz, las empresas de África y Asia podrán reproducir el diseño.

—Sí, ya. —Amanda puso los ojos en blanco—. Un grupo de chavales de instituto va a poder diseñar algo mejor que unos ingenieros.

—¿Y por qué no? —dije yo—. Si crees que no puedes mejorar las cosas, ¿por qué estás aquí? —Una sonrisa se asomó al rostro de Diego y algo me revoloteó a mí en el estómago.

Miré a Priya, que me levantó un pulgar desde el otro extremo del aula. Por desgracia, Diego siguió mi mirada y vio también el gesto de Priya. Se giró hacia mí, ya sin rastro de la sonrisa, y me quedé de piedra. Mierda, mierda, mierda. ¿Cuánto había visto? ¿Sabía lo que acababa de hacer? ¿Diría algo?

Cogí mi libreta.

—Vale, pues, yo me voy ya. Tengo que estudiar. Gracias por explicármelo, señorita Tanner. —Salí pitando del aula evitando la mirada de Diego, pero noté sus ojos clavados en el cogote mientras Priya y yo cruzábamos la puerta.

T

FALTAN CUARENTA Y CUATRO MINUTOS

—Oye —dijo Diego. Abrí los ojos de golpe y lo encontré arrodillado junto a mí mientras Robbie aporreaba la puerta con la silla. Priya se hizo un ovillo junto a Scott debajo de la ventana abierta, observando los esfuerzos inútiles de Robbie, mientras Sasha daba vueltas por la habitación buscando pistas. Aparté las manos de los oídos, pero me estremecí cuando la silla volvió a chocar con la puerta—, ¿estás bien? —me preguntó.

Me abracé las rodillas a la vez que me invadían las náuseas.

—Sí, solo… siento claustrofobia.

Diego se echó hacia atrás, con los ojos bien abiertos por la preocupación.

—¿Quieres que te deje sola?

Ay, Dios. Tenía que tranquilizarme.

—No, no. No pasa nada. —Tragué saliva y apoyé la cabeza contra los fríos ladrillos de la chimenea—. Está empezando a hacer mucho calor. No crees que nos vayamos a asfixiar, ¿verdad?

Me frotó el brazo de forma reconfortante y negó con la cabeza.

—Lo dudo. Estoy seguro de que el termostato no puede llegar tan alto.

—¿Y qué pasa si la caldera está rota o algo así? —Me sequé la frente con el dorso de la mano—. ¿Y si el termostato sí puede llegar tan alto?

Diego frunció el ceño, planteándose aquella posibilidad. Al otro lado de la habitación, Robbie dio otro golpe y el ruido de la madera partiéndose retumbó en la habitación. ¿Estaría consiguiendo algo?

—Mierda.

No. El respaldo de la silla se había partido por la mitad. Tiró a un lado la silla rota, que cayó con un golpe seco sobre la alfombra.

—¡Aaargh! —Robbie golpeó la puerta con las palmas—. Es inútil. —Al girarse me encontró en el suelo con Diego y apretó la

mandíbula—. ¿Todavía crees que esto es una prueba psicológica para la beca, señor Esponja? —le preguntó a Diego, apretando los puños.

Diego miró a Scott, que hizo una mueca de dolor al quitarse la chaqueta de cuero y negó con la cabeza.

—Tiene que haber una forma de salir de aquí. —Sasha abrió los últimos cajones del armario en el que yo ya había buscado y lo único que encontró fueron manteles—. Tiene que haberla. —Recorrió con los ojos la habitación a toda velocidad, como un animal atrapado.

—No creerás que la única forma de salir de aquí sea matando a alguien, ¿verdad? —le pregunté a Diego en voz baja.

Este negó con la cabeza.

—Yo ya no sé qué creer. —Se levantó y me ofreció una mano. La cogí y me ayudó a ponerme de pie—. Está empezando a hacer más calor, incluso con esa ventana abierta. Quizá deberíamos romper también la otra. Y estos cristales. —Tocó uno de los armarios de la vajilla—. Por si hay algo dentro que nos sirva. —Se quedó paralizado cuando algo en el armario le llamó la atención.

Seguí su mirada y vi una lucecita roja en la parte de atrás del estante superior.

—¿Qué narices es eso?

—¿Qué pasa? —Robbie se acercó a nosotros.

Apoyé las yemas de los dedos en el cristal.

—Nos… nos están observando.

—¿Qué? —Sasha corrió hacia nosotros.

Señalé el armario.

—Es una cámara. Alguien nos está observando.

Un objetivo pequeño, que parecía una cámara web, estaba situado entre dos hileras de copas de cristal, tapado por una servilleta de tela de color rojo oscuro. Se camuflaba con los estantes de caoba.

—Entonces sí que es una prueba. —Priya se levantó a toda prisa —. Nos están observando para ver cómo reaccionamos.

—No —dijo Diego, entrelazando las manos detrás de la cabeza—. En cualquier caso, significa que no es una simple prueba. El veneno es de verdad, la bomba es de verdad… Esto va en serio.

Priya se puso pálida.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué la cámara significa que esto va en serio?

Scott soltó un gemido de angustia. Apoyó la espalda en la pared y

extendió las piernas hacia delante.

—Por eso. —Diego señaló a Scott—. Si están observando y esto fuera solo una broma o una prueba, no permitirían que Scott se tirase ahí herido lo que queda de hora. Lo habrían parado todo en cuanto se ha roto el tobillo para que pudiésemos llevarlo a un hospital.

—Ay, Dios mío —gimió Priya—. Eso significa que están esperando a que… a que…

—A que matemos a alguien —terminó Sasha, con voz temblorosa.

Robbie asintió con la cabeza y dijo con los dientes apretados:

—Tiene razón. Esto va en serio. Uno debe morir.

Scott me dirigió una mirada preocupada, mordiéndose los labios como para evitar volver a aullar de dolor.

Robbie apartó a Diego a un lado y miró directamente a la cámara.

—¡Que os jodan!

Le di un empujón a Robbie.

—Robbie, para. Así no vas a convencer a quienquiera que sea de que nos deje marchar.

Priya jadeó.

—¿Crees que podríamos convencerlos?

—¿Cómo? —gruñó Scott entre respiraciones poco profundas—. Ni siquiera sabemos quiénes son.

—Bueno —dije—, vamos a pensar. ¿Quién creemos que podría ser? ¿Quién puede odiarnos tanto como para hacer esto?

Sasha me dio un codazo.

—No pensarás que es Maria, ¿no?

Enarqué las cejas.

—¿Maria… Maria, la animadora? —preguntó Diego. Sasha asintió con la cabeza, tragando saliva.

Robbie negó con la cabeza.

—Imposible. Maria no nos haría esto.

Me pasé los dedos por los labios, analizando la situación, sorprendida por el hecho de que la primera persona de la que Sasha sospechase de habernos encerrado fuese alguien a quien consideraba su mejor amiga. ¿Estaría pensando en algo que había hecho para enfadar a Maria? Sasha tenía los ojos muy abiertos y expresión de pánico mientras me veía reflexionar.

—No lo sé —dije—. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Qué motivos podría tener?

—Bueno… —Sasha se pasó la lengua por los labios, como si

estuviese ocultando algo—. Sus padres son los propietarios de este sitio. Le habría resultado fácil prepararlo.

Fruncí el ceño.

—Cierto. Pero eso no es una razón.

—De todas formas, tampoco ha podido prepararlo, ¿no? —dijo Robbie—. Está en algún lugar en medio del océano.

Los padres de Maria la habían sacado del instituto dos semanas para su reunión familiar bianual y llevaba la última semana y media en un crucero. Antes de irse, Sasha no dejaba de decirle que era una «zorra con suerte».

Sasha se dio una palmada en la frente.

—Ni siquiera había caído en que el restaurante tendría que haber estado cerrado.

Me llevé las manos a la garganta y sacudí la cabeza. La familia de Maria siempre cerraba el Chesterfield cuando se iba de vacaciones para que el personal también pudiese tomarse un descanso.

—Yo tampoco. Ni siquiera lo había pensado.

—¿Cuándo vuelven? —preguntó Priya.

—El sábado, creo —dije.

—Vale, entonces, si no ha sido Maria… —Priya se mordió la uña del pulgar, mirando fijamente a la cámara—. Tal vez sea un asesino en serie. ¿Os acordáis de los asesinatos en el parque de hace unos años?

—Ah, sí —dijo Robbie.

Cuando estábamos en séptimo, unas cuantas chicas desaparecieron con semanas de diferencia. Todas ellas habían salido a correr por el Parque Estatal de Brewster y todas ellas aparecieron en la orilla del lago Brewster a la semana. Yo no conocía a ninguna, pero el miedo inundó nuestra ciudad como un tsunami. En el colegio se instauró un sistema de acompañamiento para cada vez que salíamos a la hora de comer o para ir al gimnasio. Mamá y papá no nos dejaban a Maggie y a mí ir en bici al colegio solas y Maggie, que en ese momento iba a tercero, montó el pollo por tener que coger el autobús.

El asesino resultó ser el gerente del supermercado local. Al parecer, cuando su mujer lo dejó por su mejor amigo, se volvió loco y empezó a atacar a pelirrojas que se parecían a ella. Cuando los policías ataron cabos, pudieron efectuar el arresto con bastante rapidez. Sin embargo, incluso con ese hombre entre rejas, mamá me obligó a llevar espray de pimienta en el bolso a todas horas.

Siempre que salía en las noticias decía que podríamos haber sido una de nosotras.

—Cogieron a ese tío —se burló Robbie—. Maldito hijo de puta.

—Un hijo de puta asesino —murmuró Scott, sacándose un paquete de cigarrillos del bolsillo del abrigo con dedos temblorosos. Su prima había sido una de las víctimas.

—¿Y si se ha escapado de la cárcel? —dijo Sasha.

Scott se rio, aunque sonó más como un graznido. Se colocó un cigarrillo entre los labios, con la cabeza descansando contra la pared, mientras buscaba un mechero en sus bolsillos.

—Es un asesino en serie, no un ratero de poca monta. Está en una cárcel de máxima seguridad. Es imposible que haya escapado.

—Además, nos habríamos enterado —dijo Robbie.

—Cierto. —Scott dejó a un lado su chaqueta—. Y encima no es su *MO* .

—¿Su qué? —preguntó Priya.

—Su *MO* . —Scott se encendió un cigarrillo con una llama vacilante—. Ya sabéis… Su forma de actuar. ¿Es que no veis *Ley y orden* ?

—No.

—Significa *modus operandi* —dijo Diego.

Scott señaló a Diego con el mechero apagado.

—Sí, eso es. Es como su método; su estilo. Iba a por chicas que se parecían a su ex. —Se calló e hizo una mueca por una nueva punzada de dolor—. ¿Por qué iba a querer torturar de repente a un puñado de adolescentes?

—No deberías fumar aquí. —Sasha miró el humo que salía de los labios de Scott.

—Dame un respiro, anda. —Se señaló el tobillo roto.

—¿Y si le prendes fuego a algo?

Scott tiró la ceniza del extremo del cigarrillo con un golpecito.

—No seas paranoica. —Le dio una gran calada—. Vamos a morir de todas formas.

—Nadie va a morir —dije, colocándome entre ellos—. Resolveremos esto.

Al captar el olor del cigarrillo de Scott, hice una mueca. La cara le brillaba por el sudor y le caían manchas de sangre desde el corte en la frente hasta la sien y la barbilla. Entre bocanadas de humo, respiraba jadeante; no podía ni imaginarme el dolor que debía de sentir.

—Scott, a lo mejor no deberías fumar. Ya es bastante difícil respirar aquí.

Scott soltó un bufido.

—Solo por ti, pelirrojilla. —Sostuvo el cigarro por encima de la cabeza, se lo arranqué de los dedos y lo tiré por la ventana entre las barras entrecruzadas.

Priya se pasó la lengua por los dientes mientras reflexionaba.

—Entonces, si no ha sido el asesino en serie del supermercado, ¿quién podría ser? ¿Quién narices nos iba a querer muertos?

—A lo mejor no quieren eso —dijo Diego. Enarqué las cejas.

—¿En serio? —intervino Sasha.

—Ya hemos hablado de esto —apuntó Robbie—. Es muy probable que esas cosas sean de verdad. —Señaló la bandeja con la bomba y el veneno—. Alguien quiere sangre.

—Espera un momento y escúchame —dijo Diego—. Sea como sea, lo de la beca ha sido una treta para reunirnos en la misma habitación. Eso está bastante claro. Pero puede que sea una especie de experimento psicológico.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿A lo científico loco?

—O es cosa del gobierno.

—Ay, por Dios. —Sasha apretó los puños—. No tenemos tiempo para una de tus estúpidas teorías de la conspiración.

—No, de verdad… —empezó él.

—¿Qué teorías de la conspiración? —se burló Robbie.

—Está obsesionado con los ovnis, las bases militares secretas y todo ese rollo —dijo Sasha.

Diego apretó la mandíbula.

—No estoy obsesionado.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunté a Sasha.

Puso los ojos en blanco.

—El año pasado me tocó revisar su artículo de investigación para la revista. También cree que estamos en Matrix y que nos controlan por ordenador.

—¡No es verdad! —Diego me miró y se puso rojo—. Escribí sobre los factores psicológicos que impulsan las teorías conspiranoicas y sobre la poca información o pruebas científicas que existen para refutar algunas de ellas. Solo eso. —A pesar de todo, tuve que reprimir una sonrisa. Entre que era el mejor estudiante, lo de las esponjas y toda la ropa que tenía con motivos de ciencia ficción,

ostentaba ya el título de friki honorífico. No había ninguna necesidad de esconderlo.

—Bueno, de todas formas, no creo que esto sea un simple experimento —dijo Sasha—. Algún psicópata quiere hacernos volar en pedazos y primero torturarnos.

Robbie negó con la cabeza.

—No puede ser un tío cualquiera. Tiene que ser alguien que conocemos. O por lo menos alguien que nos conoce. Alguien que sabe que nos conocemos entre nosotros.

—Alguien que sabía que la familia de Maria iba a estar fuera de la ciudad —dijo Priya.

Sentí un cosquilleo en la nuca e intercambié una mirada recelosa con Sasha.

—Entonces, ¿crees que es alguien del instituto? —pregunté.

—Tiene que serlo, ¿no? —aventuró Robbie—. Es lo único que tenemos en común.

—Y todos estamos en el mismo curso —dijo Priya.

—Eso es cierto. —Diego se frotó la barbilla—. Pero aparte de eso, no veo que estemos conectados de ninguna otra manera. No tiene pinta de que alguien quisiese acabar con un grupo de populares o de empollones o de deportistas, ¿sabéis?

Asentí con la cabeza. No todos encajábamos en el mismo molde. Si tuviese que clasificarnos, diría que somos la popular, el deportista, el cerebrito, el fumeta, la solitaria y la friki de la orquesta. Todos éramos muy diferentes.

—Cierto… Tampoco entiendo por qué nos han invitado a nosotros. ¿Es posible que tengamos un enemigo en común?

Diego arqueó las cejas.

—¿Alguien con sed de venganza contra todos y cada uno de nosotros?

—Exacto —dije.

—Bueno, ¿quién de aquí es el que tiene más enemigos? —preguntó Robbie.

—Fijo que es él. —Sasha fulminó con la mirada a Scott.

Este abrió la boca para decir algo, pero Robbie lo interrumpió:

—Sí. Venga, confiésalo. ¿Te metiste en un trapicheo que salió mal?

—Yo no compro drogas —dijo con voz ronca. Miré a Sasha, pero ella evitó mi mirada—. Lo que tengo lo cojo del alijo de mi padre. A veces les vendo algo a los chavales del insti, pero estamos hablando

solo de lo suficiente para un par de porros. No conozco a nadie que quisiera hacer algo así.

—Es que ni siquiera tiene sentido —le dije a Robbie—. Aunque conociera a camellos, ¿por qué iban a querer matarnos al resto?

Sasha se apartó el pelo detrás del hombro.

—Bueno, ninguno tenemos enemigos. Por lo menos no unos que quieran matarnos.

—Eso no es cierto —dijo Robbie. Sus ojos, llenos de miedo, encontraron los míos—. A mí se me ocurre alguien que querría ver a Amber muerta.

T

HACE NUEVE MESES

MAYO DEL TERCER CURSO

Arrodillada frente a mi taquilla, cambié algunos libros y al levantarme vi a Robbie a mi lado. Me dio un vuelco el corazón. Estaba diciendo algo, con un cuaderno y unos libros bajo el brazo, pero no podía escucharlo por encima de la banda sonora de *Los Tudor,* que sonaba a todo volumen en mis oídos. (La verdad es que hacía mucho más interesantes las clases del señor Baskin sobre la Inglaterra medieval.)

Me quité los auriculares.

—Lo siento. ¿Qué decías?

Robbie carraspeó y se frotó la nuca.

—Solo quería saber… si estabas libre el viernes por la noche.

—¡Ah!

El calor se extendió por mis venas. Robbie y yo no habíamos estado solos desde la fiesta de cumpleaños de Maria, hacía algo más de un mes. Cuando unos días atrás le pregunté a Sasha por él, me dijo que la agenda del equipo de béisbol estaba llena de compromisos. Tenía sentido; yo también sabía lo que era estar ridículamente ocupada. Sin embargo, lo más probable era que nuestra sesión de besuqueos hubiese sido una alucinación mía. Sí, esa era la conclusión más lógica.

Pero ahí estaba Robbie, con sus bíceps tonificados, su adorable sonrisa y sus hoyuelos matadores, pidiéndome una cita.

Y ahí estaba yo, deshaciéndome en un charquito que el conserje tendría que limpiar después.

—Sí, claro. —Sonreí como una idiota y me sonrojé cuando me invadieron los recuerdos de sus besos—. Estoy libre.

—Genial. —Relajó la postura—. Acabo de heredar el coche de mi hermano, así que puedo pasar a recogerte. —Enarcó las cejas un par de veces—. Aunque es una chatarra.

—Bueno, mejor que nada, ¿no? —Yo ni siquiera tenía carnet. Dado que estaba trabajando sin parar en *Romeo y Julieta* , este año no había tenido tiempo para ir a clases de conducir. Pero tampoco tenía mucha prisa; mis padres no podían permitirse comprarme un coche. Ni siquiera una tartana vieja. Tal vez pudiera ir a clases este verano.

Se encogió de hombros.

—Cierto. Pues eso, ¿a las seis te parece bien?

—¿A las seis el qué?

—A las seis en punto. El viernes.

Ay, Dios. Me fallaba el cerebro.

—¡Ah! Sí. Es… Por supuesto. Bien. —Yo Jane, tú Tarzán. Ay, madre. Ahora me ardía la cara.

—Vale. Supongo que entonces nos dará tiempo a ver una peli antes de cenar. ¿Hay algo que…?

—Disculpa.

Phil Pratt se plantó detrás de Robbie, con una mueca en los labios. Tenía el pelo castaño claro grasiento, como siempre, con el correspondiente olor a sudor. Llevaba años teniendo que aguantar la respiración cerca de él; como su apellido iba justo delante del mío por orden alfabético, siempre tenía la taquilla al lado de la mía o se sentaba delante de mí si nos colocaban los profesores. Tenía los ojos oscuros y los párpados caídos y siempre llevaba la misma sudadera negra. A la espalda, cargaba una mochila enorme y agarraba las correas para que no se le clavasen en los hombros.

Robbie le tapaba la taquilla y estaba claro que no había oído a Phil, porque seguía hablando:

—…quieras ver? Hay una de acción de Matt Damon, pero…

Phil carraspeó y dijo más fuerte:

—¿Te puedes apartar?

Fijé la mirada en un moratón amarillo que Phil tenía debajo del ojo izquierdo. Me pregunté si era obra de Zane. Hacía poco que le había visto chocar «sin querer» con Phil en el pasillo; quizá también le había dado un codazo «sin querer» en la cara. Aunque quizá no debería ponerme en lo peor; Zane también había chocado conmigo. Puede que fuese muy torpe y ya.

Robbie siguió mi mirada y por fin se fijó en Phil.

—¿Te importa, tío? —Robbie se apoyó en la taquilla de Phil, sin moverse—. Estamos hablando.

Phil frunció el ceño y apretó los dientes, mirando la taquilla detrás

de Robbie.

—¿Te importa? —dijo con voz monótona—. Tengo que sacar mis cosas.

Robbie miró la taquilla.

—Mierda. Perdona. —Se acercó a mí para darle algo de espacio a Phil.

—Pues… —dije—, la peli de Matt Damon me parece genial, llevo tiempo queriendo verla.

Robbie sonrió.

—Genial. —Me colocó el pelo detrás de la oreja y me rozó los labios con los suyos. La electricidad me recorrió el cuerpo y noté su beso hasta en las puntas de los pies—. Luego te veo.

—Sí, suena bien. —Madre mía, pero ¿qué me pasaba? Robbie se dio media vuelta para alejarse por el pasillo y, sin querer, golpeó con el hombro a Phil. La mochila de este pesaba tanto que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Joder, tío, lo siento —dijo Robbie—. Estaba… ya sabes…

Me señaló y después se pasó la mano por el pelo corto. Soltó una risa nerviosa, me saludó por última vez y se marchó dando zancadas.

Ay, Dios mío. Había puesto nervioso a Robbie Nelson. Yo. ¿Qué estaba pasando?

—Pues vale —murmuró Phil tras recuperar el equilibrio. Abrí la boca para disculparme, pero antes de que pudiese decir nada, Priya apareció acompañada de Sasha, Amy y Maria. Las cuatro estaban dando gritos.

—AyDiosmío¿Robbieacabadepedirtesalir? —Priya hablaba tan deprisa que sonó como una única palabra.

Sonreí.

—Sí. Hemos quedado el viernes.

Volvió a gritar y me envolvió con los brazos, mientras Amy y Maria me lanzaban una pregunta tras otra sobre el sitio, mi ropa o si llegaríamos a segunda base. Me puse roja. Era como tener mi propio equipo de animadoras y no estaba acostumbrada a recibir tanta atención.

Sasha abrió mi taquilla de par en par y se miró los labios en el espejo.

—Le dije que querías salir con él.

Abrí los ojos como platos.

—¿Que hiciste qué?

—Bueno, me preguntaste por él la semana pasada. —Me dio un toque con el codo—. Eso es porque te gusta, ¿no?

Me mordí el labio.

—Puede…

—Va, por favor. —Pescó en su bolso su barra de labios rosa y la destapó—. No te hagas la tonta. Es guapo, dulce, fiel…

Ambas dimos un brinco cuando Phil lanzó un libro enorme a su taquilla. Sasha sintió un escalofrío y se pellizcó la nariz, fingiendo que se desmayaba por el olor. Amy soltó una risita.

—Por Dios, Sasha —dijo Maria—. ¿Por qué no sales tú con Robbie?

Se me encogió el estómago.

—Oh… ¿quieres salir con él?

—Ay, por Dios, no —dijo Sasha—. Es como un hermano para mí. Ya sabéis, nuestros padres son superamigos, así que nosotros somos amigos desde peques. Y nunca podría salir con alguien que me vio vomitar junto a la piscina medio desnuda cuando teníamos cinco años. —Sasha se dio un poquito más de color en el labio inferior—. Pero tú le harás bien; necesita adorar algo más que su guante de béisbol. —Me hizo un guiño cómplice—. Así pues, os he ayudado a los dos. Ha salido todo bien, ¿no?

—Sí, supongo…

Diego y yo también habíamos sido amigos desde pequeños, pero eso nunca me había impedido pensar que, algún día, tal vez notaría sus labios sobre los míos. Que a lo mejor algún día terminaríamos juntos. Pero esa llama se apagó cuando empezó a ignorarme.

—Oye, ¿y tú? ¿Quién es tu último rollete? —le preguntó Amy a Sasha.

—Ya sabéis que no soy de las que lo cuentan. —Sasha guiñó un ojo y me dirigió una mirada traviesa—. No quiero que luego vayáis con historias por ahí.

—¿Sales con alguien? —susurré.

—Sí y no. No es nada serio. —Se encogió de hombros, echándose brillo sobre el pintalabios—. La verdad es que, de todos modos, tampoco tengo tiempo para una relación.

—Qué suerte tienes —me dijo Priya—. ¡Vas a salir con el chico más sexi de nuestro curso! —Se mordió el labio—. Bueno, el segundo más sexi…

Di un grito ahogado y le agarré la muñeca.

—¡Tengo una idea! ¿Y si organizamos una cita doble?

Abrió los ojos mientras Sasha los entrecerraba en el espejo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Priya.

—Le pediré a Robbie que lleve a Zane ¡y yo te llevaré a ti! Será muy divertido.

Llevar a Priya le restaría presión al asunto. Además, estaba deprimida desde que Sasha había empezado a venir tan a menudo con nosotras. Esto la animaría.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Crees que querrá tener una cita conmigo?

—¡Pues claro! O sea, venga ya. Cree que eres muy guapa. Te llama «preciosa», ¿no?

Priya chilló y se lanzó hacia mí para darme un abrazo.

—Deberíamos ir de compras esta tarde y escoger un conjunto bonito.

—¿En serio? —le dijo Sasha a Priya a la vez que yo me arrodillaba para sacar el libro de trigonometría que necesitaba para la siguiente clase—. Tienes que practicar para la sesión del sábado. Necesitas trabajar tu forma.

—Zasca —le susurró Amy a Maria, que sonrió.

Después de que Priya robase el examen de biología para ella, Sasha la había dejado empezar a hacer acrobacias, pero al parecer Priya todavía tenía mucho que trabajar. Fue todo un detalle que Sasha emplease tiempo extra para entrenarla; con lo que llevaba a cuestas, no sabía cómo se las arreglaba para llegar a todo.

Sin embargo, Priya se cruzó de brazos.

—Pero puedo tomarme un par de horas libres para ir de compras.

Mientras discutían sobre sus horarios, me asomé a ver qué hacía Phil; estaba tirando desesperadamente lo que llevaba en la mochila a la taquilla. Mosqueada, eché un vistazo. Mientras él hurgaba en su mochila, vi el destello de algo brillante dentro de ella. ¿Qué? ¿Eso era…?

No. No podía ser.

Pero lo era. Sabía lo que había visto.

Phil levantó la vista y se encontró con mi mirada. Se me paró el corazón. Se me entumecieron los dedos.

¿Sabría que yo había visto la pistola?

No podía decir nada. ¿Y si la sacaba y empezaba a disparar? No. Eso no iba a suceder. Eso no podía suceder. ¿O sí? No podía ser verdad. No podía ser. Me puse pálida y él apretó la mandíbula mientras yo seguía buscando en mi taquilla, fingiendo que todo iba

bien. No podía decírselo a las chicas. Se asustarían. Y a él se le podría ir la olla. No. Lo mejor era que fingiese no haber visto nada y fuese a buscar ayuda.

Saqué mi cuaderno de trigonometría y cerré de golpe la taquilla. Sasha dio un paso atrás.

—¡Oye! —Se estaba mirando el maquillaje en el espejo de mi taquilla.

—Tengo que ir al baño —dije.

—Voy conti… —empezó Sasha.

—No, da igual. Vete a clase.

«Vete a clase ya antes de que Phil se vuelva loco», quería gritar, pero no podía ponerlo nervioso. Phil cerró la cremallera de su mochila, la puerta de la taquilla y echó a andar a toda velocidad por el pasillo. Sasha frunció el ceño, preocupada.

—¿Estás bien?

—¡Vete!

Sasha dio un paso atrás y abrió los ojos como platos. La había asustado. Las otras chicas observaban la conversación con las cejas alzadas, sin decir nada. No supe si se fueron a clase justo después o si me vieron darme la vuelta y correr por el pasillo, dejando atrás el baño de chicas, hacia el despacho del director. Me daba igual que me tomaran por loca. Tenía que contarle a alguien lo de la pistola. ¿Y si Phil estaba a punto de disparar a alguien? Lo habían empujado muchas veces, queriendo y sin querer. Puede que quisiera vengarse. Ay, Dios. Tal vez debería haberle quitado el arma en ese momento. ¿Y si empezaba a disparar a gente ahora mismo? ¿Y si alguien moría? Sería todo culpa mía, porque podría haberlo parado.

Cuando sonó la campana, giré una esquina y casi me choqué con la señora Burr, cuyas arrugas marcadas se convirtieron en un ceño fruncido.

—No se corre por los pasillos…

Pero pasé corriendo por delante de ella. Decírselo no serviría de nada; la mujer tardaría una eternidad en recorrer los pasillos renqueando hasta dar con el señor Garcia o el señor Turner, los guardias de seguridad del colegio.

El escritorio del señor Garcia, situado fuera del despacho del director, estaba vacío. Como no teníamos detectores de metales como otras escuelas, normalmente se sentaba de cara a las puertas principales y supervisaba el flujo de personas que entraban y salían a lo largo del día. ¿Dónde estaba? Entré corriendo al despacho del

director. El señor Garcia estaba llenando la botella de agua en el dispensador, riéndose de algo que la señora Anderson, la secretaria del director, le estaba contando. La puerta del director estaba cerrada.

—¡Señor Garcia! —Puse las manos sobre las rodillas y traté de recobrar el aliento.

Se dio la vuelta y cerró el tapón de la botella.

—Hola, Amber. —Se le borró la sonrisa al verme la cara—. ¿Qué pasa?

—¡Una pistola! —solté entre jadeos—. Phil lleva una pistola en la mochila. La he visto cuando él estaba en su taquilla. Está al lado de la mía y le he visto una pistola en la mochila. Por favor, tiene que hacer algo…

Pero no le hizo falta oír una palabra más.

—Cheryl —le dijo a la señora Anderson, mientras se desprendía la radio que llevaba en el cinturón—, busca qué clase tiene Phil ahora. —Se acercó la radio a los labios—. Comisaría, necesito refuerzos en el instituto Brewster de inmediato. Me han informado de que un estudiante lleva un arma.

—Diez-cuatro —dijo una mujer al otro lado—. Solicitud enviada.

—Está en la clase de trigonometría de la señorita Lanish. —La señora Anderson entrecerró los ojos mirando el monitor y se subió las gafas de montura de metal por la nariz—. Aula 309.

—Bien —dijo él. Mientras ella se dirigía al despacho del director y metía la cabeza por la puerta, el señor Garcia me puso las manos sobre los hombros—. ¿Sabe que has visto la pistola?

—Pues… no lo sé…

El señor Garcia me sacudió los hombros con suavidad.

—Tienes que decirme la verdad. ¿Te ha visto?

—Sí, sí…, creo que me ha visto mirándola.

—¿Y qué ha hecho después?

—Ha cerrado la mochila muy deprisa y se ha marchado… Ay, Dios mío, y yo debería estar sentada detrás de él en clase ahora mismo. Como no aparezca, sabrá seguro que lo he visto.

—Vale. Voy a confiscar la pistola. Quiero que vayas directa al aparcamiento, lejos del edificio, y que no vuelvas a entrar, oigas lo que oigas. ¿Me has entendido?

Asentí con la cabeza, tragando saliva. ¿Estaba en peligro? ¿Iría Phil a por mí? ¿Sería su objetivo por haber hecho que lo atrapasen? Ambos salimos del despacho y yo eché a correr por el pasillo hacia

las puertas principales y no dejé de correr hasta que salí del edificio. A saber lo que estaría pasando dentro.

T

FALTAN TREINTA Y NUEVE MINUTOS

—Espera, espera… —Priya frunció el ceño—. ¿Crees que Phil nos ha encerrado aquí?

Se sentó en el suelo al lado de Scott con las piernas cruzadas; los rodeaban trozos brillantes de cristal.

—Sí —dijo Robbie—. Culpa a Amber por haberlo delatado.

En aquel momento me habían aclamado como si fuera una heroína. Sin embargo, yo no me sentía así para nada. Solo estaba muerta de miedo por lo que podría pasar si no decía nada.

El señor Garcia había sacado a Phil de clase con la excusa de que tenía una llamada de casa: una emergencia familiar. Ya en el pasillo, le confiscó la mochila y descargó la pistola. Nadie vio lo que pasó y nadie se dio cuenta de nada hasta que Sasha me acorraló después y me preguntó qué había pasado antes. Estaba tan alterada que tuve que contárselo. Por supuesto, Sasha se lo contó a Maria y a Amy, y corrió la voz de que yo había evitado un tiroteo masivo.

—No creo que haya sido Phil. —Me peiné el flequillo hacia atrás, caminando entre la mesa y la puerta—. Estoy segura de que podemos encontrar a alguien que nos guarde rencor.

—Bueno, Phil te lo guarda a ti seguro —dijo Robbie.

—Pero no odia a Amber en particular —dijo Sasha—. Odia a todo el mundo.

—Razón de más para sospechar de él.

—No odia a todo el mundo —dije.

Sasha sonrió.

—Pues claro que sí. Siempre le pone mala cara a todo el mundo y los mira mal. De ahí lo de la pistola.

Noté cómo me invadía la rabia. Hacía como si Phil fuera el único malo de la película cuando ella se pasaba la vida riéndose de él a sus espaldas.

—Le diste muchas razones para que te mirase mal.

Entrecerró los ojos.

—¿Yo?

—Sí, tú. Siempre te has reído de él a sus espaldas.

Sasha frunció los labios y se cruzó de brazos.

—Pero eso no es motivo para llevar una pistola al colegio. Ni para matar a nadie.

—Joder, Sasha. —Apreté los puños—. Sabes que solo era una pistola de balines.

—¿Y?

Robbie me frotó el brazo.

—Disparado de cerca, un balín también puede matar a alguien.

—Pero no iba a abrir fuego en el pasillo ni nada parecido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Robbie.

Tragué saliva. Sabía por qué llevaba Phil una pistola y había guardado el secreto durante meses. No había evitado ningún tiroteo masivo.

Sasha negó con la cabeza.

—No te entiendo, Amber. ¿Por qué narices lo defiendes ahora?

—No quería hacerle daño a nadie. —Tenía un nudo en la garganta.

Robbie frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué iba a llevar una pistola al instituto, sino?

Me di la vuelta y me crucé de brazos al sentir un escalofrío. Miré a Diego, que, desde el otro extremo de la mesa, me miraba con la cabeza ligeramente inclinada como si tratara de descifrar un enigma.

—¿Amber? —preguntó Robbie.

Ay, Dios. Tenía que contarles la verdad.

T

HACE SIETE MESES

JULIO DESPUÉS DEL TERCER CURSO

Había algo en ese *crescendo* que no me convencía. Entrecerré los ojos mirando la pantalla y repasando las notas mientras sonaban los acordes en los auriculares. Hacía falta más resonancia. Tal vez con un ligado de temas…

Sin apartar la vista de la pantalla, cogí el vaso de limonada rosa y le di un sorbito, tratando de imaginar una modificación, cuando alguien me dio un toquecito en el hombro. Di un brinco y me eché la limonada por todo el pijama.

—¡Aaah!

—¡Aaah! —Papá también se sobresaltó.

Me quité los auriculares.

—Dios, menudo susto me has dado.

Él se rio.

—Bueno, no hay otro modo de llamar tu atención. Solo oyes la música; para lo demás haces oídos sordos. El timbre. Los gritos de tu madre. Podría arder la casa entera y tú estarías aquí feliz como una perdiz.

Apoyé las manos en las rodillas, esperando a tranquilizarme un poco. Me daba muchísima rabia que se me acercaran por detrás. No por el susto, sino porque me recordaba a Maggie.

Me recordaba la última vez que hablamos.

Estaba aprendiendo a usar un secuenciador multipista y llevaba ya unos cincuenta intentos de sincronizar una mezcla de piano y un violín cuando, de repente, alguien me agarró el hombro. Pegué un salto agitando los brazos.

—¡Aaah!

—¡Ayyy! —Maggie se apartó entre risas nerviosas—. Lo siento, soy yo.

—Pero ¿qué narices haces, Mags? —Me quité los auriculares y

mascullé—: Ya casi había terminado esta pista. Estaba casi perfecta. —Le di al botón de *stop* con un clic excesivamente fuerte de ratón y la grabación se detuvo.

Maggie puso unos ojos como platos y se apartó el pelo detrás de las orejas.

—¡Lo siento! Cuidado no te dé un ataque al corazón.

—¿Qué quieres? —le espeté; no tenía ganas de pelea. Había estado muy mordaz y malhumorada todo el último año. A pesar de la diferencia de edad, hacíamos muchas cosas juntas: nos apuntábamos a todas las modas de fantasía, hacíamos maratones de películas, engullíamos *fan fictions* y escuchábamos bandas sonoras… algunas de las mejores. Así fue como descubrí mi pasión por las bandas sonoras de las películas. Pero con el tiempo acabé siendo más una molestia que una compinche para ella.

Maggie cambió de postura.

—Quería darte una cosa. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó su pulsera con amatistas, la que mi abuelo le había regalado a mi abuela Betty como regalo de boda—. Toma, es para ti.

Me giré en la silla, mirando la pulsera embobada. Cuando éramos pequeñas, nos turnábamos para sentarnos en el regazo de la abuela Betty y contar las cuentas irregulares de la pulsera, intentando escoger cuál era nuestra favorita. El año anterior, al morir, se la dio a Maggie. Negué con la cabeza.

—Pero si querías ponértela para el baile de graduación… Mamá te iba a ayudar a encontrar un vestido lila a juego, ¿no?

—Ya lo sé, pero no quiero ir al baile. —Se me acercó y me puso la pulsera delante. Yo extendí la mano y ella la dejó caer en la palma; las cuentas de amatista estaban cálidas de haberlas llevado en el bolsillo.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Porque ningún chico quiere llevarme, así que, ¿qué más da?

—No necesitas pareja para ir al baile.

—No quiero ir, ¿vale? —dijo alzando la voz y le tembló un poco la barbilla—. Espera que te ayudo. —Volvió a coger la pulsera, me la puso alrededor de la muñeca y me la abrochó—. Ya está.

Acaricié las cuentas; no sabía qué pensar de todo eso.

—Gracias.

—De nada. —Se dio media vuelta para irse.

—¡Espera! —le dije y ella se detuvo sin girarse—. ¿Quieres hacer

algo? Podemos ver una peli.

—Estás ocupada con tu música. No quiero entretenerte más.

Miré el teclado. Quería terminar la pista esa misma noche. Por otro lado, quizá Maggie se estaba abriendo y trataba de ser una hermana para mí otra vez. Echaba de menos pasar tiempo con ella. Pero cuando levanté la vista ya estaba saliendo por la puerta y empezaba a subir las escaleras a toda prisa.

No la seguí.

Fue la última vez que la vi con vida.

Ahora, papá estaba junto a mí, de brazos cruzados y mirando las estrofas de la pantalla.

—Tiene buena pinta.

Sorbí por la nariz y borré aquellos recuerdos tristes.

—¿En serio?

—No tengo ni idea. —Los dos nos echamos a reír—. ¿Y ese programa gratis te va bien? —Reparé en la frente arrugada de papá; estaba preocupado. Cuando se me estropeó el portátil el año pasado, me negué a usar el portátil viejo de Maggie, así que me hice con uno de segunda mano con el que mi programa de notación musical tan novedoso no era compatible. Y los programas buenos que sí eran compatibles eran demasiado caros.

—Sí, muy bien. De hecho, casi he terminado esta pista, es el final del tercer acto.

—Ah, perfecto. —Relajó un poco la postura—. Ya solo te queda una más, ¿no?

—Sí. —Sonreí. Papá sabía que ya había terminado el quinto acto. Le gustaba estar informado de mis progresos. Se quedó boquiabierto cuando supo que iba a poner música a una obra de Shakespeare entera e incluso se la releyó para escucharla y saber de qué iba.

—¡Amber! —gritó mamá desde la planta superior.

—Ah, sí. —Papá se frotó el labio superior—. Hay alguien en la puerta que ha venido a verte.

—¿En serio? —¿Quién podía ser? Todo el mundo se había ido ya de vacaciones. Priya había ido a la India a visitar a su abuela y Sasha, Maria y Amy trabajaban de monitoras en un campamento de animadoras en Pensilvania.

—Sí. Y, recuerda, no puedes salir con nadie hasta los cuarenta y siete. —Enarqué las cejas. Él hizo lo mismo y como vi que no decía nada más, salí y subí las escaleras.

Cuando llegué al vestíbulo vi a Robbie, en mi casa, con una rosa

roja en la mano. Seguramente para mí. Se me congelaron los pulmones; de repente, me era imposible respirar.

—Hola —conseguí decir al final. Mamá estaba junto a las escaleras, con una sonrisa de oreja a oreja. No había visto a Robbie desde que terminaron las clases. Después del incidente con Phil Pratt, había cancelado el encuentro; estaba demasiado alterada para pensar en citas, en besos y, en definitiva, en pasarlo bien.

Pero después de eso, Robbie se había propuesto hacerme reír como si aquella fuera su misión personal. Me pasaba notas por debajo de la taquilla con chistes que eran tan malos que no podías hacer más que reírte, como «¿Dónde cuelga Superman su supercapa? En superchero». Me gustaban sobre todo los que intentaba dibujar, como el de una mazorca de maíz que acababa transformada en palomitas al salir de casa en un día de calor. También nos enviábamos mensajes durante horas cada noche para ver cuánto podíamos aguantar conversando solo con emojis. Estaba convencida de que Robbie era un friki disfrazado de deportista. Un deportista muy cañón.

—Eh… ¿qué tal? —Miré la rosa. Calcetines ya estaba ocupado entre los tobillos de Robbie, frotándose la cara por los vaqueros, pero a pesar de la sobrecarga de monería, Robbie me sostenía la mirada.

—Te voy a llevar a la feria. Ya sabes, por tu cumple.

Estoy segura de que oí a mamá pegar un gritito.

—Mi cumpleaños es mañana. Espera… ¿cómo sabes lo de mi cumple? —Me había cerrado la cuenta en Facebook en octavo y estaba convencida de que no se lo había dicho.

Él sonrió.

—Me lo ha dicho Priya.

En el pueblo se organizaba una feria un poco cursi el fin de semana del 4 de Julio y Priya y yo siempre íbamos juntas por mi cumpleaños. Cuando éramos pequeñas, era lo más mágico del mundo, como si Disneyland viniera de visita. Entonces fuimos las dos familias al de verdad y nos dimos cuenta de que no tenía nada que ver, claro. Aun así, íbamos cada año y aunque Priya estaba en la otra punta del mundo, se había asegurado de que siguiera la tradición.

—Bueno —dijo Robbie—, como imagino que ya tienes planes para mañana, te robo para mí esta tarde. —Me dio la rosa, que cogí reprimiendo una sonrisa. Notaba mariposillas por dentro y me

temblaban un poco los dedos, como si me hubiera tomado un capuchino demasiado rápido.

Mamá parecía a punto de entrar en combustión espontánea de la emoción. Ay, Dios, pero qué vergüenza. Me volví hacia ella y papá, que había subido también.

—¿Os parece bien que vaya? —Bromitas de papá aparte, no sabía si a mis padres les parecía bien que saliera con nadie aún. No les había dicho nada de Robbie en primavera.

—¡Pues claro! —exclamó mamá—. ¿Desde cuándo pides permiso para salir con tus amigos?

«Desde antes de que muriera Maggie». No hizo falta que lo dijera en voz alta. La sonrisa de mamá se esfumó.

Después de morir Maggie fue como si las reglas de mis padres hubieran desaparecido de repente. Pensé que se volverían más protectores, pero no, me dejaban hacer lo que quisiera, siempre que enviara algún whatsapp a mamá de vez en cuando. Era como si se anduvieran con mucho cuidado conmigo, aterrados por si me molestaba o me alteraba por lo que fuese.

—Genial —dijo Robbie, como si no terminara de entender la situación. Parecía que a papá le pasaba lo mismo; estaba enfrascado examinando a Robbie—. Entonces… ¿quieres ir a cambiarte?

Me miré los pantalones del pijama y las zapatillas de conejito de peluche, todo manchado de limonada rosa. Al menos llevaba sujetador, pero eso no evitó que me pusiera roja como un tomate.

—Sí. Ahora mismo vuelvo. —Subí corriendo a mi habitación, dejé la rosa en la mesa y me puse unos *shorts* vaqueros, una camiseta con brillantes y unas Converse, y bajé a toda prisa antes de que papá le advirtiera de que no podía salir con nadie hasta dentro de treinta años.

—Envíame un mensaje cuando llegues —dijo mamá cuando nos íbamos.

El trayecto en coche a la feria duró unos cinco minutos. Al llegar, Robbie me compró la entrada y un algodón de azúcar enorme. No me gustaba nada el algodón, pero lo acepté, cruzando los dedos para que mi estómago aguantara bien tanto dulzor.

—¿Te sientes mayor? —preguntó.

Sonreí con picardía.

—Tendrás que preguntármelo mañana.

—No queda nada ya.

Me encogí de hombros.

—No me atrae mucho la idea de hacerme mayor.

—¿Cómo? —Me dio un empujoncito juguetón en el brazo—. Venga ya, ¡tienes diecisiete años! —Sí. Diecisiete. La edad que tenía Maggie cuando murió—. No es ni una quinta parte de tu vida.

—Cierto —dije reprimiendo esos pensamientos funestos.

—¿Y cómo va la obra? —me preguntó.

—Pues bastante bien. —Pellizqué un trocito de algodón y dejé que se me disolviera en la lengua; casi notaba el azúcar desintegrándome los dientes—. Quiero dejarlo todo listo antes de que Sasha vuelva del campamento de animadoras.

—Qué bien que se haya pospuesto hasta diciembre, ¿no? —dijo mientras pasábamos frente a la atracción de las tacitas, esa que marea tanto que te deja los intestinos hechos puré.

—Sí, supongo. —Me había estancado un poco esta primavera; me costaba concentrarme porque no dejaba de imaginarme las cosas grotescas que podrían haber pasado en el instituto si no hubiera descubierto a Phil. Pero ahora no quería hablar de eso.

—Anda, mira, ¡este año hay una montaña rusa de verdad! —La señalé, deseosa de cambiar de tema—. Aunque ya hay que tener ganas de palmarla para subirse.

Me giré y lo vi mirándome de arriba abajo. Ay, madre mía. Me estaba dando un buen repaso.

—Tranquila, fijo que es segura.

—Esto, no… El tren podría quedarse atascado boca abajo. O descarrilar. En las noticias salen cosas así continuamente. Ha muerto gente.

—Sí, pero eso no nos pasará a nosotros. —Se rio y le quitó importancia a mi inquietud como si la muerte fuera algo que solo veías en las noticias, algo que solo les pasa a los demás.

Di otro mordisquito al algodón y le ofrecí un poco a Robbie, pero hizo que no con un ademán.

—Venga —le dije—. No me lo puedo comer todo yo sola.

Sonrió.

—¿Qué? ¿No puedes comerte un metro cuadrado de azúcar puro?

—Ni de coña. ¿Soy rara si te digo que el algodón de azúcar me parece un poquito asqueroso?

—Para nada. —Lo cogió y lo tiró a una papelera que había cerca —. La gente a la que le gusta sí que es rara.

—Entonces pensabas que yo era rara, ¿eh?

—Sí, me has pillado. ¿Qué te apetece? ¿Unos churros

atascaarterias o un perrito caliente de carne misteriosa?

Hice un mohín.

—Oh, oh. ¿No serás un loco de esos de la comida supersana?

—«¿Oh, oh?» —Se llevó una mano al pecho y fingió que lo había ofendido—. Me enorgullezco mucho de esta locura, muchas gracias.

Me eché a reír.

—Si yo soy rara, tú puedes ser un loco perfectamente.

—Vale. —Me cogió la mano y las mariposas de mi estómago se volvieron locas mientras recorríamos los pasillos entre atracciones de feria y puestos de comida ambulante, envueltos en el olorcillo de churros y fritanga.

Buscaba algo inteligente que decirle, pero solo se me ocurrió:

—Bueno, ¿y qué te cuentas? —Trascendental, lo sé.

Él se encogió de hombros.

—He ido mucho al gimnasio. —Intenté no mirarle los bíceps, que no me había quedado absorta mirando durante todo el trayecto en coche. Vale, sí, me había recreado, ¿contentos? Denunciadme.

—¿No juegas a béisbol?

—Voy a un campamento de béisbol la semana que viene. Está cerca, así que podemos quedar igualmente. —Las mariposas se volvieron locas. Quería pasar más tiempo conmigo. Conmigo—. Y voy a jugar en la liga del condado en otoño, porque aún no me han seleccionado para la liga universitaria. —Unas arrugas de preocupación le surcaron la frente.

—¿Aún? Pero si todavía no estás en el último curso.

—Ya, pero normalmente te seleccionan el curso anterior. —Nos detuvimos en un puesto para ver cómo un chiquillo tiraba unos saquitos a tres pirámides hechas con botellas de leche y fracasaba estrepitosamente—. A mi hermano Paul lo ficharon en segundo.

—Anda, ¿en serio?

—Sí. Pero fue a la universidad un año antes de que lo escogieran para la liga menor —dijo con un hilo de voz. Y yo que pensaba que ya iba tarde con las solicitudes a las universidades que se enviaban en diciembre… Estaría hecha polvo si creyera que ya había perdido mi oportunidad.

—Pero no es demasiado tarde, ¿verdad?

Se rascó la nuca.

—Para serte sincero, creo que sí, pero no voy a tirar la toalla. No puedo rendirme. —Vaya, admiraba muchísimo su perseverancia. Pero antes de poder decírselo, se acercó al chiquillo—. Mira, chaval,

te enseñaré cómo se hace. —Le compró al hombre calvo del puesto tres saquitos más. El chico se acercó a su hermana mayor, a quien no había visto antes. Era Becky Wallace. Se le ensombreció la expresión al mirarnos a Robbie y a mí.

Robbie me dio dos de los saquitos y se apartó del puesto. El tercero se lo llevó a la espalda, como preparándose para lanzar una pelota de béisbol.

—¿No juegas en tercera base? —le dije en broma, tratando de obviar las miraditas de Becky.

—Pero eso no significa que no sepa lanzar. —Dio un paso al frente y lanzó el saquito a una de las pirámides; tiró las seis botellas a la vez. Yo le vitoreé y él me hizo una señal con el dedo índice para que me acercara. Entre risas, le di otro saquito.

Derribó las dos pirámides que quedaban sin despeinarse y gritó de alegría mientras me abrazaba y me daba vueltas. El hermano pequeño de Becky gritó «¡Qué pasote!», pero ella lo cogió del brazo y se lo llevó, haciendo caso omiso de sus protestas. ¿Qué mosca le había picado?

—Bueno, ¿qué escoges? —le preguntó el calvo con voz aburrida—. ¿El perro gigante, el dragón gigante o el gato gigante? —Señaló los peluches que colgaban por encima de su cabeza.

Robbie me miró.

—A ver si lo adivino… ¿A que quieres el gato?

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo lo has sabido?

Se miró los vaqueros: tenía las perneras azules cubiertas del pelo blanco de Calcetines.

—Nada, un pálpito.

—Pues voy a escoger el dragón. —Me crucé de brazos—. Y llámame madre de dragones. —El hombre empezó a descolgar el dragón del gancho con un palo largo—. No, no, espere. El gato, quiero el gato.

—¡Ja! —dijo Robbie, burlón, mientras yo abrazaba al gato enorme.

—Anda, cállate.

—Vale.

Al llegar al último puesto, me dio la vuelta y me puso el pelo detrás de la oreja. A la que me quise dar cuenta, tenía sus labios sobre los míos y estaba convencida de que el corazón se me saldría por la boca. Me acarició la cara con ambas manos y yo me agarré a

su camiseta, atrayéndolo hacia mí a medida que intensificaba el beso. El calor me recorría las venas y notaba un cosquilleo por todo el cuerpo, como si tuviera las terminaciones nerviosas a flor de piel.

Varias personas gritaron; eso nos rompió la magia del momento y yo di un grito ahogado. Venían de los vagones de la montaña rusa que acababan de pasar. Robbie sonrió.

—Venga, subamos.

—No sé yo… No tengo ganas de morir.

—¡Ni yo!

Sin dejar de reír, me llevó hacia la cola, justo detrás de Becky y su hermano. Ay, no. Becky seguía mirándome mal. No era una mirada de rabia, sino más bien como si le hubiera clavado un cuchillo por la espalda y no me perdonara semejante traición. ¿Nos había visto besarnos? ¿Estaba celosa o qué?

Cuando éramos amigas, se había quedado pillada de todos los chicos de nuestra clase en algún momento u otro, incluso de Phil Pratt. En todas las fiestas de pijama era siempre la primera en proponer el juego de ¿A quién besas, con quién te casas y a quién matas? para ver si a las demás nos gustaban los mismos chicos.

Robbie abrió la cartera.

—Mierda, no llevo nada suelto. Creo que había unos cajeros automáticos cerca de la entrada. Voy un momento y ahora vuelvo.

—Yo tengo…

—No, no, hoy invito yo. —Me dio un besito en la mejilla—. Guarda sitio en la cola.

Mientras se alejaba corriendo, vi que Becky me miraba boquiabierta. Me removí incómoda.

—Pues nada, no ha querido ir a escote —dije con una sonrisa, pero ella no dijo nada. Sentí un nudo de culpa en el pecho al recordar cómo Sasha, sus amigas e incluso Priya, se rieron de la ropa de Becky en la fiesta de cumpleaños de Maria, mientras yo estaba ahí plantada y no hacía nada.

La miré a los ojos, quería arreglar las cosas.

—Oye, lo siento…

—No, no soy yo a quien deberías pedir perdón —dijo. Su hermano pequeño estaba a su lado, pero pasaba de nosotras porque estaba jugando con el móvil.

Ahora fui yo quien se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Se toqueteaba el extremo de la trenza por encima del hombro.

—Es que no te entiendo. Ahora te las das de superior. ¿Qué te ha pasado?

¿Cómo? Ay, no. ¿Llevaba guardándome rencor desde la escuela? Quizá pensara que estaba subiendo de clase social ahora que era amiga de Sasha y Robbie, pero no habíamos hecho migas por eso.

—Oye, Becky… —Me llevé el peluche al pecho—. No quería hacerte daño, lo sabes, ¿verdad? Durante un tiempo no estuve muy bien y…

Dejó de tocarse la trenza y apretó los puños.

—Esto no es por mí.

—Entonces, ¿de quién estamos hablando?

Miró a su hermano pequeño, pero este seguía en su mundo.

—De Phil.

Di un grito ahogado.

—¿Phil? ¿Phil Pratt? Dios, Becky, ¿cómo podías ser su amiga?

—Soy su amiga. Lo soy, en presente.

—Pero… ¿por qué?

—No es mala persona. No tienes ni idea de cómo es.

Negué con la cabeza, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Llevó una pistola al instituto. Eso es lo único que sé.

Se le ensombreció la expresión; el resentimiento en su mirada parecía aún más intenso a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Pues claro que es lo único que sabes. No te dignaste a preguntarle nada. No sabes por qué llevaba el arma.

Hice una mueca al oír ese tono, como si fuera yo la que hubiera hecho algo malo.

—¿Por qué la llevaba, pues?

Becky apretó los labios y se quedó pensativa un momento.

—Mira, no soy quién para hablarte de sus motivos. Le prometí que no lo haría… —Tragó saliva—. Pero no lo conoces. No sabes nada de nada. Phil no merecía la expulsión. Y ahora está atrapado en casa con… con… Está atrapado en casa y todo es culpa tuya.

—¡Oye! —Robbie se abrió paso entre la gente que había en la cola y se plantó delante de mí como un escudo—. ¿A ti qué narices te pasa? —Le sacaba más de una cabeza a Becky, que lo miraba con unos ojos como platos y dio un paso atrás, pero él siguió—: No le hables a Amber de Phil. ¿Tienes idea de lo traumático que fue? Ella nos salvó la vida a todos.

—No, eso no fue así. —Le temblaban la voz y el labio inferior—.

No salvó a nadie.

—Vete a la mierda, anda.

—Phil nunca le hubiera hecho daño a nadie. No como tú y tus amiguitos le hacíais a él sin parar.

Robbie arrugó el ceño.

—Nosotros no le hicimos daño.

Becky negó con la cabeza; estaba el borde de las lágrimas.

—Ahora soy yo quien te manda a ti a la mierda. —Y sin decir nada más, cogió a su hermano por el brazo, lo sacó de la cola y echó a correr. El odio de su mirada se me quedó grabado a fuego.

T

FALTAN TREINTA Y OCHO MINUTOS

Dejé escapar un suspiro.

—Phil me contó por qué había llevado el arma, ¿vale? Pero me hizo jurar que no se lo diría nadie.

Robbie me sujetó ambos brazos.

—¿Dejaste que ese psicópata te dirigiera la palabra?

Me zafé de él.

—Coincidimos en un Starbucks después de la feria. —Seguramente Becky le había contado lo que había pasado. Puede que lo hubiera animado a contarme la verdad—. Se sentó en mi mesa mientras su madre pedía café. No podía recoger mis cosas y marcharme de allí. No puedo huir cada vez que lo veo.

—¡Pues claro que sí!

—Pero no es peligroso, en realidad.

—¿Qué te dijo? —preguntó Priya. Se enderezó para verme bien desde el otro lado de la mesa.

Vacilé un poco, apretando los dientes. No se lo había contado a nadie. Phil me pidió que no lo hiciera y su vida ya estaba bastante jodida, pero ahora no tenía más remedio.

—Me contó que había llevado la pistola para protegerse de su padre. Y para proteger a su madre. —Nunca olvidaré su mirada cuando se subió la manga y me enseñó las quemaduras de cigarrillo. No olvidaré la forma en que le temblaba el labio inferior cuando me contó todo el dolor que había sufrido. La frialdad de su mirada. Como si yo lo hubiera traicionado a sabiendas y lo hubiera obligado a pasar un año entero en casa con su padre borracho y violento.

El sentimiento de culpa se me había enquistado en el corazón. Sabía que había hecho lo correcto al chivarme de Phil. Si ves un arma en el instituto, tienes que denunciarlo. Además, no tendría que haber traído una pistola de aire comprimido. Pero no tenía ni idea de que las cosas estaban tan mal en su casa. ¿Cómo iba a saber

que tenía un padre maltratador? Nunca habíamos tenido la confianza suficiente para que me lo contara.

Pero Becky tenía razón: yo tampoco se lo había preguntado.

Le había visto los moratones en la cara. Lo había visto renqueando con las muletas el año anterior. Pero nunca me había dignado a preguntarle qué le había pasado. Solo me importaba la obra de teatro y mi ajetreada vida social. Tal vez, si hubiera sido más observadora, más empática, podría haberlo ayudado a escapar de aquella situación de maltrato, aunque hubiera sido solo contándoselo a la psicóloga del instituto. En lugar de eso, hice la vista gorda a su sufrimiento y lo taché de fracasado al que le convendría ducharse más a menudo.

Priya se levantó.

—¿Su padre le pegaba?

—Sí —contesté—. Sí. Constantemente.

—Y una mierda —espetó Sasha—. Seguro que solo es una historia lacrimógena que se sacó de la manga. —Señaló la puerta—. Seguro que esa cucaracha llorica está ahí fuera riéndose de nosotros ahora mismo. —Hice una mueca, sobresaltada por el tono que empleaba.

Robbie le dio un golpe en la mano y, mirando directamente a cámara, susurró:

—No digas eso.

—No era solo una historia lacrimógena —les dije—. Le conté a la psicóloga lo que me había dicho Phil y ahora vive con su tía.

—Eso no quiere decir que sea cierto —dijo Sasha.

—Creo que no se lo inventa —aseguró Diego y todos lo miramos —. Yo le había visto moratones.

—Y yo —repuse—. Justo antes de verle la pistola en la mochila. Al principio pensé que se debían al empujón que le había dado Zane por la mañana. O quizá tú. —Miré a Robbie—. Pensaba que por eso llevaba el arma, para dispararos al uno o al otro.

Robbie me miró.

—Yo nunca le puse la mano encima.

—Venga ya, Robbie —le dije con voz temblorosa—. Alguna vez te he visto chocar con él. ¿Siempre era sin querer?

Nunca le había sacado el tema. Tal vez tendría que habérselo afeado la primera vez que lo vi darle un empellón a Phil. Pero supuse que era justo lo que él quería aparentar: un accidente. Me deslumbraba y quería caerle bien. Quería gustarle. Por aquel entonces me miraba como si fuera la única del instituto que valiera

la pena mirar, incluso estando junto a Sasha, y no quería estropearlo. Pero fui una tonta. Conocía los estragos que causaba el acoso escolar en una persona.

Robbie se ruborizó y se frotó la nuca.

—Vale, puede que lo zarandeara un poco, pero tampoco lo hice con mala intención.

—Aun así… —dijo Diego—. Aunque no haya sido Phil, puede que nos haya traído aquí alguna otra persona a quien «zarandearas un poco». —Hizo la señal de las comillas con ambas manos.

—¿Crees que estamos aquí por mi culpa? —Robbie tensaba y flexionaba una mano. La aguja de la jeringuilla resplandecía en la bandeja de plata, a unos pocos centímetros de distancia. Había visto el carácter de Robbie alguna otra vez, pero no se dejaría llevar por la rabia y cogería la jeringuilla… ¿verdad?

Le toqué el brazo con dedos temblorosos.

—No es culpa tuya. Solo queremos descubrir qué está pasando, ¿vale? —Robbie hinchó las fosas nasales, pero al cabo de un rato asintió—. Además, creo que quien nos ha encerrado aquí es más confabulador.

—¿Crees que ha sido Becky? —dijo Robbie—. Está claro que nos odia a los dos.

—Espera, ¿de qué hablas? —preguntó Sasha.

—El verano pasado fuimos a la feria… Fui a sacar dinero y, al volver, Becky le estaba gritando a Amber como una puta loca.

—Becky sabía la verdad de lo de Phil —expliqué—. Estaba enfadada… Bueno, creo que estaba enfadada por muchos motivos, pero sobre todo porque había delatado a Phil y había hecho que lo expulsaran sin saber por qué llevaba el arma. Y como Robbie me defendió, pues también lo atacó a él.

Sasha asintió.

—Vale, Becky parece una firme candidata. —Levantó la mano como si ahora fuera su turno—. Odia a Amber porque hizo que cogieran a Phil. Odia a Robbie porque se puso del lado de Amber. —Llevaba el recuento con los dedos—. Y odia a Diego por ser Diego.

—Oye —dijo el interfecto—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Calla, anda —le espetó Sasha—. Eres millonario por una dichosa esponja. Te odia todo el mundo. —Diego abrió la boca para protestar, pero Sasha siguió hablando—: Eso deja a Scott y Priya.

—¿Y tú qué? —le dijo Priya a Sasha fulminándola con la mirada

—. También te odia a ti.

Enarqué las cejas, impresionada. Era la primera vez que la veía hablarle así a Sasha. Para mi sorpresa, Sasha asintió:

—Sí… Me mira como si fuera una acosadora. —Se estremeció al pensarlo—. Siempre me ha tenido envidia.

—Venga ya, Sasha —le dije—. No es envidia. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Sasha frunció el ceño.

—¿Y qué iba a ser, sino?

—Dios mío. —Me di una palmada en la frente. Para ser alguien que rozaba la genialidad, Sasha podía ser muy obtusa.

—Puede que te odie porque siempre has sido una cabrona con ella —dijo Scott—. Es una teoría solamente, ¿eh?

—Es una cabrona con todo el mundo —murmuró Diego.

Sasha se quedó boquiabierta y, al cabo de un rato, frunció los labios como si quisiera esconder su sorpresa.

—Eso no es verdad. Soy muy maja. —Se giró hacia mí y su mirada implorante me dejó descolocada—. Tú no pensarás eso de mí, ¿verdad?

T

HACE SEIS MESES

AGOSTO ANTES DEL ÚLTIMO CURSO

—¿Zane ha preguntado por mí? —preguntó Priya por tercera vez.

Me reí a medio trago y me resbaló el agua por la barbilla.

—Te juro por lo que más quieras que sí. ¿Y cómo no? No te ha visto en todo el verano. —Cogí una servilleta y me sequé la barbilla y la camiseta. Estábamos en el Mike's Diner; llevaba evitando el Starbucks desde mi encontronazo con Phil.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues la verdad, que tu abuela quería liarte con todos los chavales hindúes del pueblo.

Priya alargó el brazo por encima de la mesa y me dio un empujón en el hombro.

—¿No lo dirás en serio?

Me eché a reír.

—¿Qué? Seguro que eso lo puso celoso.

—Ni de coña…

—Hola, señoritas. —Scott apareció en nuestra mesa con un delantal blanco encima de su conjunto negro de rigor y nos sirvió dos tazas grandes de capuchino—. Invita la casa.

—Anda, qué detalle. Gracias. —Priya le sonrió.

Eché un vistazo alrededor; la cafetería estaba muy tranquila y solo había un par de clientes más en las mesas junto a las ventanas.

—¿Ya te dejan hacer esto?

Se encogió de hombros.

—Da igual. Estoy aburridísimo. Llega un punto que no puedes limpiar más la cafetera. —Recogió las tazas de los cafés que ya nos habíamos tomado—. ¿Ves? Estoy tan aburrido que hasta os limpio la mesa.

—Bueno, pero tu curro es ese, ¿no? —le dije para picarlo.

Antes de que pudiera responder, Sasha entró en la cafetería como

un vendaval y al vernos empezó a dar gritos.

—¡Hola, guapa! —Vino corriendo y yo me levanté para darle un abrazo. Después del campamento de animadoras, se había ido a París con sus padres durante una semana, así que no le había visto el pelo en todo el verano. Dio dos besos al aire y luego abrazó a Priya.

Scott seguía por allí, como si esperara su saludo.

—¿Qué tal?

Sasha se levantó las gafas de sol y se las colocó en la cabeza.

—¡Uf! ¿Por qué siempre estás en medio?

—¿Y por qué estás tú siempre en todos sitios? —le espetó. Volvió a la barra sacudiendo la cabeza.

—Vaya tela —murmuró ella. ¿Qué le pasaba con Scott? No era la primera vez que la veía dándole un corte—. Oye. —Le dio un toquecito a Priya en el hombro—. ¿Y si te largas? Tengo que hablar con Amber de cosas de *Romeo y Julieta* .

Priya miró el capuchino que acababan de traerle.

—Aún nos estábamos poniendo al día.

—Ya, bueno, pero esto es importante. —Sasha se puso la mano en la cadera—. Y el tiempo apremia.

—No he visto a Amber en todo el verano.

—Ya os pondréis al día después. A ver, podrías quedarte, pero te vas a aburrir. Solo vamos a hablar de la obra.

Priya me miró.

—¿Sabías que iba a venir?

Me mordí el labio. Me había olvidado de decírselo, pero no pensaba que Sasha fuera a darle la patada de esa forma.

—Sí, yo la he invitado. Pero te enviaré un mensaje cuando terminemos y te puedes acercar.

—Pues vale. —Cogió el bolso y se levantó de la banqueta; Sasha ocupó su lugar.

—Bueno… —Sasha se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Tengo noticias sobre *Romeo y Julieta* .

—Mi verano ha sido una caña. ¿Y el tuyo?

Sasha chasqueó la lengua.

—Ja, ja. No, ahora en serio, tienes que oír esto ahora mismo. —Frunció el ceño como si lo que fuera a decirme no fueran buenas noticias. Noté un nudo en el estómago. Ay, no—. Acabo de venir de una reunión con el club de teatro. —Yo nunca iba a esas reuniones. «Amber, llevas demasiadas cosas en danza», me había dicho. «Tú

ocúpate de la orquesta y yo iré a las reuniones del club de teatro. Es lo menos que puedo hacer».

—Ay, Dios. —Me entró el pánico. No habrían cambiado de opinión sobre lo de *Romeo y Julieta* , ¿no? Hacía dos semanas le había enviado a Sasha toda la música terminada, de la que estaba orgullosísima, pero ¿y si todo ese trabajo había sido en vano?—. ¿No te habrán dicho que no les gusta la música?

—¡No, no! —dijo ella—. La música es fantástica… Solo es que, bueno, la gente cree que hacer una obra de Shakespeare es aburrido.

Ay, no. No, no, no. ¿Pensaban que mis composiciones eran aburridas? Había trabajado mucho en ellas; les había puesto toda mi alma y energía. ¿Por qué no era suficiente?

—¿A qué te refieres? —Me temblaba la voz—. Pensaba que todos estaban de acuerdo y que íbamos a hacer algo moderno. En realidad, es más una versión. Y tú ya has escrito el guion…

—Amber. —Sasha alargó el brazo y me cogió la mano—. Tranquila. Aún podemos hacer la obra si le añadimos algunos números musicales.

Aparté la mano de golpe.

—Espera, ¿qué?

Cogió el móvil y abrió la aplicación del bloc de notas.

—Creemos que hay varias escenas que podrían funcionar genial como canciones. —Levantó la cabeza al notarme sobresaltada—. No son muchas. La escena del balcón, el inicio del cuarto acto donde Julieta amenaza con matarse y la escena de su suicidio.

—Pero… pero… —La cabeza me iba a mil por hora. Esto no me lo había esperado para nada. La mayor parte del trabajo ya estaba hecha. La orquesta iba a empezar a ensayar las partituras la próxima semana, cuando empezara el instituto. Solo nos quedaba hacer un par de ajustes al guion y a la dirección escénica—. Añadirle partes cantadas así de aleatorias sonará ridículo. Además, no soy Lin-Manuel Miranda. Nunca le he puesto letra a las canciones.

—Bueno, pues entonces será un reto muy divertido —dijo ella entusiasmada.

—¡Qué va! —Lo dije tan alto que las tres otras personas que había en la cafetería se dieron la vuelta para mirarnos. Scott enarcó las cejas.

Ay, madre. Menudo desastre. Quería enviar a las universidades la

grabación de una banda sonora etérea y elegante, no un conjunto de composiciones con fragmentos cantados sin ton ni son.

Sasha cogió el capuchino lleno de Priya con los meñiques extendidos. Le dio un sorbito mientras me miraba por encima de la taza.

—Mira, he intentado disuadirlos, pero manda la mayoría, ya sabes. La cosa es que, si no estás de acuerdo, me temo que van a querer hacer *Grease* .

Me quedé lívida y seguramente ella también me vio palidecer.

—No quería tener que decirte esto —siguió—, pero es que querían cambiarla ya.

—Que ¿qué? —Estaba a punto de vomitar.

—Pero les convencí de que podíamos hacer un *Romeo y Julieta* más divertido… más vibrante… si añadiéramos estos números musicales y algunos chistes al diálogo. —Se frotó los ojos y suspiró —. Me sabría fatal que perdieras esta oportunidad, porque has trabajado muchísimo. No me gustaría que hubiera sido en vano, pero… a ver, si no estás de acuerdo con esto, les diré a los demás que…

—No. No les digas nada. —Inspiré hondo—. Lo haré.

—¿De verdad?

—Sí. —Tenía el estómago revuelto. Esto iba a ser muchísimo más trabajo y ni siquiera estaba convencida de poder hacerlo. Pero tenía que intentarlo—. Gracias, Sasha. De verdad. Gracias por luchar por esto.

—No hay de qué. —Esbozó una sonrisa—. Estamos juntas, ¿no? No pienso dejar que esos frikis del teatro nos fastidien.

T

FALTAN TREINTA Y SEIS MINUTOS

Miraba fijamente a Sasha sin saber qué responderle. ¿De verdad creía que era una cabrona? Después de todo lo que había hecho en el último año, absolutamente. Pero que ella no tuviera ni idea me dejaba desconcertadísima.

A menos que sí lo supiera y se estuviera haciendo la tonta.

—Chicas —dijo Diego mientras se colocaba entre nosotras. Vamos a centrarnos. ¿Becky tiene motivos para odiarte? —preguntó a Sasha, que negó enérgicamente con la cabeza.

—Sasha —dijo Robbie—, sabes que te aprecio, pero te has portado mal con Becky. A ver… —Se puso las manos en el bolsillo—. Todos nos hemos portado mal.

Di un paso al frente, cautelosa.

—Piensa en todas las cosas que has dicho sobre ella a sus espaldas. Sobre su ropa, las gafas… ¿No te suena nada de eso?

Sasha me fulminó con la mirada y movió la lengua dentro de la mejilla.

—Bueno, vale. ¿Y tú qué? —le preguntó a Priya—. ¿Tiene motivos Becky para odiarte a ti?

Priya negó con la cabeza, estupefacta. Tenía la frente empapada de sudor. Inclinó la cabeza.

—Bueno, habíamos sido amigas —dijo mirándome—, pero luego…

Yo asentí.

—Sí. Las dos acabamos dejándola de lado, pero no creo que nos odiara, o me odiara a mí, al menos, hasta que empezamos a quedar con Sasha.

Sasha se cruzó de brazos.

—Sí, claro. ¿No pensarás que me odia tanto a mí que ahora te odia a ti porque nos llevamos bien? Al menos, no lo suficiente para matarte.

—A mí no me extrañaría nada de ese bicho raro —murmuró

Robbie.

—Vale, pongamos que es el caso. Solo quedas tú —dijo Sasha volviéndose hacia Scott—. ¿Qué tiene Becky contra ti?

Scott se encogió de hombros y esbozó una tímida sonrisa mientras apoyaba la cabeza en la pared.

—Pues no lo sé, no se me ocurre nada.

—¿Nada? —dijo Sasha—. ¿No se te ocurre ni una sola vez en que hayas podido cabrearla?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Robbie.

Scott sonrió aún más y lo que dijo me dejó helada:

—No lo sé. Tal vez Becky me crea lo bastante psicópata como para cargarme a uno de vosotros.

T

HACE CUATRO MESES Y UNA SEMANA

SEPTIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Sonó el timbre y terminaron así los cinco minutos que nos separaban del aburrimiento. Abrí la puerta del baño de chicas y me asomé al pasillo. Salvo por un par de rezagados que corrían a su clase de la quinta hora, no había nadie.

Me escabullí del baño hacia las escaleras más cercanas, pero antes de llegar, vi que Priya doblaba la esquina desde el pasillo de tercero. Me escondí en la puerta de al lado. Mierda, mierda, mierda. Como me viera, querría que comiésemos juntas.

El sentimiento de culpa me reconcomía. No me hacía gracia evitar así a mi mejor amiga, pero necesitaba esa hora para escribir una nueva canción. Solo faltaban tres meses para la noche del estreno de *Romeo y Julieta* , y tenía que terminar esos números.

En el mayor drama en la historia del club de teatro, Sasha le arrebató el papel protagonista a Maria. Como solo había unos pocos números cantados, finalmente tuvo su oportunidad. Estaba radiante de felicidad cuando me contó la noticia.

Me limité a hacer una mueca. No había avanzado mucho en las canciones porque estaba muy ocupada. Entre los ensayos de la orquesta principal bajo la supervisión del señor Torrente, ir a los partidos de béisbol de Robbie, hacer los deberes y estudiar —por no hablar de los malabares que tenía que hacer con las exigencias de Sasha y Priya para quedar—, tenía suerte si conseguía dormir cinco horas cada noche. Además, escribir esas canciones no me entusiasmaba especialmente. Seguía pensando que eran una ridiculez.

—Todavía puedes echarte atrás, si quieres —me había dicho Sasha —. Pero puede que entonces todos quieran hacer *Grease* . De todas formas, ya se saben el guion de memoria. Nos lo sabemos todos,

vaya. ¡Es *Grease* ! Pero entonces seguro que Maria conseguiría el papel protagonista…

No podía decepcionarla. No podía decepcionarme a mí misma. Había trabajado mucho en esa obra.

Así pues, ahora mismo estaba en una carrera contrarreloj y esta era mi única hora libre en todo el día gracias al ensayo con la orquesta y la cita con Robbie de esta noche. ¿Debería cancelar los planes con él?

Después de nuestra cita en la feria, Robbie venía a casa siempre que no tenía entrenamiento o partido en el campamento de béisbol de verano. Mamá estaba encantada de poder echarnos un ojo porque trabajaba en casa, pero cada vez que Robbie aparecía con el bañador o con el portátil y los cascos para jugar, papá decía refunfuñando que no podía tener novio hasta los cuarenta y siete. Aun así, pasadas unas semanas, papá encendía todas las noches la parrilla junto a la piscina y le pedía a Robbie que se quedase a cenar. Incluso se lanzaron la pelota de béisbol unas cuantas veces y papá se instaló el Fornite en el ordenador. Muy mono todo.

Pero cuando volvieron a empezar las clases, se nos llenaron tanto las agendas que empezamos a improvisar las citas entre compromiso y compromiso. No teníamos ninguna otra noche libre hasta la semana siguiente, así que no quería cancelar lo de esa noche. Esta vez tendría que abandonar a Priya.

Con la espalda pegada al lateral de una taquilla, saqué la cabeza por la estructura metálica, esperando a que girase a la izquierda hacia la cafetería. Como me viera, me haría sentir culpable…

—¿Puedo ayudarla, señorita? —me preguntó el señor Baskin desde la puerta. Me di media vuelta rápidamente. Toda su clase había sido testigo de mi numerito.

Alguien soltó una risita y el calor me subió por el cuello.

—Esto… No.

—Bien. Pues entonces sugiero que se marche. —Se le retorció el bigote—. A no ser, por supuesto, que quiera que vuelva a explicarle la guerra franco-india… —Me hizo un gesto para que entrase en el aula.

—Eh… No, no hace falta. Esta mañana pillé lo esencial.

Becky se rio desde la primera fila. Le lancé una mirada mordaz. Se le esfumó la sonrisa y empezó a borrar la esquina de la página en blanco de su cuaderno. El remordimiento me invadió inmediatamente, pero di un paso atrás y dejé que el señor Baskin

cerrase la puerta. Me asomé al pasillo. No había ni rastro de Priya.

Corrí hacia las escaleras y me senté en el hueco de detrás de los escalones. La apagada luz del día se filtraba por el ventanuco de la puerta trasera e iluminaba ligeramente el espacio. Fuera llovía a cántaros, así que con suerte nadie pasaría por allí para salir.

Suspiré, saqué mis auriculares de la bandolera y maldije que el día tuviera tan pocas horas. Una pena que no llevara encima ninguno de los chicles de cafeína de Sasha. Dejando a un lado el agotamiento, me puse a trabajar en la secuenciación de una repetición de contrabajo con violines, flautas y percusión, creando melodías suaves y tenues. Las estrofas estaban pasando por la pantalla cuando, de pronto, el rostro de Scott apareció junto al portátil.

Di tal salto que el ordenador me resbaló y cayó al suelo.

—Uff. ¡Me has dado un susto de muerte! —Me arranqué los auriculares.

—Lo mismo te digo, pelirrojilla. —Scott se puso un cigarrillo entre los labios y rebuscó en los bolsillos de su desgastada chaqueta de cuero—. No esperaba verte aquí.

Puse la pista en pausa y cerré el portátil al tiempo que un trueno sacudía la puerta.

—Vale, pues me voy.

—No te preocupes. —Scott encendió el mechero—. Quédate. Yo no lo cuento si tú no lo cuentas. —Agitó el cigarrillo.

Lo miré con recelo y volví a abrir el portátil.

—Vale. Trato hecho.

Señaló con la cabeza el portátil mientras se encendía el cigarro.

—¿Qué tal, pelirrojilla?

—De maravilla.

Esbozó una sonrisa.

—Va, en serio. ¿Por qué te escondes aquí?

—Métete en tus asuntos —resoplé; solo quería seguir trabajando.

Enarcó una ceja.

—Estás viendo páginas ilegales, ¿eh? No pensaba que fueras de esas, pelirrojilla.

Negó con la cabeza y dio una calada.

—¿Qué? ¡No! No estoy… Es que… —Dudé, considerando si decirle la verdad o no. Como Priya se enterase de que me escondía en las escaleras para evitarla, la destrozaría. Se lo tomaba todo muy a pecho.

—Bueno, está claro que escondes algún secretito sucio. —Contuvo la respiración durante unos segundos y finalmente soltó una bocanada de humo, observando mi reacción. De repente, le cambió la cara por completo—. Mierda, pelirrojilla. ¿Te escondes de Phil? No le dejan entrar en el edificio, ya lo sabes.

Se me encogió el estómago al recordar la expresión pétrea de Phil cuando le vi el arma en la mochila y cuando me contó la verdad sobre su padre maltratador. No querría vengarse de mí por haberlo delatado, ¿verdad? Me estremecí.

—No, no. No es eso. Estoy… estoy trabajando en algo. Solo buscaba un sitio donde concentrarme.

A Scott se le suavizó la expresión.

—Ah. —Se sentó a mi lado, cruzó las piernas y le echó un vistazo al portátil—. Ojalá tuviese uno de esos. Yo tengo que usar el viejo ordenador de mi padre, que es de los años noventa por lo menos.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—No, no creo que sea tan viejo. Solo sé que se cuelga cada dos por tres, así que te puedes hacer una idea. —Dio otra calada—. ¿Qué trabajo es tan duro que consigue que la pelirrojilla se apene? —Antes de que pudiese contestar, empezó a carcajearse—. ¡Ja! «Pene».

—Ay, por Dios. —Pero tuve que reprimir una sonrisa—. Pues ya que lo preguntas, estoy trabajando en una composición.

—Claro que lo pregunto. Una composición… Eso es algo de música, ¿no? ¿Para la obra?

—Eres todo un lince.

—Bueno, podrías estar componiendo una redacción. O poesía.

Me reí.

—Eso no se dice así.

—¿Y dónde están los instrumentos?

—Uso un programa para escribir música. —Giré el portátil hacia él para que pudiese ver la pantalla.

—Ah, vale. Así que tú escribes la música para cada instrumento y el ordenador lo junta todo, ¿no?

Sonreí, impresionada. La mayoría de la gente no tiene ni idea de composición.

—Es más complicado que eso, pero sí, esa es la idea. Cuando das con algo que te gusta, puedes grabar la canción con un modificador de teclado o con instrumentos de verdad, como haremos en la obra.

—Arrugué la nariz—. Aaargh… Lo que sea que estés fumando huele a mofeta.

Ay, madre. ¿Estaba fumando hierba en el instituto? Cerré el portátil de un golpe y lo guardé en la mochila.

—¡Joder, Scott! —Y añadí en un susurro—: ¿Quieres que me expulsen o qué? No me había dado cuenta de que estabas fumando marihuana.

Se rio.

—¿Te juntas con el grupo de Sasha y sigues siendo así de ingenua?

Miré el porro y escudriñé el techo en busca de detectores de humo. Había uno en la esquina más alejada, cerca de la puerta del pasillo, con la luz roja de la batería parpadeando en plan amenazante.

—No se drogan. Al menos no cuando estoy yo. Solo beben.

—¿Ni siquiera Sasha?

—No.

Se llevó el porro a los labios.

—Eso sí que me sorprende.

—¿Por qué?

Apoyó los codos en las rodillas y me dedicó una sonrisa evasiva.

—Porque sí.

¿Qué quería decir con eso? ¿Sabía algo sobre Sasha que yo desconocía? Le di un golpe en el brazo.

—¿Por qué te sorprende? Dímelo.

—Oye, ¿quieres que le cuente a ella tu secretito sucio? —Señaló mi portátil con la cabeza y le dio una gran calada al porro.

—No es mi secretito sucio. Fue Sasha la que me pidió estas pistas. No tengo nada que ocultar. —Me mordí la lengua por lo irónico de la frase, ya que estaba literalmente escondida en las escaleras.

Dejó salir una bocanada de humo.

—Y Sasha consigue todo lo que quiere. —Le salió una voz amarga, algo raro en él. Normalmente todo le daba igual.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Olvídalo.

—Es evidente que querías decir algo con eso.

Giró el cigarrillo lentamente entre dos dedos como sopesando algo.

—Bueno, en tu caso, por ejemplo, puede que haya oído parte de vuestra conversación en la cafetería…

—Ya, bueno, da igual.

—Ya, pero piensa en cómo has cedido ante ella en dos segundos. ¿No te ha parecido raro?

—No he cedido ante ella. He cedido ante el club de teatro. Sasha me estaba ayudando. Si no hubiese accedido a las nuevas canciones, habrían hecho *Grease* .

—Perdona, ¿quieres tumbarte?

Miré al suelo.

—¿Por qué?

—No me había dado cuenta de que te estabas recuperando de una operación de extirpación de la columna vertebral… o de agallas.

Fruncí el ceño.

—Bueno, ¿y qué se suponía que debía hacer?

Alguien abrió la puerta del vestíbulo y subió por las escaleras.

«Apaga eso», le dije articulando solo la boca mientras señalaba el cigarrillo, nerviosa. Él apretó el extremo con dos dedos y se lo guardó en el bolsillo, pero la escalera apestaba a marihuana que daba gusto.

Cuando la puerta de las escaleras se cerró de golpe en el piso de arriba, me puse de pie y me colgué la mochila al hombro.

—Me voy. Quienquiera que fuera podría decirle a un profesor lo que ha olido.

Se palmeó el bolsillo.

—Creo que tú necesitas esto más que yo. —Sonrió—. ¿Quieres comprar un poco? Tengo descuentos para novatos.

—¡No! Puaj. —Me dirigí hacia la puerta.

—Espera. —Scott se puso de pie. Hasta ahora no había notado que tenía los ojos inyectados en sangre.

Agité las manos para deshacer las volutas de humo que aún había en el aire.

—¿Qué?

—Solo digo que creo que le estás dando demasiado poder a esa chica.

Incliné la cabeza.

—No, yo no…

—Sí, tú sí. Aunque no eres solo tú. Lo hacemos todos. —Hizo una mueca; parecía querer desprenderse de algún pensamiento—. A ver, piénsalo bien, pelirrojilla. ¿Tú has hablado con el grupo de teatro sobre esa petición tan extraña?

Enarqué las cejas.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Soltó una carcajada.

—¿De verdad piensan que es una buena idea convertir el monólogo del suicidio de Julieta en una canción? ¿Quién coño se pone a cantar antes de suicidarse?

Cuando Sasha me pidió que compusiese esas canciones, entré en pánico y acepté de inmediato por miedo a que todo en lo que había trabajado durante los últimos meses hubiese sido en vano. Pero tal vez debería haber pedido una reunión con el club de teatro.

—Vaya, pues tienes razón. Tendría que haber intentado convencerles de no hacerlo. —Me puse la palma de la mano en la frente—. Pero seguramente ya sea demasiado tarde.

Scott apoyó la espalda en la pared contraria; me miraba con ojos vidriosos y una sonrisa en los labios.

—No, sigues sin pillarlo.

—Bueno, ¿y entonces a qué te refieres? Cedí ante ellos demasiado rápido. Vale, lo pillo. La próxima vez que me pidan una tontería, me reuniré con ellos y les convenceré de que hay una solución mejor. —Dejé de hablar cuando Scott se dio una palmada en las rodillas, muerto de la risa—. ¿Qué pasa?

—La pobre e inocente Amber Prescott… Pelirrojilla, no tienes ni idea de cómo funciona el mundo en realidad, ¿verdad? —Se dobló por la cintura, riéndose como si acabase de escuchar el chiste más gracioso del mundo.

—Madre mía. Vas puesto hasta las cejas, ¿no?

Más que asentir, meneó la cabeza y se quedó absorto mirando la pared que yo tenía detrás.

—Sí, bueno. Pero eso no cambia el hecho de que eres más ingenua que una piedra.

Me crucé de brazos.

—Eso no es ningún dicho. ¿Y por qué se supone que soy una ingenua? ¿Te importa iluminarme?

Se rio entre dientes y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya te lo he dicho, pelirrojilla. Sasha consigue todo lo que quiere.

Por Dios, qué frustrante era esto. Era como hablar en círculos.

—¿Puedes dejar de hablar en código? Si me he perdido algo, dímelo y ya está. No es que Sasha siempre consiga…

—¿Eh? ¿Eh? —Me señaló la cara con el dedo, casi tocándome la mejilla, y le di un manotazo.

—Madre mía, pero ¿qué narices te pasa?

Pero él se limitó a reír.

—Parece que Sasha tiene más de un secretito sucio.

La forma en que lo dijo me hizo sentir un escalofrío por la espalda.

Sasha era la reina de todo, pero conmigo siempre había sido amable: se había convertido en mi amiga sin dudarlo, me había ayudado con la obra y me había dado un empujoncito con su mejor amigo. Aun así, sabía que no era tan perfecta como parecía. Pecaba de beber siendo menor de edad, y encima en el instituto, pero yo había hecho lo mismo. Sasha había copiado en aquel examen de biología cuyas preguntas había robado Priya, pero yo había ayudado a Priya a irse de rositas. Por lo que había visto, Sasha no había hecho nada peor de lo que yo estuviera dispuesta a hacer. Así pues, ¿qué me había perdido? ¿Sasha se había metido en algún lío? ¿Me estaba ocultando algo? ¿Me había equivocado al confiar en ella sin reservas?

Le di un codazo a Scott.

—¿Y cuál es su otro secreto?

Sonrió.

—No puedo decírtelo. Si lo hago, sabrá que me he ido de la lengua. Vas a tener que pillarla con las manos en la masa.

—Pero ni siquiera sé de qué masa hablamos. ¿Cómo voy a pillarla?

—No sé. —Parecía que le costaba concentrarse—. No sé cuándo volverá a pasar. Cuando lo sepa, te enviaré un mensaje.

Y sin decir nada más, se fue dando un paseo por el pasillo y me dejó más confundida que nunca. ¿Qué secretito sucio podría tener Sasha Harris?

T

FALTAN TREINTA Y CINCO MINUTOS

Todos miraban a Scott boquiabiertos, como un grupo de gacelas que hubieran visto a un tigre a punto de atacar. No hacía más que repetir sus palabras mentalmente: «Tal vez Becky me crea lo bastante psicópata como para cargarme a uno de vosotros».

Scott era el raro, el caso aparte. Un poquito descentrado, también, pero ¿eso lo convertía en un asesino en potencia? No, para nada.

—¿Por qué dices eso? —dije con la voz apurada.

—Pues porque una de estas cosas no es como las otras —dijo Scott con una voz cantarina, señalándonos a todos con cada sílaba. Dejó de sonreír al ver nuestras miradas de miedo.

—Que seas una especie de marginado no te convierte en psicópata —dije yo.

—No es ningún marginado —dijo Robbie.

—Ah, claro, se me olvidaba. —Scott entrecerró los ojos mirando a Robbie—. Para vosotros, que sois unos putos pretenciosos, solo soy un fumeta. Un camello…

Antes de que pudiera decir nada más, Sasha se lanzó hacia la mesa y cogió la jeringuilla.

—¡Sasha! —grité—. ¿Qué leches haces?

Agarraba la jeringuilla con fuerza y la dirigió hacia Scott.

—Protegernos. Es peligroso. Por eso está aquí. Podría matar a uno de nosotros. —El pelo le caía sobre los hombros con un aire salvaje. Algunos mechones se le pegaban a la frente.

—Joder. Lo decía en broma. —Scott levantó las manos y se apoyó en la pared; tenía el rostro desencajado de dolor.

—¿Por qué ibas a bromear con algo así? —gritó ella—. ¿Estás loco? Eso demuestra que estás lo bastante pirado como para matarnos a todos.

Diego inclinó la cabeza.

—¿De verdad lo crees?

—¡Si ni siquiera puedo tenerme en pie! —gritó Scott. Le costaba respirar. Las gotas de sudor le caían de la barbilla a la camiseta—. Eres tú la que me está lanzando toda esa mierda tóxica. Y no estás exactamente en posición de cuestionar la cordura de nadie.

—No, no. No me devuelvas la pelota ahora. Eres tú el que está mal de la cabeza. Seguramente te has frito todas las neuronas con esa hierba que fumas y a saber qué más.

—Sasha. —Me acerqué a ella—. Deja la jeringuilla. Scott no nos haría daño.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Se apartó de mí, sacudiendo la cabeza y conteniendo las lágrimas—. ¿Por qué te fías de él?

Scott miraba la jeringuilla que Sasha tenía en la mano e hizo una mueca.

—¿Por qué no te fías tú? —gritó—. ¡Eres tú la que más motivos tiene para confiar en mí!

Robbie frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Yo qué sé. Está pirado. —Sasha volvió a mirar a Robbie—. Quizá… quizá deberíamos escogerlo a él.

—¡¿Quéééé?! —gritó Priya.

Sasha tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Si tenemos que hacerlo… Si tenemos que escoger a alguien a quien matar… debería ser él.

Negué con la cabeza, asqueada por la sugerencia de matar a Scott; yo conocía el motivo y no era porque él fuera peligroso, precisamente.

—Vale, no tendría que haber hecho esa broma. —A Scott le temblaban las manos—. Solo era una teoría de por qué Becky o quien fuera me hubiera invitado, pero no tengo ni idea de por qué estoy aquí, lo juro.

A Sasha le resbalaba una lágrima por la mejilla.

—No te creo.

Se acercó a Scott; cada paso era como una explosión en mis oídos. Nadie se atrevió a moverse ni un milímetro, pero Scott no era el psicópata que Sasha decía. Lo que pasaba era que él conocía su «secretito oscuro». Tal vez no llorara solo por pensar en matar a Scott, sino por miedo a que este tirara de la manta.

—¿Qué pasa? —preguntó Robbie al verme la expresión.

Pero no le hice caso y me acerqué a Sasha.

—Matarlo no solucionará esto.

Sasha abrió mucho los ojos.

—¿A qué te refieres? —Se lamió los labios—. No quiero tener que hacerlo, pero si es la forma de terminar con esto… Matarlo detendrá el temporizador. Y entonces podremos salir de aquí y…

—Eso no es lo que quiero decir y lo sabes. Matarlo no enterrará tu secreto… porque yo también lo sé.

T

HACE TRES MESES Y TRES SEMANAS

OCTUBRE DEL ÚLTIMO CURSO

—¿Te parece bien el Mike's Diner? —Me puse el cinturón; me gruñía el estómago al pensar en los batidos. Robbie tenía una hora libre antes del partido de béisbol porque el equipo visitante había encontrado tráfico de camino, así que me prometió una cita rápida para cenar.

—No tengo mucha hambre. ¿Y tú? —Robbie puso la llave en el contacto, pero no encendió el motor; se quedó mirándome.

Me encogí de hombros.

—Bueno… supongo que no. Podemos quedarnos aquí hablando un rato.

Él esbozó una sonrisa.

—Claro, hablemos.

Me acarició el dorso de la mano de tal forma que sentí escalofríos. Sabía dónde quería llegar. Últimamente pasábamos las citas acurrucados en su coche. No voy a mentir; me encantaba darme el lote con él y a mí ya me estaba bien. Pero no estaba preparada para ir más allá y aún menos en medio del aparcamiento del instituto.

Tampoco sería la primera vez que habíamos estado a punto. Me acariciaba la cara y me empezó a besar con tanta ternura, con tanta delicadeza, como si fuera un tesoro que quisiera proteger. Pasó la mano por debajo de mi camiseta, le notaba la piel cálida contra la mía, y me costaba horrores no derretirme. Pero el sexo era un gran paso. Me aterraba entregarme a otra persona por completo… por muchos cosquilleos que notara cada vez que me tocaba. De hecho, nunca había besado a ningún chico antes de Robbie. Simplemente no estaba preparada.

Le sujeté los dedos, con el corazón desbocado.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo preguntarte.

—¿Sabes por qué no se puede discutir con un DJ?

Sonreí mientras le daba vueltas al acertijo. Él me cogió la mano y me fue besando los dedos uno a uno. Al final, dije:

—Pues no lo sé. ¿Por qué?

—Porque siempre están cambiando de tema.

Le di un empujón en el pecho.

—¡Qué malo! —Pero me reí igual mientras él se partía de la risa —. No, ahora en serio…

—Dime.

—Si de repente ya no pudieras jugar a béisbol, por la razón que fuera, ¿qué harías después de graduarte? —Ahora que las inscripciones universitarias estaban a la vuelta de la esquina y aún no lo habían escogido en ningún equipo de béisbol, tenía curiosidad por saber cuál era su plan B. Quizá pudiera pedir plaza en alguna universidad de California del Sur—. ¿Qué carrera escogerías?

—Uf. —Frunció el ceño—. Pues no lo sé, sinceramente. Siempre he tenido el béisbol en mente, ¿sabes? —Me acarició el cuello y se me acercó un poco más—. La verdad es que no se me ocurre nada más que me guste tanto.

—¿Por qué te gusta tanto? —insistí. Quizá hubiera algún factor que pudiera aplicarse a otros campos.

Robbie sonrió.

—Pues… no sé, ¿por dónde empiezo? Me encanta la expectación ante cada lanzamiento. La tensión que liberas al blandir el bate. El olor del césped del campo. Me gusta porque es un juego de precisión: darle a la pelota en un sitio concreto puede cambiar de rumbo un partido entero. Me encanta su exactitud, ¿sabes? —Le daba vueltas a mil cosas. ¿Quizá matemáticas? ¿O física?—. Pero también me gusta que, cuando todo funciona, cuando terminas el partido con un *home run* y todo el mundo está en sincronía con la base, lanzamiento tras lanzamiento… es como si fuera cosa del destino. —Vaya, no sabía que pudiera ser tan poético—. No sé, es difícil de explicar.

Sonreí.

—Pues lo estás haciendo muy bien.

—¿Sí? —Sin previo aviso, me desabrochó el cinturón, me atrajo hacia él por una de las trabillas de los vaqueros y me sentó en su regazo—. Se me ocurre otra cosa que se me da bastante bien. —Me apartó el pelo con una mano y me acarició la mejilla con la otra al tiempo que me acercaba los labios.

Si estaba insinuando que era un gran besador, llevaba razón al ciento cincuenta por ciento. De repente, le sonó el teléfono y eso nos devolvió a la realidad. Me recompuse y volví a mi asiento mientras él se sacaba el móvil del bolsillo.

—Mmmm… —Frunció el ceño al mirar la pantalla—. Es tu madre. «¿Está Amber contigo? ¿Está bien? Por favor, dime algo inmediatamente».

—Mierda. —Saqué el móvil del bolso. Tenía que avisarla cuando llegara al Mike's Diner, pero no habíamos salido del aparcamiento. En efecto: tenía varias llamadas perdidas y unos quince mensajes, que iban desde una simple comprobación hasta un montón de emojis de cara roja. Activé el sonido y resoplé… Me había prometido que solo utilizaría el número de Robbie en caso de emergencia y esto no era ninguna emergencia.

Mientras le contestaba a toda prisa para decirle que estaba bien, me entró un mensaje nuevo. Era de Scott. «Puerta trasera, pasillo de primero. Fuera. 10 minutos».

Me puse derecha. Hacía dos semanas que Scott me había dejado caer que Sasha tenía un secreto y aún no sabía de qué se trataba. Curiosa y preocupada, tanto por Sasha como por la confianza que había depositado en ella, le había enviado un mensaje a Scott cada día desde entonces, insistiéndole para que me contara su secreto, pero solo me contestaba con un emoji sonriente o guiñándome el ojo. Pero parecía que por fin estaba dispuesto a enseñarme lo que fuera que pasara y tenía la suerte de seguir en el instituto. Tenía que ir a verlo.

—Lo siento. Tengo que irme.

Robbie se quejó.

—Bueno. ¿Te llevo a casa?

—No te preocupes… He venido en bici.

—Vale. —Salimos del coche y fuimos directos al edificio. Robbie me cogió la mano—. ¿Seguro que no puedes venir al partido?

—Sasha viene dentro de nada. Está atacada por los exámenes del sábado.

—Qué raro. —Puso los ojos en blanco—. Esto… el aparcamiento de bicicletas está ahí —dijo señalándolo al pasar.

—Ah, sí… Es que antes tengo que ir al baño. —Me puse roja, pero no me hizo más preguntas. Después de cruzar el vestíbulo, le di un piquito en los labios—. Buena suerte esta tarde. ¿O es mejor un «mucha mierda»?

—Lo de la suerte ya está bien. —Se despidió con un ademán y se fue al vestuario masculino. Cuando desapareció por la esquina, recorrí los pasillos desiertos de primero, pasando frente a las aulas vacías de camino a la puerta trasera. Al llegar, la abrí un poquito y me asomé. En la distancia, los focos iluminaban el campo de béisbol y teñían de lavanda el cielo del atardecer, pero el campo de fútbol que había más cerca estaba vacío. No veía a Sasha por ningún sitio.

—¡Hola, Amber! —dijo alguien a mis espaldas. Solté la puerta y me di la vuelta. Dios, era Diego. Cargaba un gran trípode e iba con una cámara colgada al cuello—. ¿Vas al partido? —Se ajustó la correa de la cámara mientras se acercaba; el pelo oscuro le tapaba los ojos.

—No, hoy no. —Miré por el pasillo, pero no había ni rastro de Sasha—. ¿Y tú?

—Sí, voy a grabar el partido. Tengo que hacer un montaje para la página web de la liga estatal.

Enarqué una ceja.

—Pero ¿ya tienes tiempo para estas cosas?

Él negó con la cabeza.

—No.

No pude evitar reírme y a él le brillaron los ojos.

—Es divertido, así que intento sacar un poco de tiempo —dijo. No me sorprendía mucho, años atrás había hecho unos vídeos virales para su SpongeClown, que ayudaron a darle publicidad. Noté un nudo de resentimiento en la barriga y dejé de sonreír—. Pero está claro que he escogido un mal partido para grabar. El otro equipo no llegará hasta dentro de media hora. Bueno, ¿y tú qué haces aquí tan tarde?

—Nada. Esto… estaba estudiando. —Madre mía, qué mal se me daba mentir. Pero no tenía tiempo para esto; no podía perderme lo que fuera que iba a pasar—. Me voy a ir yendo. —Volví a abrir la puerta, pero él me siguió al exterior.

—¿También has aparcado en el aparcamiento público? —Señaló el camino que llevaba a la colina.

—Eh… no.

—Vaaale. —Inclinó la cabeza; debía de pensar que estaba loca de atar. ¿Por qué no se iba? Me estremecí con el aire frío que me traspasaba las mallas. Para ser octubre hacía un frío que pelaba. ¿Scott iba a reunirse conmigo aquí o simplemente sabía dónde estaba Sasha? Las gradas seguían vacías y solo había un grupito de

jugadores lanzándose pelotas en el campo. Tal vez Scott se hubiera equivocado.

O tal vez era yo, que había llegado antes de hora.

—Ah, acabo de acordarme de que me he dejado unas cosas en la taquilla. Ya nos veremos… —Intenté abrir la puerta para volver al cálido pasillo, pero la puerta se había cerrado automáticamente al salir—. Ay, mierda.

Diego se echó a reír.

—Parece que tienes un problema con las puertas.

Hice una mueca.

—Mira, ¿por qué no…? —Apreté los labios para no decirle nada de lo que pudiera arrepentirme—. Iré por la entrada principal. Hasta mañana.

Diego se encogió de hombros.

—Vale.

Me mordí el labio mientras él subía por la colina hacia el aparcamiento. ¿Por qué aparecía siempre en el momento más inoportuno? Era casi como si quisiera pillarme con las manos en la masa.

O quizá solo buscaba la oportunidad de hablar conmigo, como antes del baile de invierno. Tal vez solo quisiera que volviéramos a ser amigos.

Haciendo caso omiso a las mariposas en mi estómago, miré alrededor, pero no vi nada. Quizá llegaba demasiado tarde. Mierda.

Un par de palomas salieron volando mientras pasaba frente a las gradas, de camino a la entrada del instituto; se me estaban llenando las botas de barro. De repente, capté movimiento debajo de las gradas.

Contuve la respiración al ver a Sasha agazapada bajo aquella estructura metálica, aún con la ropa de animadora puesta. Salió para dirigirse al edificio y cuando me vio puso unos ojos como platos. Vino corriendo y me cogió del brazo.

—Ay, hola. ¿Qué haces aquí? —Se dio una palmada en la frente—. ¿Te dije que la reunión del club de teatro era hoy? Espero que no…

—No. —Quería haber ido a la reunión del viernes anterior, pero ella me había dicho que empezaba a las cuatro cuando, en realidad, empezaba a las tres, así que me lo perdí. Últimamente estaba tan ocupada que no se aclaraba con los horarios—. Estaba con Robbie… ¿Qué hacías ahí abajo? —Me giré hacia las gradas y vi que Scott salía también. Llevaba la chaqueta de cuero de siempre; el pelo

rizado y oscuro se asomaba por debajo de una gorra negra. Me guiñó un ojo y se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta—. Joder, Sasha. ¿Te estabas liando con Scott?

Ella puso cara de asco.

—¿Qué dices? No seas boba. A mí me gusta Zane. Y nunca… ¡no! ¡Puaj!

Zane y ella llevaban flirteando descaradamente desde que yo empecé a quedar con ellos, pero eran amigos de toda la vida. ¿De verdad sentía algo por él o solo quería hacerme creer que no se estaba liando con Scott?

—¿Y entonces qué hacíais? —insistí.

—Nada —me espetó—. Olvídalo, ¿vale? Vamos a tu casa; yo llevo el coche.

Prácticamente me arrastró hacia el aparcamiento. Volví la cabeza y miré a Scott, que estaba apoyado en las gradas. Estaba encendiendo un cigarrillo mientras protegía la llama del viento con la mano y nos miraba. Si no se estaban liando… ¿qué hacía con Scott debajo de las gradas? Porque no podía ser que se estuvieran drogando juntos, ¿no?

Pero si guardaba un oscuro secreto, lo de las drogas encajaba perfectamente. La única incógnita entonces era con qué se drogaba.

T

FALTAN TREINTA Y CUATRO MINUTOS

—¿De qué habla Amber? —preguntó Robbie a Sasha, que reculó un poco hacia la mesa; la jeringuilla le temblaba en la mano—. ¿Qué secreto escondes?

Con unos ojos como platos, ella negó con la cabeza.

—Nada. No tengo ni idea.

Priya me dirigió una mirada cómplice y yo asentí, confirmando así sus sospechas.

Robbie se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido de la preocupación. Sasha se moriría de vergüenza como Robbie se enterara de la verdad. Se había construido una fachada muy sólida de perfección y ni siquiera había confiado en él.

Scott resollaba mientras miraba la jeringuilla; el sudor le resbalaba por las sienes. Tenía que decir algo. No podía dejar que Sasha pensara que su secreto moriría con Scott. Se lo había preguntado directamente hacía meses y me lo había negado a la cara, creyendo que al final dejaría de insistir. Pero si no sabía que yo lo sabía, si pensaba que Scott era el único que guardaba su secreto, ¿le clavaría la jeringuilla en el hombro?

No podía arriesgarme. Era demasiado pronto. Aún quedaba tiempo. Tenía que revelar su secreto.

—Sasha le ha estado comprando drogas a Scott —dije. Sasha me fulminó con la mirada y apretó los labios.

Robbie se quedó estupefacto.

—¿Qué tipo de drogas?

Negué con la cabeza.

—Eso ya no lo sé.

—Vaya… —dijo—. Eso explica bastantes cosas.

Sasha bajó la jeringuilla.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno… —Robbie se frotó la nuca—. Has estado muy inquieta y nerviosa últimamente. Con los ojos muy abiertos y desorbitados, como ahora. —Sasha pestañeó rápidamente como si quisiera volverlos a poner en órbita—. Sé que estás estresada; todos lo estamos por lo que nos espera el próximo año. —Me miró—. Lo atribuía a un exceso de café o algo así, pero jamás pensé que tomaras drogas. Es que… tela. —Sacudió la cabeza como si no terminara de creérselo.

—Por eso necesitaba algo —dijo ella—. Tenía que estar despierta. No tienes ni idea de lo estresada que he estado. Pero ¡ni idea! Tengo demasiados frentes abiertos… Y si quería entrar en Harvard, mis notas no podían bajar. Tenía que estar despierta. Tenía que centrarme. —Se le quebró la voz. Aún no había recibido respuesta de las universidades y su inquietud crecía con cada día que pasaba —. El estrés pudo conmigo.

—Pero hay otras formas de enfrentarse a él. —Diego negó con la cabeza—. Todos sentimos algo de estrés, ¿no? Intenta llevar un negocio e ir a clase a la vez, por ejemplo.

—Venga ya —saltó Sasha—, pero si eres millonario. Ya no tienes que preocuparte por ir a clase.

Diego frunció el ceño.

—¿Y eso quién lo dice? Quiero ser ingeniero biomédico, de modo que tengo que preocuparme por ir a muchas más clases. Mira, solo digo que no eres la única con un millón de cosas que hacer. Y, de todos modos, Harvard no vale tanto la pena como para que te vuelvas una adicta. Hay muchas otras universidades.

Ella entrecerró los ojos.

—Para ti es muy fácil decirlo. Ya has entrado. —Apretó la mandíbula con tanta fuerza que pensé que la vena del cuello le estallaría—. Harvard es la mejor de las mejores. Tengo que entrar. No hay otra.

La «mejor de las mejores». No terminaba de entenderlo. Sasha hacía lo que fuera en esa búsqueda perpetua de la perfección: mentir, hacer trampas, tomar drogas… y cosas peores. Parecía que todo eso se debía a algo más y no solo a la presión que ejercía su madre. Pero ¿qué era?

—De todas formas —dijo Sasha mirando el temporizador de la bomba—, ahora mismo no hay tiempo para lecciones.

Robbie se encaró con Scott hinchando la nariz.

—¿Qué le has estado vendiendo?

Scott abrió la boca para contestar, pero ella se le adelantó.

—He estado tomando *speed* , ¿vale? No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —gritó Robbie—. Puedes meterte en un lío del copón como te pillen tomando meta.

Scott resopló.

—No te flipes —dijo al tiempo que hacía una mueca al mirarse el tobillo hinchado—. Le he estado vendiendo Ritalin, no *speed* .

—¿QUÉ? —dijo Sasha.

—Vaya, vaya, vaya… —dije—. ¿Le has estado mintiendo sobre lo que le vendías?

—Le estaba haciendo un favor —dijo Scott en voz baja y grave, como si cada palabra le supusiera un gran esfuerzo—. Un día vino y me preguntó si vendía *speed* , como si fuera un camello, ¿sabes?

—Es que lo eres —repuso Sasha.

Este hizo una mueca.

—Vender canutos no cuenta.

—Bueno, da igual. Sigue —insistí.

Él vaciló y miró rápidamente a Sasha.

—En su momento, me quité del Ritalin, pero aún guardaba la receta. Así que me dije que no pasaba nada por guardarle y seguir pidiendo. Dejé que pensara que era *speed* , le vendí algo menos peligroso y me gané unos pavos. Salíamos ganando los dos.

Sasha levantó la jeringuilla como si fuera una daga por encima del hombro de Scott.

—¡Me engañaste! —le espetó.

Scott se apartó lo que pudo y aulló de dolor por el movimiento.

—¡Fue por tu bien!

Ella se le acercó un poco más.

—Ni siquiera sabía lo que tomaba. ¿No sabes lo peligroso que es eso?

—No tanto como meterte meta. —Se secó la frente ensangrentada con el dorso de la mano. La jeringuilla pendía en las manos de Sasha mientras reflexionaba.

Robbie negó con la cabeza.

—Alucino con vosotros. —Le dio una patada a la silla que tenía al lado y Sasha se estremeció. Dios. ¿Y si apretaba la jeringuilla sin querer? El líquido le iría a parar al brazo.

—Sasha, ¡suelta la jeringuilla! —Apreté los puños para que dejaran de temblarme las manos.

—Eso, suéltala —dijo Scott—. Pensaba que te estaba ayudando,

¿vale?

Bueno, eso era un poco dudoso.

—¿En serio? —Lo miré negando con la cabeza—. Le vendiste un medicamento que no tenía recetado y eso es ilegal. ¡Le podrías haber hecho daño!

—Y se lo ha hecho. —Priya observaba a Sasha, que temblaba entera.

—Y no hiciste nada para ayudarla —dije. Scott apretó los labios—. Dejaste que siguiera tomándolo y haciéndose daño cuando podrías haberle buscado ayuda.

—Venga ya, pelirrojilla. Tú tampoco lo hiciste.

—¡Porque no sabía toda la verdad! No me decías nada concreto. Te hacías el escurridizo y solo decías que tenía un «secretito oscuro». Cuando se lo pregunté, me lo negó… como lo niega todo siempre.

T

HACE TRES MESES Y DOS SEMANAS

OCTUBRE DEL TERCER CURSO

—Sasha, se me cierran los ojos. —Me froté los míos, que me ardían. Las tarjetas para preparar los exámenes de ingreso a la universidad estaban esparcidas por el suelo de mi habitación. La última vez que había mirado el reloj despertador eran las dos de la mañana. Priya se había quedado frita en dos ocasiones y habíamos escuchado ya mi lista de reproducción con «Las mejores bandas sonoras» tres veces. A mis padres no les importaba que estuviera con amigos hasta las tantas de la madrugada, aunque fuera durante la semana, siempre y cuando estuviéramos bajo su techo. Su indulgencia era una suerte y una desgracia, porque así no tenía una excusa para echar a nadie de casa.

—Calla, anda, y dime la definición de «transitorio» —dijo Sasha blandiéndome una tarjeta en la cara.

—Ya basta. —Dejé caer la cabeza en el colchón.

—Tenemos que seguir. —Se secó el sudor del labio superior y entrecerré los ojos. Había estado observando por si veía signos de que fuera puesta de algo, pero de momento costaba muchísimo distinguir qué era estrés y qué podría ser otra cosa—. Es mi última oportunidad de volver a hacer los exámenes. Tengo que superar a Diego.

Era de dominio público, al menos para los que quisieran escuchar, que Sasha había sacado 1.540 puntos en los exámenes de admisión. Pero Diego había conseguido 1.560, así que, para ella, eso ya era un fracaso.

—Pero ¿por qué tanto afán por superarlo? —preguntó Priya, cogiendo otro puñado de frutos secos. En un intento de mantener los niveles de glucosa y el subidón que daban, había echado M&M a la mezcla, aunque seguramente se arrepentiría cuando le diera el

bajón de azúcar por la mañana. Por su hipoglucemia, su madre no la dejaba acercarse siquiera a un dulce. Pero cuando una es adicta al chocolate, lo es toda la vida, así que solía comerlo a hurtadillas… y luego lo pagaba con un buen dolor de cabeza.

—Harvard no suele aceptar a dos alumnos de un mismo instituto —dijo Sasha— y no puedo arriesgarme.

Calcetines escogió ese momento para abrir la puerta de la habitación y ponerse en medio. Se tumbó panza arriba sobre las tarjetas que empapelaban la moqueta y estiró las patas pidiendo que lo rascáramos. Estaba convencida de que en otra vida había sido un perro.

—¡Sal de ahí! —le soltó Sasha y le hizo un ademán para que se fuera. Calcetines se levantó a toda prisa.

—¡Oye! —Cogí al gato y me lo acerqué al pecho—. No le grites a mi gato.

Sasha puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. —Me pegó en el brazo con una tarjeta—. Va, no seas tonta. Esa es fácil. «Transitorio».

La fulminé con la mirada.

—Mi paciencia será «transitoria» como no dejes de ser tan cansina. —Priya enarcó las cejas y siguió comiendo frutos secos en silencio.

Sasha tiró la tarjeta.

—Me vale. La siguiente es «fuga». —Miró a Priya con los ojos entrecerrados—. Qué envidia me das.

Priya se quedó quieta con la cabeza hacia atrás y un puñado de frutos secos y chocolate a punto de meterse en la boca.

—¿Cómo?

—Ojalá pudiera comer tanto azúcar, pero se me va a las cartucheras. —Se dio una palmada en los vaqueros ceñidos—. He engordado un kilo de solo verlo. Tienes suerte de que a ti te sienten tan bien las curvas. —A Priya se le desencajó el rostro y bajó la mano. Sasha se volvió hacia mí y me dijo casi gritando—: «Fuga».

—¿Por qué no te fugas? —le espeté, pero no estaba yo muy segura de que la frase tuviera mucho sentido.

—Pues vale. De todos modos, tengo que ir a mear. —Se incorporó de un brinco y salió por la puerta. Dejé en el suelo a Calcetines, que siguió a Sasha hasta el piso de arriba.

—Me acaba de llamar gorda —masculló Priya.

—Qué va. Lo decía de sí misma.

Ella negó con la cabeza.

—Seguro. —Tiró a la papelera lo que le quedaba de frutos secos—. ¿Cómo puede ser que tenga tanta energía? Yo estoy que me caigo. Y ahora me duele la barriga.

Me levanté para apagar la música y me eché en la cama.

—Yo estoy que me caigo… desde hace dos horas.

—¿Por qué no estudia sola? —se quejó. Me robó una de las almohadas que tenía debajo de la cabeza y se tumbó en el suelo—. ¿Por qué quieres que seamos sus esclavas de estudio?

—Pero ¿qué dices? Ya sabes que se ha invitado ella solita.

Repartir mi tiempo entre ambas era un tira y afloja constante y no podía dividirme en dos.

—¿Y por qué no le dices que no, para variar? Que estudie con Amy y Maria, o con Zane… o con quien sea.

Me mordí el labio.

Al oírla hablar de Zane me pregunté por enésima vez si debería contarle a Priya lo que sentía Sasha por él. Quizá me había mentido para encubrir lo que fuera que estuviera haciendo con Scott debajo de las gradas. No quería que Priya se sintiera mal por nada. Pasados unos minutos, me apoyé sobre los codos.

—¿Por qué tarda tanto? —musitó Priya, medio dormida.

Me levanté, salí y subí hacia el lavabo de la planta de arriba, junto a la cocina. La puerta estaba abierta de par en par, pero las luces estaban apagadas.

—¿Sasha? —susurré. Mis padres estaban dormidos y no quería gritar. Ninguna respuesta. Tal vez había querido usar el lavabo de más arriba, pero eso era un poco raro.

Mientras me acercaba a las escaleras, algo retumbó arriba. Parecía que provenía de… ¡Mierda!

Subí corriendo sin hacer ruido. La puerta de la habitación de Maggie estaba un poquito abierta y la luz iluminaba un trozo de vestíbulo. Me dio un vuelco el corazón. No, no, no. Calcetines estaba fuera y me miraba con esos ojos verdes que brillaban en la oscuridad. Soltó un maullido como si me avisara de la intrusión, como si supiera que esa habitación estaba prohibida.

Entré en la habitación y cerré la puerta detrás de mí. En efecto, Sasha había curioseado por el tocador de mi hermana. No soportaba la idea de ver a nadie ahí con las cosas de Maggie.

—¿Qué narices haces aquí? —susurré.

—Buscaba enjuague bucal; en el lavabo de abajo no había. —Chasqueó la lengua e hizo un mohín como si aún no lo hubiera

encontrado—. Pensaba que esto era el baño. ¿De quién son todas estas cosas?

Sasha cogió el frasco de un perfume muy caro y repasó con la mirada el tocador, lleno de maquillaje y accesorios para el pelo. Los estantes estaban hasta los topes de novelas de fantasía y ciencia ficción y las paredes estaban forradas de pósteres de Legolas, el Capitán América y Thor. Mamá no quería tocar nada de la habitación, como si Maggie fuera a regresar algún día y a enfadarse al ver algo fuera de lugar.

—Es de mi hermana. Es su habitación —dije nerviosa mientras me toqueteaba el brazalete de amatistas.

Empezó a echarse perfume en la muñeca y enarcó las cejas a media vaporización.

—¿En serio? ¿Tienes una hermana?

Mierda, como mamá oliera el perfume de Maggie en Sasha se pondría hecha una furia. El aroma a madera y lavanda era muy característico.

—¡No toques eso! Me voy a meter en un lío como…

—Relájate, tía, solo es perfume. —Dejó el frasco en el tocador y miró el corcho que había en la pared. Maggie nunca colgaba fotos de ella; no le gustaba nada cómo salía en las fotografías, igual que yo—. Pensaba que eras hija única. —Se acercó a su mesa y acarició el portátil de Maggie. Verla ahí mismo donde murió mi hermana me revolvió el estómago y me trajo recuerdos, recuerdos horribles. Era como volver a verlo todo otra vez, tan claro y reciente como si no hubieran pasado cuatro años.

Nuestros padres habían salido a cenar aquella noche y yo había ido a la cocina a por agua cuando oí algo que se rompía en el piso de arriba. «¿Mags?», pregunté. Luego oí otro ruido extraño. Era como… alguien vomitando. ¿Sería Calcetines echando una bola de pelo? Mire en el salón y el gato estaba encima del sofá con la cola apoyada en el cojín negro.

Volví a oír el ruido del vómito. Estaba claro que venía de arriba. Sentí un escalofrío en la espalda. «¿Maggie?». Subí las escaleras corriendo. La puerta del baño estaba entrecerrada y la abrí de par en par. El lavabo estaba vacío; la alcachofa de la ducha goteaba y se oía plic, plic, plic. Corrí por el pasillo y giré el pomo de la habitación de Maggie. No se abría. Aporreé la puerta: «¿Maggie? ¿Estás bien?». Sin respuesta. Tal vez llevara puestos los auriculares. Con las manos alrededor de la boca, grité tan fuerte como pude:

«¡MAGGIE!».

Nada fue tan fuerte como el silencio que me respondió.

«¡Maggie!».

Desesperada, tiré y tiré del pomo, pero la puerta estaba cerrada por dentro y no había llave, solo un agujerito para forzar la cerradura con un destornillador en caso de emergencia. ¿Dónde guardaba papá la caja de herramientas? ¿En el garaje? Me daba la sensación de que no tenía tiempo para averiguarlo. ¿Podría echar la puerta abajo a patadas? La casa tenía como un siglo de antigüedad. Las puertas y paredes estaban tan poco aisladas que se podía oír lo que pasaba en cada habitación. Seguramente podría romper la puerta de una patada.

Pero ¿y si estaba escuchando música a todo trapo con los auriculares? ¿Y si yo estaba armando todo este lío por nada? Se enfadaría muchísimo y papá y mamá me la liarían por haber roto la puerta. Pero el escalofrío que sentía en la espalda me decía que no me equivocaba. Cogí carrerilla y le di una patada a la puerta, justo a la izquierda del pomo. Sentí una punzada de dolor en el talón, pero como la puerta no cedió, volví a darle otra patada. Esta vez la madera se astilló y conseguí abrirla.

La habitación estaba a oscuras. La única luz provenía de la pantalla del portátil que había encima del escritorio de mi hermana, que bañaba su cama vacía de un fulgor casi fantasmagórico. Encendí la luz.

Maggie estaba tendida en el suelo; su rostro de un horrible color violeta.

«¡Maggie!».

La silla había caído con ella encima. Crucé rápidamente la habitación y me arrodillé a su lado. Tenía los ojos cerrados y de la garganta le salía un gorjeo espantoso. Estaba viva. ¿Se estaba ahogando con algo?

No dejaba de darle vueltas a todo. ¿Qué debería hacer? En clase nos habían explicado la maniobra de Heimlich —hay que ponerse detrás de la persona que se está asfixiando y empujar con fuerza en el abdomen por debajo de la caja torácica—, pero no sabía qué hacer. No… tenía que llamar a la policía, seguro que enviarían ayuda. Fui corriendo al escritorio: su móvil estaba junto al portátil.

Y entonces vi los frascos de pastillas. Había como una decena de frasquitos de color naranja con la receta en la etiqueta y unas cajitas blancas con nombres que me sonaban: ibuprofeno,

paracetamol, diacepam. Todos vacíos. Como si se hubiera tomado hasta la última pastilla que tuviéramos en casa.

Llamé a emergencias, pero antes de que el operador pudiera decirme cómo darle la vuelta con seguridad, Maggie ya estaba muerta. Se había ahogado con su propio vómito en el mismo lugar en el que estaba Sasha ahora mismo, mientras yo, arrodillada a su lado, esperaba que volviera a respirar.

—Tenemos que salir de aquí —conseguí decirle a Sasha en un hilo de voz.

De repente, oí que rascaban a la puerta. Calcetines quería entrar. Mis padres acabarían oyéndonos desde el otro lado del pasillo.

—Vámonos —dije en un susurro apremiante.

Pero Sasha se limitó a negar con la cabeza.

—No puedo creer que no supiera que tenías una hermana. ¿Va a la uni?

Sasha repasó las paredes en busca de alguna insignia de la universidad. Reparó en un cojín encima de la cama con el nombre de Maggie bordado entre flores y hojas. Todos tuvimos que hacer uno en clase de plástica en sexto. Articuló el nombre de mi hermana sin hablar, abrió mucho los ojos y fue… ¿como si cayera en la cuenta?

¿Sabía algo de Maggie? Cuando murió, Sasha y yo íbamos a escuelas distintas, pero su hermana mayor, la que dejó la universidad para actuar en *El fantasma de la ópera* , tal vez hubiera conocido a Maggie. Puede que hubiera sabido lo de la chica que había muerto a mitad del último curso del instituto.

Tal vez conociera también a la chica que empujó a Maggie a hacer lo que hizo.

Abrí la boca para preguntarle a Sasha cómo se llamaba su hermana cuando oí que se cerraba una puerta al final del pasillo y me quedé inmóvil, con el corazón en la boca.

—No podemos estar aquí. Mi madre me matará como nos pille. — Cogí a Sasha de la muñeca y la llevé hacia la puerta; la puerta que mis padres cambiaron y ya no volvieron a abrir.

Acompañé a Sasha por el pasillo. Noté un hormigueo en los dedos mientras pasábamos de puntillas frente al dormitorio de mis padres. Cuando llegamos a mi habitación en el sótano, respiré hondo y crucé los brazos por delante de la barriga.

—Joder, Sasha. No puedes cotillear en la casa de la gente.

Pero ella no me hizo ni caso y le dio un toquecito a Priya con el

pie.

—¿Tú sabías que Amber tiene una hermana?

—¿Qué? —Priya puso unos ojos como platos—. ¿Una hermana? Sí, claro.

—¿Cómo que «claro»? —Sasha se volvió hacia mí con la respiración acelerada—. ¿Cómo es que Priya sabe que tienes una hermana? A mí nunca me has dicho nada.

—Hace trece años que somos amigas. —Priya se puso de pie y se colocó a mi lado; de repente, estaba muy despierta y a la defensiva.

Sasha se puso roja y apretó los labios.

—Yo también soy su mejor amiga —dijo casi gritando con los ojos desorbitados y brillantes. Nunca pensé que le sentara tan mal que Priya supiera más cosas sobre mi familia, la verdad.

—Sasha, tranquilízate. —Nerviosa, miré la puerta por si mis padres bajaban a ver a qué venía tanto alboroto—. ¿Te has tomado algo? ¿Algo para estar despierta, quizá? Estás muy rara.

—¡No! —Echó la cabeza hacia atrás y apretó los puños en un intento de contener los temblores—. Solo es que… ¡me sorprende!

—Pero ¿qué más da? Sí, tengo una hermana. Nunca está en casa. ¿Y qué? Tampoco ha salido el tema.

Priya me miró, pero no le hice ni caso. No quería contarle a Sasha la historia de Maggie. Ni ahora ni nunca. Revivirla mentalmente ya era bastante castigo. Contárselo a alguien —contar que había sido yo quien la vio morir, que fui yo quien no pudo salvarla— era una auténtica pesadilla.

Sasha hizo un mohín como si fuera a echarse a llorar.

—Mira, yo… —Y sin decir nada más, cogió su bolso y salió por la puerta, olvidándose de recoger los libros y las tarjetas.

—Madre mía… —dijo Priya—. Pero ¿qué mosca le ha picado? Me odia, ¿no?

—No. —Suspiré y me froté la nuca. Justo recordé cuando la vi salir de debajo de las gradas con Scott—. No creo que tenga nada que ver contigo. Creo que va drogada.

T

FALTAN TREINTA Y DOS MINUTOS

SEPTIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

—Lo negué porque no es asunto tuyo —dijo Sasha, respirando de forma lenta y consciente—. Lo que yo decida meterme en el cuerpo no tiene nada que ver contigo. No le hago daño a nadie. —Me crucé de brazos y arqueé una ceja, pero no me hizo ni caso—. Todos moriremos como no averigüemos qué hay que hacer. Así que, ¿nos concentramos en eso o qué?

—Ay, Dios. —Priya se abrazó—. Pero ¿qué hacemos ahora? Hemos mirado en todas partes; no hay forma de salir.

—Ya. Tenemos que elegir a alguien —dijo Sasha—. Y este ha demostrado que no podemos confiar en él. —Señaló a Scott—. Me mintió sobre lo que me estaba vendiendo.

—De ninguna manera. —Contuve las náuseas que amenazaban con subirme por la garganta. ¿Cómo podía estar tan dispuesta a matar a alguien?—. Se equivocó al venderte el Ritalin, pero eso no significa que deba morir por ello. No es decisión tuya, todos deberíamos tener voz en esto. Propongo que encontremos la manera de salir todos vivos de aquí.

—Pero ¿cómo? —preguntó Priya.

—Sea el veneno real o no —dijo Diego—, alguien está esperando a que escojamos a uno de nosotros y se lo inyectemos. —Señaló la cámara del armario—. Alguien nos está observando, ¿no? A lo mejor podemos razonar con esta persona.

—¿Crees que podremos razonar con Phil, con Becky o con quien sea…? —preguntó Priya.

—Sigo sin creer que sea Phil. —Diego seguía con un ojo puesto en Sasha, que todavía sujetaba la jeringuilla y tenía el pulgar en el émbolo—. Ni Becky.

—¿Y por qué no iban a ser ellos? —dijo Robbie—. Él llevó una pistola al instituto. Y ella lo defendió.

Diego se secó la frente con el dorso de la mano.

—Sinceramente, creo que ninguno de los dos es tan listo. —Señaló la bandeja con la bomba y la nota—. Esto es demasiado… complicado.

—Sí, y no sé Becky —dijo Priya—, pero Phil no es tan listo como para montar todo este circo.

—Pero ¿quién más nos odia a todos? —dijo Robbie, que se giró hacia Scott—. Bueno… a casi todos. ¿Estás seguro de que Phil y Becky no tienen nada en tu contra?

Scott se limitó a negar con la cabeza. El sudor se le mezclaba con la sangre en la frente y tenía una mueca por el dolor del tobillo torcido.

—¿Tiene que ser alguien que nos odie a todos? —Miré a Sasha—. A lo mejor quienquiera que sea tiene un objetivo específico en mente.

Priya abrió mucho los ojos.

—Si eso es cierto —dijo sin aliento—, ¿cómo pueden hacernos esto al resto? ¿Cómo iban a saber que esto iba a salir tal y como querían?

Sasha volvió a dejar la jeringuilla en la bandeja.

—Sí, es una locura.

—A ver, esperad un momento —dije—. ¿Se os ocurre alguien que pueda odiar tanto a uno de nosotros para hacer todo esto? ¿Alguien que corriese este riesgo? Pensad en toda la gente a la que le habéis hecho daño de alguna manera. —Sentía los latidos del corazón golpeteándome en los oídos—. Sasha, ¿qué hay de…?

—Yo sé de alguien que me odia —dijo Diego, mirándome fijamente—. Puede que incluso tanto como para matarme. —Me quedé sin aliento y di un paso hacia atrás.

Priya frunció el ceño.

—¿Quién?

—El padre de Amber.

Tragué saliva con fuerza y me agarré a la silla que tenía delante para no perder el equilibrio.

—¿Cómo puedes decir eso?

Sasha nos miró sucesivamente, primero a Diego y luego a mí, confundida. No le había contado nunca mi historia con Diego. No tenía ni idea de que nuestros padres habían sido socios.

Robbie se puso a mi lado de un salto, frunciéndole el ceño a Diego.

—¿Qué narices te pasa, tío? Es imposible que sea el padre de Amber.

—Estamos nombrando a la gente que nos odia, ¿no? —dijo Diego. El cuello le brillaba por el sudor—. Bueno, pues su padre odia a toda mi familia.

—No te odia, Diego —mentí—. Odia a tu padre, no a ti. Tu padre es quien se la jugó. Fue él quien abandonó su negocio sin avisar.

—Por SpongeClown. Por mí.

Durante un momento, lo único que pude hacer fue devolverle la mirada. La imagen que veía de Diego se difuminó por las lágrimas que inundaron mis ojos.

—Es una locura.

—Sí, es una locura —dijo Diego—. Toda esta puta noche es una locura. Quizá os haya metido a todos aquí para que tuvieseis una razón para matarme. Es como ha dicho Sasha… todo el mundo me odia.

—¡Eso no es cierto! —Di un paso al frente.

Negó con la cabeza.

—Ya sabes lo que se dice, Amber. El éxito es solitario. Puede que tu padre por fin haya encontrado la manera de vengarse de mí.

T

HACE TRES MESES Y UNA SEMANA

OCTUBRE DEL ÚLTIMO CURSO

El instituto era el último lugar en el que quería estar un sábado, pero papá había insistido en llevarme a la feria de las universidades… como si mi corazón no estuviese ya marcado con la insignia de la USC. Supongo que pensó que, si no lo hacía, no estaría cumpliendo con sus deberes paternos.

Mientras recorríamos los pasillos llenos de compañeros de clase y estudiantes de los pueblos vecinos a los que no reconocía, papá señalaba los puestos de algunas universidades estatales. Y yo negaba con la cabeza.

—¿Ninguna de estas te parece interesante? —preguntó.

—No.

—Bueno, de todas formas no tienes permiso para ir a la universidad hasta que cumplas los treinta y tres.

—Ja, ja.

Pero cuantos más pasillos recorríamos y más puestos señalaba, más negaba yo con la cabeza.

—Venga ya, Amber. —Me dio una palmadita en el hombro—. No vas a aprender nada de estos sitios frunciendo el ceño.

—Pero es que ya sé dónde quiero enviar la solicitud —dije—. Definitivamente a la USC, pero si fracasara en las audiciones, también a Berklee, UCLA, la Universidad de Nueva York, Oberlin…

—Ya te lo he dicho. —Se pasó una mano por la cara—. No podemos permitirnos los vuelos para las audiciones.

—Ya lo sé. Ahora te dejan hacer las audiciones virtuales. Por Skype, por ejemplo. —Todos los centros fomentaban las audiciones presenciales y me daba la sensación de que eso aumentaba las posibilidades de entrar, pero no quería insistir en el tema—. Y también tengo que enviar grabaciones.

Por supuesto, la noche del estreno de la obra era veinticuatro

horas antes de que terminase el primer plazo para enviar la solicitud. Matadme ya.

—Está bien. —Papá me dirigió al final del pasillo, donde había menos gente—. Pero escúchame… Creo que también deberías enviar la solicitud a alguna universidad estatal.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Bueno, esas universidades son mucho más baratas. —Cogió un folleto del puesto más cercano y lo ojeó—. ¿Lo ves? Esta es la distancia que hay desde casa y son doce mil al año. La USC son cuarenta y siete mil. Al año.

—¿Por qué… por qué me sales con esto ahora? ¿Por qué no hace años?

Papá soltó el aire por la boca.

—Esperaba no tener que hacerlo nunca. Esperaba que las cosas salieran de otra forma. Pero no ha sido así. Lo siento, Amber.

Parecía que el suelo se fuera a desplomar bajo mis pies.

—Pero… puedo pedir un préstamo estudiantil.

—De ninguna manera. No dejaré que te gradúes con una deuda de trescientos mil dólares.

—Alucino. ¿Me lo estás diciendo en serio? —No me podía creer que estuviésemos teniendo esa conversación.

Hinchó las fosas nasales.

—A mí no me hables así.

—¡Pues no me hables tú como si tuviese cinco años! Ya habíamos hablado de esto. Si compongo música para películas, me ganaré muy bien la vida. Pero nunca haré los contactos que necesito en Hollywood si no entro en el programa adecuado.

Papá se movió incómodo, mirando a los reclutadores que nos observaban desde un puesto cercano.

—Entrar en el programa adecuado no es ninguna garantía. ¿Sabes lo competitiva que es la industria del entretenimiento?

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué? ¿Crees que no tengo lo que hay que tener?

—Por supuesto que sí… Sabes que adoro tu música. Solo quiero que acabes la universidad sin deudas que tardarás décadas en pagar, como me pasó a mí. De no haberlo hecho, podría haber empezado a ahorrar antes. Y perder mi negocio no nos habría hecho tanta mella. No. —Negó con la cabeza, resuelto—. No quiero que seas una artista muerta de hambre. Si no consigues ninguna beca en

cualquiera de esas universidades, tendrás que ir a una estatal. Y… bueno, tus notas tampoco son tan buenas como para que te den una beca.

—Bueno, siento no ser Maggie —le espeté.

Su nombre quedó flotando entre los dos; pesaba más que sus sueños perdidos. Maggie era siempre la que conseguía todas las becas. Quería ser médico desde antes de aprender a montar en bici. Mientras Priya y yo jugábamos con vestidos, muñequitas y a tomar el té, Maggie nos perseguía con un estetoscopio y un martillo de goma chiquitito. Si eras su víctima, te obligaba a callar para poder escuchar los latidos de tu corazón o te daba un golpecito en la rodilla para comprobar los reflejos de la pierna. Años después, cuando recibió su primera carta de aceptación, más una beca completa, del Johns Hopkins, papá se hinchó de orgullo.

Las cartas de aceptación siguieron llegando después de su muerte.

Papá exhaló lentamente, mirando al techo, como si intentase evitar las lágrimas. Las luces fluorescentes acentuaron las nuevas arrugas que se habían extendido por su sien a un ritmo alarmante. Había envejecido una década en solo un par de años.

—¿Crees que esto es fácil para mí? ¿Decirle a mi niña que no puedo ayudarla a cumplir sus sueños?

Luché contra las lágrimas que brotaban de mis propios ojos.

—No.

Papá siempre me había apoyado mucho, siempre había querido lo mejor para mí. Por eso me estuvo llevando a clases de piano tres días a la semana durante años antes de comprarme mi propio teclado. Por eso cedió su cuarto de juegos del sótano para que yo tuviera un espacio donde tocar y practicar. Por eso se tomó un tiempo de descanso en el trabajo tras la muerte de Maggie, para poder estar conmigo y cerciorarse de que estuviera bien.

—Nada me gustaría más que poder pagar la universidad que quieres.

—Lo sé, papá.

Me dio un abrazo.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué me dices? ¿Podemos echar un vistazo al menos? No hace falta que decidas hoy mismo dónde vas a enviar la solicitud. Mira y ya está. A ver si alguna tiene algún programa de música que te guste.

—Vale —murmuré, frotándome los ojos para asegurarme de que no saliera ninguna lágrima.

Volvimos a pasear por los pasillos, pero yo tenía un nudo en la garganta. Cogí folletos de cualquier universidad que tuviera algo parecido a un programa de música. Mientras papá y yo leíamos los folletos de uno de los puestos, se encendió un *flash* junto a nosotros y yo levanté la mirada. Mierda. Era Diego; la última persona a la que quería ver en aquel momento. Diego sonrió y se acercó, mirando la pantalla de su cámara.

—Qué buena foto espontánea. —Se inclinó para enseñármela. Era una gran foto de padre e hija, algo que verías en la página web de la feria de las universidades—. Te la puedo pasar por correo.

—Claro. Como quieras. —Me tembló la voz. Estaba resentida con Diego y sus ridículas esponjas por hundir la empresa de mi padre, pero nunca pensé que terminaría hundiendo también mis planes.

—¿Estás bien?

No sabía qué decir y no estaba segura de poder evitar que me saliera todo el resentimiento por la boca.

Diego miró el montón de folletos que llevaba en la mano.

—¿Qué universidades estás mirando?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Bueno… Quiero ir a una de música…

—Ah, sí. He oído que estabas creando la música de la obra del instituto.

—Sí, bueno, puede que todo haya sido para nada.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Resulta que tengo que ir a un sitio más barato. Mi padre quiere que pueda ganarme la vida después de graduarme de la universidad. —Miré a Diego, incapaz de contenerme—. No quiere que lo pierda todo, como él.

Abrió los ojos como platos y se pasó los dedos por el pelo enmarañado.

—Mierda —murmuró.

—Sí.

Se presionó la frente con la palma de la mano.

—Amber, yo… Menuda mierda. No me había dado cuenta de que pasabais estrecheces.

En la boca de mi estómago se empezó a formar una bola de fuego.

—Bueno, puede que, si no me hubieses ignorado durante tres años, te hubieras dado cuenta. —Estaba tan afectada por mi conversación con papá que no me pude contener—. Ya sabes, si mi padre no hubiese perdido su empresa por culpa de tus dichosas

esponjas, nada de esto estaría pasando.

Una expresión incrédula se asomó a su rostro.

—Espera un momento. ¿Que yo te ignoré? Eras tú la que se daba media vuelta en cuanto me veía por los pasillos. Fuiste tú quien dejó de hablarme. Pensaba que me odiabas.

Hice una mueca.

—¿Me lo dices en serio? Te escribí aquella misma noche, después de que aparecieses en ese estúpido programa. Nunca me contestaste y después tu padre dejó al mío con el culo al aire. Y ya no volviste a hablarme.

—Es que…

—¿Te creías demasiado bueno como para volver a hablarme? ¿Era eso?

Abrió más los ojos.

—Para nada…

—Lárgate, chaval. —Papá se acercó por detrás de mí; miraba a Diego entrecerrando los ojos—. ¿No ves que la estás disgustando?

Diego abrió y cerró la boca, como si no supiese qué contestar.

—Señor Prescott, lo siento, yo solo…

Papá se puso rojo y se le marcó la vena de la frente.

—Ya has interferido suficiente en nuestras vidas. Deja de molestarnos, anda. —Le dio un toque con el dedo—. Y no quiero volver a verte cerca de mi hija.

T

FALTAN TREINTA MINUTOS

La idea de que fuese papá quien nos había encerrado aquí era tan ridícula que casi me hacía gracia. Nunca llevaría a cabo este plan tan elaborado para matar a un niño inventor por celos. Que Diego lo sugiriese me molestaba tanto como me entristecía… y que sospechase que yo estaba dispuesta a asesinarlo me rompía el corazón.

—¿Cómo puedes decir eso? —le grité a Diego; toda yo temblaba —. Primero, mi padre no arriesgaría mi vida de esta manera. —Señalé la bomba—. Ni en un millón de años, vamos. Y alucino con que pienses que yo querría matarte. —Me resbaló una lágrima por la mejilla.

Se encogió.

—No he dicho eso. He dicho que tu padre quiere que me mates.

Todos nos miraban como si estuviésemos en un partido de tenis. Sasha nos observaba con la boca abierta.

—Pero eso significa que tendría que haberme incluido en sus planes para asegurarse de que te elegíamos a ti. Lo que significa que yo tendría que haber estado de acuerdo. ¿De verdad crees que yo habría accedido a matarte?

—No… Claro que no. —Dio un paso atrás—. Eso no… no es lo que quería decir…

Apreté los puños, respirando con fuerza.

—Bueno, tal vez no eres tan inteligente como tú te crees.

Él retrocedió como si le hubiese dado una bofetada, pero yo sentí como si me hubiese apuñalado en el pecho con esa jeringuilla.

Robbie soltó un gruñido.

—Esto es ridículo. Es imposible que el padre de Amber esté detrás de esto. He pasado mucho tiempo en su casa. Es muy majo. Ninguno de nuestros padres nos haría esto. Es una locura. —No podía estar más agradecida.

Sasha se dio un golpe en la cadera con la palma de la mano.

—¡Chicos, no tenemos tiempo para hacer un debate sobre eso!

Robbie gruñó otra vez y le dio una patada a la puerta.

—Eso no ayuda a nadie —murmuró Diego.

—Ya, bueno, que te jodan, señor Esponja. —Robbie dio un par de pasos hacia Diego y yo corrí para colocarme entre los dos.

—Chicos. —Puse una mano sobre el hombro de Robbie. Tenía la camisa húmeda por el sudor. El ambiente era asfixiante—. Tranquilos, ¿vale? Centrémonos. —Miré a Diego, negando con la cabeza.

—Lo siento, ¿vale? —Diego señaló alrededor con los brazos—. Es que… Todo esto… Bueno, tiene que ser alguien que conocemos, ¿no? Y él es la primera persona que se me ha ocurrido… —Fue bajando la voz mientras se secaba el labio superior—. Lo siento.

Puede que no hubiese querido decir eso. Tal vez el calor sofocante nos estuviese volviendo locos.

—Mira —dije—, da igual.

—Vale, muy bien —dijo Sasha—. Él lo siente, tú lo sientes, todos lo sentimos. ¿Quién podría ser, sino? ¿Alguien más tiene algún enemigo que no nos esté contando?

Nos miramos los unos a los otros, esperando a ver quién hablaba primero.

—¿Y tú qué? —le pregunté a Sasha—. Eres la estrella de todo… La mejor en todo… Seguro que has cabreado a alguien por el camino.

Sasha negó con la cabeza.

—No. —Miró a Priya—. O sea, nadie del que no hayamos hablado ya.

Scott señaló a Sasha con el dedo. Se le tambaleaba la cabeza.

—¡Ja! Y una mierda. Usas a la gente como te viene en gana. —Por el dolor, arrastraba las palabras como si estuviese borracho—. Haces que la gente se abra contigo y luego usas todo lo que te cuentan en su contra.

Robbie se rio.

—Eso es ridículo.

Pero esta no era la primera vez que Scott sugería que Sasha se aprovechaba de las personas. «Sasha consigue todo lo que quiere».

—¿De qué estás hablando? —lo incité. ¿Qué era eso que Sasha sabía y que había usado contra Scott?

—Ah, ¿te gustaría saberlo? —Scott miraba más a su alrededor que a mí, sin enfocar del todo. Se agarró la pierna y apretó la mandíbula. Tenía el cuello de la camiseta oscura por el sudor—. Me

odias. Igual que ella.

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? No te odio…

—Sí, claro que sí. Me odias por haberle vendido drogas a Sasha. Lo has dicho… —Pestañeaba sin parar—. Tú misma lo has dicho. Crees que soy un bicho raro. —Hizo un gesto impreciso hacia Priya, que inclinó la cabeza, confundida.

Me mordí el labio y el sentimiento de culpa se extendió como la tinta sobre el papel. Pero antes de que pudiese contestar, Scott puso los ojos en blanco y se desplomó contra la pared.

T

HACE TRES MESES

NOVIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Por fin lo había conseguido. Tras semanas intentando convencer a Robbie para que accediera, por fin íbamos a tener una cita doble con Priya y Zane. En parte me preguntaba si le importaría a Sasha… ¿Y si de verdad sentía algo por Zane? Pero pensé que su permiso no me hacía falta; ella misma había dicho que no tenía tiempo para una relación, así que, a efectos prácticos, él estaba disponible.

Al menos, eso esperaba.

Además, Priya sentía algo por él desde el principio de los tiempos.

Robbie y yo estábamos sentados bien juntitos en un banco fuera del Mike's Diner, moviendo las piernas para protegernos del frío mientras otros chicos que conocíamos del instituto iban entrando y saliendo. Se suponía que Zane iba a recoger a Priya, pero por los mensajes que me enviaba cada diez segundos, él llegaba tarde.

—Tengo que enseñarte una cosa. —Busqué un archivo de vídeo en mi teléfono, me apoyé en el brazo de Robbie y coloqué el móvil de modo que ambos pudiésemos ver.

Reconoció la primera imagen de inmediato.

—¡Hostia! ¿Ya lo has terminado?

—Sí.

Le di al *play* y vimos el vídeo actualizado para su reclutamiento de béisbol, rematado con música de fondo tipo rock. Ya tenía un vídeo que había enviado a las universidades desde segundo curso, pero como la Georgia Tech estaba sopesando aceptarlo, había añadido nuevas grabaciones del campamento de béisbol de verano, como por ejemplo algún *home run* , robos de tercera base o algunos momentos en los que se lanzaba de cabeza a la segunda base tras batear desde la primera. Cuando la semana anterior me había enseñado el vídeo, me estremecí al oír la música cursi de fondo y me ofrecí a crear una pista nueva y a limpiar la edición.

Cuando terminó, me miró radiante de felicidad.

—Joder, Amber. Muchas gracias.

—De nada. —Me incliné para darle un beso y me lo agradeció, pero luego se alejó y suspiró—. ¿Qué pasa?

—No, no pasa nada.

Me mordí el labio. ¿No le gustaba la pista? ¿Tenía un ritmo demasiado brusco?

—No, en serio. ¿Qué pasa? Sea lo que sea, lo puedo arreglar.

—No, no. El vídeo es perfecto. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Fruncí el ceño y guardé el teléfono.

—Pero se acaban de interesar por ti.

Robbie descansó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza con las manos.

—Sí, pero es mi última oportunidad. Como la Georgia Tech no firme, será el fin. —Miró fijamente al aparcamiento de enfrente, incapaz de mirarme a los ojos—. Ojalá…

—¿Qué? —Le cogí de la mano—. Dímelo.

—Bueno… Mi padre contrató unas empresas de reclutamiento para ayudar a Paul y Liam cuando estaban en segundo. Se pusieron en contacto con un montón de ojeadores, les hicieron vídeos superprofesionales, cosas así. Pero ha estado tan ocupado yendo a sus partidos que no ha hecho nada de eso por mí. —Le dio una patada a la gravilla suelta—. Supongo que pensó que con dos ganadores de tres ya era suficiente.

Le apreté la mano.

—Pero tú también eres un ganador. Has llamado la atención de los ojeadores sin ninguna ayuda adicional.

—Pero, aun así, siento que… No sé, que da igual lo que haga, nunca es suficiente para mi padre. Vuela a Boston para los partidos de Paul más a menudo de lo que viene a verme a mí al final de la calle. Le conté que el ojeador de Georgia iba a venir a verme jugar y ni le importó. —Se volvió a frotar la cara—. No sé. Es como si Paul y Liam ya lo hubiesen conseguido todo, ¿sabes? Soy el enano de la camada, el débil. El que no importa.

Ver su dolor hizo que los ojos se me llenasen de lágrimas. Odiaba verlo sufrir así. Observé nuestros dedos entrelazados.

—Sé lo que se siente… Tener la sensación de que no estás a la altura de tus hermanos…

Robbie me miró.

—Pensaba que eras hija única.

Respiré profundamente, tiritando de frío. Todavía no le había hablado a Robbie de Maggie y él no había atado cabos, claro. Que no se compadeciese de mí había sido un gran alivio, pero a Robbie podía contárselo. Podía confiar en él.

—No siempre fue así. —Las palabras me salieron como un susurro —. Tenía una hermana mayor. Murió cuando estábamos en octavo.

Se le dispararon las cejas.

—Espera un momento. Mierda. La chica que murió cuando estábamos en octavo… la de último curso… ¿era tu hermana?

Miré fijamente al suelo, asintiendo con la cabeza ligeramente.

—Lo siento. No tenía ni idea. —Me abrazó y me acercó a él. Vi de repente el rostro sin vida de mi hermana y cerré los ojos, hundiendo la cara en la chaqueta de Robbie mientras los escalofríos se convertían en temblores de dolor. Me estrechaba entre sus brazos y yo intentaba contener las lágrimas, con la esperanza de que la multitud que se acercaba a la puerta no se diera cuenta.

—Quería ser doctora y le dieron becas en todas las grandes universidades —dije finalmente, limpiándome una lágrima solitaria que había logrado escapar—. Mi padre cree que no me darán una beca como a ella, así que quiere que pida plaza en una universidad estatal que cueste menos. No me cree capaz de llegar a productora ni que pueda devolver un crédito estudiantil. No como sí lo hubiese conseguido ella. —La voz se me quedó atrapada en la garganta y tragué saliva—. Así que entiendo por lo que estás pasando. Es horrible. Y lo siento.

—Yo también lo siento. —Robbie me dio un beso en la mejilla y no se separó de mi lado—. Pero, oye… no vamos a dejar que nos paren. No dejaremos que nos retengan. —Me sacudió el hombro para que le mirase—. Si yo quiero jugar al béisbol, de una manera u otra jugaré al béisbol. Y si tú no quieres ir a una universidad estatal, no tienes que ir a ninguna universidad estatal. Si quieres pedir un préstamo estudiantil, es tu decisión. Es nuestra vida. A la mierda lo que piensen.

Sonreí.

—Pues sí. A la mierda lo que piensen.

—¿Por qué estáis tan serios? —preguntó una voz. Robbie y yo levantamos la vista y vimos que se acercaban Zane y Priya. Me sequé las mejillas una vez más mientras nos levantábamos para saludarles.

Priya me escudriñó mientras nos separábamos del abrazo.

—¿Estás bien?

—Sí, completamente. Solo manteníamos una conversación profunda.

—Puf. —Zane sonrió con aires de superioridad—. No me extraña que estés disgustada. Oír hablar a este idiota es una tortura.

—Cállate, tío —dijo Robbie, pero se rio.

Zane abrió la puerta del Mike's Diner y nos hizo pasar a todos. La camarera nos llevó a una mesa del centro del restaurante y nos dio un menú a cada uno, lanzándole una sonrisa coqueta a Zane. Priya la miró de reojo mientras nos sentábamos.

Pero Zane no se dio cuenta.

—Siento llegar tarde, chicos. —Se frotó los ojos—. Por los pelos.

—¿Qué ha pasado, tío? —preguntó Robbie.

Zane le dirigió a Robbie una mirada oscura.

—Mi hermano otra vez.

El hermano de Zane estaba en segundo. Lo había visto por su casa un par de veces, normalmente cojeando por ahí con muletas. Se había roto la pierna por tres sitios diferentes el año anterior. Me costó encontrar un sitio donde escribirle en la escayola porque mucha gente le había firmado ya.

—Ah —dijo Robbie, como si supiese lo que quería decir su amigo.

Priya parecía tan confusa como yo.

—¿Qué ha pasado? —Al parecer no le había preguntado nada en el coche.

Él hizo un gesto con la mano.

—No quiero hablar de eso.

—Su hermano tiene un problema con las drogas —dijo Robbie—. Opiáceos. Su madre no deja de encontrárselos por ahí y le da un ataque, claro.

—Joder —dije.

Zane lo miró fijamente.

—He dicho que no quiero hablar del tema.

—No es algo de lo que avergonzarse —dijo Priya—. Es… bueno, es un problema grave en este país ahora mismo. Hay mucha gente enganchada. He visto en las noticias que…

Zane dio un golpe tan fuerte en la mesa que las personas sentadas detrás de él pegaron un brinco y nos miraron a hurtadillas.

—He dicho que no quiero hablar de eso, joder.

—Vaya, vaya, pero qué grupo más variopinto. —Scott vino a

nuestra mesa con un bloc, preparado para tomar nota de nuestro pedido. El estómago me dio un vuelco. Todavía no estaba cien por cien segura de lo que Sasha y él habían estado haciendo bajo las gradas, pero apostaría mi teclado eléctrico a que le estaba vendiendo drogas—. Hola, pelirrojilla. ¿Cómo…?

—¿Ahora también trabajas entre semana o qué? —Mis palabras eran puro sarcasmo.

Sonrió.

—Hago todo lo que puedo para conseguir algo de pasta. —No me sorprendía nada. En cambio, noté un sabor agrio en la boca. Zane le miraba con un odio absoluto. Ay, madre. Tal vez creyera que Scott le había vendido esas pastillas a su hermano—. ¿Y qué puedo ofreceros, damas y caballeros, en esta encantadora noche?

Zane no abrió la boca más que para pedir una hamburguesa y unas patatas fritas y para gruñir un «Sí» ocasional. Se mantuvo callado durante toda la cena. Pasó la mayor parte del tiempo intercambiando mensajes con alguien y en una ocasión, cuando le apareció un aviso en pantalla, vi el nombre de Sasha. Estaba bastante segura de que Priya también lo había visto, porque se fue enfadada al baño. Insistió en que no la acompañara cuando le di un codazo a Robbie para que me dejase salir de la mesa.

Diez minutos después, todavía no había vuelto.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Zane entre sorbos a su batido —. He aceptado venir, ¿no? ¿Y ahora desaparece?

—Tampoco es que hayas sido exactamente un príncipe azul —le respondí—. Más bien, Óscar el gruñón, el de *Barrio Sésamo* .

—Ya, ya. —Se pasó la mano por la cara—. Ha sido una tarde difícil.

—Bueno, iré a ver cómo está.

Le di un golpecito a Robbie en el brazo y se levantó para dejarme salir. Me dirigí hacia los baños, pero encontré a Priya apoyada en la antigua gramola, cerca de la cocina, hablando con nada menos que Scott Coleman. Se estaba riendo de algo que había dicho él, como si no tuviese que estar en ningún otro sitio.

—¿Qué está pasando, chicos? —dije lanzándole a Priya una mirada confusa.

—Hola, pelirrojilla —dijo Scott—. Solo estamos hablando…

—¿No deberías estar trabajando? —le pregunté sin tapujos—. Estamos en mitad de una cita doble, así que voy a tener que robarte a Priya.

Una mirada dolida se asomó al rostro de Scott.

—Ah…

—Da igual —dijo Priya—. No tengo ninguna prisa por volver.

—Zane ha preguntado dónde estabas.

Esperaba que se alegrara con eso, pero en su lugar enarcó una ceja escéptica.

—¿En serio?

Joder. Priya llevaba años queriendo tener una cita con Zane y él lo había echado al traste totalmente.

—Sí. Vuelve tú. Primero tengo que ir al baño.

Se encogió de hombros con un suspiro.

—Vale. Adiós, Scott. —Se despidió con la mano y se fue directa a nuestra mesa.

Cuando ya no podía oírnos, miré a Scott.

—No te acerques a mis amigos.

Arqueó ambas cejas.

—¿Qué?

Noté un nudo en la garganta.

—Le estabas vendiendo drogas a Sasha bajo las gradas, ¿verdad? Ese era su sucio secretito, ¿a que sí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé…

—Déjate de misterios, anda. —Le di un empujón en el hombro—. ¿Sabes lo que le están haciendo esas drogas? Está hecha polvo… No para de temblar, está inquieta, se le está yendo la cabeza. —Y ahora que sabía lo del hermano de Zane, no era de extrañar que Sasha se lo hubiera ocultado a sus amigos. Ya habían visto las consecuencias que tenía el abuso de drogas y podrían intentar detenerla. Y Sasha no soportaba que nadie la detuviese.

Scott se rio.

—Ya, bueno, es su elección.

—Pero también es la tuya. Deja de venderle lo que quiera que sea.

—No… no puedo. —Eso lo confirmaba. Le estaba vendiendo algo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Le estás haciendo daño.

—La única persona que le está haciendo daño a Sasha es Sasha. No tengo opción. Ni de coña. —Se llevó el puño a los labios, como si hubiese dicho demasiado—. Mira, no sabes lo que viste…

Apreté los puños.

—Vi lo suficiente, así que no te acerques a amigos. No te acerques a Sasha. Y aléjate también de Priya. No va a dejar de rechazarte. —

Me arrepentí de haberle dicho eso en cuanto me salieron las palabras de la boca, pero estaba muy enfadada—. No eres más que un camello acosador, asqueroso y repugnante que no la deja en paz. Así que piérdete.

T

FALTAN VEINTINUEVE MINUTOS

Todos presenciamos horrorizados cómo Scott se desplomaba.

—¡Scott! —Priya se arrodilló a su lado y le cogió por los hombros con dedos temblorosos.

Le temblaban los párpados y tenía la cabeza inclinada hacia ella mientras le buscaba la mano.

—No puedo… Duele…

Robbie cogió un vaso de agua de la mesa y se lo dio a Priya.

—Tenemos que mantenerlo hidratado. Hazle beber todo el vaso. Cuando termine, dale otro.

Ella asintió y cogió el agua.

—¿Alguien tiene una aspirina o algo así?

Todos negamos con la cabeza. Si alguno tuviese algún medicamento, ya se lo habríamos ofrecido. Quería instar a Scott a que terminase de decir lo que pensaba antes de que se desmayase. ¿Cómo había usado Sasha un secreto en su contra? Pero las manos le temblaban tanto que, al intentar beber del vaso, el agua se salió por el borde. Estaba claro que necesitaba un descanso.

—Chicos, se nos está acabando el tiempo —dijo Sasha, mirando la bomba. Se tapó los oídos, blanca como el papel, como si la bomba pudiese estallar en cualquier momento. El temporizador unido a la maraña de cables y tubos seguía con su cuenta atrás silenciosa. Quedan veintiocho minutos y treinta y nueve segundos. Treinta y ocho. Treinta y siete.

—Vale, vale. —Me llevé la mano a la frente mientras Priya ayudaba a Scott a volver a sentarse recto contra la pared, aunque parecía que ella misma estaba a punto de desmayarse. Sentía una oleada de ansiedad—. Pensemos. Pensemos otro modo de salir de esta. ¿Tenemos alguna manera de desactivar la bomba? —Una pausa expectante impregnó la habitación mientras todos miraban el revoltijo de cables—. Dios, es como si quien la haya montado hubiese puesto cables extras solo para confundirnos.

—Sí, tal vez no deberíamos toquetearla —dijo Robbie—. No creo que sea como en las películas. Y no tengo ni puta idea de cómo se desactiva un explosivo. —Miró la bomba y se pasó una mano por el pelo—. Quizá deberíamos moverla.

—Moverla… ¿dónde?

—¿Podemos sacarla por la ventana? —preguntó Priya. Scott estaba bebiendo él solo del vaso de agua.

—No cabe entre los barrotes —dije.

—¡Tengo una idea! —Robbie chasqueó los dedos y se los llevó a los labios, pensativo—. Podemos poner la bomba en un rincón… —Señaló la esquinita entre la ventana cerrada y el gran espejo de metal— y arrastrar los armarios, la mesa y las sillas. Amontonamos todo lo que podamos delante de ella. —Sasha asintió con la cabeza —. Y después nos juntamos todos al otro extremo de la habitación…

—¡En la chimenea! —exclamó Priya, dejando a Scott y corriendo por la habitación—. Podemos intentar apretujarnos aquí… —Se agachó y se metió en la chimenea—. Mmmm, quizá no…

—No cabemos todos ahí dentro —dijo Sasha—. No sé. ¿No estallaría en un millón de pedazos todo lo que habríamos apilado y se convertiría en metralla?

—Exacto —asintió Diego—. Y por si no lo habíais notado, estamos encerrados aquí dentro. Aunque la explosión no nos matase, nos quemaríamos vivos.

Crucé los brazos.

—O moriríamos por inhalación de humo.

Diego inclinó la cabeza.

—No… Creo que no lo entendéis. Esos cartuchos de dinamita son enormes. Y a saber qué es ese líquido. Podría echar abajo el edificio entero. El humo no sería el problema.

—Eso no lo sabes seguro —dijo Priya.

—No, no lo sé. —Diego negó con la cabeza—. Esta noche no sé nada seguro. Pero tampoco creo que pegarla a una esquina y cubrirla con sillas y manteles vaya a ayudar mucho.

—Qué mal lo de los barrotes de las ventanas… —Me mordí el labio inferior—. ¿Y si ponemos la bomba en la chimenea?

Diego negó con la cabeza.

—No lo veo.

—¡No, esperad, oídme bien! ¿Y si ponemos la bomba en la chimenea y la bloqueamos con todo lo que hay aquí? ¿No haría eso que la explosión fuese hacia arriba?

—No hay ningún «arriba». —Diego se inclinó hacia la chimenea, dando golpes a la madera sólida que había donde debía haber un espacio vacío—. Es una chimenea falsa. La explosión no puede ir hacia ningún sitio. Pero digamos que estás en lo cierto y que la contuviera… Entonces sí moriríamos por inhalación de humo.

Me uní a él en la chimenea y le toqué el hombro.

—Pero a lo mejor haría un agujero en la pared y podríamos salir por ahí.

—La mayor parte de esta habitación está bajo tierra. —Me miró—. Aunque la explosión se llevase por delante la parte superior de la pared, tendríamos que alzarnos por encima del fuego.

—Joder —dijo Sasha, mirando la jeringuilla en la bandeja.

Sentí una presión en el pecho.

—¿Por qué te pones así? —le pregunté a Diego en un susurro—. Si no intentamos hacer todo lo que podamos, podría volver a atacar a Scott. Podemos encontrar otra manera. Sabes que es lo correcto. Al menos tenemos que intentarlo. Tenemos que impedirlo.

—Lo sé…

—Y entonces ¿por qué echas por tierra todas las ideas?

Me cogió de los brazos.

—Porque, Amber, ¡esto no va a funcionar! No todo puede ir exactamente como lo planeas, por mucho que lo desees.

T

HACE DOS MESES Y TRES SEMANAS

NOVIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Se me estaba acabando el tiempo. Miré el reloj que había sobre la puerta del aula con el ceño fruncido. Solo tenía veinte minutos para terminar ese estúpido trabajo de historia antes de que sonase el timbre de la primera hora. Pero por muy fuerte que sonara *Hamilton* en mis oídos, no encontraba más rápido las fechas correctas de la guerra de independencia norteamericana en mi libro de texto. Y nadie más había aparecido todavía, así que no podía pedirle las respuestas a nadie.

Mis notas habían bajado desde que pasaba tanto tiempo viendo los ensayos de *Romeo y Julieta* . Sasha siempre hacía que algún novato grabase los ensayos, gracias a Dios; si no, tendría que dividirme en dos para ir a esos ensayos y a los de la orquesta. Pero cada vez que modificaban el guion, tenía que ajustar la partitura para sincronizar la música con sus entradas. Y el día tenía las horas que tenía.

Mientras garabateaba las respuestas en la hoja de ejercicios, alguien se dejó caer a mi lado y, sin decir una palabra, me arrancó uno de los auriculares con un pop. Di un salto y levanté la mirada: Diego se lo estaba poniendo ya en la oreja. Al reconocer la canción, cerró los ojos y sonrió.

No había hablado con él desde la feria de universidades y me moría de la vergüenza por cómo lo había tratado. Se quitó el auricular y le dio un golpecito a mi hoja.

—¿No has recibido el correo del señor Baskin? Está enfermo. Tienes un día más.

—¡Oh! —Saqué mi móvil y actualicé la aplicación del correo electrónico. Y justo entró el correo del profesor de historia—. Genial. —Hice una mueca—. O sea, no que esté enfermo. Obviamente.

—Sí, sí, lo pillo. —Me devolvió el auricular—. Oye, que… quería disculparme.

—¿Por qué? —Debe de haber estado viviendo en un universo alternativo, porque definitivamente era yo la que debería disculparse.

Soltó el aire por la boca.

—Por no responderte al mensaje. Por todo. Por hacer que mi padre dejase la empresa del tuyo.

Enarqué las cejas.

—¿Fue cosa tuya?

La nuez de Diego se movió mientras tragaba.

—Bueno… más o menos. Cuando las ventas de SpongeClown empezaron a dispararse, quise convertirlo en un negocio de verdad. Mi padre estaba muy ocupado con el trabajo para dedicarle más tiempo, pero yo necesitaba ayuda, la ayuda de un adulto, y necesitaba dinero para aumentar el *stock* . Así que me presenté a *Puja o quiebra* sin decírselo. Cuando nos invitaron al *casting* , mi padre no pudo decir que no. Era una oportunidad increíble. Y siempre ha hecho todo lo posible para hacerme feliz. Creo que es porque soy adoptado… Es como si quisiera demostrar que me quiere más de lo normal o algo así. Y luego entramos en el programa y los inversores nos pusieron entre la espada y la pared preguntándome cómo iba a llevar un negocio si todavía estaba en el instituto. Supuse que uno de los inversores asignaría su propio equipo para dirigirlo o algo así. Pero mi padre se ofreció en directo a dirigir la empresa a tiempo completo.

—Sí, me acuerdo de eso —dije con un tono plano.

—Por eso no te respondí. Me padre me dijo que estaba a punto de dejar la empresa de tu padre y que sabía que no se lo iba a tomar bien. Y me sentí superculpable.

Se me paró el corazón. Estaba estupefacta.

—Pero no tenía ni idea del impacto que tendría sobre tu familia —continuó—. Me sentí fatal cuando me enteré de que el negocio se había hundido. No pensé bien en todo eso. Después el sentimiento de culpa se hizo cada vez mayor y no… no sabía qué decir. No me había dado cuenta de que las cosas os seguían yendo mal. Y por supuesto no lo hice para hacerte daño. —Apoyó una mano en mi brazo—. Nunca haría nada para hacerte daño.

Su mirada eran tan sincera que sabía que decía la verdad. Me había pasado todos esos años resentida con él por pensar que yo no

valía la pena, pero él se los había pasado resentido consigo mismo.

Solté un suspiro.

—Pero es que no fue culpa tuya. Eras solo un chaval con una oportunidad increíble delante de ti y la aprovechaste. ¿Cómo ibas a saber las consecuencias?

Relajó la postura y soltó una risa nerviosa.

—Bueno, ojalá hubiese algo que pudiera hacer para compensarte.

Me mordí el labio.

—En realidad… puede que lo haya.

—¿Sí? —Tenía una mirada tan esperanzada que casi me reí.

—Sí. Te gusta grabar cosas, ¿verdad?

—Claro.

—Pues… Estrenamos *Romeo y Julieta* dentro de unas semanas, ya sabes, la obra del instituto. Y, bueno… —Esbocé una sonrisa pícara —, todavía quiero solicitar plaza en esos programas de música. Puede que alguno me dé una beca después de todo. No lo sabré si no lo intento.

Él sonrió.

—Genial.

—Necesito grabar la obra para mandar la grabación junto con mi solicitud. Tengo todo el equipo para registrar la imagen y el audio, pero no puedo hacerlo yo misma porque estaré tocando con la orquesta y, como la semana pasada grabaste el partido de béisbol, he pensado que quizá…

—Lo haré. Lo que necesites.

—¿En serio? —dije sonriendo.

—Por supuesto. Pero escucha…

—¿Sí?

—Quiero asegurarme de que sabes que… no siento solo lo de tu padre, el negocio y todo eso. Quiero que sepas que nunca me he creído mejor que tú. Ni de coña. Y siento si te he hecho sentir así alguna vez. Eres… eres increíble, Amber.

Básicamente dejé de respirar. Durante todos esos años había sentido que nada de lo que hacía era suficiente. No era lo suficientemente buena para crear la partitura de la obra sin números de canto. Ni para conseguir becas. Ni para dividir mi tiempo entre todos los que querían un poco de mí. Ni para salvar la vida de mi hermana. Nunca era suficiente. Así que oír a alguien decir que era increíble me dejó atónita.

—Sé lo mucho que has trabajado para entrar en una escuela de

música —continuó—. Y que vayas a por ello, a pesar de todos los obstáculos a los que te enfrentas… Eso te convierte en una auténtica superheroína. Te lo mereces un montón.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Mientras me miraba con esos intensos ojos cobrizos, se me ocurrió lo fácil que sería acercarme y besarlo. Demasiado fácil.

Espera, ¿qué? Pero ¿en qué estaba pensando? Miré hacia otro lado y me alejé de él. Me gustaba Robbie. Quería a Robbie. ¿Qué narices hacía pensando en besar a Diego? Tal vez solo estaba agradecida por que estuviese dispuesto a ayudarme y aliviada de que lo hubiésemos arreglado todo. Tenía que ser eso. Estaba abrumada por la emoción. Eso era todo.

—Gracias. —Eso fue lo único que pude decirle.

—De nada.

Se volvió a colocar mi auricular en la oreja, sacó un cuaderno de espiral de su mochila y empezó a escribir, balanceándose ligeramente al ritmo de la canción. Pero por una vez mis pensamientos acallaron la música; no dejaba de darle vueltas a excusas de por qué narices quería besar a un chico que no era del que estaba enamorada.

T

FALTAN VEINTISIETE MINUTOS

Diego tenía unos ojos como naranjas mientras miraba la bomba.

—¿Y si ponerla dentro de la chimenea nos da una oportunidad? —Me lloraban los ojos y me agarré a sus antebrazos, con la cara a pocos centímetros de la suya—. ¿La oportunidad de salir todos de aquí con vida? Podemos poner suficientes cosas para bloquear la metralla.

—Supongo…

—Es mejor que la alternativa. —Lo miré fijamente a los ojos penetrantes, suplicando con los míos—. Es mejor que matar a alguien ahora, ¿no?

Robbie dio una palmada.

—Intentarlo no nos hará daño, ¿no?

Diego y yo nos separamos y Robbie lo miró con recelo. Mierda. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué sabía? Pero apartó la mirada y la fijó en Sasha, que estaba en una esquina con los brazos cruzados.

—Seguro que nos hará daño como a alguien se le caiga la bomba —dijo Priya.

—A nadie se le va a caer —dije con el pulso acelerado.

—Se podría llevar entre varios —sugirió Sasha—. Solo para asegurarnos.

—Bien —asentí—. Pues… ¿quién la lleva?

Todo el mundo se mantuvo en silencio. Nadie quería tocar aquella cosa y mucho menos levantarla. Nadie quería averiguar qué se sentía cuando te explotaba una bomba en los brazos. Nadie quería averiguar si se desgarrarían tan rápido que no notarían nada o si sentirían el dolor intenso y abrasador de quemarse vivos.

—Yo ayudaré a llevarla —se ofreció Diego, levantando una mano.

—Yo también —dijo Robbie. Se acercó a la bomba rápidamente, como si quisiera demostrar que era más valiente que Diego.

—Un momento. —Miré las ventanas que estaban cerca del techo y me acerqué a la chimenea—. ¿Por qué no intentamos hacer una

plataforma que la levante hasta la parte superior de la chimenea? De esa forma podría hacer estallar la parte de la pared a nivel de la calle y quizá el humo podría escapar por ahí.

—¿Tan alto llega? —preguntó Priya. Se acercó a la chimenea y se arrodilló para mirar en su interior—. Ah, pues sí… —Perdió el equilibrio y se tambaleó un poco.

La sujeté de los hombros para que no cayera.

—¿Estás bien? —Diego la miró preocupado mientras se ponía a mi lado para observarla más de cerca.

—Sí, sí. —Se limpió la frente con el dorso de la mano, que le temblaba. Tenía la vista borrosa.

—Priya, quizá tendrías que comer algo. —Y le dije a Diego—: Tiene problemas de azúcar en la sangre.

—Estoy bien. —Nos hizo un gesto con la mano—. Creo que deberíamos hacer lo de la plataforma. Intentar volar la parte superior de la pared.

Robbie revisó la habitación, buscando algo que pudiésemos usar para alzar la bomba.

—¿Hay algo que podamos apilar? —Todo el mundo miró a su alrededor.

—Los cajones —gruñó Scott, señalando los armarios con el vaso de agua vacío—. Los de los armarios y los aparadores.

—Pero ¿será estable? ¿Y llegará tan alto sin tambalearse? —preguntó Priya mientras le tendía otro vaso de agua.

—Hay una forma de averiguarlo —dijo Robbie. Sacó los cajones del armario más cercano a la puerta y tiró al suelo los manteles, servilletas, cucharas, tenedores y tapetes varios. Sasha se encargó del segundo armario, y Priya y yo de los aparadores. La mayoría de los cajones del aparador de debajo de la ventana estaban vacíos.

—Los cajones de los aparadores no son tan anchos —dijo Diego—. Deberían ir arriba.

Robbie les dio la vuelta a los cajones de los armarios y comenzó a apilarlos. Parecían bastante estables, pero solo le llegaban a la altura de las caderas.

—No va a ser lo bastante alto.

—Pero es mejor que nada —dije. Robbie le pasó a Diego dos cajones del aparador y este los puso en la parte de arriba. Esos no eran tan robustos, así que movió algunos cajones para estabilizar los de arriba.

—Esto parece el juego ese de apilar bloques de madera, el Jenga

—dijo Sasha.

Scott puso el vaso de agua vacío en el suelo.

—No se parece en nada al Jenga, en realidad.

—Cállate, anda. —Sasha lo fulminó con la mirada.

—No. —Al menos parecía que volvía a estar lúcido.

—Espera, espera. —Diego le hizo una señal a Robbie para que parase—. Si lo apilamos todo aquí fuera, será demasiado alto y no cabrá en la chimenea. Tenemos que seguir apilando una vez dentro.

—Cierto —dijo Robbie.

—¿Cómo vamos a colocar la bomba arriba del todo? —preguntó Priya.

—Sí… Habrá que tener cuidado para no inclinarla ni nada, ¿no? —dijo Robbie.

—No. —Diego negó con la cabeza—. Esto es lo que vamos a hacer. Apilamos hasta aquí… —Señaló justo debajo de la parte superior de la apertura de la chimenea—, ponemos la bomba y, manteniéndola bien recta, levantamos la pila y ponemos el siguiente cajón debajo.

—¿Ves? Pues como el Jenga —le espetó Sasha a Scott.

Él se cruzó de brazos.

—Sigue sin parecerse ni un poquito.

—Vale —dijo Robbie—, vamos a hacerlo. —Diego y él se unieron para quitar los cajones de la pila y volver a montarlo todo dentro de la chimenea. Cuando la pila casi había llegado al marco de ladrillos de la misma, se giraron hacia la bomba—. ¿Preparado?

Diego se secó la frente.

—No tenemos elección.

Le di un apretón a Robbie en el brazo mientras pasaba por mi lado para llegar a la mesa y coger la bomba, y él me dio un beso en la coronilla.

Las chicas se juntaron bajo las ventanas, al lado de Scott, mientras Diego y Robbie se colocaban junto a la bandeja de plata.

Le di un golpe a Scott en el hombro.

—¿Estás bien?

Fijó sus ojos en los míos mientras bebía del vaso de agua.

—Sobreviviré. —Luego miró a Robbie y a Diego—. Espero.

Robbie se remangó las mangas de la camisa.

—¿Cogemos cada uno de un lado?

—Sí. —Diego se crujió los nudillos.

—Con cuidado…

Mientras Robbie y Diego levantaban suavemente la bandeja y

deslizaban los dedos por debajo, Priya soltó un gritito a mi lado. Le rodeé los hombros con un brazo y me dejó quedarme así, acurrucadas la una junto a la otra a pesar de lo pegajosas y sudadas que estábamos.

Sasha me cogió la otra mano con dedos temblorosos.

—No puedo más, literalmente.

—No va a pasar nada. No nos pasará nada —dije. Las tres nos acurrucamos mientras Diego y Robbie levantaban la bandeja.

—Cógela por el otro lado, no quiero caminar de espaldas —dijo Robbie. Diego le cambió el sitio y avanzaron poco a poco hacia la chimenea, paso a paso y con cuidado. El sudor le corría por las sienes a Diego y tenía la mandíbula apretada, concentrado. Los ojos de Robbie iban de la bomba a su destino. Y el contador rojo seguía bajando. Veinticinco minutos, cuarenta y nueve segundos. Cuarenta y ocho. Cuarenta y siete.

Los chicos llegaron hasta la chimenea y levantaron la bomba a la altura del pecho para deslizarla sobre la pila de cajones. Sasha se tapó la boca con la mano. Cuando la colocaron sobre la pila, todos soltamos un suspiro colectivo.

—Vale, tío. Ahora a por la parte difícil —dijo Robbie.

—¿En serio? —lloró Priya—. ¿Esa era la parte fácil?

—Esperad —dije, soltando las manos de Sasha y Priya—. Asegurémonos de que controlamos bien el tiempo.

—Mierda. —Scott se dio una palmada en la frente—. Así no podremos ver el temporizador.

—Da igual, no hace falta. —Me acerqué a la chimenea y me incliné sobre la bandeja. Veinticinco veintidós. Veintiuno.

—Pondré el temporizador en el móvil. —Diego se unió a mí y sacó el teléfono del bolsillo para sincronizar el temporizador de la aplicación con el de la bomba—. Listo.

Priya gimoteó y se desplomó contra la pared, abrazándose las rodillas y con la frente resbaladiza por el sudor.

—Acabemos con esto —dijo Diego—. Tú levantas la pila y yo deslizo los cajones.

Robbie asintió. Le di un codazo a Priya y señalé el montón de cajones.

—Venga, vamos a ayudarles.

Priya asintió y pasó por el lado de Sasha para acercarle a Diego los cajones, pero Sasha la agarró por la parte de atrás del vestido.

—No te pongas en medio —dijo—. Al final harás que se les caiga.

—Tiró tan fuerte de ella que la hizo tambalear hacia atrás y caer de culo.

Priya gritó de dolor. Intentó ponerse de pie, pero se tambaleó; le costaba recuperar el equilibrio. La cogí de las manos, la ayudé a levantarse y se sacudió el vestido blanco de estilo *boho* antes de girarse hacia Sasha.

—¿Qué problema tienes? Puedo levantar un cajón.

—Si ni siquiera te puedes poner de pie tú solita… —dijo Sasha.

—Parad ya. —Intenté colocarme entre ambas, pero Priya me empujó con el codo. Casi alcanzaba a ver el humo saliéndole por las orejas.

—¿Es que no te escuchas? —dijo Priya—. Eres muy borde… y muy cruel. Si tenemos que matar a alguien, ¡espero que seas tú quien muera!

T

HACE DOS MESES Y DOS SEMANAS

NOVIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

—Priya, aguanta ahí, joder. —La voz de Sasha llegaba desde el campo hasta la primera fila de las gradas, por encima de la banda sonora de *La guerra de las galaxias* que sonaba en mis oídos. Le había prometido a Robbie que iría a ese partido: era importante porque un par de ojeadores universitarios iban a estar allí. De momento había conseguido un batazo y una eliminación por *strikes* . La semana anterior lo habían eliminado y había golpeado el bate tan fuerte contra el suelo que lo había hecho añicos. Por suerte, esta vez no había sido así. Sin embargo, tras dos entradas sin incidentes, estaba usando mi tiempo a solas en la grada para empollar para el examen de física.

Pero los gritos de Sasha interrumpían mis intentos de memorizar las leyes del movimiento de Newton. Cuando se enteró de que el próximo partido de la liga de otoño de Robbie se iba a jugar en nuestro instituto, aprovechó la oportunidad para que el equipo practicase las nuevas rutinas con público antes de la siguiente competición. Ahora estaba plantada frente a la formación en diamante del equipo de animadoras, con las manos en las caderas.

Priya sostenía a Amy sobre sus hombros en un extremo de la formación, de cara a las gradas. Amy se balanceaba en un equilibrio precario, pero mantenía los puños en alto y tenía una sonrisa decidida en la cara.

—Pero ¿qué intentas hacer? ¿Meterle mano? —le gritó Sasha a Priya mientras yo me quitaba los auriculares—. Se supone que la tienes que coger de los tobillos, no de las pantorrillas.

¿Por qué le estaba gritando a Priya así, delante de todo el mundo? Incluso desde la distancia podía ver claramente que la pobre se había puesto roja. Zane las observaba mientras sostenía el bate,

esperando a que comenzase la siguiente entrada, mientras que Robbie se quitaba la suciedad de las zapatillas con el bate dentro del círculo de espera.

Amy se tambaleó cuando Priya intentó cambiar el agarre y su sonrisa se transformó en una mueca. Estaba a punto de caerse. Antes de perder el equilibrio del todo, Amy saltó de los hombros de Priya y aterrizó de pie con un pasito lateral. Sonrió y saludó al público, como si no hubiese pasado nada.

Sasha miró al público, después cogió a Priya por la muñeca y la arrastró detrás de las gradas, mientras Amy cantaba eso de que el equipo era dinamita para animar a la multitud mientras se reanudaba el partido. Como estaba en la última fila, me asomé por la barandilla para ver a Sasha y a Priya.

—Hemos hecho esta coreografía un millón de veces —dijo Sasha —. Eres la única a la que todavía no le salen los movimientos básicos. Es patético. Nunca debí dejarte entrar en el equipo.

—Lo siento —farfulló Priya.

—Y una mierda. Si no puedes con esto, estás fuera del equipo —la amenazó señalándola con el dedo.

Priya hizo una mueca, como si estuviese a punto de romper a llorar.

—Ay, no —murmuré en voz baja. Durante todos esos meses había pensado que Priya exageraba al pensar que no le caía bien a Sasha. Pero en ese momento, viéndola torturar así a Priya, ya no sabía qué pensar. Dejé mis cosas y bajé los amplios escalones de las gradas corriendo a grandes zancadas.

—He dicho que lo siento, ¿vale? —dijo Priya mientras yo rodeaba las gradas, corriendo hacia ellas—. ¿No podemos intentarlo otra vez y ya está?

—¿Qué? —Sasha se cruzó de brazos—. ¿Para que hagas caer a Amy de culo delante de todo el público? —Aceleré y la aparté de Priya—. ¡Oye! —gritó.

Priya volvió a poner una mueca, negando con la cabeza, y se fue hacia las gradas.

—Sasha, pero ¿qué te pasa?

Se secó la frente con los dedos temblorosos.

—No la soporto. De verdad que no. —Abrió y cerró los puños, respirando muy rápido—. Hemos hecho esta coreografía tropecientas veces. Ha sido literalmente más veces de las que puedo contar. Y todavía no lo hace bien. Nos está haciendo quedar en

ridículo.

—Tampoco ha sido un desastre. No ha tirado a Amy. ¿No crees que estás exagerando?

—No, no estoy exagerando. ¿Sabes cuánto tiempo hemos invertido en esta coreografía? Lo está estropeando todo después de lo mucho que hemos trabajado —dijo en un susurro y volvió a apretar los puños.

Era como si estuviese intentando contener la furia, pero fracasara estrepitosamente. Estaba claro que ahí había algo más que el disgusto por la actuación de Priya.

—Por Dios, Sasha, ¿estás colocada? —La cogí de la muñeca, que tembló en mi mano.

—¡No! ¿Por qué dices eso? —Se zafó de mí y se giró hacia las gradas, cruzándose de brazos. Se le marcaba la vena del cuello mientras intentaba calmar su respiración.

—Pues porque te comportas como una loca —dije. Opté por no mencionarle lo que me había insinuado Scott porque ya estaba demasiado nerviosa—. Me preocupo por ti, Sasha. Estás abarcando demasiado, ¿no lo ves? ¿Por qué no dejas el equipo de animadoras un par de meses, solo hasta que la obra se…?

—¿Quién te crees que eres para darme un sermón? —Sasha me miró con los ojos entrecerrados. Me estremecí, sorprendida por su tono—. Ya te he dicho que no estoy tomando nada. Estoy bien.

—No parece que estés bien. —El calor me subía por el cuello—. Y te estás portando como una cabrona con Priya. —Nunca habíamos discutido así antes y se me quebró la voz por la presión.

Me miró con asco.

—No entiendo por qué eres su amiga. Es patética.

Se me hizo un nudo en la garganta y unos carámbanos de hielo me envolvieron el corazón. Estaba hablando de mi mejor amiga. Era como si se hubiese desprendido de su careta amable y ahora estuviera enseñando la crueldad que había debajo. Me horrorizaba verlo.

—No, no lo es —grité.

Puso una mueca y me despachó con la mano.

—Demasiado friki para tan poco circo. ¿Por qué no vuelves al gallinero y te metes en tus asuntos? —Antes de que pudiese responder, giró sobre los talones y volvió corriendo con su equipo.

Nunca había visto a Sasha despotricar así. Pero no podía haberme equivocado tanto con ella. Tenían que estar hablando las drogas.

Tenía que ser eso.

Y tenía que ayudarla. Se había desvivido por ayudarnos a Priya y a mí: había convencido al grupo de teatro de que me dejasen componer la música para la obra, le había permitido a Priya entrar en el equipo de animadoras y la había ayudado a aprenderse las coreografías. Pero estaba abarcando demasiado… y en parte era por nosotras. Tal vez fuese culpa mía que se sintiera tan desbordada. Tenía que ayudarla. La ayudaría a vencer los demonios a los que se enfrentaba, fueran cuales fuesen.

T

—Augh. —Puse una mueca al notar que el huesudo trasero de Priya se me clavaba en la pierna. Estábamos las cuatro apretujadas en el asiento trasero del Prius de Maria. Intenté acercarme más a Amy, pero esta ya estaba pegada a su novia, Lisa.

—Lo siento —dijo Priya. Le temblaba la voz como si estuviese al borde de las lágrimas. Estaba claro que seguía afectada por el berrinche de antes de Sasha. Sasha, por el contrario, hizo como si no hubiese pasado nada cuando me envió un mensaje después del partido: «Baja, vamos a celebrar la victoria en casa de Zane». En ese momento, Maria y ella estaban cantando a gritos una canción de Taylor Swift mientras Amy y Lisa se reían, con las manos unidas sobre el regazo de Lisa.

—No pasa nada —dije.

—Chicas —dijo Sasha cuando terminó la canción—, creo que voy a dejar que Zane llegue hoy a la tercera base. —Se rio—. El juego de palabras no ha sido aposta.

Maria gritó y Priya me dirigió una mirada confundida. Ay, madre. No le había contado que Sasha me había confesado que le gustaba Zane. Creía que solo lo había dicho para hacer que olvidase lo que fuese que estaba haciendo con Scott debajo de las gradas.

—¿Estáis saliendo oficialmente? —pregunté de forma inocente.

—¡Sí! —dijo.

—¿Cuándo ha pasado? —dije—. ¿Por qué no has dicho nada?

—Es tímida con el tema de los chicos —dijo Maria con voz estridente y Sasha le dio un golpe en el brazo.

—Te dije que me gustaba. —Me dirigió una mirada mordaz, como si estuviese diciendo «¿Lo ves? No me estaba liando con Scott».

Quería preguntarle «Entonces, ¿con qué drogas te ha liado él a ti?», pero no quería acusarla delante de todas.

—A ver —continuó—, llevamos años en plan tira y afloja, pero ayer tuvimos nuestra primera cita de verdad. —Miró a Priya por el espejo retrovisor, cuya expresión había pasado de confundida a pasmada. Sasha sabía que le gustaba Zane y había dejado que se hiciese ilusiones con él durante todo ese tiempo.

—No me puedo creer que todavía no hayáis follado —dijo Amy.

—No soy tan fácil. —Sasha se encogió de hombros como si no le importara demasiado.

Maria se giró desde el asiento del conductor y nos miró enarcando las cejas.

—Sí, ya. Sasha, corta el rollo. ¿Cómo de fácil eres, exactamente?

Sasha le dio un golpe en la pierna.

—No apartes la vista de la carretera, ¿vale?

—Pues responde a la pregunta.

Sasha suspiró.

—Me considero una chica de la tercera cita.

—¡Venga ya! —dijo Amy—. Tú misma lo has dicho, llevas años liándote con Zane.

Cuando nada más que la voz de Taylor Swift llenó el coche durante varios minutos, Maria gritó:

—Joder. ¿Sigues siendo virgen? —Tanto ella como Amy estallaron en una risa.

Sasha murmuró algo incomprensible. Por una vez, no era ni la primera ni la mejor en algo, y unas manchas rosas le tiñeron las mejillas.

—Bueno, ¿y vosotras qué? —dijo al final—. Obviamente, Priya sigue siendo virgen.

Priya se cruzó de brazos y me miró mal, como si hubiese sido yo la que se había burlado de ella.

—Amber, ¿Robbie y tú lo habéis hecho ya? —Sasha centró la atención en mí rápidamente.

Entonces me sonrojé yo.

—No. —Robbie y yo habíamos tenido momentos bastante épicos y estuvimos a punto de hacerlo un par de veces. Pero echar un polvo rápido en el asiento trasero de su todoterreno o en una de nuestras habitaciones con nuestros padres en casa no parecía muy romántico, así que yo siempre pisaba el freno. Todavía no estaba preparada, quería esperar hasta el momento perfecto y, por suerte,

él respetaba mi decisión.

—Y tú tampoco, Amy —dijo Sasha.

—Eh… —Amy ladeó la cabeza—. Sabes que sí.

—Pero no… no has follado con un tío —dijo Sasha—. O sea, que sigues siendo virgen.

Lisa resopló y se empujó la mejilla con la lengua, pero no dijo nada. Amy golpeó el asiento de Sasha.

—El sexo con chicas también cuenta, gilipollas.

—No te molestes —murmuró Lisa.

—Además —continuó Amy, dándole a Lisa un apretón tranquilizador en la rodilla—, el sexo con tíos debe de ser muy aburrido. No saben dónde están las cosas importantes…

—¿Te importa no contar demasiado? —Lisa le golpeó la mano a Amy.

—¿Qué? —Amy hizo un puchero—. Son mis mejores amigas, se lo cuento todo.

Lisa se cruzó de brazos.

—Tus mejores amigas creen que el sexo con chicas no cuenta.

Sasha se hundió en su asiento, mordisqueándose la uña del pulgar. Incluso en la oscuridad, vi que tenía la cara completamente roja. No creía que lo que había dicho fuese en serio, era solo que no sabía cómo afrontar el hecho de no ganar en algo. Tras un silencio incómodo, dije:

—Por si sirve de algo, yo creo que sí que cuenta.

Pero nadie dijo nada más hasta que llegamos a casa de Zane. Me quité de encima la pierna de Priya, temblando por el frío nocturno, y seguí a las chicas hasta rodear la casa de Zane.

En el patio trasero, el padre de Zane ponía hamburguesas en la barbacoa mientras que él y su madre arrastraban unas lámparas de calor para que nos refugiásemos debajo. En cuanto los padres de Zane entraron en casa, Sasha no perdió el tiempo: lo arrastró hasta una mesa de pícnic, se plantó en su regazo y comenzó con las muestras públicas de afecto.

—Por Dios —murmuré. Cogí a Priya del brazo—. Oye, Priya, lo siento mucho… —comencé, pero Robbie se acercó corriendo y nos interrumpió:

—¿Dónde está mi beso de la victoria? —Me envolvió en un sudoroso abrazo y me besó. Lo empujé juguetonamente.

—Puaj, estás todo sudado.

—Bueno, es lo que pasa cuando haces el *home run* de la victoria.

—¿En serio? —Debí de habérmelo perdido. Me soltó, con una expresión ilegible, y se me contrajo el estómago—. Quiero decir… ¡Sí, ha sido maravilloso! ¡Buen trabajo!

—No lo has visto, ¿verdad?

Mierda.

—Lo siento mucho… Tenía que empollar para el examen de física durante el partido. Seguramente me he abstraído demasiado.

Le dio una patada al suelo, apretando la mandíbula.

—Bueno, los ojeadores sí lo vieron. Eso es lo que importa.

Justo en ese momento, Sasha se rio mientras Zane le susurraba algo al oído. Priya resopló y echó a correr hacia el patio delantero de la casa. Ay, no.

Me separé de Robbie.

—Mira, lo siento mucho, pero Priya está enfadada. Tengo que ir a hablar con ella.

—Vale, vale.

Corrí hacia Priya y la alcancé en la entrada.

—¿Qué narices pasa, Amber? ¿No soy tu mejor amiga? ¿O también me ha ganado en eso?

—Por supuesto que eres…

—Me destroza delante de todo el mundo. —Señaló con el dedo hacia el patio trasero, donde Sasha sujetaba la cara de Zane con las manos—. Luego me grita como si tuviese cinco años ¿y vas tú y la consuelas?

—Espera… ¿estás enfadada por eso? ¿No es por Zane?

—No, no es por ningún tío.

—Pero… espera, ¿no estás enfadada porque esté saliendo con Sasha ahora?

—Bueno, un poco sí. Pero hace años que Zane no me gusta. Y es más que evidente que no le importo una mierda. No le he gustado nunca.

¿Años? Traté de recordar la última vez que Priya había hablado de Zane antes de nuestra desastrosa cita doble, la última vez que había parloteado sobre él sin fin… Seguramente había sido hacía meses y ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de hacerlo.

—Eres tú la que ha intentado liarnos —continuó Priya—. ¿Y en qué estabas pensando, además? Sabías que estaban saliendo. ¿Querías darme esperanzas?

—¡No! Lo siento mucho. No sabía…

—¿Y por qué narices te has puesto del lado de Sasha cuando era

yo la que estaba recibiendo ese trato de mierda?

—Priya, quería tranquilizarla para que dejara de gritarte. Le pedí que dejara de ser tan capulla.

—Ya, seguro.

Me puse pálida.

—¿No me crees?

—Pues puede que no. —Tenía los párpados inferiores llenos de lágrimas—. Ahora sois superamiguitas. Vas a todas sus fiestas. Estás saliendo con uno de sus mejores amigos. Eres una de sus mejores amigas. Estás dentro de su círculo.

—¡Y tú también!

Priya levantó los brazos.

—¿Es que estás ciega o qué? Me odia. Odia todo de mí. Cree que soy patética.

—Eso no es verdad… —Pero Sasha había usado esa palabra exactamente. Me aparté el flequillo—. Te dejó empezar a hacer acrobacias.

—Sí, porque le robé un examen. —Ay, madre. Eso también era cierto.

—¿No podemos simplemente…?

—Simplemente ¿qué? ¿Llevarnos bien? Ya lo he intentado, Amber. ¿No te acuerdas? He intentado hacerle la pelota, igual que tú. —Le resbaló una lágrima por la mejilla—. Ojalá no hubiésemos intentado ser amigas suyas. Ojalá nada de esto hubiese pasado. Ojalá no existiese.

T

FALTAN VEINTISÉIS MINUTOS

A Sasha le brillaban los ojos, le temblaban los brazos y tenía las mejillas sonrojadas, aunque no sabía si era por el calor o de la rabia ante la sugerencia de Priya de que debería ser ella la que muriese.

—¿Cómo puedes decir eso? —rugió. La situación había empeorado más rápido de lo que había imaginado.

—Pues porque eres una zorra. —Priya se agarraba al respaldo de una silla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Siempre haces lo que sea para salirte con la tuya…

—¡Ay, Dios! —dijo Sasha—. ¡Estás celosa y por eso quieres deshacerte de mí!

Diego introdujo otro cajón por la mitad de la plataforma deformada; ahora, la bomba estaba escondida detrás de la repisa de la chimenea.

—No, no —dijo Priya—. Esto no es cuestión de celos.

—Chicas, parad ya. —Corrí al lado de Priya y miré a Sasha—. Priya no quiere que muera nadie. Es esta habitación… que nos está volviendo a todos locos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sasha.

—Pues porque la conozco mejor que nadie de aquí —dije— y me apuesto lo que sea a que no es lo que quiere. —La expresión de Priya se suavizó, pero seguía agarrando la silla como si necesitara ese apoyo—. Escuchad, todavía nos quedan… —Consulté el reloj— unos veinticuatro minutos. Todavía hay tiempo. Concentrémonos en amontonar cosas delante de la chimenea.

Diego se cruzó de brazos, negando con la cabeza en dirección a la pila de cajones.

—Creo que esto no va a funcionar.

—Quizá deberíamos empezar a hablar sobre a quién vamos a escoger —dijo Robbie, haciendo una mueca como si, al mismo tiempo, le repugnara tener que sugerirlo—. ¿Qué pasa si al final tenemos que hacerlo?

Sacudí la cabeza; el corazón me latía tan deprisa que pensé que me daría un ataque.

—Pero ¿cómo vamos a decidir algo así? ¿Cómo podemos escoger a uno de nosotros para que muera?

Se pasó la mano por la cara.

—No lo sé. Pero será mejor no esperar al último momento para escoger, ¿no?

—Sigo diciendo que debería ser Scott —dijo Sasha.

Incliné la cabeza. Su secreto ya había salido a la luz, pero entonces recordé algo que había dicho Scott antes de casi desmayarse. Había insinuado que ella había utilizado en su contra algo que le había contado. Y meses antes, cuando lo acorralé en el Mike's Diner, me dijo que no tuvo más remedio que venderle drogas. ¿Qué había querido decir con eso?

—Por Dios, Sasha —dije—. ¿Por qué sigues tan empeñada en matar a Scott?

Se cruzó de brazos.

—¿Por qué crees?

—Espera, ¿es por lo del Ritalin? —Me giré hacia Scott—. ¿O hay algo más?

Sasha apretó más los brazos, mirando a la puerta.

—No, no lo hay.

—Entonces, ¿no me chantajeaste? —dijo Scott hinchando la nariz.

Todos nos quedamos quietos y boquiabiertos por lo que acababa de decir. Había tanto silencio en la habitación que casi podía oírse el tictac de la bomba dentro de la chimenea. Sasha apretó los labios y negó con la cabeza; se le volvía a marcar la vena del cuello.

—Eres un mentiroso.

—No es mentira y lo sabes —dijo Scott.

—¿Que te chantajeó? —repetí—. ¿Cómo? ¿Qué pasó?

Se frotó los ojos.

—Que no salga de esta habitación, ¿de acuerdo?

—Tío, puede que no salgamos ni nosotros de esta habitación —dijo Robbie.

—No diremos nada —le aseguré.

—No… —comenzó Sasha.

—¡Cállate! —grité y ella se estremeció.

Scott respiró hondo:

—Bueno, un día después de un castigo, estaba esperando a que mi padre me recogiese, pero no apareció. Hasta ahí nada raro. Pero

resulta que Sasha pasaba por allí y, como no me apetecía ir andando a casa, le pedí que me llevase. Menuda estupidez. —Sacudió la cabeza—. Ya en el coche, empezó a hacerse la preocupada y me preguntó qué pasaba y todo eso. Había sido muy amable al llevarme a casa y yo estaba en un momento delicado, así que le conté lo que había: que mi padre se pasa la vida colocado por las metanfetaminas o la hierba o lo que sea, así que siempre termina perdiendo el trabajo y se olvida de las cosas, como pasar a recogerme. Sasha me preguntó si había intentado ayudarlo de algún modo, pero mi madre murió hace años y si mi padre iba a rehabilitación… ¿qué pasaría si se enteraran los de Servicios Sociales? A saber qué me pasaría a mí. Seguramente acabaría en una casa de acogida.

—Vaya —dijo Diego.

—Lo siento mucho —dije.

—Ya, y yo también pensé que ella lo sentía. —Scott miró a Sasha —. Pero un par de semanas más tarde, me acorraló y me preguntó si podía pasarle un poco de las metanfetaminas de mi padre. Le dije que ni de coña y le ofrecí hierba en su lugar, pero insistió en que quería anfetaminas. Me dijo que le haría un favor a mi padre si le quitaba parte del alijo. «Además, ¿no necesitas pasta?», me preguntó. Me negué y empezó a decirme que sería una pena que él siguiese consumiendo metanfetaminas y que alguien lo descubriese…

—Pero ¡no me refería a eso! —intervino finalmente Sasha—. No te estaba chantajeando. Solo quería ayudar.

—Y una mierda —dijo Scott—. Solo buscabas conseguir lo que querías. Confié en ti y lo usaste en mi contra.

—¡Te equivocas! —A Sasha se le ensombreció la expresión—. No tienes ni idea de lo que estás hablando. —Miré a Priya y vi que le temblaban los brazos.

—Así que por eso le vendiste el Ritalin —le dije a Scott—, así le estarías vendiendo algo y ella no abriría la boca.

—Exacto —dijo—. Y ahora quiere matarme por eso.

—¡Eso no es cierto! —dijo Sasha.

—No vamos a matarte —le dije a Scott.

Sasha me miró incrédula.

—Está tergiversando mis palabras. No quise decir eso. Solo quiere hacerme quedar mal para que sea uno de nosotros el que muera y no él.

Pero yo no creía que Scott se hubiese inventado todo eso. Le creía.

—¿A qué te refieres con «uno de nosotros»? —le pregunté a Sasha.

—A ver, pues nosotros. Nuestros amigos. —Se señaló a sí misma, a Robbie y a mí—. No podemos ser uno de nosotros. No puede ser.

Robbie me rodeó con un brazo protector, como si estuviese de acuerdo con ella. El calor que desprendía me resultaba casi asfixiante.

Priya soltó la silla y dio un paso al frente, cerrando los puños temblorosos.

—Por si no os habéis dado cuenta, no sois mayoría. —Sasha frunció el ceño y se me hizo un nudo en el estómago—. Somos tres contra tres y yo propongo que sea uno de vosotros quien muera.

Sus palabras me rompieron el corazón en muchísimos más pedazos de los que ninguna bomba haría saltar jamás. Habíamos sido las mejores amigas desde siempre, al menos hasta hacía un par de meses, pero eso de «propongo que sea uno de vosotros quien muera» no dejaba de darme vueltas en la cabeza mientras la miraba con lágrimas en los ojos.

¿Cómo habíamos llegado a ese punto?

Pero antes de que pudiese decir nada, antes de que pudiese intentar razonar con la persona que hasta hacía poco había sido como mi hermana, a Priya se le cerraron los ojos y se desplomó.

T

HACE DOS MESES

DICIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Priya no ha venido al instituto hoy.

La he estado esperando en la entrada de su casa esta mañana para ir juntas en coche, como siempre. Necesitaba sus consejos urgentemente. Anoche, Robbie me dijo que le habían dado una beca para jugar en el equipo de béisbol de la Georgia Tech. Fue una gran sorpresa; ya había perdido la esperanza de que lo seleccionaran y, más aún, de que le dieran una beca. Pero, al parecer, creían haber descubierto un diamante en bruto. Robbie no podía estar más emocionado; de ese equipo habían salido muchos jugadores de la primera liga y se había ganado el respeto de su padre. Pero después de dar brincos de alegría con él, cubrirlo de besos y felicitarlo, hizo lo impensable: me pidió que lo acompañara. A la Georgia Tech de las narices.

Me quedé hecha polvo. Lo quería y quería que estuviéramos juntos, pero supuse que, si acabábamos en ciudades distintas, mantendríamos una relación a distancia y nos veríamos durante las vacaciones de Navidad y de verano. Conocíamos y respetábamos los objetivos profesionales del otro y se suponía que eso era lo prioritario.

Bueno, eso es lo que suponía yo.

Como me pilló desprevenida, empecé a farfullar que tenía varias universidades en mente, pero le dije que le echaría un vistazo a su programa de música cuando llegara a casa.

—Tienen un programa excelente, ya lo verás —dijo Robbie con una sonrisa—. Y lo he comprobado: la matrícula cuesta la mitad que la de la USC. Tu padre se alegrará, seguro. E incluso podemos vivir fuera del campus en algún momento para que ahorres algo de dinero. ¡Y podrás venir a todos mis partidos!

Notaba un nudo de terror en el estómago; fuera cual fuese el

programa que tuvieran, no sería ni de lejos como los de mis universidades favoritas. Además, cuando busqué en Google las asignaturas e itinerarios de la Georgia Tech, descubrí que no tenía ningún programa de música como tal. Ni uno. Ni ninguna universidad a ochenta kilómetros a la redonda.

Pero Robbie quería que lo acompañara, que estuviéramos juntos a largo plazo. Que viviéramos juntos. Iba muy en serio en cuanto a nuestra relación. En parte estaba exultante, pero mi música… ¿Cómo podía dejar de lado mis planes, así como así? Y peor aún: ¿por qué lo daba él por supuesto? Sabía lo mucho que quería estudiar música. ¿Lo perdería si le decía que no? ¿Debería plantearme seguirlo a su universidad?

De ahí que necesitara los consejos de Priya. Era la única persona en quien confiaba de verdad, quien conocía todos mis sueños y lo mucho que había trabajado para alcanzarlos. Si había alguien capaz de hacerme entrar en razón, era Priya.

Pero no salió cuando toqué al timbre ni cuando llamé a la puerta. Su coche estaba aparcado en la entrada, pero la puerta del garaje de dos plazas estaba cerrada, así que no sabía si sus padres estaban en casa o no. Estos siempre me dejaban pasar si llegaban primero a la puerta, así que supuse que habían ido a trabajar. ¿Los habría acompañado Priya a algún sitio? No respondía a mis mensajes: «¿Dónde te metes?».

Seguí mirando el móvil entre clases. No era propio de ella pasar así de mí, de modo que seguí esperando que apareciera algún mensaje en la pantalla. Cuanto más tardaba en responder, más me apretaba el nudo del estómago.

Me pasé por la taquilla de Sasha de camino a clase de física. Amy y Maria estaban pegadas a Sasha, mirando algo en su móvil, entre risillas nerviosas. Sasha y Amy llevaban puesto el uniforme de animadora para el partido de aquella tarde.

Sasha me vio y guardó el móvil en la taquilla.

—¿Qué tal? —Alargó el cuello y me dio dos besos, uno por mejilla —. ¿Vendrás al partido?

Cuando se giró para mirarse en el espejo, me limpié el brillo de labios que se me había quedado pegado a la mejilla.

—Pues no lo sé. Tengo ensayo con la orquesta.

—Ah, qué bien. Se habrán aprendido ya mis nuevas canciones, ¿no?

¿Sus nuevas canciones? Asentí y me fijé en que Maria torcía el

gesto. La orquesta ya se había aprendido todos los nuevos números musicales. Era la primera vez que componía música para unas letras y no estaba nada acostumbrada, pero me enorgullecía mucho de la melodía triste y etérea que canta Julieta tras descubrir que Romeo ha muerto. Demostraba mi versatilidad a las mil maravillas, junto con las demás muestras que enviaría a las universidades. Así pues, le dediqué más tiempo para que quedara todo perfecto y pudiera usarlo como grabación de quince minutos de la obra, además de adjuntar el PDF de la composición entera. Si dejaba boquiabiertos a los de las juntas de admisión, puede que me consideraran digna de una beca.

Tal vez así pudiera cumplir mi sueño de ir a la universidad que quería.

—Sí, y suenan muy bien —contesté—. Oye, ¿has visto a Priya? Se ha saltado el examen de matemáticas de segunda hora y no es propio de ella… —Hice una pausa cuando vi que las tres se miraban de reojo—. ¿Qué pasa?

Amy se atusó un rizo.

—Puede que Priya no aparezca durante una temporada. —Hizo una mueca y se mordió el labio.

—Pobrecita —dijo Sasha con un mohín mientras cerraba el tubito de brillo de labios.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Tuvo un traspié en el ensayo de anoche —dijo Amy.

—Y además literal —dijo Sasha, y las tres se echaron a reír.

—Ay, Dios —dijo Maria—, para, tía, es horrible.

Me invadió una sensación de incomodidad.

—Pero ¿qué pasó, exactamente?

—Uf, fue un desastre. —Sasha apretó los labios—. No supo hacer una voltereta hacia atrás de lo más sencilla.

—¿Una voltereta hacia atrás? —dije levantando la voz—. ¿Encima de los hombros de alguien?

Amy movió los dedos.

—Sí, de los míos.

Fulminé a Sasha con la mirada.

—Ya sabes que no se le dan bien las acrobacias. ¿Por qué le pides que haga volteretas encima de los hombros de alguien?

—Oye. —Cerró la taquilla de un golpe—. No es mi culpa que sea idiota. —Puso los brazos en jarra y levantó la barbilla, preparada por si replicaba—. Ha tenido semanas para aprenderse la acrobacia.

Pero ¿cómo podía decir eso? El calor me fluía por las venas y en ese instante sonó el timbre. Aun así, la preocupación por Priya amortiguó la rabia que sentía.

—¿Y qué le ha pasado? ¿Está bien?

—No fue algo bonito —dijo Sasha.

—Y seguramente siga sin serlo —terció Amy—. La caída fue muy aparatosa. —Frunció el ceño—. De hecho, me dio bastante miedo.

—Uf, por suerte no lo vi en persona —dijo Maria—. Fijo que habría echado la pota.

—Bueno, es que tú te asustas con solo hablar de sangre —dijo Sasha. Se me entumecieron los dedos de las manos y los pies. ¿Hubo sangre?

Maria se estremeció.

—Eso es verdad.

Sasha consultó su reloj.

—No quiero llegar tarde. Buena suerte con el ensayo de la orquesta. Espero que no desafinen. —Me dio un abrazo rápido—. ¡Solo quedan tres semanas para el estreno!

T

Aporreé la puerta de Priya por enésima vez. Sus padres seguían en el trabajo, pero la vi asomada entre las persianas de la ventana de su habitación, en el segundo piso.

—¡Priya! —grité hacia la ventana—. Te he visto. Venga, déjame entrar.

No hubo respuesta.

—Solo quiero saber que estás bien. Me han contado lo que pasó.

Cero respuesta.

—Va, Priya. No puede ser tan malo, ¿no? No pasa nada por unos cortecitos y unos moratones.

No dijo nada.

Me retiré un poco de la casa y pensé en comprobar las ventanas por si hubiera alguna abierta.

—¡No pienso marcharme hasta que hable contigo! —Me metí entre los setos que había en un pequeño sendero junto a la entrada e intenté abrir la ventana del salón, pero estaba cerrada—. ¡Priya! No te escondas…

Oí un clic en la entrada y la puerta principal se abrió ligeramente

con un chirrido. Salí de entre los setos y arbustos como pude y volví al porche.

—¿Te callarás ya? —dijo Priya.

—Solo quería… —Me quedé muda cuando le vi la cara. Tenía el labio superior roto y varios puntos de sutura zigzagueantes en el centro. La mejilla derecha estaba llena de moratones. No alcanzaba a ver nada más; llevaba una sudadera gris muy larga y unas mallas negras—. Dios, ¿estás bien?

Abatida, abrió la puerta un poquito más.

—¿Qué aspecto tiene? —Hizo un ruidito sibilante al pronunciar «aspecto» y entonces le vi las paletas… o el vacío donde antes tenía las paletas.

Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito.

—Ya. Pasa.

Se hizo a un lado para que pudiera entrar y me acompañó hasta su habitación. Hacía mucho tiempo que no iba a su casa, siempre quedábamos en la mía. Las paredes de su dormitorio seguían forradas de pósteres de David Thurston y diagramas de juegos de magia antiguos; los estantes estaban repletos de libros de magia y novelas de fantasía.

Se sentó en su escritorio y yo a los pies de la cama.

—¿Te duele? —le pregunté.

—No, Amber. —Se tapó la boca al hablar—. Me caí de cara y me saltaron dos dientes, pero no me duele absolutamente nada. —Con ese ceceo, me costaba entender lo que decía.

—Lo siento. Pues claro que te duele… —Me quedé a medias cuando vi que se le inundaban los ojos de lágrimas y empezaba a llorar—. ¿Se puede arreglar?

Bajó la mano y se pasó la lengua por donde antes había dientes.

—Sí. Se me partieron las piezas por la mitad, pero me van a poner unas prótesis con un puente. En teoría no se me va a notar nada.

—Qué bien. Genial. Aun así, seguro que pasaste mucho miedo.

—¿Tú qué crees? —me espetó con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, es que…

—Es que ¿qué? Querías venir a ver el monstruo de circo que soy, ¿verdad?

Fruncí el ceño. ¿Por qué se creía un monstruo de circo? A mí no me parecía nada descabellado caer mientras se hace una voltereta así de difícil. Había sido muy mala suerte que terminara aterrizando de cara, pero esta situación no la convertía en un monstruo.

—Pues claro que no. Estaba preocupada por ti. Yo nunca pensaría algo así.

—Pues ella sí. Constantemente. Sasha no hace más que recordarme lo fea, incompetente, friki, gorda, gilipollas y negada como admiradora que soy. —Me la quedé mirando horrorizada, con la boca abierta—. Oí cómo le decía a Amy que era una payasa cuando vio… cuando vio… —Se señaló la boca.

—¿Sasha te llamó gorda y gilipollas?

—No exactamente… Escribe comentarios hirientes en mis posts de Facebook e Instagram para que los vea todo el mundo. «Ay, Priya, qué guapa sales en foto». —Se rio—. Como diciendo que soy fea en persona, ¿sabes? Y todo el mundo sabe a qué se refiere.

Me quedé sin aire. La había oído decir cosas como esas antes, pero pensaba que Priya era demasiado sensible. Sasha me trataba muy bien, era muy amable y no creía que hiciera esas cosas aposta.

—Con el paso del tiempo fue a más —siguió Priya—. Comentaba mis fotos con enlaces de maquillaje para tapar los granos y me daba consejos alimentarios. Todo el mundo le da *like* a sus comentarios e incluso algunos dejan también sus «consejos». —Hizo las comillas con las manos—. «Ay, Priya, deberías llevar el pelo suelto más a menudo, así no se te ve la cara» o «¿Sabes qué es el Photoshop?».

—No —susurré.

—Y eso no es lo peor de todo. —Ay, Dios—. Alguien me grabó en el ensayo de las animadoras de ayer… —Contuvo un sollozo—. No fue Sasha, claro… Seguramente alguien se lo envió. Pero ella lo compartió en todas las redes sociales con el pretexto de que sirviera de advertencia para las animadoras, como si lo hiciera para ayudar a la gente. Y se ha vuelto viral.

—¿Qué? —Tenía el estómago revuelto. Sasha no me había dicho nada por la mañana. Priya cogió el móvil del escritorio, buscó algo y me lo tendió. Hice una mueca y me aparté—. No me hace falta verlo… Te creo. Lo siento, no tenía ni idea de…

—Lo sé, lo sé. No te gustan las redes sociales. Eres la única persona del dichoso planeta que no tiene redes sociales. —Me había borrado todas las cuentas después de morir Maggie; tenía síndrome de estrés postraumático y me aterrorizaba ver algo que luego no pudiera borrar de mi mente.

Como le había pasado a Maggie.

—¿Por qué no me contaste lo que te estaba haciendo?

—Lo intenté, pero no hacías más que justificar sus pullitas… y eso

solo con las que presenciabas.

—No… no me di cuenta…

—Además, sé lo delicado que es el tema de las redes sociales para ti. Y, nada, seguí intentando ser su amiga, como una gilipollas, porque quería seguir siendo amiga tuya. Pero ¿sabes qué? Ya me da igual. Paso.

Negué con la cabeza, incapaz de comprender lo que decía.

—¿Qué quieres decir con que pasas?

—Pues que paso —repitió—. De todo. Empezando por las animadoras. Ya las he dejado.

—Pero no puedes hacerlo ahora, con lo mucho que has trabajado… —Pero le miré el labio partido y tragué saliva.

—Venga ya. —Priya sacudió la cabeza—. Paso de las animadoras, paso de Sasha y paso de ti.

El alma se me cayó a los pies.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No lo soporto más. No puedo competir por tu tiempo. —Abrí y cerré la boca varias veces, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Reconócelo, Amber. Nos hemos distanciado.

Me puse de pie.

—No, ¡eso no es verdad!

—Es como si vivieras en tu burbujita. Solo te importa tu obra de teatro, tu amiga perfecta y tu novio ideal. Ellos son tu prioridad. Yo siempre he estado a tu lado, pero ya no puedo más.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Priya, sé que estás dolida por lo del vídeo…

—No solo por el vídeo. Sinceramente, tendría que haber hecho esto hace meses. —Ay, Dios. Hacía tiempo que lo llevaba dentro y ahora nada podría detener la explosión—. Pero no quería perderte. Quería estar en el equipo de animadoras, quería vivir mi sueño igual que vivías tú el tuyo. Quería que estuvieras orgullosa de mí por abrirme y salir del cascarón. Quería ser amiga de tus amigos para que las dos pudiéramos seguir siendo las mejores amigas, siempre. —Se ahogó un poco con la palabra «siempre»; las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Y no solo se porta fatal conmigo, sino que me ha obligado a hacer cosas horribles: me hizo beber en el instituto cuando no quería, robé un examen por ella, acosé a Phil Pratt para encajar en el grupo y luego él trajo una pistola al

instituto…

Quise cogerle la mano, pero la apartó.

—Eso no fue culpa tuya. No acosaste a Phil, Priya. Solo te reíste de él una vez.

—¿Y si fue esa la gota que colmó el vaso? Quizá pensó que si la boba de Priya Gupta podía insultarlo así… Bueno, quizá fue lo que acabó empujándolo a hacerlo. ¿Y si hubiera empezado una masacre y yo fuera una de las personas que lo habían hecho sentir mal? Toda esa sangre, puede que incluso hasta la mía, estaría también en mis manos.

—Pero ¡no lo hizo! —Negué con la cabeza. No sabía que esto le había estado pesando tanto. Fui yo la que la animó a abrirse y a ser divertida con Zane, lo que terminó incitándola a reírse de Phil. En cualquier caso, sería culpa mía—. ¿Y por qué no me lo has contado antes?

—¿Cuándo? —dijo llorosa—. ¿Cuándo podría hacerlo? Sasha siempre está por ahí. Tú nunca chateas por internet ni envías mensajes. Y si ella no está por ahí, te encierras en tu música. Y sinceramente, no estaba muy segura de que me prefirieras a mí antes que a ella.

Me sequé la lágrima que me resbalaba por la mejilla.

—Pensaba que era amiga. Amiga de las dos.

—Pero ¡si ya viste cómo me gritaba! ¡Lo viste!

—Pensaba que solo era por la presión o por ir drogada o por lo que fuera… —Pero el estrés y las drogas no eran excusa para lo que Sasha le estaba haciendo a Priya.

Había sido muy egoísta estos últimos meses. Conseguí ponerle música a la obra de teatro, la chica más popular del instituto se había hecho amiga mía. Un jugador de béisbol se había enamorado de mí y ahora me consideraban una de ellos. Por primera vez me sentía parte de un grupo, aceptada por las personas a las que siempre había considerado «por encima» de mí. Pero había abandonado a la persona que importaba de verdad y había permitido que la arrollaran. Esto tenía que parar. No podía perder a Priya por esto. No podía permitir que siguieran haciéndole daño.

—Puedo dejar de verla ahora mismo —dije con voz temblorosa—. Ahora ya no puede echarse atrás con la obra de teatro y…

Priya dio un golpe en la mesa.

—¡Ya estamos otra vez! Siempre es la obra, lo que quiere Robbie, lo que quiere Sasha, pero nunca lo que quiero yo. ¿No lo ves?

Nunca tienes en cuenta cómo me siento. Es demasiado tarde. Quiero recuperar la cordura. Paso de ti y paso de todo.

No. Esto no podía estar pasando. Seguro que no lo decía en serio. No podía perder a Priya.

—Te lo juro, dejaré de hablar con Sasha.

—No lo vas a hacer. Lo sé. —Priya sacudió la cabeza—. Ahora estás muy metida en ese grupo. Yo nunca me he sentido incluida. No me echarán de menos.

—Pero yo sí. Cada día. Eres mi mejor amiga, Priya.

—No, ya no lo soy. Ahora es ella. Ella se llevó ese honor hace meses. Y yo ya no puedo más. Basta.

T

FALTAN VEINTIDÓS MINUTOS

—¡Priya! —Fui corriendo hasta ella cuando se desplomó en el suelo.

Diego vino sin perder un segundo mientras yo le daba la vuelta para tumbarla de espaldas. Estaba temblorosa y parecía que no se tenía bien en pie, pero lo achaqué al miedo y tal vez también al calor. Conocía sus problemas de azúcar… tendría que haber insistido en que comiera algo antes. Era culpa mía. Solo mía.

Presa del pánico, me levanté y cogí un pimentero de la mesa.

—¿Se lo ponemos debajo de la nariz?

Diego me lo cogió.

—¿Qué? ¿Pimienta?

—Sí, para despertarla, ¿no?

Este negó con la cabeza y me lo devolvió.

—No, no. Seguramente te refieres a sales aromáticas, pero no tenemos.

—Bueno, pero ¡algo hay que hacer! —Tiré el pimentero, que se rompió en la chimenea, y la pimienta se esparció por doquier—. Esto no puede estar pasando. —Se me encogió el estómago y tragué saliva. «Propongo que sea uno de vosotros quien muera». Seguro que no la había entendido bien. El calor me había jugado una mala pasada. Sí, nos habíamos peleado, pero dudo mucho que me quisiera muerta. Las lágrimas me nublaban la vista.

Diego se secó la frente y miró la ventana rota con una expresión aterrorizada.

—No creía que pudiera hacer tanto calor. ¿Por qué hace tanto calor?

—Al termostato le pasa algo —dijo Robbie.

—Robbie, rompe la otra ventana —le pedí—. Intentemos que entre más aire de fuera.

Él asintió.

—Vale, no perdemos nada.

—Priya, despierta. —La zarandeé un poco agarrándola por los hombros y la cabeza se le inclinó hacia un lado—. Joder, mira que le he dicho que comiera algo. Tiene hipoglucemia.

—Puede que haya sido por eso y el calor, también —dijo Diego mientras Robbie arrastraba una silla hasta la ventana intacta, la levantaba por encima de la cabeza y empezaba a darle porrazos.

Saltó a un lado justo a tiempo para evitar la lluvia de cristales y empezó a agitar los brazos como un loco para que el aire circulara mejor, pero las ventanas eran tan pequeñas y hacía tanto calor dentro que no se notaba mucho. Todos estábamos agotados y sudábamos a mares.

Me entró el pánico y me eché a temblar a pesar del calor. No había forma de salir. No podíamos llevar a Priya a un hospital. La puerta no se abriría hasta que pasara la hora y aún quedaban veinte minutos. ¿Y si el calor hacía que nos desmayáramos todos?

—Puede que muera —dijo Sasha— y así ya no tendremos que matar a nadie.

—Joder, Sasha —dijo Diego.

Sasha frunció el ceño.

—Solo digo… —señaló la cámara que había en lo alto de la vitrina — que si ven morir a alguien, puede que paren el temporizador. Además, ya la has oído. Priya quería que muriera yo. Y no dudará en asesinar.

—Mira quién habla. —Scott enderezó la espalda y la apoyó en la pared—. Fuiste tú la primera que sugirió matar a alguien. —Se señaló el pecho y la fulminó con la mirada.

Sasha extendió los brazos.

—Pero eso fue solo para salvarnos a los demás.

—¡Y una mierda! Tenías miedo de que te delatara y punto.

Mientras los dos se enzarzaban y lanzaban acusaciones el uno al otro, Priya tosió y abrió los ojos.

—¡Priya! —Cogí uno de los últimos vasos de agua de la mesa y se lo tendí a Diego, que la ayudó a sentarse y se lo acercó a los labios para ayudarla a beber—. Rápido, tienes que comer algo. —Me levanté y fui corriendo a la mesa; las bandejas con el pollo y verduras asadas, la ensalada, los boniatos y los huevos seguían intactas.

—No —graznó Priya mientras se aferraba a la manga de Diego—. No quiero nada de lo que nos han dado.

—Estoy segura de que no pasa nada —dije.

—¿Y si… y si está envenenado? —gimoteó.

Me invadió una sensación de impotencia mientras miraba la comida. Priya tenía que comer algo.

—¿Alguien tiene una barrita de cereales? ¿O unos frutos secos?

—¡Ah! —exclamó Diego—. Amber, tengo una barrita de Snickers en la mochila. —Señaló hacia el lugar donde estaba sentado antes de que empezara todo este lío.

—¿Y tanto azúcar no hará que se vuelva a desmayar? —pregunté.

—No, el Snickers me va bien —dijo ella—. Solo necesito algo rápido.

—Mierda —dijo Robbie—, puede que no salgamos de aquí con vida si vuelve a desmayarse. —Hizo una mueca de dolor.

—Ya. —Di la vuelta a la mesa, abrí la mochila de Diego y empecé a rebuscar—. ¿En el bolsillo más grande?

—No, en el frontal —dijo él—. Debería estar…

Respiró hondo cuando abrí el bolsillo frontal y empecé a palpar para encontrar la barrita. Esa cosa tenía como cien bolsillos. Le di la vuelta a la mochila y la agité hasta que cayó una barrita de Snickers y se la lancé a Diego por encima de la mesa. La agarró como pudo, con una cara como si estuviera a punto de vomitar, y miró mis pies mientras abría la barrita y se la daba a Priya. Dejé la mochila en el suelo y me agaché para coger unos bolis, lápices y un tarjetero que habían caído.

No, no era un tarjetero. Era una Polaroid. Me quedé inmóvil.

Se me paró el corazón al verla. Era del baile de invierno del año pasado; el selfi que nos habíamos hecho.

Notaba los ojos de Diego en el cogote, pero no podía apartar la mirada de la foto. La llevaba siempre consigo. ¿La había guardado en la mochila y no la había vuelto a mirar o la miraba a menudo? Los extremos estaban desgastados, como si la hubiera tocado varias veces, y parecía nervioso porque la hubiera encontrado.

Pero tal vez no significara nada.

Levanté la vista y lo miré a los ojos. Dios mío. Cómo me miraba… ahí había algo.

Me miraba como si pudiera destrozarlo más rápido que cualquier bomba. Él me gustaba antes de que el mundo de mi familia se viniera abajo. Antes de que él me creyera indigna. Antes de que pensara que yo lo odiaba. Habíamos dejado que esas suposiciones incorrectas nos separaran y alejaran. ¿Significaba esto que le gustaba a Diego? ¿Cuántos años de oportunidades perdidas

representaba esa foto?

Miré a Robbie, que observaba cómo se gritaban Sasha y Scott. Entonces me miró con una expresión exasperada, como si no pudiera creerse que estuvieran montando esa escena. Nunca pensé que pudiera sentir algo por dos personas a la vez. Era como llegar al borde de un acantilado y titubear: ¿doy marcha atrás o salto y me dejo llevar por la emoción, sin saber lo que me aguarda debajo de la superficie brillante: una masa de agua profunda o rocas afiladas? ¿Cómo podía saber si debería saltar o no?

Después de guardar la foto en la mochila de Diego, rodeé la mesa y me arrodillé al lado de Priya, que apoyada en la puerta mordisqueaba la barrita de Snickers. Le temblaba la barbilla y se secó la nariz. Diego me cogió la mano un instante y noté que me ardían las yemas de los dedos; eso confirmaba mis sospechas. Ahí había algo. Sin decir palabra, se incorporó y se fue con los demás junto a las ventanas.

—Priya… —Me centré en ella—. Lo siento mucho. Sé que nunca sabrás lo mucho que lo siento porque es muchísimo. Nunca quise perderte como amiga. Como hermana. —Hizo una mueca al oír la palabra «hermana» y empezó a llorar mientras se comía la barrita de chocolate.

—No lo decía en serio —dijo al final entre sollozos—. No quiero que mueras. —Sentí una oleada de alivio, pero ¿de verdad podríamos arreglar las cosas?

—Ya sabes que te quiero —le dije—. No pretendía escogerla a ella antes que a ti como amiga, nunca quise herir tus sentimientos. Y puede… puede que tuviera demasiado miedo para ver la verdad. Ya sabes, por lo que hizo que Maggie creyera que no tenía otra salida. Me negaba a aceptar que estaba volviendo a pasar. —Sacudí la cabeza y le lancé una mirada fulminante a Sasha—. Eso tendría que haberme alentado a esforzarme más para protegerte. Fui una cobarde y lo siento muchísimo.

—Ya lo sé. Y yo tendría que haberte dicho antes cómo me sentía. Tendría que haberte enseñado lo que decía de mí. También es culpa mía.

—No, nada de esto es culpa tuya. —Igual que nada fue culpa de Maggie. De haber estado al lado de mi hermana, habría tenido la ayuda necesaria para contratacar. Ahora estaba dispuesta a no alejarme del lado de Priya—. Te lo compensaré, te lo juro. Te ayudaré a salir de aquí con vida y me aseguraré de que nunca…

—¡Parad ya! —le gritó Diego a Sasha para cortar de una vez por todas la pelea con Scott; Priya y yo dimos un brinco—. Scott tiene razón, tú has sido la primera en sugerir que matáramos a alguien.

—No…

—Sí, lo hemos visto todos. Pero cuanto más tiempo perdáis peleándoos, mayores serán las probabilidades de tener que matar a alguien.

—Ya es demasiado tarde —dijo Sasha—. Tenemos que matar a alguien ya y lo sabéis.

—¿Sabes qué? —Me puse de pie y apreté los puños—. Si hay que escoger a alguien que deba morir, tendría que ser quien menos aprecio demuestra por la vida de los demás.

—Anda, venga ya. —Sasha hizo un ademán para descartar la idea —. Basta ya de gilipolleces. Una cosa os digo: cuando queden cinco minutos en ese temporizador —señaló con el dedo la repisa de la chimenea— vosotros también querréis matar a alguien. Querréis hacer lo que sea para salvar el pellejo.

Me sequé el labio superior.

—Quizá. No sé lo que va a pasar, pero, al menos, yo quiero que todo el mundo tenga una oportunidad. Igual que Diego, Robbie, Scott y Priya. Todos queremos salir de esta, pero tú solo piensas en qué hacer para no ser tú la víctima.

Ella se burló, pero yo seguí:

—Y no solo es por esta noche, en esta habitación. No haces más que fastidiar a los demás para quedar tú siempre por encima. —Le lancé a Diego una mirada muy significativa.

A Sasha se le congeló la expresión, como si le hubiera tocado la fibra sensible.

—Eso no es verdad.

Diego me miró y apretó los puños también.

—Sí que lo es. Harías lo que fuera para sacar mejores notas que yo.

Sasha se rio.

—Dejarme los codos estudiando no le hace daño a nadie.

—¿En serio? —Diego levantó la voz—. ¿De verdad has olvidado todas las formas en las que has intentado sabotearme?

T

HACE UN MES Y TRES SEMANAS

DICIEMBRE DEL TERCER CURSO

En la clase de física me senté como siempre junto a la ventana; me crucé de brazos en la mesa y apoyé la frente en ellos. No había pegado ojo desde que Priya me echó de su vida. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo conseguiría que me perdonara? Y lo que más miedo me daba era cómo iba a cantarle las cuarenta a Sasha por lo que había hecho y el dolor que había provocado.

—Hola, cielo. —Robbie se sentó en su silla de siempre, me besó en la sien y me abrazó.

—Ah, hola —dije, sorprendida de verlo, pero contenta de recibir ese abrazo que tanto necesitaba. Apoyé la mejilla en su hombro e inhalé su olor almizclado, abrazándolo con fuerza.

—¿Pasa algo? —Él siempre notaba cuando estaba mal.

Suspiré.

—Sí, bueno, es… todo. —No tenía tiempo de contarle lo de Priya. Además, debía encontrar la forma de decírselo. Sasha era una de sus mejores amigas. Puede que se pusiera de su parte solo por lealtad; eran amigos desde hacía muchísimo tiempo. ¿Se habría dado cuenta alguna vez de lo cruel que podía llegar a ser?—. Luego te cuento.

—Aquí estaré. —Me besó en la coronilla—. Oye, ¿leíste mis mensajes de anoche?

Sí, los había leído e ignorado; estaba tan hecha polvo que no me apetecía interactuar con ningún otro ser humano. Me quedé acurrucada con Calcetines, que soportó como un campeón mis sollozos y me pasé la noche escuchando bandas sonoras como si de alguna manera eso pudiera disipar el nubarrón que tenía encima.

—Lo siento, me acosté muy pronto. Me faltaban horas de sueño.

Él se rio.

—Me suena. Quería saber si ya habías enviado la solicitud a la Georgia Tech.

Me quedé rígida. Seguramente me lo notó.

—Esto… sí. —Me aparté de él y me noté las mejillas encendidas. Robbie apretó la mandíbula mientras me miraba a la cara. Sabía que mentía—. No —susurré. Había estado aplazando esta conversación porque tenía miedo de hacerle daño.

—Pero lo harás, ¿verdad?

—Pues no lo sé. La cosa es que la Georgia Tech no tiene ningún programa de música.

—Pensaba que sí.

—Pues no. Tiene un programa de tecnología musical, pero no es eso lo que necesito… Digamos que ese es más parecido a la ingeniería.

Se puso pálido.

—Ah, no me había dado cuenta.

—Sí. Bueno, ya sabes que quiero estudiar música y ser productora de bandas sonoras. La USC y Berklee tienen los mejores programas…

—Pero puedes practicar en cualquier sitio, tú sola. O puedes pagarte unas clases particulares.

Fruncí el ceño.

—Espera, ¿qué?

Le había abierto mi corazón y contado que quería estudiar música. Que papá me presionaba para que mandara solicitudes a universidades más baratas. Sabía lo importante que era esto para mí. ¿Por qué me salía ahora con estas?

—No necesitas un dichoso programa de música —dijo Robbie y me quedé boquiabierta—. Pero si se te da genial…

¡Bum! Di un brinco. Diego dejó caer su pesada mochila en el pupitre delante del mío y fulminó a Robbie con la mirada. Robbie se percató de su expresión y se la devolvió. ¿A qué venía eso?

—Eh, Robbie, aparta —dijo Sasha, inclinándose sobre él—. ¿Ahora no te toca clase de lengua? —Apreté los labios e intenté no explotar por toda la rabia que sentía. No podía creer que me hubiera tragado su falsa amabilidad.

Robbie se acercó a mí y me murmuró al oído:

—No hemos terminado de hablar del tema.

—Está claro que no —repuse y lo miré enfadada mientras él salía del aula.

—¿Qué tal, tía? —Sasha se sentó en nuestra mesa e hizo el amago de darme un beso en la mejilla, pero entonces me vio la expresión

—. ¿Estás bien?

—Sí, de maravilla. —Abrí la mochila y fingí que buscaba algo.

Sasha se me quedó mirando como si fuera una extraterrestre hasta que Diego sacó sus deberes y los dejó sobre la mesa con un golpe. Ella lo fulminó con la mirada y carraspeó mientras repasaba los suyos.

—A ver, pregunta cinco, pregunta cinco… La respuesta es 58,2 kilos —dijo lo bastante alto para que la oyera Diego. Miré su papel: había escrito 63,5 en la pregunta cinco y no 58,2. Él le dio la vuelta a la hoja y se rascó la cabeza—. Joder, Amber, que esa era muy fácil. Espabila, tía.

Mientras pasaba las hojas, buscando otra oportunidad para hacer dudar a Diego, yo estaba estresada por Robbie. Tal vez tuviera razón. Había aprendido a tocar el piano y el violín de pequeña, la música era como mi idioma materno. ¿De verdad necesitaba aprender algo nuevo en la universidad? Podía seguir aumentando mi presencia en internet, encontrar trabajo componiendo bandas sonoras para películas de pequeñas productoras independientes e ir escalando desde allí.

No, no, no. ¿En qué estaba pensando? No podía dejar que Robbie me camelara así. No podía enviar una solicitud a la Georgia Tech. Todo lo que hacía era por mi música. Y todo estaba decidido ya: solicitaría plaza en mis programas de música favoritos, entraría de becaria en una productora de bandas sonoras y haría los contactos necesarios para ser asistente de sonido o incluso del compositor. Lo tenía todo planificado desde que estaba en octavo. Nunca había puesto en duda esta decisión.

Hasta ahora. Apareció Robbie con esos besos y sus hoyuelos irresistibles, haciéndome sentir protegida y a salvo, colmándome de atención y planificando un futuro juntos. ¿Cómo podía decir que no a esto? ¿Cuánto daño le haría si le dijera que no? La mera idea me cortaba la respiración.

—Atención —dijo el señor Greenwood, que me despertó de mis ensoñaciones—. Hoy nos lo vamos a pasar bien. ¡Haremos un concurso de tirar huevos!

—¿Como en primaria? —preguntó Sasha.

El señor Greenwood negó con la cabeza.

—No exactamente. Los principios de este experimento, ímpetu, impulso y fuerza de impacto, son los que usan los ingenieros y fabricantes de coches para que la gente sobreviva a los accidentes

de tráfico más graves. Aplican las leyes de la física cuando diseñan elementos como los airbags y los cinturones de seguridad. Esto será un proyecto para conseguir créditos extras. Podréis subir la nota en tres puntos este trimestre, así que los que tengáis un notable bajo podéis llegar a un notable alto, por ejemplo. —Sasha se inclinó hacia delante, mordiéndose el labio—. Tenéis que construir una estructura que haga las veces de red de seguridad para vuestro huevo. Si conseguís que el huevo no se rompa tras una caída de medio metro, conseguiréis medio punto. Un metro será un punto. Metro y medio, punto y medio. Y así sucesivamente. Pero tenéis que construir esta estructura únicamente con diez hojas de papel, un metro de cinta de carrocero y unas tijeras. Y solo tenéis veinte minutos.

¿De verdad? ¿Cómo íbamos a evitar que se rompiera un huevo con unas simples hojas de papel? Mientras la clase entera se quejaba, miré a Sasha, mi compañera de laboratorio por defecto, que esbozó una sonrisa de autosuficiencia. Sentí un gran alivio. Evidentemente sabía qué hacer. Y me debía una.

O cincuenta.

O una mejor amiga.

—Para hacerlo más interesante —dijo el señor Greenwood—, en lugar de trabajar con vuestros compañeros de laboratorio habituales, lo haréis en parejas con quien se siente delante de vosotros. —Se me cayó el alma a los pies. Mierda. Así no tendría la ayuda de Sasha. El señor Greenwood se paseó por el aula para procurar que todo el mundo supiera con quién iba a trabajar—. Sasha, te toca con Jason. Amber, tú vas con Diego.

—¡Sí! —susurró Sasha. Se inclinó y me dijo al oído—: Procura que se os rompa el huevo.

—¿Qué? —susurré—. ¿Lo dices en serio?

—¡Tienes que hacerlo! Esta podría ser mi oportunidad.

—Y una mierda. —Mis notas estaban flojeando y las universidades tenían en cuenta las notas del primer trimestre. Estos puntos extras me ayudarían muchísimo.

Sasha miró a Diego, que estaba recogiendo sus cosas para venirse conmigo.

—¡Por favor! —Me cogió la mano; tenía los ojos desorbitados—. Los dos sacamos muy buena nota en los exámenes. Solo voy unas décimas por detrás de él.

—Venid a coger el material y dejad aquí los deberes —dijo el

señor Greenwood mientras le daba unos golpecitos a la bandeja vacía que tenía en la mesa.

Diego dejó la mochila junto a la silla de Sasha.

—Iré a por el material.

—Vale, gracias. —Le di mis deberes. Cuando se fue, miré a Sasha con el ceño fruncido y bajé la voz—: No pienso sabotear mi nota para que tú seas la mejor de clase.

Ella apretó la mandíbula.

—Va, Amber. No seas cabrona. —Aluciné al oírle ese tono—. Ya sabes lo mucho que esto significa para mí. Solo tienes que ponerle un papel encima y olvidarte de asegurarlo con cinta. —Hizo el gesto de las comillas con las manos al pronunciar la palabra «olvidarte». Diego se acercó a nuestra mesa—. Hazlo —me gruñó al oído—. Hazlo, joder.

—Hola. —Diego dejó el material en la mesa; el pelo le caía por encima de los ojos. Me aferré a la mesa con el corazón desbocado. Sasha nunca me había hablado así. ¿Sabía realmente cómo era?

Se le transformó la expresión y volvió a sonreír.

—¡Hola! —dijo con voz aguda—. Ay, perdona, ya me iba. —Recogió sus cosas y casi se abalanzó sobre Jason, su nuevo compañero.

Apreté los labios; el corazón aún me latía con fuerza mientras Diego organizaba nuestro escaso material. Disponíamos de unos papeles, un rollo de cinta y unas tijeras de plástico de color fucsia.

—A ver… creo que lo mejor será crear una especie de cuenco con el papel y arrugar el resto para proteger el huevo —dijo con un tono frío y sin mirarme a los ojos.

—Esto… Vale. —Lo miré, estupefacta. ¿Estaba enfadado conmigo? —. Sí, me parece una buena idea…

—Muy bien, pues yo me ocupo. No hace falta que hagas nada.

—¿Qué? ¿Por qué? —Ay, no. Seguramente había oído a Sasha, que ahora mismo estaba inclinada encima de sus hojas de papel y las pegaba con cinta. Cuando Jason fue a coger las tijeras, ella le golpeó la mano—. Diego… —Empecé a decir.

—No te molestes. Toma. —Me puso varias hojas de papel delante —. Puedes arrugar estas. —Luego las volvió a coger—. No, pensándolo bien, ya lo haré yo. No quiero que escondas nada pesado ni afilado dentro.

Me quedé abatida.

—Diego, yo nunca haría algo así —susurré—. Eso es cosa de

Sasha. No he accedido a sabotear nada.

Diego dobló una hoja de papel y empezó a crear un cuenco con papiroflexia.

—Es curioso. Siempre he querido darte el beneficio de la duda.

Lo observé mientras doblaba el papel; me invadió una sensación de indefensión enorme.

—¿A qué te refieres?

—Nada. Da igual. —Apretó los labios y siguió trabajando en el cuenco.

—No, dilo —insistí—. Quiero saberlo.

Soltó aire por la nariz.

—Bueno, ¿te acuerdas del año pasado cuando interrumpiste nuestra reunión de las Olimpíadas de Ciencia?

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo podía olvidarlo? Estaba aterrorizada por si Diego veía a Priya dejar el sobre con las respuestas del examen de biología en la mesa de la señorita Tanner. Pero el día del examen llegó y pasó, y Priya, Sasha y yo pensamos que nadie se había dado cuenta de nada. Sasha sacó la mejor nota, Priya salió de rositas y yo me quedé con el cargo de conciencia.

—Sí, me acuerdo —dije a media voz.

—Pensé que me había hecho una idea equivocada. Creí que quizá Priya no había entregado los deberes a tiempo y le daba vergüenza dárselos en mano. —Me mordí el labio y no dije nada; seguí observando cómo doblaba y desdoblaba el trozo de papel hasta que formó medio bol—. Pero la semana siguiente, la señorita Tanner nos devolvió el examen corregido y dijo que en un principio pensó en subir la nota, dado que era un examen muy difícil, pero que no podía porque alguien había sacado un diez.

Mierda.

—Y entonces le vi la cara a Sasha —siguió diciendo tras una carcajada amarga—, petulante, y supe que había sido ella quien había sacado la mejor nota. Y sí, es listísima, así que era posible. Pero luego te vi la cara a ti: estabas roja como un tomate.

Me quedé mirando la superficie de la mesa, donde otros alumnos habían grabado sus nombres, iniciales y mensajes subidos de tono a lo largo de los años.

—Si sabías lo que había hecho, ¿por qué no la delataste?

Diego negó con la cabeza mientras doblaba la última pieza y terminaba el bol.

—Quise encontrarle el sentido… Pensé que tal vez habías sacado

mala nota y te sentías mal. Quise creer que eras mejor que eso.

Cada palabra que salía de su boca me desgarraba el corazón en mil pedazos. Entrelacé las manos debajo de la mesa para controlar el temblor de los dedos. Quería que me admirara, que me respetara. Lo que dijo sobre mí cuando se disculpó, cuando accedió a ayudarme a filmar la obra… Nunca me había sentido tan comprendida. No soportaba perder eso.

—Diego… —Carraspeé, no sabía qué decir—. Créeme, por favor… Yo no quería participar en eso. Priya ya había robado el examen —susurré tan flojito que apenas me oía a mí misma—. Ella se arrepintió al momento y yo solo quería ayudarla a devolverlo.

—¿Lo robó para Sasha? —Arrugó una hoja de papel para hacer una bola y la pegó dentro del bol. Seguía sin querer mirarme.

—Sí, pero los padres de Priya son muy muy severos. Como se metiera en problemas por hacer trampas, seguro que la sacaban del instituto. Tenía que ayudarla. Y lo de ahora… bueno, ha sido todo cosa de Sasha. Está desesperada por ganarte.

Hizo otra bola de papel y le miró el cogote a Sasha con una cara enfadada.

—No sería la primera vez que hace algo turbio.

Lo miré estupefacta.

—Entonces, ¿por qué no has dicho nada? ¿Por qué no has intentado detenerla?

—¿Y por qué no lo has intentado tú? —me espetó. Apreté los labios, incapaz de mirarlo a los ojos—. Tú eres su amiga. Mira, creo que deberías tener más cuidado a la hora de escoger a tus amigos, porque está claro que a ellos no les importas una mierda.

T

FALTAN DIECIOCHO MINUTOS

—Siempre intentas sabotearme. —Diego le lanzó la acusación a Sasha como si llevara años reprimiéndola—. ¿Te acuerdas de la caída del huevo?

Sasha lo miró fijamente; la jeringuilla estaba tan solo a unos centímetros de su mano.

—Sí, era una tarea para conseguir créditos extras. ¿Y qué? ¿Me vas a matar por querer subir nota?

—No es solo por eso —dijo Diego—. Copiaste en aquel examen de biología el año pasado. ¿Te acuerdas? Aquel que hicimos para subir las notas.

Sasha abrió un poco más los ojos durante un instante y miró a Priya, que se había quedado patitiesa.

—No eres el único al que ha intentado sabotear —dije y Sasha me miró perpleja—. ¿Te acuerdas el año pasado? ¿Lo de esos pósteres que creaste para tu campaña para ser delegada de clase?

Sasha puso los ojos en blanco.

—Venga ya. —Pero en su voz se adivinaba cierto temblor.

—Espera, ¿qué hizo? —preguntó Diego.

—Intentó difundir el bulo de que Jason Goding se había embolsado dinero de la clase. —Hice caso omiso a la mirada fulminante de Sasha, con la que evidentemente intentaba agujerearme el cráneo—. Pero los tiré a la papelera.

—No lo dirás en serio… —Diego sacudió la cabeza. Sasha se cruzó de brazos y movió la lengua dentro de la mejilla—. Eso ya es un patrón de conducta. Eres tramposa, mentirosa…

—Tíos, tíos… —dijo Robbie, que había empezado a amontonar el resto de los cajones delante de la chimenea—. ¿Me echáis una mano o qué? Tenemos que terminar de apilar las cosas.

Asentí con la cabeza.

—Claro.

—¿De verdad crees que va a funcionar? —le preguntó Sasha a

Robbie—. ¿Estás dispuesto a apostar la vida de todos?

Fruncí el ceño.

—No tenemos más remedio.

—¡Pues claro que sí! No sabemos lo que va a pasar cuando todo esto estalle. —Sasha señaló la chimenea—. No sabemos lo fuerte, lo potente que es. Y aunque amontonemos todo lo que hay en esta habitación, nos podría matar igual. ¿Por qué queréis correr ese riesgo?

—¡Porque todos los aquí presentes merecemos una oportunidad! —grité.

—Si tuviera que escoger entre que murieran seis personas o muriera solo una, ¡escogería una sola persona! ¡Siempre!

—¿Aunque esa persona tuvieras que ser tú? —pregunté. Abrió la boca para responder, pero no la dejé—: ¿Y si matamos a uno de nosotros y la bomba estalla de todos modos? Estás confiando en la palabra de un psicópata que ha dicho que los demás saldremos de aquí con vida.

Sasha contestó como si ya hubiera contemplado esa posibilidad.

—Pero si matar a alguien es la única oportunidad que tenemos de detener la bomba, ¿de verdad estás dispuesta a dejar que te haga volar en pedacitos? ¿Tienes idea de lo mucho que debe doler? Tu cuerpo acabará hecho trizas y carbonizado. ¿De verdad quieres eso?

—No… —Me agarré la garganta—. Pero tiene que haber alguna forma.

—Creo que deberíamos escoger a alguien —dijo Diego.

Se me cortó la respiración.

—¿Qué?

—Escojamos a alguien, pero no hagamos nada más —dijo Diego —. Estamos dejando pasar el tiempo, ¿no? Escojamos a alguien, decidámoslo ya y luego tratemos de solucionar lo demás hasta el último minuto.

—Pero ¡entonces puede que sea demasiado tarde! —exclamó Sasha.

—Bueno, o los últimos cinco minutos, lo que sea —dijo Diego—. Pero dejemos lista ya esta parte para poder continuar.

Sasha se cruzó de brazos y asintió con la cabeza.

—Vale, de acuerdo.

—¿Y cómo escogeremos a la persona que va a morir? —preguntó Robbie.

T

HACE UN MES Y DOS SEMANAS

DICIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Era cuestión de vida o muerte.

Sujetaba el violín con fuerza mientras contenía las náuseas que amenazaban con subirme por la garganta; todos los miembros de la orquesta que me rodeaban reían nerviosamente. Jason estaba tan alterado que se le caía la trompa cada dos por tres. Estábamos reunidos en la cantina, todos con nuestras faldas o pantalones negros y camisas blancas, esperando el momento de entrar en el auditorio. El club de teatro estaba entre bastidores dando el toque final al elaborado vestuario y el maquillaje.

Todo el trabajo que había hecho durante el último año nos llevaba a este momento. Los ensayos generales de la semana anterior habían ido muy bien salvo un par de pequeños percances, pero ninguno de gravedad. Solo importaba esta noche, porque la fecha límite para enviar las solicitudes a la universidad era el día siguiente a medianoche. Tenía que grabar la obra hoy. Hoy lo era todo.

Miré la puerta que daba al vestíbulo, tenía ganas de que se abriera, de que entrara Robbie y me deseara buena suerte antes de la actuación más importante de mi vida. Pero no lo iba a hacer ni loco.

—Muy bien —dijo el señor Torrente—. Esto empieza dentro de nada. Solo quiero deciros lo orgulloso que estoy de todos vosotros. Montar una producción completa no es moco de pavo. —Nos arrancamos todos a aplaudir—. ¿Sí, Amber?

Bajé la mano temblorosa.

—¿Puedo decir algo a los compañeros?

—Por supuesto, es tu obra.

Carraspeé, me puse de pie sin soltar el violín. Todos me miraban. Ay, madre mía. Tocar un instrumento delante de la gente era una

cosa, pero hablar era otra muy distinta.

—Solo… solo quería daros las gracias. Gracias, señor Torrente, por dejarnos hacer esta obra en lugar del concierto típico de invierno. —Me hizo una pequeña reverencia—. Y gracias a todos por practicar tanto. Sé que no ha sido fácil aprender algo de cero. Y puede que no sea tan emocionante como los villancicos de cada año… —Algunos se echaron a reír—. Así que gracias por apostar por esto y por aguantarme.

—¡Gracias a ti por crear una música tan fantástica! —Me di la vuelta y vi a Sasha que se acercaba; parecía una princesa moderna de Verona con su precioso vestido violeta brillante. Asher, nuestro Romeo, iba con ella. Se detuvieron al lado del señor Torrente y Sasha me sonrió de forma alentadora. Le brillaban los ojos, como si no se diera cuenta del resentimiento que irradiaban los míos. La había estado evitando desde que me peleé con Priya, pero como ambas estábamos tan enfrascadas preparándonos para la obra, no se había dado cuenta. Y mentalmente no podía gestionar el caos de terminar los ensayos y hacerle frente por lo que le había hecho a Priya. La presión me hacía sentir al borde del colapso.

»La música es maravillosa —dijo Sasha—. Esta noche tenemos lleno total, el auditorio está a rebosar y me muero de ganas de que os oigan tocar. ¡Muy buen trabajo, Amber! —Dios mío, ¿cómo podía ser tan buena conmigo y tan mala con Priya? ¿Cómo?

Alguien de la orquesta dio un silbido y los demás empezaron a aplaudir de nuevo; notaba un cosquilleo en el pecho. Mientras Sasha se mezclaba con los de la orquesta y les deseaba buena suerte, Asher se me acercó.

—Muchas felicidades por la música.

—¡Gracias! —Me obligué a sonreír—. Y tú bordas el papel de Romeo. ¿Estás nervioso o qué?

—No. —Le quitó importancia con un ademán y luego hizo una mueca—. Bueno, sí, puede que un poquito, sobre todo por la escena del balcón. Pero, oye, gracias por hacerme cantar solamente una vez.

Incliné la cabeza.

—¿No querías cantar?

—Qué va. Cantar es para Dan y Maria… Normalmente yo me pido los papeles que cantan menos. —Se echó a reír—. Cuando Sasha dijo que habías insistido en introducir partes cantadas, me quise morir. —Se me congeló la sangre en las venas—. A ver, no me

malinterpretes, han quedado genial, pero estábamos todos un poquito nerviosos por si al final quedaban fatal…

Sus palabras se mezclaron con el ruido de fondo mientras miraba a Sasha boquiabierta. Estaba hablando animadamente con el señor Torrente. Qué hija de puta. Me había dicho que los actores querían cantar. Me dijo que harían *Grease* si me negaba a hacerlo, pero había sido cosa suya desde el principio. Ni siquiera les contó lo de las partes cantadas hasta después de las audiciones, cuando ella ya se había procurado el papel principal y era demasiado tarde. Y cuando supo que el personaje era suyo, se aseguró de poder presumir delante de todo el mundo.

Me había mentido para salirse con la suya.

Peor aún: nos había mentido a todos.

Mientras pasaba el arco por las cuerdas del violín, miré detrás del señor Torrente hacia los rostros entusiastas del público. No hacía falta que mirara los dedos; podía tocar esta pieza del revés con los ojos cerrados.

A fin de cuentas, la había creado yo. Había compuesto la música para toda la obra. Era lo más difícil que había hecho jamás; no solo había escrito la música para una obra completa, sino que había tenido que adaptarla de modo que fuera lo bastante fácil para que la orquesta del instituto pudiera tocarla sin meter la pata y sin tener ni fagot ni arpa. Por no hablar de que el trompista, Jason, era un zoquete total. Pero ya estaba hecho y tras horas y horas de composición, práctica y ensayos, lo habíamos bordado.

Intenté no pensar en cómo Sasha había estado a punto de echarlo todo al traste. No quería que mi rabia mancillara la música que salía de mis dedos. Hoy, esta música era lo único que importaba y tenía que ser fuerte.

Distinguía algunos rostros familiares en las primeras filas. Mamá me miraba fijamente, llena de orgullo. La Julieta que interpretaba Sasha lloraba ahora mismo la muerte de Romeo y estaba a punto de matarse, pero mamá parecía una psicópata sonriendo en un mar de tristeza.

La butaca de al lado podría estar vacía y no hubiera pasado nada: Robbie estaba muerto del aburrimiento. Acaparaba el reposabrazos de mamá y apoyaba la cabeza en la palma; tenía una expresión sombría. A veces se le iluminaba la cara por la luz de la pantalla del móvil. De estar en otra obra, mamá le habría quitado el teléfono de

las manos, pero parecía demasiado fascinada para darse cuenta.

Al otro lado de mamá, papá miraba con su expresión de culpa habitual. Ojalá no tuviera siempre encima ese cargo de conciencia por no poder pagarme la universidad.

Otra cara conocida me sonrió desde el pasillo central. Cuando Diego y yo nos miramos a los ojos, levantó el pulgar por detrás del trípode de la cámara. A pesar de lo que había pasado en clase de física la semana anterior, había mantenido su promesa. Contuve una sonrisa y me centré en la partitura. Tenía que prestar mucha atención, ahora venía mi solo y esta era la parte que enviaría a las universidades. El corazón me iba a mil por hora y tuve que inspirar hondo.

El resto de la orquesta se quedó en silencio. Vi que el señor Torrente me daba pie para empezar y un escalofrío de emoción me subió por la columna mientras deslizaba el arco por las cuerdas. Las vibraciones del violín bajo la barbilla me invadían y flotaban en el aire hasta mezclarse con la voz de Sasha; nuestra triste melodía impregnaba el auditorio de dolor y añoranza. Miré hacia las primeras filas del público para ver su reacción: todos miraban embelesados, al borde de su butaca y absortos en Sasha, que fingía que iba a clavarse la daga en el pecho.

Pero entonces la voz de Sasha se volvió áspera y empezó a toser.

¡A toser!

Me negué a dejar de tocar. Esta era la única noche que podía grabar la obra. No habría un segundo intento. Miré hacia el escenario. Sasha abría y cerraba la boca como si intentara acompasar sus frases con mi música, pero a estas alturas ya se tenía que haber apuñalado y la orquesta tenía que haber empezado a tocar un *crescendo* mientras moría.

Traté de contener el pánico y seguí tocando; le hice un gesto con la cabeza al señor Torrente para que llevara a la orquesta al momento que correspondía. Pero las violas miraban a Sasha boquiabiertos y Jason Goding estaba demasiado ocupado riéndose para soplar la trompa.

La orquesta entera se hizo un lío; la mitad empezó a tocar, pero la otra seguía distraída mirando a Sasha. Al final, esta se apuñaló y fingió que moría y caía al suelo de espaldas.

Dios mío. Sasha lo había estropeado todo. Todo.

Y yo me quería morir.

T

FALTAN DIECISIETE MINUTOS

Inspiré hondo. Íbamos a escoger a alguien. Esto estaba pasando de verdad.

—¿Cómo vamos a solucionar esto? —Priya se incorporó, pero tras un tambaleo medio grogui, se dejó caer en la silla que tenía más cerca—. No quiero morir. Y… Soy hija única. Esto destrozará a mis padres.

—Destrozará a todos nuestros padres —dijo Diego—. Mi padre… después de todo lo que ha hecho por mí… —Negó con la cabeza y se apartó el pelo que le caía por la frente; era evidente que estaba conteniendo las lágrimas.

—Y mi padre… —Robbie se arrodilló cual receptor tras el montículo, agarrándose la cabeza—. Joder, estaba tan orgulloso de mí cuando me dieron la beca… Muchos jugadores de la Georgia Tech acaban en equipos importantes. Ahora no puedo morir. Esto es muy injusto.

—Lo es —terció Sasha—. A mí también me esperan muchas cosas… ¡He entrado en Brown!

—¿Y qué? Yo he entrado en Harvard —le espetó con rabia Diego —. A todos nos esperan grandes cosas. —Sasha lo miró fijamente y abrió la boca para decir algo, pero yo la corté:

—Al paso que vamos, ninguno de nosotros irá a ningún sitio —dije —. Estaremos muertos en menos de veinte minutos. Todos tenemos padres que no quieren vernos morir. Todos tenemos planes y ninguno importa más que otro. Ni Harvard ni Brown ni tu esponja ni la beca de béisbol. —Robbie apretó la mandíbula, pero no le hice ni caso. Una lágrima me resbalaba por la mejilla.

—Tal vez algunos sí que importen más —dijo Sasha.

—¡No! Lo último que deberíamos hacer es compararnos los unos con los otros. No hay ningún sistema de puntos en el que Harvard valga diez y una beca de béisbol valga ocho o… —Me callé cuando vi a Robbie con el ceño fruncido porque había dado menos puntos

al béisbol que a Harvard.

—¿Veis? —Lo señalé—. ¡Es por esto! No es justo para nadie. Ningún futuro vale más que otro. Ninguna vida vale más que otra.

Robbie se rio.

—¿Qué? —pregunté.

—A ver… ¿en serio? ¿Ninguna vida, seguro? —dijo Robbie señalando a Scott.

Me temblaban las manos de la rabia y apreté los puños.

—No lo dirás en serio.

—Mira… yo creo que sí que hay diferencias entre las personas.

—Ah, ¿sí? —Scott lo fulminó con la mirada—. ¿Qué diferencias?

Se frotó el cuello y movió los pies, inquieto, pero ya no podía dar marcha atrás.

—No es lo mismo alguien que va a dejar huella en el mundo que alguien que va a ser un puto camello.

—Estoy de acuerdo —dijo Sasha.

—Que os follen —dijo Scott—. No sabéis nada de mí.

—Joder. —Sacudí la cabeza mirando a Robbie y a Sasha—. Flipo con vosotros. Solo os preocupáis de vosotros mismos. Mangoneáis a la gente para sentiros mejor y hacéis que todo el mundo se sienta así de pequeño. —Levanté el índice y el pulgar y dejé medio centímetro de distancia entre ambos. Robbie se cruzó de brazos y bajó la vista. ¿Estaría arrepentido?

—Eres una traidora —dijo Sasha—. ¿Cómo te atreves a atacarnos así?

Scott se dio una palmada en la pierna buena.

—Ah, claro, ahora es traición decir algo en contra de la reina Sasha. Puede que mi vida valga una mierda, pero vosotros sois la definición de la mierda. La mierda máxima. La bacteria que se alimenta de la mierda…

Apoyé una mano en el hombro de Scott.

—No hay ninguna vida que valga una mierda. Ni la tuya ni la suya. —Todos cometemos errores. Que Scott hubiera cometido algunos, como drogarse en la escuela o venderle Ritalin a Sasha, no quería decir que su vida fuera menos valiosa. Yo había cometido muchísimos errores también, pero me negaba a que estos me definieran o que a Scott lo definieran los suyos. Hasta Sasha merecía una oportunidad para demostrar que podía ser mejor persona. No son nuestros errores los que nos definen, sino cómo aprendemos a superarlos. Todo el mundo tiene derecho a superar

sus errores.

—Puede que no —dijo Robbie tras pensarlo un momento—, pero ¿no hay que escoger a alguien?

Al oírlo estallé con los puños apretados.

—Solo te importa salvar tu pellejo.

—Eso no es verdad —dijo Robbie—. Quiero que los dos salgamos de aquí con vida.

—Sí, seguro —le espeté sarcástica con una carcajada.

Él me agarró los brazos y me zarandeó.

—¡Pues claro que sí! ¿Qué leches te pasa?

Me zafé de él.

—Robbie, nunca te has preocupado por el futuro de nadie más, solo del tuyo.

Este abrió mucho los ojos.

—Esto es así. Sabías que lo que más quería en el mundo era entrar en una universidad para estudiar música, pero, en cuanto te dieron la beca, me hiciste sentir que te traicionaba por preferir la música a ti. De repente, tu futuro era lo único que importaba. Pero no eres tú quien decide mi porvenir ni quién debe vivir y quién debe morir esta noche. —Señalé a Scott—. Es una persona con esperanzas y sueños. Puede que no sean tan ambiciosos como los tuyos, pero tiene todo el derecho del mundo a perseguirlos. Que no lo conozcas o no sepas qué sueños son esos no lo hace menos digno.

Robbie me miraba boquiabierto, incapaz de encontrar las palabras, pero Diego asentía con la cabeza. Priya se cruzó de brazos y miró la bomba; le temblaba el labio inferior. Todavía tenía quince minutos para convencerlos a todos. Aún quedaba tiempo.

O quizá no. Antes de poder moverme, Sasha se acercó a la mesa rápidamente, cogió la jeringuilla y vino corriendo, apuntándome con ella en el corazón.

T

HACE UN MES Y DOS SEMANAS

DICIEMBRE DEL ÚLTIMO CURSO

Al día siguiente del estreno de la obra, encontré a Robbie en su taquilla. Se reía de algo con Zane, de espaldas a mí. Apreté el carpesano que llevaba y me acerqué, pasando olímpicamente de Zane.

—¿Dónde estabas anoche? —Robbie se dio la vuelta y se le borró la sonrisa—. Después de la obra, ¿dónde te metiste?

—Oooh. —Zane le dio un empujoncito en el hombro a su amigo—. Alguien se ha metido en un lío…

Le lancé una mirada de asco.

—Cállate, anda. ¿Nos dejas un momento?

—Sí, claro. —Le dio un golpecito en la espalda a su amigo y se fue hacia Amy y Maria, que estaban mirándose en el espejo de la taquilla de Amy.

Robbie cerró la taquilla con un golpe.

—No me avergüences así.

—¿Que no te avergüence?

Me abracé al carpesano. Después de que Sasha estropeara la escena más importante de todas, la obra siguió sin más contratiempos, pero el daño ya estaba hecho. Y cuando nuestros amigos y familiares nos recibieron tras el escenario después, busqué a Robbie entre la gente. Necesitaba que me abrazara y me dijera que todo iría bien. Pero no apareció.

—¿Cómo crees que me sentí anoche? —le dije—. He trabajado muchísimo en la obra. Esperaba que vinieras a verme entre bastidores después, pero te marchaste a la francesa.

Robbie se pasó una mano por la cara.

—¿No recibiste mis flores?

—Sí, me las dio mi madre, pero tendrías que habérmelas dado tú.

—Ya, bueno, es que tenía que dormir. Esta noche tenemos un

partido importante. Es el campeonato de liga y…

—¿En serio?

En realidad, que se perdiera la fiesta posterior era casi lo de menos. Desde que le habían dado la beca, parecía que solo le interesaban sus partidos, sus metas y su futuro. Pero me insistía tanto para que mandara la solicitud a la Georgia Tech que imaginaba que se preocupaba por mí; de lo contrario, ni se molestaría. Pero que no viniera a felicitarme, a consolarme o a decirme nada después de la obra confirmaba mis sospechas. Yo no le importaba. No le importaba de verdad o, al menos, no como yo creía.

Me aparté el flequillo.

—He ido a la gran mayoría de tus partidos esta temporada. Salía de los ensayos corriendo para no llegar tarde. Y también te he acompañado a las celebraciones después de los partidos. ¿No podrías haber sacrificado un poquito de sueño por mí? ¿No podías molestarte en acompañarme, aunque solo fuera esta vez?

—Fui a verte, ¿no?

—Pero ¡si te pasaste con el móvil media obra!

—Lo siento, es que… —Robbie le dio un golpe a la taquilla—. ¿Por qué no me contaste la verdad?

Incliné la cabeza, confundida.

—¿A qué te refieres?

—Pues a la universidad, a la Georgia Tech. Que no querías venirte conmigo.

Se me hizo un nudo en el estómago y di un paso atrás.

—¿Por eso te fuiste? ¿Porque estás enfadado conmigo?

—No, no es eso.

—Y entonces, ¿por qué es?

—Pues porque tenía que salir de ahí. ¡Tenía que huir de esto que priorizas antes que a mí! —Se llevó el puño a los labios y miró alrededor, hacia todos sitios menos a mí.

Me ablandé un poco.

—No… no sabía que te importaba tanto.

—¡Pues claro que me importas! ¡Te quiero, joder! —Lo gritó tan fuerte que los grupitos que había por allí se dispersaron y nos miraron. Dios. Era la primera vez que me lo decía. Era la primera vez que un chico me lo decía. Nunca pensé que mi primera vez viniera acompañada de un «joder», pero ahí estaba; pendía en el aire y me reverberaba en los oídos—. Pensaba que lo teníamos ya

todo planificado —prosiguió—. Creía que vendrías a la universidad conmigo y que estaríamos juntos.

El aliento se me quedó atrapado en la garganta. Este doble rasero era muy injusto. Yo nunca pensé que él prefiriera el béisbol antes que a mí. Era su sueño antes de conocerme siquiera y sería injusto pedirle que me siguiera a mí a la universidad. Siempre quise apoyarlo, pero él me estaba presionando ahora para que abandonara mis sueños de toda la vida. Si ya le daba vueltas a esta idea quería decir que escogería el béisbol antes que a mí sin pensarlo dos veces. No tenía ninguna duda.

—Pero nunca lo hemos decidido —dije—. Lo has supuesto tú sin más. Yo nunca te he dicho que iría a la Georgia Tech. Ya sabes que quiero estudiar música.

—Ya, pero pensé que la estudiarías ahí.

Negué con la cabeza.

—Ya lo hemos hablado. La Georgia Tech no tiene un itinerario de música propiamente dicho. Tengo que ir a la USC o a Berklee, alguna universidad que tenga un buen programa donde pueda hacer contactos…

—Puedes hacer contactos donde sea. Ahora todo es *online* . Puedes componer y tocar música en cualquier lugar.

—¡Las cosas no funcionan así! No sabes nada de la industria del cine. Tengo que hacer las prácticas en un buen sitio, encontrar trabajos de asistente de producción… En persona.

—No necesariamente. —Robbie entrelazó las manos detrás de la cabeza—. ¿Por qué no te esfuerzas más en hacer que esto funcione? —Pero no podía coger una varita mágica y hacer que el sector funcionara de otra manera. Era como si yo le dijera que entrara en la USC y pidiera por la cara una plaza en el equipo de béisbol y, luego, una beca completa, ya puestos—. Además, tienes toda la vida para labrarte una carrera musical. La mayoría de los jugadores de béisbol juegan solo hasta los treinta. Pero tú puedes tocar música cuando sea.

No podía decirlo en serio. Nada me garantizaba que viviera lo suficiente para poner en pausa mis sueños así. La vida de Maggie había terminado poco antes de empezar.

—Ni de coña. No pienso aplazar mis planes tanto tiempo. ¿Quién sabe lo que va a pasarme dentro de veinte años? O dentro de diez o incluso mañana.

—Pero si no te va a pasar nada, joder.

Agité los brazos.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿Tienes complejo de Dios o qué? No entiendo por qué tengo que echar por tierra mis planes. ¿Solo porque tú hayas entrado ya a la universidad? ¿Solo porque tú seas el tío de esta relación?

—Entonces, ¿prefieres echar por tierra lo nuestro?

—¡Yo no he dicho eso! —No me podía creer que quisiera hacerme sentir culpable por esto y que no me negara ninguna de estas razones. ¿Cómo podía ser tan egoísta y tan manipulador? En cuanto me pidió que lo acompañara a Georgia, tendría que haber supuesto que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Sonó el timbre, pero él pasó olímpicamente. Hice un mohín tratando de contener las lágrimas. Robbie se me acercó, apoyó la frente en la mía y me agarró la nuca.

—Amber… ya se nos ocurrirá algo.

El corazón me dio un brinco. Tal vez me equivocaba. Puede que quisiera darle una oportunidad a una relación a distancia.

—¿En serio?

—Sí, claro. Buscaremos profesores particulares. Yo te ayudaré a encontrarlos. Y podrás hacer todos los contactos que necesites por internet.

No. Cerré los ojos y se me escapó una lágrima, que él interpretó de alivio.

—Además —siguió—, todo esto es hipotético si no consigues entrar. Tampoco hace falta que lo decidamos ahora. ¿Por qué no envías la solicitud y luego ya veremos qué pasa? Así tendremos tiempo para decidir qué hacemos. —Seguía sin entenderlo. Seguía pensando que el mundo giraba su alrededor. Era un «o lo tomas o lo dejas», pero mi futuro no era un plato de lentejas.

Sonó el timbre final y me dio un beso.

—Ya hablaremos de esto en otro momento, ¿vale? ¿Pedirás plaza?

Asentí con la cabeza porque estaba demasiado dolida y frustrada para decir nada más. Tenía un nudo en la garganta. Tenía que irme de ahí antes de que se abrieran las compuertas y empezara a llorar. Le aparté los brazos y me di la vuelta; me fui por el pasillo a toda prisa antes de que pudiera verme berrear. Al doblar la esquina choqué con Diego. Di un bote hacia atrás y se me cayó el carpesano; los papeles quedaron desperdigados por todo el suelo.

—¡Ojo! —Él recuperó el equilibrio a tiempo.

—Ay, Dios mío, lo siento. —Solté una risita nerviosa, pero unas

lágrimas traicioneras me resbalaron por las mejillas.

—Precisamente te estaba buscando. —Diego frunció el ceño y me tocó el brazo—. ¿Estás bien?

Inspiré hondo; noté una corriente eléctrica por el brazo y todas las venas de mi cuerpo. Me sequé la cara, que ya me notaba ardiendo.

—Sí, estoy bien.

Me incliné para coger los papeles del suelo y él me recogió el carpesano. Los rezagados corrían de un lado a otro para ir a su aula.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diego con el ceño fruncido.

Le cogí el carpesano mientras me secaba la mejilla con la otra mano.

—No pasa nada. Tenemos que ir a clase.

—La clase puede esperar. Quiero asegurarme de que estás bien.

Me abracé al carpesano y apoyé la cabeza en la taquilla que tenía detrás. Negué con la cabeza, no sabía por dónde empezar.

—Estoy cansada. Estoy cansada de intentar hacer feliz a todo el mundo y meter la pata. Estoy cansada de esforzarme al máximo y que no sea suficiente. Estoy cansada de que me manipulen. Estoy cansada de fracasar. Estoy muy cansada.

—Primero, no has fracasado. —Diego se quitó una de las asas de la mochila y rebuscó en el bolsillo principal. Al cabo de un momento, sacó un USB y me lo tendió. Era mi grabación—. Para nada. Tu música es muy bonita. Sigue componiendo música como la de anoche y harás feliz a mucha gente durante el resto de tu vida.

El corazón me iba a mil. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo conseguía que quisiera derretirme y, a la vez, lanzarme a sus brazos con solo unas palabras?

—Pero Sasha metió la pata hasta el fondo. Iba a enviar la grabación de esa escena y lo jodió todo.

Él sonrió.

—Bueno, aún puedes enviarla.

—¿A qué te refieres?

—Grabé los ensayos generales, ¿no te acuerdas?

El corazón me dio un brinco. Recordaba haber visto a Diego montar el equipo al fondo del auditorio y supuse que estaba calibrándolo todo de cara al estreno. No me había dado cuenta de que lo grababa todo cada noche.

—Justo antes de la tos —prosiguió—, cuando la pausa antes de tu solo, cambié la grabación por la del último ensayo general. Y no se nota nada. Puedes usar lo que quieras. Hasta puedes enviarles la

obra entera si lo prefieres.

—Madre mía. —Volví a llorar al cogerle el USB; nuestros dedos se rozaron—. Gracias —susurré—. Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Lo hiciste fenomenal. Te lo mereces. —Dio otro paso al frente, acortando la distancia que nos separaba.

Se me cortó la respiración cuando alargó una mano y me secó las lágrimas con el pulgar. Le toqué la mano para apartar la suya, pero en lugar de eso entrelazamos los dedos. Estaba convencida de que él oiría los fuertes latidos de mi corazón. Se acercó un poquito más —ahora su rostro estaba a escasos centímetros del mío— y separé los labios; quería esto, me apetecía muchísimo.

Pero entonces retrocedí y golpeé la taquilla con la cabeza. No. No quería ponerle los cuernos a Robbie, no podía hacerle eso. Tal vez fuera un capullo egoísta, sí, pero no merecía que lo engañara. No quería terminar así las cosas con él.

Además, ¿cómo podía funcionar una relación con Diego? Papá se quedaría hecho polvo como empezara a salir con el chico que inició la reacción en cadena que puso fin a su empresa.

Diego también retrocedió; parecía herido. Ojalá las cosas fueran más fáciles y pudiera estar con un chico que conociera de verdad mi valía.

Ojalá pudiera borrar el último año, pero no podía obviar lo que había hecho.

Al mismo tiempo, no podía dejar que se me desmoronara el mundo entero. Tenía que arreglarlo, empezando por mi música. Todo este año infernal había comenzado por eso y no podía permitir que fuera en balde. Ahora tenía la grabación y no iba a renunciar a mis sueños. Pensaba enviarla a mis universidades favoritas y ver qué me deparaba el futuro.

T

FALTAN DIECISÉIS MINUTOS

Lo malo de estar atrapado en una habitación con cinco personas más, una bomba y una jeringuilla con veneno mortal es que, en algún punto, se va a armar la gorda. Por muy frenéticamente que te aferres a la racionalidad, por mucho que quieras mantener la decencia, acabas accediendo ante tu instinto básico de supervivencia.

Intenté no perder la calma durante todo este tiempo, pero cuando Sasha me cogió del vestido con una mano, sujetando la jeringuilla con la otra, el miedo y la impresión se mezclaron en mi cerebro. Ya tenía el pulgar encima del émbolo. Iba a hacerlo de verdad. Iba a apuñalarme con esa aguja. A mi alrededor, todos le gritaban a Sasha que dejara la jeringuilla, pero no entendía lo que decían porque la sangre bombeaba toda la adrenalina por mis venas. Como no tenía adónde ir, huir no era una opción.

Así pues, tenía que luchar.

Eché el brazo hacia atrás, preparándome para darle un puñetazo en la cara, pero al final me contuve. No, no, no. Si la provocaba y me apuñalaba en autodefensa, todo habría acabado. No podía recurrir a la violencia. El vestido esmeralda se me pegaba a la espalda del sudor. Hacía demasiado calor para pensar con claridad. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo controlar la situación?

Sasha tenía la mirada encendida y apretaba la mandíbula y los labios como si estuviera conteniendo la respiración. Podría clavarme la aguja en el brazo e inocularme el líquido beis muy fácilmente, pero estaba dudando. Yo la miraba rabiosa, casi incitándola a que lo hiciera. ¿De verdad intentaría matarme? ¿Podría vivir con el cargo de conciencia después? Di un paso al frente para mirarnos más de cerca, esforzándome al máximo por no quitármela de encima. A Sasha le temblaba el brazo y entrecerró un poco los ojos al hacer una mueca.

Al final, gruñó y me soltó el vestido.

—¿Por qué lo estás complicando tanto? ¿Por qué no dejas que escojamos a Scott y terminemos de una vez por todas con esto? ¿A ti qué más te da que muera?

Solté todo el aire de golpe. Tal vez no tuviera agallas para asesinar a una amiga, a fin de cuentas.

—No se merece morir —dije—. ¿Es que no lo ves?

—Bueno, ninguno merece morir. —Se lamió los labios y se movió inquieta—. Así que si no quieres que sea Scott y tampoco quieres escoger a Priya o a Robbie, tendrá que ser Diego, ¿no?

Sasha se acercó a Diego y levantó la jeringuilla. Este retrocedió y se colocó entre la vitrina y la chimenea, con los ojos desorbitados. No tenía adónde ir.

—¡NO! —grité—. ¡No lo toques! —Las palabras me salieron con más pasión de lo que pretendía.

Sasha se dio la vuelta para mirarme e inclinó la cabeza como si tratara de encajar las piezas de un puzle. De repente se le iluminaron los ojos y esbozó una sonrisa.

—Ay, madre. —No. Seguro que no lo sabía. Contuve la respiración esperando lo que diría después—. Lo sabía. Te mola Diego.

Y ahí estaba. La verdad había salido a la luz delante de todo el mundo.

Mis sentimientos quedaban expuestos, suspendidos en el aire como un humo que amenazaba con asfixiarme. Todo el calor de mi cuerpo se me fue a las mejillas; noté que, a mi lado, Robbie se ponía tenso. Miré a Diego, que me observaba bajo ese flequillo oscuro que le caía por la frente. No dije nada y el temporizador fue marcando el tiempo.

—¿Es verdad? —preguntó Robbie. Dios mío. Cerré los ojos con fuerza como si así pudiera despertarme de esta pesadilla. No podía estar pasando. No estábamos hablando de esto ahora mismo. Me oí el pulso en mis oídos como si fueran unos bombos—. Amber, ¿es verdad?

Abrí los ojos y vi la preocupación en el rostro de Robbie. Quería negarlo con todo mi ser, pero mentir se me daba fatal.

—Tenemos que encontrar la forma de salir, eso es lo único que importa. —Pero no había respondido a su pregunta y eso lo decía todo.

Apretó la mandíbula y los puños mientras se volvía hacia Diego.

—Pero ¿qué coño pasa, señor Esponja? ¿Quieres robarme a mi chica o qué?

Mierda, mierda, mierda. Esto era exactamente lo que temía que pasara hoy y estaba ocurriendo ahora, precisamente cuando no teníamos tiempo. Diego abrió mucho los ojos, pero también apretó los puños y se mantuvo en su sitio mientras Robbie se le acercaba.

Yo salté delante de él y le empujé el pecho con las manos.

—Robbie, déjalo —grité—. Si no sobrevivimos dentro de los próximos cinco minutos, nada de esto importará. —Noté que se le cortaba la respiración brevemente al mirar en dirección a la bomba. Él siempre había creído que la vida que se abría ante sus ojos era ilimitada, pero yo quería que se centrara en sobrevivir ahora. Todos teníamos que centrarnos.

—¿Y qué hacemos? —Priya estaba sentada con las rodillas pegadas al pecho.

Robbie se pasó una mano por la cara.

—No pienso quedarme de brazos cruzados esperando a saltar en mil pedazos. Tenemos que escoger a alguien.

—Pero ¿cómo lo vamos a escoger? —preguntó Priya—. ¡Si no nos ponemos de acuerdo en nada!

—Podríamos jugárnoslo a Piedra, papel, tijeras —propuso Scott.

Sasha se echó a reír.

—Ya, claro. Vamos a decidir quién muere envenenado jugando a Piedra, papel, tijeras.

—¿Y por qué no? —Diego dejó de mirarme por fin—. Lo más justo es dejarlo en manos del destino.

—¿Del destino? —Priya se estremeció—. Eso significa… significa que le podría tocar…

—A cualquiera de nosotros —terminé yo por ella—. Significa que le podría tocar a cualquiera de nosotros.

Sasha negó con la cabeza.

—Qué tontería.

—¿Te lo parece? —El corazón me latía con muchísima fuerza; parecía que quisiera escapar. ¿Y si era yo? ¿Y si perdía al Piedra, papel, tijeras? Siempre perdía a esto. Era como la ley de Murphy del Piedra, papel, tijeras. Pero la soberbia de Sasha era abominable y esta era una forma justa de escoger—. Es lo más lógico que he oído de momento.

—Ni de coña. Me podría tocar a mí. —Se secó las lágrimas de la mejilla con la palma de la mano—. ¡O a Robbie!

—¿Y por qué no deberíais ser uno de vosotros? —gritó Priya.

—¡Callaos ya! —Robbie dio un puñetazo en la mesa—. Estamos

mareando la perdiz otra vez. Probemos con el Piedra, papel, tijeras. —Suspiré aliviada al ver que, a pesar de todo, se centraba en otra cosa que no fuera Diego y yo.

—¿Con reglas de torneo? —sugirió Priya.

—Sí, pero al revés —dijo Robbie—. Jugaremos en parejas y el ganador de esa ronda quedará descartado. El que pierda pasará a la siguiente vuelta.

Diego se frotó la nuca.

—Sí, de hecho, eso es bastante justo.

Robbie lo miró con los ojos entrecerrados.

—Puede que, de hecho, no seas el único listo de aquí.

—No he insinuado nunca que lo sea.

—Vale ya —dije. No había tiempo para peleas—. Vamos a centrarnos. ¿Cómo lo hacemos, al azar?

—No hay tiempo para organizar nada. —Robbie levantó la mano y movió los dedos—. Vamos, ¿quién juega contra mí? —Todo el mundo se quedó callado. Nadie se movió—. Joder. —Se arrodilló al lado de Scott—. Vamos, tío. Tú y yo.

—Vale. —Scott extendió la pierna maltrecha y se crujió los nudillos. Los demás nos apiñamos a su alrededor. Priya apretó los labios. Yo le di un apretón a Robbie en el hombro, deseándole buena suerte en silencio, pero él no me hizo ni caso.

—¿Dos de tres?

Diego se cruzó de brazos.

—Me parece justo.

Robbie asintió.

—Vale, ¿listo? —Scott y él se golpearon la palma con el puño—. ¡Piedra, papel, tijeras… ya! —Scott cubrió la piedra de Robbie con papel. A Robbie se le marcó la vena del cuello—. ¡Y una mierda! Has dudado medio segundo.

—¡¿Qué dices?! —dijo Scott.

—¡Lo ha hecho al mismo tiempo que tú! —dijo Priya.

—Ni de coña, lo he visto: ha esperado —gritó Sasha. Pronto todo el mundo empezó a gritar tan fuerte que ni siquiera podía oírme pensar entre todo el estrépito.

—¡Parad ya! —grité, tapándome los oídos, pero nadie me prestaba atención. Robbie cogió a Scott por la camiseta negra y este aulló de dolor. Diego agarró a Robbie por la espalda y lo apartó.

—Quítame las manos encima —dijo Robbie, zafándose de Diego. Se dio la vuelta y se preparó para darle un puñetazo.

—¡Parad! —Me lancé entre ellos, extendiendo los brazos como un lanzador entre el corredor de base y el cuadrangular—. ¡Parad ya! Callaos todos. ¡Callaos ya, joder! —Todo el mundo se quedó quieto mirándome, salvo Scott, que, encorvado, tenía la pierna herida en un ángulo muy extraño y el sudor le resbalaba por las mejillas.

—Hay que encontrar una forma mejor de hacerlo aleatorio —dije —. ¿Y si… y si nos lo jugamos a sacar el palito más corto?

—¿Hay menos margen para hacer trampas? —preguntó Priya.

—Yo no he hecho trampas —masculló Scott, que se incorporó un poco para apoyar la espalda en la pared.

—No habrá margen para hacer trampas —dije, sin prestarle atención.

—¿Hay palos o pajitas por algún lado? —Priya abrió uno de los cajones más pequeños del aparador que habíamos dejado en su sitio.

—Yo no he visto ninguna —dijo Sasha, mirando por la mesa—. Mierda, Amber, se nos acaba el tiempo.

—¿Y crees que no lo sé? —dije—. Deja de recordarnos el poco tiempo que nos queda y piensa en algo.

Ella resopló y miró la chimenea, tras la que se escondía el temporizador de la bomba. Miré el reloj. Trece minutos. «Céntrate, Amber. Céntrate».

Me di golpecitos en los labios con los dedos mientras examinaba la habitación.

—¡Ahí! —Fui corriendo hasta el aparador que había junto a la puerta; había un difusor de fragancia con varitas de bambú. Las saqué todas y me puse perdida de aceite de lavanda—. Ocho varitas —dije mientras me secaba la mano aceitosa en el vestido—. Solo necesitamos seis. —Dejé dos en el aparador. Me giré para que no me vieran, partí una de las varitas por la mitad y las mezclé bien, nivelando los extremos superiores. Me di la vuelta y les tendí las varitas con ambas manos—. Una está partida por la mitad. Coged una. Quien escoja la varita más corta… —Tragué saliva—. Bueno, ya lo sabéis. Y si soy yo, pues me habrá tocado a mí. ¿Os parece justo?

—Sí, es justo —dijo Diego. Los demás asintieron. Nos reunimos todos al otro extremo de la mesa, junto al enorme espejo que cubría la pared, tan lejos como pudimos de la bomba.

—Vale —dije—. ¿Quién empieza?

—¿Las damas primero? —propuso Scott y le hizo un gesto a Priya

para que se acercara.

Se me acercó mordiéndose el labio y jugueteando nerviosa con la manga mientras miraba las varitas.

—Va —dijo Sasha—, no tenemos todo el día.

Priya la fulminó con la mirada.

—No voy a mentir… espero que te toque la varita corta. —Sasha puso unos ojos como platos. Priya me miró.

—Te has pasado —le dije en un susurro esbozándole una sonrisa.

—Se lo merece, ¿no crees? —Volvió a morderse el labio y dio un paso al frente—. Y, oye, lo siento mucho. Quería que lo supieras antes de… antes de que termine todo esto. —Se le quebró la voz y se quedó sin palabras mientras me abrazaba.

Yo le devolví el abrazo con el brazo libre sin dejar de sujetar las varitas con el otro puño. El alivio se mezclaba con el miedo y tuve que esforzarme por no llorar. Tal vez hubiera recuperado a mi amiga. Claro que podía volver a perderla en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo también lo siento —le susurré al oído—. Y siempre te querré.

—Yo también. —Retrocedió con una varita en la mano… era una de las largas. Me miró con una sonrisa algo tensa y se dio la vuelta.

—¿Quién va ahora? —pregunté. Ahora tenía una entre cinco posibilidades de coger la varita corta.

Sasha no dudó.

—Acabemos ya con esto —dijo para sí. Después de pasarse un rato mirando las varitas, escogió una de las que le quedaban más cerca. Era una larga. Se me cortó la respiración durante un instante. Una de cuatro posibilidades. Cerró los ojos, aliviada, y retrocedió. Era evidente que sentía cero empatía por los cuatro que quedábamos, ni siquiera por su buen amigo Robbie, que la miraba con los ojos entrecerrados.

Este se me acercó, con la camisa manchada de sudor, y se me disparó el corazón. Ay, Dios. Ojalá el amor viniera con un interruptor y pudiera apagarse. A pesar de su egoísmo, era el chico que me había ayudado a superar uno de los momentos más complicados de mi vida, que me hacía sentir adorada y protegida. ¿Y si cogía la varita corta? Me notaba los pulmones faltos de aire, aunque seguía respirando. Pero no cogió ninguna varita. Me miró incómodo y luego dirigió la mirada a Diego.

—¿Es cierto?

—¿Importa? En serio, ¿importa?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Sabes que vamos a tomar distintos caminos. Tú te vas a la universidad a jugar a béisbol. Y si yo consigo salir de aquí con vida… —Le blandí las varitas por la nariz —. Tengo mis propios sueños por cumplir.

—Pero… —Apretó la mandíbula y luego soltó un gruñido—. Lo sé. Ya lo sé. Nunca he creído que mis sueños sean más importantes que los tuyos. Solo… no sé, pensaba que teníamos tiempo y…

—¡Date prisa! —dijo Sasha.

—¡Cállate! —le espetó Robbie. Ella frunció los labios y se cruzó de brazos—. Solo quería que estuviéramos juntos. Solo pensaba en eso. Y ahora puede que ambos muramos antes de tener la oportunidad de hacer nada… y he sido un capullo.

Sí, lo había sido, pero al menos ahora parecía que me entendía. Todo podía cambiar en un suspiro. No hay garantías en esta vida. Los dos miramos las varitas de bambú. Teníamos que seguir adelante y ahora él debía escoger una.

—Más vale que acabemos con esto.

Él asintió y tragó saliva. Al fin, cogió una de las varitas y la levantó. Era de las largas.

—Gracias a Dios —dije en un hilo de voz. Aún quedaban tres por sacar. La cosa estaba ahora entre Diego, Scott… y yo.

Diego fue el siguiente. Cuando me miró a los ojos fue como si hubiera un millón de preguntas suspendidas entre ambos. Al coger una de las varitas, me rozó el puño con los dedos y se me puso la carne de gallina. Sin romper el contacto visual, extrajo el palito de bambú. Estaba a salvo. Me miró una última vez, hizo girar el bambú entre los dedos y retrocedió sin decir nada.

Quedaban dos varitas.

Tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de morir.

Me invadió un temblor por todo el cuerpo, pero traté de mantenerme firme. No podía dejarme llevar por el pánico. Ahora no. Pero me temblaban las manos y se me escapó una lágrima. Priya sollozó.

Robbie se cogió la nuca.

—¿Sabéis qué? Esto no ha sido buena idea.

—Puede que sea Scott —dijo Sasha.

—¿Quieres arriesgarte? —gritó Robbie.

Sasha me señaló con el dedo.

—Ha sido ella quien ha querido arriesgarse. Podríamos haber

matado a Scott hace veinte minutos. Habríamos cruzado esa puerta y estaríamos ya de camino a casa, pero ella quería ir de digna y noble…

—Quería darle la oportunidad a todo el mundo de sobrevivir —dije interrumpiéndola—. Quería que todos pudiéramos salir de aquí.

—¡Aún podemos hacerlo! —dijo Robbie—. El jueguecito este de las varitas es una idiotez.

—Solo tienes miedo —dijo Sasha— porque tu novia está en peligro. O tu exnovia. Lo que sea. Pero es lo más justo. Y hay que acabar con esto ya.

—¡No me jodas! —le gritó Robbie. Mientras discutían, Scott y yo nos miramos. Él se tocó el estómago, allí donde Sasha le había dado una patada y vi tristeza y temor en sus ojos.

—Es lo más justo —dije con voz temblorosa mientras me arrodillaba a su lado y hacía crujir los fragmentos de cristal del suelo.

Nos quedamos mirando las dos varitas. Entonces dijo en voz muy baja para que solo lo oyera yo:

—No quiero que me toque a mí. Pero como te toque a ti, pelirrojilla, me va a dar muchísima pena.

Solté una risilla nerviosa.

—Lo mismo digo.

—Bueno… —Cogió el extremo de una de las dos varitas que quedaban—. Vamos allá.

T

HACE DIECIOCHO DÍAS

ENERO DEL ÚLTIMO CURSO

Mamá me estaba esperando en el porche cuando llegué del instituto, cosa rara porque a ella no le gustaba nada estar fuera y se sobresaltaba al menor zumbido. Normalmente solía pasar la tarde en la cocina corrigiendo el manuscrito de algún autor, con papeles y notitas esparcidas por toda la mesa, enfrascada en la pantalla del portátil y reacia a que la interrumpiera nadie que no fuera Calcetines, que vivía pegado a su regazo. Subí con la bicicleta por el caminito de acceso al garaje, donde desmonté y la guardé.

—Amber, ven —me llamó mamá en cuanto colgué el casco en el manillar.

—¿Qué pasa? —Me enrollé el cable de los auriculares en los dedos mientras me acercaba al porche—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Te estaba esperando.

Calcetines estaba a su lado lamiéndose las patitas negras. Me senté junto a él y le acaricié el lomo.

—¿Y eso?

Ella inclinó la cabeza hacia la puerta.

—Bueno, como ya sabes, tu padre se ha quedado sin trabajo. Hoy tiene un mal día y quería que vieras esto antes de que lo vea él. —Me tendió un sobre grueso. La insignia de la USC decoraba una esquinita—. Es gordo.

—Ya lo sé. —Me abracé al sobre sin abrirlo. Mamá enarcó las cejas—. Me enviaron un correo electrónico la semana pasada. He entrado.

Mamá me miró sonriente.

—Felicidades, cariño. No esperaba recibir la buena nueva tan pronto. Suelen tardar más, ¿no?

Tiré de la esquinita del sobre, incapaz de mirarla a los ojos.

—Es que envié la solicitud con opción a prematriculación. —La

USC había lanzado ese programa el año anterior y eso significaba que, en caso de aceptarme, la matriculación era vinculante. Pero la USC era mi universidad favorita de siempre. Tenían uno de los mejores programas de composición musical cinematográfica del país… y puede que el único. Después de la pelea con papá y de que Robbie intentara manipularme para que lo siguiera a la Georgia Tech, decidí que no quería que me obligaran ni me convencieran para ir a ningún otro sitio.

Pero eso significaba mentirle a papá.

Y significaba endeudarme hasta las cejas.

Pero era mi vida y mi elección. Tenía que asumir la responsabilidad.

Mamá inclinó la cabeza.

—Prematriculación… eso me suena. Significa que no puedes enviar la solicitud a ningún otro sitio, ¿no?

—Exacto. A ver, envié más porque cada universidad tiene sus condiciones… es complicado. Pero ahora tengo que retirar las demás solicitudes.

Eso incluía la que había enviado a la Georgia Tech a regañadientes. Intenté no pensar demasiado en el enfado de papá cuando se enterara de que había malgastado el dinero enviando tantas solicitudes; me había pagado las que envié a las universidades públicas. Mamá me había dejado su tarjeta de crédito —la que solo usaba para comprarse algún bolso o unos zapatos muy de vez en cuando— para que pagara el resto y me dijo que ella misma se ocuparía de papá si se ponía hecho un basilisco.

Frunció el ceño.

—Entonces ahora tienes que ir a la USC, ¿verdad?

—Sí. —Hice una mueca, preparándome para la explosión inminente, pero sonrió y me abrazó.

—Ay, Dios mío. ¡Mi pequeña será una compositora famosa!

La risa se me quedó atrapada en la garganta, como si tuviera un nudo allí.

—¿En serio? ¿No estás enfadada conmigo? Te mentí a ti y mentí a papá.

Mamá suspiró.

—Sí, y ya hablaremos de eso en otro momento. —La miré avergonzada—. Sé que papá quería que fueras a una universidad pública, pero solo se vive una vez. No hay bises en la vida. Solo tú puedes decidir cómo quieres vivirla.

—Ya lo sé. Por eso opté por la prematriculación. Sabía que me arrepentiría toda la vida si no lo intentaba. —Giré el sobre en las manos y miré hacia el otro lado de la calle; los Johnson tenían el aspersor encendido y al lanzar el agua por el jardín, se creaba un arcoíris degradado de verde que terminaba transformándose en tonos amarillos y marrones—. ¿Tú pudiste decidir lo que querías ser en la vida?

Mamá se recogió la media melena detrás de las orejas.

—A ver, no quiero que me malinterpretes, ¿eh? Me encantaba estar en casa con Maggie y contigo, educaros, que contarais conmigo y veros crecer. Nunca he creído que eso fuera un error, ni lo pensaré jamás, pero sí, Amber, también tenía un sueño. Quería ser guionista en Los Ángeles.

Arqueé las cejas bajo el flequillo.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Sí. Creo que lo de querer dedicarse al cine nos corre por las venas. Pero la cosa es que decidí no cumplir ese sueño. Quizá no fuera la mejor decisión o tal vez sí. Pero al menos lo decidí yo misma. —Se dio un golpecito en el pecho—. Decidí ser correctora. Opté por quedarme en casa con vosotras y no he podido ser más feliz…

Se le apagó la voz; Maggie pendía en el aire y empañaba la conversación.

—Maggie no pudo decidir —dije con un peso en el pecho.

—No. Maggie no pudo decidir. —Mamá se llevó una mano a la frente para protegerse de la luz del sol—. Pero entró en Yale, ¿sabes? —Le temblaba la voz mientras acariciaba a Calcetines—. La aceptaron en el curso preparatorio de medicina.

Abrí mucho los ojos. Yale era la universidad de sus sueños.

—No lo sabía.

Mamá asintió.

—La carta de aceptación llegó la semana después de su muerte. Con una beca completa. Podría haber hecho grandes cosas con su vida. Lo tenía todo planeado y al alcance de la mano, pero… —Se quedó callada observando el aspersor de los vecinos.

—Pero la mataron.

Mamá me dio un apretón en la rodilla.

—No, cariño. Se puso enferma.

Me invadió la rabia. Hacía años que no hablábamos de esto, pero

estaba tan enfadada como el primer día.

—Ellos hicieron que enfermara. Estaba bien hasta que empezaron a meterse con ella.

—Las cosas no funcionan así. Los médicos dijeron que no… —La interrumpieron sus propias lágrimas. En lugar de seguir con aquel argumento, me cogió la mano y las dos nos quedamos mirando el aspersor de los Johnson en silencio durante un buen rato. Al final, se secó las mejillas y carraspeó—. Sea como sea, esto te demuestra que lo más importante es la salud y la felicidad. Tú tienes salud; ahora ve a por tu felicidad. Y no te preocupes por papá, sigue asustado por haber perdido la empresa, pero cambiará de opinión. Quiere que seas feliz, igual que yo.

De repente, se abrió la puerta con un crujido y apareció papá, carraspeando y con aire culpable.

—Tiene razón.

Mamá puso los ojos en blanco.

—¿Nos has estado escuchando detrás de la puerta todo este tiempo?

Él farfulló y se toqueteó los bolsillos.

—No todo el rato. —Sí, era evidente que había estado escuchando todo el rato—. Y oye… escojas la universidad que escojas, o que ya hayas escogido, y sea cual sea la carga financiera que debas asumir… es tu elección. No tienes que disculparte por no ser tu hermana. —No podía decir su nombre en voz alta—. Solo tendrías que disculparte si intentaras ser quien no eres. Y está claro que… todo esto de la música… es tu pasión y lo que estás destinada a hacer. Te irá bien.

—Ay, papá… —Lo miré sonriente—. Bueno, en realidad, sí que me han dado una beca en la USC.

—¿Qué? —dijo mamá.

—No es una beca completa, solo es un cuarto de la matrícula. Pero algo es algo.

—Pues mira qué bien. —Papá se metió las manos en los bolsillos —. Quiero un yate cuando me jubile, así que espero que te hagas asquerosamente rica en Los Ángeles.

Solté una carcajada.

—Bueno —dijo mamá fulminando a papá con la mirada—, la abuela os dejó a Maggie y a ti unos pequeños ahorros para la universidad. Son tuyos. No cubrirán toda la matrícula, pero entre eso y la beca, podremos apañárnoslas. Avalaremos los préstamos

que necesites y no dejaremos que mueras de hambre cuando te gradúes.

Me eché a reír.

—¿Quién dice que la música no da de comer?

Mamá me rodeó los hombros con un brazo y me dio un apretón; el gato quedó aprisionado entre las dos.

—Todas las discográficas del país desde la creación de internet, cielo.

—Para tu información, a las discográficas les va muy bien, igual que a los estudios de cine. —Abrí el sobre con cuidado para no rasgar el emblema de la USC. Saqué el primer papel del paquete y se lo enseñé a mamá.

—«Felicidades —leyó ella en voz alta—. Nos complace admitirla en el programa de composición musical cinematográfica de la USC».

T

FALTAN TRECE MINUTOS

Scott sacó la varita larga y relajó los hombros aliviado. La varita larga significaba vivir. La corta, la que me quedaba en la mano, implicaba que alguien me iba a clavar la jeringuilla y a presionar el émbolo. Se me revolvió el estómago y sentí que me flaqueaban las rodillas. Tuve que reunir todas mis fuerzas para mantenerme en pie.

—Lo siento mucho… —empezó a decir Scott, pero arrugó la frente al ver la varita que quedaba en mi mano abierta—. ¿Qué narices…?

Bajé la mirada. Era una varita larga. No era la corta.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Robbie.

Diego me miró desconcertado.

Miré mi varita y luego la de Scott. Eran de la misma longitud. Nadie había sacado una varita corta.

—Un momento. ¿Cómo es posible?

—Has hecho trampa —afirmó Sasha en tono acusador.

—¡No! —exclamé. ¿Cómo era posible que todos hubiésemos sacado varitas largas?—. Ha sido un sorteo justo, os lo juro.

—Intentabas ganar tiempo, ¿verdad? —dijo Sasha.

—No, no, no. Os juro que no he hecho trampa. Solo habría servido para perder tiempo. —Me giré y eché un vistazo al aparador—. ¿Lo veis? ¡Aquí está! —Les mostré la mitad de la varita que había desechado hacía un momento—. Es evidente que he partido por la mitad una de las varitas.

—Pero… —Sasha examinó su varita—. ¿Qué ha pasado con la otra mitad?

—¡No tengo ni idea!

Diego me cogió la varita corta de la mano, examinó el extremo roto y miró el suelo alrededor de mis pies.

—Es muy raro. ¿Seguro que solo tenías seis varitas?

—¡Segurísima! Mira, las otras dos todavía están en el aparador. —Las señalé—. ¡No sé de dónde puede haber salido otra varita! —Sasha seguía mirándome fijamente y busqué algo de apoyo en los

ojos de los demás—. Os juro que no he tenido nada que ver en esto.

Todos parecían desconcertados. Todos salvo Priya.

Entonces me di cuenta. Al ver cómo me cambiaba la expresión, abrió más los ojos y cruzó los brazos, no con impaciencia, sino como si quisiera ocultar algo.

—Dios mío —murmuré.

Priya negó con la cabeza sin decir nada. ¿Qué debía hacer? Sabía lo que había hecho, pero estaba segura de que, si la delataba, todo el mundo querría que ella muriese.

Sasha nos miró a ambas y ladeó la cabeza. Y entonces lo vio.

—¡Maldita zorra! —Se abalanzó sobre Priya y le agarró las muñecas—. Súbete las mangas.

Priya se revolvió para liberarse de las manos de Sasha.

—¡No!

—¡Que te arremangues! —Sasha le levantó las mangas a Priya con tanta fuerza que se rasgaron y le sacó media varita aromática de una—. ¡Ja! Me parece que tus trucos de magia no son tan mágicos.

Priya se echó a llorar y retrocedió hacia la pared entre Scott y el aparador; los cristales rotos crujieron bajo sus pies. Scott la miró perplejo. En el aparador había un jarrón idéntico con varitas de bambú. Claro. Así había conseguido la varita para dar el cambiazo. Y por eso me había abrazado. Sentí una presión en el pecho. ¿Había sido sincero algo de lo que me había dicho?

Diego se atusó el pelo con ambas manos y se entrelazó los dedos tras la nuca.

—¿Cómo sabías cuál era la varita corta?

—No lo sabía —sollozó Priya—. Si hubiera sacado una de las largas, no habría dado el cambiazo. Cuando he notado que era la corta, yo… yo… —Indicó lo que quería decir sacándose una varita invisible de la manga con la misma mano.

—Por el amor de Dios. —Diego deambuló hasta la puerta y apoyó en ellas las manos y la frente—. Esto es ridículo.

—¡Tramposa! —chilló Sasha.

Priya miró a Sasha con los ojos entrecerrados, como si fuera la menos indicada para abrir la boca.

—Al menos no he perjudicado a nadie. Pensaba que así nadie sacaría la varita corta y podríamos averiguar cómo escapar todos con vida.

—Pues solo nos has hecho perder tiempo —replicó Sasha—. Seguimos teniendo que elegir a uno.

Robbie miró a Priya con el ceño fruncido.

—Tú has sacado la varita más corta. Deberías ser tú —sentenció y me quitó de en medio para ir a por la jeringuilla.

—No, espera un momento. —Traté de agarrarle la muñeca, pero unos brazos fuertes me asieron la cintura por detrás. Sasha tiraba de mí—. ¡Suéltame! —grité.

—Las normas han sido cosa tuya —me susurró al oído.

—¡No! —chilló Priya reculando hacia la puerta—. ¡No lo hagáis, por favor!

Diego despertó de su asombro y embistió a Robbie, lo agarró por la parte trasera de la camisa y tiró de él. Le rompió las costuras del cuello, pero Robbie le propinó un codazo en el estómago, se volvió y dio un empujón a Diego que lo derribó de inmediato.

Diego gruñó al estrellarse contra el espejo y Robbie volvió a dirigirse hacia la jeringuilla.

—¡No! ¡Esperad, tengo una idea! Todavía nos queda tiempo. —Clavé las uñas en los brazos de Sasha para que me soltara la cintura, pero era demasiado fuerte y estaba demasiado decidida a permitir que Robbie pusiera fin a todo aquello. Mis ojos encontraron los de Diego a través del pelo que me cubría la cara—. ¡Detenlo!

Diego agarró la silla más cercana y la arrastró por el suelo hasta colocarla entre Robbie y él, formando así una barrera. Mientras, hundí aún más las uñas en los brazos de Sasha, pero no se movió.

—¡Suéltame, por favor!

Desesperada por detener lo que ocurría, imité a Robbie y le propiné un codazo a Sasha en las costillas con todas mis fuerzas.

—¡Ah! —Su queja sonó a borboteo y aflojó unos segundos. Fue suficiente. Me impulsé hacia delante mientras Robbie pateaba la silla hacia Diego, que no se arredró. Pasé a la carrera frente a Priya y Scott, al otro lado de la mesa, y sorteé la única silla que me cerraba el paso.

Rodeé la mesa, me interpuse entre la jeringuilla y él y levanté los brazos justo cuando Robbie lograba apartar a Diego de su camino de un empujón.

—¡No lo hagas! —No podía permitir que Robbie intentase matar a Priya. Las cosas no se podían haber torcido más—. Por favor, no lo hagas.

Robbie hizo una mueca y las arrugas de la frente se le volvieron más profundas.

—Ha sacado la varita más corta. Las normas son las normas.

—Tengo una idea. —Me humedecí los labios, tratando de encontrar una lógica que me permitiera salir adelante. Tenía que encontrar una salida—. Sé cómo podemos salir todos con vida de esta y estoy segura de que mi plan podría funcionar.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Diego.

Bajé la voz y lancé una mirada fugaz a la cámara web del aparador.

—Fingiremos una muerte. Simularemos que inyectamos el veneno a alguien. Haremos ver que obedecemos la orden que nos han dado. Y así comprobaremos si se detiene el temporizador de la bomba.

—Sí —susurró Priya.

Diego arqueó las cejas y asintió.

—Es brillante. Es increíble que no se nos haya ocurrido antes.

—No se nos ha ocurrido porque esta no deja de sembrar el pánico —repliqué señalando a Sasha.

—Vale la pena intentarlo. Esperemos no pinchar en hueso —dijo Scott con los ojos puestos en la jeringuilla e hizo una mueca—. Perdón, no pretendía bromear.

—¿Cuánto nos queda? —Sasha consultó su reloj—. ¿Unos doce minutos? Y entonces esa cosa nos matará a todos —dijo señalando la bomba por encima de mi hombro—. No pienso permitirlo.

Sasha se abalanzó hacia mí, pero se detuvo y titubeó. Para agarrar la jeringuilla, tenía que pasar por mi lado y a mí me bastaba con inclinarme sobre la mesa para hacerme con ella. El instante se hizo eterno. Sasha respiraba pesadamente y a mí me cosquilleaban los dedos.

Entonces actué. Me lancé a la mesa y agarré la jeringuilla sin tocar el émbolo. No podía permitir que se perdiese el líquido de su interior. Diego placó a Sasha y ambos aterrizaron violentamente sobre los platos, los vasos y los cubiertos de plata que había sobre la mesa.

Mientras me alejaba de ellos, sentía el peso de la jeringuilla, como si llevase en las manos el peso de las vidas de todos nosotros. Era un peso tan abrumador que no me di cuenta de que Sasha se había zafado de Diego y me acometía. Intenté esquivarla, pero se me abalanzó y me agarró la pantorrilla antes de que pudiera escapar. Mientras volaba por los aires, levanté los brazos instintivamente para protegerme antes de impactar contra el suelo. El golpe me dejó sin aliento y la jeringuilla rodó por el parqué y se detuvo tras rebotar en el zapato de Robbie.

Se agachó y la recogió.

—¡Robbie! —jadeé mientras me impulsaba con los hombros para incorporarme y Sasha se levantaba tambaleándose—. No se la des…

Pero Robbie se acercó a Priya con una expresión afligida. Esta reculó hacia el armario de la vajilla. Los vasos y los platos del interior tintinearon en señal de protesta, pero no tenía escapatoria posible.

—¡No, Robbie! —chillé.

—Lo siento —dijo él—, pero ha sacado la varita más corta.

Sasha asintió, animándolo.

—Exacto. Hazlo.

—¡No! —grité—. No eres un asesino.

—Ninguno de nosotros lo es —replicó él mientras miraba a Sasha con recelo. La jeringuilla le temblaba en la mano—. Pero alguien tiene que poner fin a esto. Ella ha sacado la varita más corta. Es la única solución justa.

Priya aguardaba encogida frente al armario de la vajilla. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y levantaba las manos temblorosas. ¿Cómo podía conseguir que Robbie soltase la jeringuilla? Nos estábamos quedando sin tiempo. No tenía tiempo suficiente para convencerle de nada. Pero tenía que arreglarlo. Tenía que…

«El espray de pimienta». Llevaba espray de pimienta en el bolso. Mi madre me obligaba a llevarlo siempre encima desde que aquel hombre del supermercado se volvió loco y empezó a matar en serie. Traté de mantenerme inexpresiva. Podía sorprender a Robbie con el espray y obligarlo a soltar la jeringuilla sin causarle ningún daño permanente.

Miré mi bolso, que seguía junto a la silla de Sasha, a un metro de mí. Robbie y Priya estaban junto a la chimenea. Tenía que entretenerlo para que no le clavase la aguja mientras me hacía con el espray de pimienta.

—Escúchame, Robbie —susurré—. Mi idea podría funcionar. Simularemos una muerte. Así sabremos si se detiene el temporizador y sabremos seguro si matar a alguien detendrá la bomba.

—¡No funcionará! —gritó Sasha.

—¡Cállate! —dije sin dejar de mirar a Robbie a los ojos ni un instante—. No eres un asesino, Robbie. —Me arrodillé junto a la silla de Sasha, como si le estuviese suplicando que reconsiderase su

decisión, y me acerqué el bolso con la rodilla por debajo de la mesa —. No lo hagas. Es mi mejor amiga.

Robbie entornó los ojos.

—¿Prefieres que lo mate a él? —preguntó señalando con la barbilla a Diego, que reculó un paso larguísimo y tropezó con la pierna estirada de Scott. Este gritó y Diego cayó hacia atrás y aterrizó de culo en el suelo. No. Esto era exactamente lo que temía que sucediese. Robbie odiaba a Diego y ahora se le presentaba la excusa perfecta para deshacerse de él alegando que lo hacía para salvarme la vida. No podía permitir que le clavase aquella aguja. No podía consentir que todo terminara así.

Pero tampoco me podía dejar llevar por el pánico. Sin decir nada, aproveché que todo el mundo miraba a Diego levantarse torpemente para abrir el bolso a tientas bajo el mantel rojo de la mesa y hurgar en su interior con los dedos temblorosos.

—No, tiene que ser Priya —insistió Sasha—. Todos aceptamos las normas. Ella ha sacado la varita más corta. Además, ha intentado hacer trampas para librarse.

Robbie levantó la jeringuilla por encima del hombro de Priya, pero titubeó y se mordió el labio, inseguro, mientras yo agarraba el cilindro que andaba buscando. ¿Estaría planteándose a cuál de los dos debía matar para que yo le odiase menos?

Priya alzó una mano abierta hacia Robbie, como si así pudiese evitar que la aguja le perforase la piel.

—No me mates, por favor. Por favor.

A Robbie le temblaba el brazo como nunca. Priya sollozaba con la mirada fija en la aguja elevada a pocos centímetros de su piel. Robbie la miró a los ojos e hizo una mueca.

—¡Maldita sea! —Se volvió y se abalanzó sobre Diego. Lo estampó contra la pared sujetándolo por el cuello con una mano mientras levantaba la jeringuilla por encima del hombro con la otra.

—¡No! No lo hagas, Robbie. —Me levanté con el espray de pimienta oculto en el puño cerrado—. Si lo haces, les estás dejando ganar.

Robbie frunció el ceño. La jeringuilla le temblaba en la mano.

—¿A quién?

—¡A quien sea que nos haya metido aquí! —No tenía muy claro lo que estaba diciendo; solo necesitaba distraerlo el tiempo suficiente para rociarle con el espray. Hacía más calor que en una sauna. Era abrasador. Me costaba concentrarme en lo que decía—. Quieren que

uno de nosotros se convierta en un asesino. Quieren convertir a uno de nosotros en un monstruo. ¿Quieres ser tú ese monstruo?

Gotas de sudor perlaban la frente arrugada de Robbie.

—¡Quieren que muramos todos! ¡Nos han metido aquí con una bomba!

Robbie colocó el pulgar sobre el émbolo. Diego respiraba con pesadez, mirando boquiabierto la aguja que tenía a pocos centímetros.

—No, te equivocas. —Me acerqué un poco más sin apartar la mirada de los ojos de Robbie—. Nos están poniendo a prueba, quieren enfrentarnos y que nos matemos entre nosotros. ¡Y tú estás cayendo en la trampa! Así les demuestras que solo te preocupas por ti mismo. —Estaba gritando y me temblaba todo el cuerpo—. Probemos mi idea.

—¡Basta de pruebas! —exclamó Sasha consultando de nuevo su reloj—. Si no matamos a alguien ahora mismo, moriremos todos.

Espoleado por las palabras de Sasha, Robbie sujetó la jeringuilla con más fuerza y la hizo descender hacia el hombro de Diego, que lo miraba con los ojos desorbitados, aterrorizado.

—¡No! —Di un paso adelante y apunté a los ojos de Robbie con el espray de pimienta sin disparar—. Dame el veneno.

Robbie se encogió.

—¿Qué mierda es eso?

—Espray de pimienta —respondí—. Y estoy dispuesta a usarlo.

—¡Estás loca!

—¡Eras tú quien iba a envenenar a alguien!

—¡Debo hacerlo! ¡No tengo otra alternativa!

—No te rindas, Robbie. Demuéstrales que se equivocan. —Vocalicé bien cada palabra, esforzándome para evitar que me temblase la voz—. Demuestra que estás dispuesto a preocuparte lo más mínimo por alguien que no seas tú.

Una expresión de pura agonía le nubló las facciones. Nos habían arrastrado al abismo de la locura para luchar por lo que considerábamos correcto. Él quería salvar cinco vidas. Yo razonaba para tratar de salvar seis. Sin embargo, él pensaba que intentar salvarnos los seis podía desembocar en que todos acabásemos muertos.

¿Quién tenía razón?

De pronto, bajó el brazo y dejó caer la jeringuilla sobre la mesa.

—¡Joder!

Mientras Diego deslizaba la espalda por la pared hasta sentarse en el suelo con alivio, Robbie arrojó la silla más cercana contra el muro y la pateó repetidas veces. Se le hinchó una vena del cuello y acompañaba cada patada con un gruñido gutural.

Sasha se tapó las orejas y chilló:

—¿Qué haces?

—Tío, me da que matar a una silla no cuenta —intervino Scott.

Tras una última patada, la silla se partió. Robbie se dejó caer junto a ella, se escondió la cara entre las rodillas y se puso a sollozar. Todos lo observamos en silencio, sorprendidos por aquel arrebato.

Miré la jeringuilla. La aguja brillaba sobre la mesa en la que Robbie la había dejado caer. Sasha y yo nos miramos desde extremos opuestos de la habitación. Permanecimos totalmente inmóviles un instante. Y entonces nos lanzamos a por ella.

T

HACE CATORCE DÍAS

ENERO DEL ÚLTIMO CURSO

—¿A ti qué narices te pasa? —Sasha estampó el cuaderno sobre la mesa, justo delante de mí, y di un respingo.

—Chitón —dijo la señora Burr, la bibliotecaria, que miraba a Sasha desde su escritorio. Sasha puso los ojos en blanco.

Me quité los auriculares y pausé el tema con el que estaba trabajando.

—No sé de qué hablas —susurré.

—Y una mierda —gruñó, y cruzó los brazos—. Me has estado evitando desde la obra de teatro. ¿Todavía estás enfadada porque metí la pata en la canción? Ya te dije que lo sentía…

Enarqué una ceja. Todavía no había decidido cómo iba a hablar con ella sobre el acoso al que sometía a Priya o las mentiras sobre la obra del instituto. Se lo podía decir sin tapujos, pero no estaba segura de si me iba a hacer caso o si lo negaría todo sin más. La segunda opción parecía más probable.

Y después me convertiría en otro saco de boxeo.

No podía permitirlo. Tenía que pensar en otro modo de hacérselo entender sin darle la oportunidad de escurrir el bulto y ridiculizarme con cotilleos y susurros.

Cada vez que la veía, recordaba cómo se había reído de Priya por haberse roto los dientes y veía a la pobre Priya tapándose la boca, dolorida y humillada. Y también pensaba: «He sido yo. Es culpa mía». Cada vez que intentaba hablar con Priya por los pasillos, en clase o delante de su casa, esta echaba a correr en dirección contraria y, además, ignoraba los incontables mensajes que le había enviado. Llevaba bastante tiempo devanándome los sesos para encontrar la forma de hablar con ella.

No había apartado a Sasha de mi vida, pero sí la mantenía a una distancia prudencial. Si conseguía que pidiera perdón a Priya y

lograba sanar sus heridas, tal vez Priya volvería a mi lado.

Movía la pierna bajo la mesa.

—No es solo por la canción. Es que… he estado mal desde entonces. Por eso no tenía ganas de ir de fiesta…

Sasha frunció el ceño.

—¿Por qué? Conseguiste la grabación que querías…

—¡Chis!

La señora Burr nos mandó callar tan fuerte que proyectó gotas de saliva. Nos miró con una expresión severa y varios alumnos de las mesas cercanas la imitaron.

—Por el amor de Dios. —Sasha se levantó, rodeó la mesa y se sentó a mi lado sin dejar de mirar a la señora Burr con aire hostil. Se inclinó hacia mí y susurró—: La grabación salió genial, al menos en gran parte, ¿no? Enviaste las solicitudes a tiempo. ¿No era eso lo que querías?

—No es por eso. Me dolió lo que le pasó a Priya.

Sasha ladeó la cabeza.

—Lo que le pasó a Priya fue culpa suya. Además, ahora tiene los dientes más bonitos que antes. —Sasha se pasó la lengua por los dientes delanteros y frunció el ceño, como si no le pareciesen satisfactorios—. Qué suerte ha tenido, la muy zorra.

—¡Nada de lo que ha tenido que sufrir ha sido una suerte! —repliqué con voz ronca—. Te reías de ella sin parar. Te enrollaste con el tío que le gustaba y no la disuadiste.

—Oye, eso no es culpa mía. Zane me gustaba desde hace años. Ella era la que siempre intentaba ponerle las zarpas encima.

Arqueé las cejas. Así que estaba celosa de Priya. No me había dado cuenta de que Zane le gustaba tanto; suponía que solo habían tenido algo puntual.

—De todas formas, eso no te daba derecho a publicar en internet el vídeo de la caída para que lo viese todo el mundo.

Sasha miró al techo, incrédula.

—Pero si ni siquiera salía su imagen ampliada. Era imposible saber quién era.

—Pero ella sí lo sabía. Lo sabíamos todos. ¿Por qué tenías que humillarla siempre? Ya estabas saliendo con Zane. Ya eres la mejor en todo. ¿No eras consciente del daño que le hacías?

Tenía que conseguir que viera la luz, que se diese cuenta de que debía una disculpa enorme a Priya.

Una parte de mí estaba segura de que entraría en razón. A pesar

de que me había manipulado para sacarme aquellas canciones en la obra, había convencido al club de teatro para que me dejara componer la música y se había esforzado mucho para que llegara a buen puerto. Además, había animado a Robbie a pedirme que saliéramos, me invitaba a todas sus fiestas y me había aceptado como amiga sin hacer preguntas. Era evidente que era capaz de ser amable.

Sin embargo, otra parte de mí temía que fuese una zorra narcisista y que solo fuera decente cuando le convenía.

A Sasha se le nublaron los ojos.

—No soy la mejor en todo —susurró al fin.

Entonces comprendí que no iba a lograr convencerla.

De todo lo que le había dicho, se había aferrado al fragmento que hablaba de ella. No obstante, ¿cómo era posible que la reina de todo se tuviera tan poca estima?

—¿A qué te refieres?

—No… no sabes lo que he vivido, ni la presión a la que estoy sometida. No tienes ni idea… —Parpadeó furiosamente. Había visto cómo la presionaba su madre para que se centrase en el instituto, pero no era excusa suficiente para justificar las mentiras o el acoso —. Llevo años esforzándome al máximo para entrar en Harvard. Todavía no sé nada de ellos. A pesar de todo lo que hago, nunca es suficiente.

—Sasha, te irá bien vayas a la universidad que vayas. Te han aceptado en Brown y probablemente entrarás también en Harvard, joder. Y aunque no entres, te irá bien. No he conocido a nadie tan motivado como tú y te aseguro que a mí la música me motiva a tope, así que no es moco de pavo.

—Y por eso te quiero. —Los labios de Sasha dibujaron una sonrisa —. Eres la única persona que me recuerda… a mí.

Sus palabras me golpearon como si me hubiesen caído mil ladrillos en la cabeza. Yo no me parecía a Sasha. En absoluto.

¿O sí?

Me agarré a los bordes del portátil, abrumada al darme cuenta de lo que había hecho. No había acosado ni manipulado a nadie en mi cruzada por componer la banda sonora de la obra, pero había traicionado la confianza de mis padres y profesores al llevar alcohol al club de teatro. Había ahuyentado a mi mejor amiga y había permitido que la acosasen. Había mentido a mi padre y había solicitado una plaza con opción a prematriculación en la USC. Sí,

me habían admitido en la universidad de mis sueños, pero ¿a qué precio? ¿Y si me había convertido en una persona más parecida a Sasha de lo que creía?

—Hola, chicas. —Maria se dejó caer en la silla que Sasha había dejado libre frente a mí—. Os he estado buscando por todas partes…

—¡Jovencitas! —La señora Burr estaba roja como un tomate y parecía a punto de entrar en combustión espontánea—. ¡Si no bajáis la voz os echo de aquí ya!

«¡Perdón!», articuló Maria sin hacer ruido.

—Ah, hola —susurró Sasha y me soltó la mano. Se frotó los ojos como si estuviera cansada, pero en realidad intentaba secarse las lágrimas—. Os quería preguntar cuándo queréis que vayamos a por provisiones para el fin de semana. Los padres de Zane estarán fuera otra vez.

Las palabras de Sasha me resonaron en los oídos mientras trataba de reponerme de la verdad. ¿Qué había hecho? Tenía que arreglarlo.

—Desgraciadamente, no me puedo apuntar —dijo Maria—. La semana que viene me voy a ese dichoso crucero con mi familia. Estaré dos semanas de viaje. Y también me sacarán del instituto la semana después del Día de los Presidentes.

—¡Es verdad!

—¿Y eso por qué es malo? —pregunté a Maria, aunque las palabras de Sasha se repetían en bucle dentro de mi cabeza, como un disco que no podía detener—. Te saltas una semana de clase. Y hacer un crucero suena genial.

Maria se rio con desdén.

—Sí, estar atrapada en un barco con tus padres, tus abuelos y los pesados de tus primos durante dos semanas es genial. —Gruñó—. Además, mi madre ha planeado un montón de tonterías que quiere que hagamos juntas… clases de papiroflexia, gimnasia acuática, un *escape room* … Uf. Y para rematarlo, estamos a punto de marcharnos de Brewster para siempre. No me quiero perder tantos días de los últimos meses de clase.

—Si no conseguimos algo de bebida no te perderás gran cosa —murmuró Sasha.

Maria hizo pucheros.

—Pedid a Nat que compre. Vuelve este fin de semana, ¿verdad?

—¿Quién es Nat? —pregunté. El nombre me sonaba mucho.

—Mi hermana mayor —respondió Sasha—. Pero no, no va a venir al final. La actriz a la que suple tiene gripe, así que tiene que actuar en las funciones de los próximos días. ¿No nos podrías pillar algo antes de irte? ¿Aunque solo sean unas botellas?

—¿En serio? ¿Después de lo del mes pasado? —Maria negó con la cabeza—. Ni hablar.

—¿Qué pasó el mes pasado? —pregunté sin dejar de dar vueltas a la cabeza.

—Dios, ¿no lo sabías? —preguntó Maria—. Fuimos a por bebida al Chesterfield un sábado por la mañana. Oí a mi padre decir que guardaba unas cuantas botellas de Jack Daniel's en la despensa y yo quería birlarle una. Así que esta zorra y yo fuimos para allá —señaló a Sasha con el pulgar— y la muy idiota dejó que se cerrase la puerta.

—Vete a la mierda, anda —dijo Sasha haciendo una mueca.

—Estuvimos media hora encerradas en aquel agujero hasta que mi madre nos vino a abrir.

—Menos mal que no estuvimos más tiempo encerradas. Me aburrí tanto que pensaba que me moría —explicó Sasha—. Si hubiese tenido una pistola, me habría pegado un tiro. Tengo que hacer un pis. Vuelvo enseguida.

Sasha se marchó y Maria y yo nos quedamos solas en la mesa.

—Es capaz de lo que sea para conseguir alcohol. —Maria puso los ojos en blanco—. A mí no me vuelven a castigar porque ella quiera pillarse un pedo. Echo de menos cuando te enviaba a ti a por la bebida.

Fruncí el ceño.

—Yo solo fui a por bebida para el club de teatro.

Maria se rio.

—Sí, claro.

Su reacción me sorprendió. Entonces recordé que Sasha nos había mentido tanto a mí como a los miembros del club de teatro para conseguir las partes cantadas que quería. ¿Y si…?

—No.

—¿Qué pasa?

Me incliné hacia ella y susurré:

—Cuando me dijo que el club de teatro venía a la fiesta de Zane pero al final no se presentaron…

Maria apretó los labios con fuerza.

—No creo que deba…

—¡Dímelo! —dije bruscamente.

Volvió a poner los ojos en blanco.

—Vale, como quieras. No los invitó. Se rio de lo inocente que eras y dijo que harías lo que fuera por componer la música de la obra.

—Pero… en el baile de invierno…

Maria negó con la cabeza.

—Asher y Dan ni siquiera beben.

Recordé que Asher había dejado la copa sobre el piano sin probarla. Aquella revelación me sentó como una patada en el estómago. La bilis me subió por la garganta y me tapé la boca con la mano.

—No te preocupes —dijo Maria—, te adora por haberle dado la oportunidad de superarme —espetó con un deje de amargura—. Estaba muy celosa porque me hubiesen dado el papel protagonista. Sé que ese es el motivo por el que te dejó componer la banda sonora. Así ella podía ser por fin la estrella del espectáculo —añadió levantando las palmas en un gesto burlón—. Y entonces añadiste esas dichosas canciones y al final pudo cantar.

Dios mío. Maria ni siquiera sabía que Sasha era quien había querido las canciones.

Sasha me había estado engañando todo el tiempo. El alcohol. La obra. Las canciones. Priya. Me había traicionado siempre que había podido. Con razón se había hecho amiga mía tan rápido. Me estaba utilizando. Fingía ser amable, pero en realidad era perversa. Fingía ayudarme cuando lo único que quería era ser el centro de atención. ¿Por qué movió hilos para que Robbie terminase conmigo? A lo mejor solo quería separarlo de Zane para que Zane pasara más tiempo con ella.

Ahora ya sabía la verdad. No se podía razonar con Sasha. Era una mentirosa. Un fraude. Había destruido mi amistad con Priya y había estado a punto de acabar con todo aquello para lo que yo había trabajado.

Alguien tenía que detenerla. Alguien tenía que arreglar las cosas.

Y tenía que ser yo.

T

FALTAN NUEVE MINUTOS

Llegué a la jeringuilla antes que ella. Estaba resbaladiza por el sudor de Robbie. La blandí hacia Sasha, que retrocedió con los ojos como platos.

—¿Por qué? —pregunté reprimiendo un sollozo.

—¿De qué estás hablando? —siseó Sasha.

Nos habíamos quedado sin tiempo porque Sasha nos había hecho entrar en pánico repetidamente. Si hubiésemos trabajado en equipo desde el principio, tal vez habríamos hallado la forma de salir de aquí. Sin embargo, era tan egoísta que había empezado a sugerir que matásemos a alguien cuando ni siquiera llevábamos media hora atrapados.

—¿Por qué eres así? ¿Cómo puedes estar tan dispuesta a matar a alguien? Solo quiero comprender cómo funciona el mecanismo de tu cerebro, porque no entiendo una mierda —mascullé, y Sasha apretó los dientes con rabia—. Y no hablo solo de esta noche. Fuera eres igual. —Señalé la puerta enérgicamente—. Mientes, traicionas a tus amigos… eres capaz de cualquier cosa para salirte con la tuya.

»Pero ¿por qué? ¿Por qué eres así? —Levantaba tanto la voz que estaba gritando—. Ya eras carne de Ivy League, pero tomaste pastillas para hacer trampa en tu camino a la cima. Ya eras la encargada de pronunciar el discurso de graduación, pero querías sabotear a Diego. Ya eras la capitana del equipo de animadoras, pero ridiculizaste a Priya y la hiciste sentir una inútil. Ya eras la directora del club de teatro y mentiste a todo el mundo para ser el centro de atención.

Sasha me miró boquiabierta.

—Sí, sé lo que hiciste. Sé que me manipulaste, igual que a todo el club de teatro, para ser la diva que siempre quisiste ser. Por eso sospechaste primero de Maria, ¿verdad? ¡Porque básicamente le robaste el papel protagonista!

A Sasha se le enrojecieron y humedecieron los ojos. No debía de

imaginar ni por un momento que yo descubriría la verdad.

—Y podría seguir. Eres capaz de hacer lo que sea para ganar a todos literalmente a todo, aunque para ello tengas que hacer daño a cuantos te rodean… ¡Y aunque tengas que hacerte daño a ti misma! ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—¡Porque no pude ser lo único que quise! —Se tapó la boca, sacudió la cabeza y los rabillos de los ojos se le arrugaron como si estuviera a punto de echarse a llorar—. Desde los cuatro años, dediqué horas y horas a entrenar para ser gimnasta olímpica. Mi madre dejó el trabajo para ser mi entrenadora. Me clasifiqué para los campeonatos nacionales y creí que estaba destinada a ganar una medalla de oro. Solo vivía para eso. Era para lo que respiraba.

»Entonces sufrí ese horrible accidente de tráfico y me destrocé la pierna. Tuve que dejarlo. Todo el tiempo que habíamos invertido mi madre y yo… Todo fue para nada. Desde ese momento, nunca estuve segura de lo que quería hacer ni de quién quería ser. Era como si ya no supiese quién era. No te puedes imaginar lo que se siente. No sabes cómo es perderlo todo en un instante. Ninguno de vosotros tenéis ni idea.

Recordé el día en que la madre de Sasha nos sorprendió jugando a Fortnite y la riñó por perder el tiempo. Ahora todo tenía sentido.

—Así que entonces… quisiste ser la mejor en todo.

—¿No habrías hecho lo mismo? —espetó Sasha—. Pasé todos aquellos años concentrada en una sola cosa y mira lo que obtuve a cambio.

El corazón me martilleaba en el pecho. Me habría gustado poder darme una patada a mí misma por no haberme dado cuenta antes. Maria y Amy mencionaron el accidente de tráfico el primer día que pregunté a Sasha si podía componer la banda sonora de la obra. No era solo por la presión a la que la sometía su madre. Era porque había perdido todo aquello por lo que una vez había luchado. ¿Cómo era posible que no lo hubiese visto hasta entonces?

Sin embargo, eso no lo explicaba todo.

Priya se me adelantó:

—Eso no explica por qué tratas a todo el mundo como si fuera una mierda.

El momento de redención de Sasha se esfumó tan súbitamente como había llegado y su expresión se volvió dura como una roca.

—¿No has oído lo que acabo de decir? Hice lo que tenía que hacer. Y también haré lo que haga falta para salir de aquí con vida,

maldita sea. Lo que haga falta.

Guau. Una cosa era tener unos objetivos elevados, incluso admirables, y otra muy distinta aplastar intencionadamente a todos los demás para alcanzarlos. Me hervía la sangre y la miré enfurecida. A pesar del dolor que había tenido que soportar y de todos los sueños que había perdido, no le importaba hacer daño a quien fuese, ya fuera aquí o en el mundo real. Si alguien no merecía salir vivo de aquella habitación era ella.

—Pues ahora me vas a tener que escuchar. —Miré el reloj de pulsera sujetando la jeringuilla con fuerza. Faltaban ocho minutos —. Vamos a salir de esta. Juntos.

—No… —Sasha se me acercó un paso, pero hice oscilar la jeringuilla de un lado a otro y retrocedió.

—Escuchad, vamos a hacer un último intento antes de quitarle la vida a alguien. Probaremos mi idea porque, si no, juro por Dios que la próxima persona que se me acerque acabará con el veneno en la sangre y fin de la historia.

No lo decía en serio, claro, pero ellos no tenían por qué saberlo.

¿Cómo narices habíamos llegado a ese punto?

Me había pasado la vida escuchando bandas sonoras de películas a todo volumen para dar más dramatismo a mi día a día, pero ahora, apuntando con una jeringuilla a las personas a las que hasta hacía poco consideraba mis amigas, deseaba volver a mi vida rutinaria más que nada en el mundo. Las cosas no deberían haber ido por ese camino.

Priya inspiró apresuradamente. Sus ojos viajaban de Sasha a mí y a la inversa.

—¿Cómo lo hacemos?

—Con teatro —susurré—. Simularé que inyecto el veneno a alguien. La víctima se tiene que dejar caer al suelo, convulsionar y esas cosas, y el resto de nosotros nos volveremos locos y fingiremos que todo es real.

Sasha cruzó los brazos y se rio con su risita arrogante.

—¡No funcionará!

—Calla —le chisté—. No levantes la voz.

Scott dio un golpecito a Priya en la pierna y le hizo un gesto para que le llevase la silla más cercana. Esta la arrastró hacia él.

—Ayúdame a levantarme —dijo.

—¿Qué haces? —pregunté.

—No pienso seguir aquí sentado como un idiota inútil.

Priya y Diego agarraron un brazo de Scott cada uno y le ayudaron a levantarse.

—Ah, Dios… Joder —dijo Scott entre jadeos, pero se mantuvo en pie. Cargó el peso en el pie bueno y se apoyó en la silla como si fuese una muleta para poder dejar levantado el pie herido.

—Tíos. —Sasha señaló el aparador a la derecha de la chimenea—. Esto no va a funcionar… —Tratamos de hacerla callar haciendo ruidos enfáticos, pero solo bajó ligeramente la voz—. Por favor, pero si verán que estamos hablando. Seguramente saben que estamos planeando algo. ¡Y también verán si no presionáis el émbolo!

—Quien lo haga puede ocultarlo a la cámara —intervino Diego—. Estoy seguro de que no lo verán. La cámara no es de alta resolución. Cuando la víctima deje de convulsionar, le tomaremos el pulso para hacerlo más convincente.

Robbie seguía sentado en el suelo, secándose las lágrimas, y no se opuso.

—Exacto —coincidí, y Priya y Scott asintieron.

Robbie frunció los labios, dándole vueltas al plan. Finalmente, asintió y se puso en pie.

—Vamos a probar. Pero tenemos que darnos prisa.

—¡No! —Sasha dio un zapatazo—. ¡Imbéciles! ¡Vamos a morir todos!

Pero nadie le hizo caso.

—Sabremos si funciona o no antes de que se acabe la cuenta atrás —observó Robbie.

—Sí —coincidió Diego—. Tendremos que dejar la bomba a la vista para ver si el temporizador se detiene. —Para ello debíamos levantar con cuidado la pila de cajones y sacar unos cuantos para que el temporizador volviera a ser visible—. Vamos, estamos fuera de la vista de la cámara.

Robbie se reunió con él junto a la chimenea.

—¿Y si explota? ¿No la habíamos metido ahí dentro precisamente por si acaso? —Sasha seguía protestando sin dirigirse a nadie en concreto—. No funcionará.

—¡Cállate ya! —susurró Scott con rabia. El resto la ignoramos.

—¿Quién va a fingir que muere? —murmuró Priya haciendo caso omiso a Sasha.

Scott se me acercó arrastrando la silla.

—Joder —gritó mirándome con angustia—. Me la habéis jugado

desde el principio, cabrones.

Asentí ligeramente y levanté la jeringuilla, apuntando con la aguja hacia su bíceps izquierdo y manteniendo la jeringuilla fuera del campo de visión de la cámara.

—Sasha tiene razón. Es demasiado tarde. Es la única salida. ¡No tenemos otra alternativa!

Diego levantó un par de los cajones superiores mientras Robbie sacaba un par cerca de lo alto de la columna para bajar la bomba. Podíamos ver el temporizador con claridad.

—Lo siento mucho, Scott —dije tratando de sonar convincente—. No quería hacerlo…

—No va a funcionar. —Sasha se estaba tirando de los pelos—. ¡Solo nos quedan cinco minutos!

—A la de tres, haz ver que me atacas y luego cae —susurré a Scott.

Scott frunció el ceño, fingiendo ira.

—¡No podéis hacerme esto! —Luego añadió en voz baja—: Uno.

—¡Hazlo! —gritó Robbie.

—¡No! —rugió Scott, acercándoseme renqueante. Priya chilló, se arrodilló cerca de la puerta y se tapó los ojos.

—¡Gente! —gritó Sasha—. Si esto no funciona, no nos creerán cuando matemos a alguien de verdad. Y entonces moriremos todos igualmente.

Pasé de ella.

—Dos. —Eché el brazo hacia atrás, como si fuese a clavarle la aguja, fingiendo que me daba miedo que me placase—. ¡Aparta! —chillé—. No te acerques… ¡Sasha, no!

Antes de que pudiera contar hasta tres, y antes de que Scott pudiera abalanzarse sobre mí, Sasha saltó sobre él y le rodeó el cuello con las manos. Sorprendido, Scott cayó de espaldas y Sasha lo siguió en la caída sin soltarle el cuello.

Robbie se dirigió enseguida hacia ellos, aunque yo no sabía si lo hacía con la intención de ayudarla o de detenerla. Sin embargo, tropezó con una silla y solo logró impedir que nadie más interfiriese en la refriega. Sasha enseñaba los dientes y gruñía mientras trataba de mantener a Scott en el suelo. Él medía cerca de un metro ochenta y, en condiciones normales, habría podido imponerse a ella con facilidad, pero entre una reserva de oxígeno menguante y el dolor del tobillo lesionado, no parecía capaz de reunir fuerzas suficientes para sacársela de encima. Lanzaba manotazos a las

muñecas de Sasha y los ojos se le salían de las órbitas; la cara se le volvía de color púrpura y hacía ruidos ahogados y agonizantes mientras sus pulmones buscaban aire a la desesperada.

Recordé de inmediato la muerte de Maggie. Su rostro púrpura. El sonido burbujeante de la garganta.

Todo parecía suceder a cámara lenta.

Y entonces ocurrió todo de golpe. Diego y Priya saltaron por encima de Robbie, que seguía tendido en el suelo, y sacaron a Sasha de encima de Scott por la fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —Robbie se puso de rodillas y sacudió a Sasha por los hombros—. ¡Teníamos un plan! ¡Puede que hubiésemos tenido una oportunidad!

—¡Era imposible que funcionase! —gritó Sasha—. ¿No os dais cuenta?

Robbie la soltó y se apartó de ella.

—Podríamos haberlo conseguido. ¿Cómo iban a saber que Scott no estaba muerto de verdad?

—¿Desde cuándo estás dispuesto a correr ese riesgo? —chilló Sasha mientras Diego ayudaba a Scott a incorporarse—. ¡Podríamos haberlo matado y acabar con esto! ¿Por qué narices te tienes que poner de su parte?

—¡Porque no soy un puto monstruo! —rugió Robbie.

A Sasha le cambió el rostro y le miró con ojos como platos.

—¿Y yo sí? —La voz le temblaba y se le agrietaba. El silencio de Robbie fue de lo más locuaz. Se quedó plantado negando con la cabeza, como si se hubiese dado cuenta de pronto de que no la conocía en absoluto. A Sasha se le llenaron los ojos de lágrimas—. Crees que soy un monstruo.

—¡Porque lo eres! —gritaron al unísono Priya y Diego.

—Eres un puto monstruo —repitió Scott con voz ronca, mientras se masajeaba el cuello—. Has querido matarme desde el principio.

—Y a mí —añadió Priya.

Diego negó con un gesto.

—Y a mí.

Sasha se llevó las manos a la cabeza.

—Yo solo quería salir de aquí con vida.

Se me encogió el corazón. A pesar de todo, casi me daba lástima. Por fin empezaba a darse cuenta de lo mala persona que había sido, pero con eso no bastaba y era demasiado tarde.

—Solo piensas en ti misma —insistió Priya—. Deberías morir tú.

Eres malvada y siempre lo has sido.

—No… —comenzó a decir Sasha.

—Siempre te portas mal conmigo. ¡Publicaste el vídeo de mi caída para que todo el mundo viese el momento más humillante de mi vida!

—Y me hiciste chantaje con lo peor de la mía —dijo Scott.

—Has intentado sabotearme cada vez que se te ha presentado la oportunidad —añadió Diego.

—Y a mí me manipulaste —intervine—. ¿De verdad querías ser mi amiga? ¿O solo me usabas y te reías de mí a mis espaldas todo este tiempo?

—Venga ya… —Sasha cruzó los brazos y le resbaló una lágrima por la mejilla.

—No me vengas tú con esas —grité—. Eres una acosadora. ¿Sabías que mi hermana mayor se suicidó porque sufría acoso?

Maggie. La cara púrpura. La garganta burbujeante. Los frascos de pastillas vacíos. El sentimiento de impotencia absoluta que me dejó sin aire.

Recordé la escena en la habitación de Maggie cuando la operadora de emergencias logró calmarme y me pidió que la pusiera de lado. Me incliné sobre ella y le vi la cara, vi cómo la vida abandonaba su cuerpo. Y no pude hacer nada. No la pude salvar. No fui lo bastante buena hermana para salvarla.

—No se mueve —dije a la operadora—. Por favor. ¿Qué hago?

—Usted no se retire, ¿de acuerdo? Una ambulancia va para allá. La ayuda va de camino. Solo tiene que…

La voz de la operadora se apagó cuando vi el portátil abierto de Maggie. Mientras la sujetaba para que no se quedase tumbada bocabajo, estiré el brazo y lo agarré. Había estado viendo Facebook.

El corazón se me detuvo al ver el primer comentario, de una chica llamada Natasha Jane: «No me puedo creer que todavía te dejen ir al instituto Brewster. Eres una inútil».

En un enlace a un artículo sobre política que había compartido, ponía: «Mírala, haciéndose la lista. ¡Es un puto bulo!».

Un comentario en un enlace a un tutorial de maquillaje: «Lástima que nada pueda arreglar lo fea que eres».

Un comentario con foto en un selfi de Maggie con el rostro de Maggie superpuesto en el cuerpo de un hombre viejo, descamisado y con sobrepeso.

Otro comentario suelto: «¿Por qué no te suicidas?».

Se me cerró el estómago mientras leía los mensajes de odio que llenaban su muro. Era la misma chica, una y otra vez. A veces otras chicas se sumaban y coincidían con sus opiniones, le daban *likes* y la animaban a seguir. Pero sobre todo era Natasha. Retrocedí a meses anteriores, pero no llegué lo bastante lejos para encontrar cuándo había comenzado todo. Hacía siglos que pasaba. Yo nunca había visto nada de todo aquello en mi muro y supuse que Maggie me había bloqueado de sus publicaciones. Lo que no entendía era por qué no había bloqueado también a Natasha ni a ninguna de las otras chicas.

Ese debía de ser el motivo por el que había estado tan huraña el último año. Pensaba que estaba demasiado ocupada para pasar más tiempo conmigo. Creía que no quería saber nada de nosotros, de su familia. Pero en realidad la estaban acosando. Estaba sufriendo y yo no tenía ni idea. ¿Por qué no había dicho nada? Yo podría haber sido su amiga. Nuestros padres la podrían haber ayudado. ¿Por qué nos lo había ocultado?

—Lo siento, lo siento, lo siento… —sollocé mientras sujetaba su cuerpo inerte entre mis brazos y las sirenas ululaban frente a mi casa.

Sin embargo, ya nunca podría consolarla. Nunca podría retirar lo que le habían dicho las acosadoras. Nunca podría ayudarla.

Se había ido.

Y en ese momento tenía a Sasha frente a mí, mirando fijamente la jeringuilla que yo sostenía. Sasha, otra acosadora que había torturado a Priya; chantajeado a Scott; intentado sabotear a Diego; que me había manipulado y que había ridiculizado a tantas otras personas. Abrió más los ojos al escuchar lo que yo acababa de decir, pero no dijo nada.

—Una chica no la dejaba en paz —continué—. La acosaba en Facebook, como hiciste con Priya. Pero Maggie… el psicólogo forense nos dijo que mostraba síntomas de padecer depresión. No nos dimos cuenta. Se nos escaparon los indicios. Pero cuando todo la sobrepasó, ella estaba ya demasiado enferma. Cuando pensó que la muerte era la única salida, no pudo detenerse.

Sasha resopló ruidosamente.

—Pues eso fue culpa suya.

—¡No es verdad! ¡Estaba enferma!

Estaba chillando, y la voz me temblaba a consecuencia de los años que había pasado acumulando odio hacia aquella chica horrible que

había torturado a Maggie. Robbie me miraba con los ojos y la boca muy abiertos.

Ya no podía contenerme:

—No podía evitar estar deprimida. Si no hubiese sentido que todo el mundo estaba en su contra, quizá habría pedido ayuda. Pero la gente como tú no os preocupáis por lo que hacéis a los demás. Solo os importa parecer perfectas y sentiros mejores que el resto. Esta noche, por ejemplo, solo te has preocupado por salvarte tú. Eres una zorra cruel y egoísta. Como tu hermana.

Sasha hizo una mueca desconcertada.

—Espera un momento. ¿Qué has dicho? ¿Mi hermana?

—Tu hermana fue quien acosó a Maggie, ¿verdad? Vi la cara que pusiste cuando viste la almohada de Maggie con su nombre. Lo reconociste… porque tu hermana fue quien la acosó hasta la muerte. Natasha Jane. Nat, ¿verdad? —Al fin había establecido la conexión cuando Maria había mencionado el nombre de Nat en la biblioteca—. Natasha y Sasha —dije en tono burlón—. Muy bonito.

Robbie se puso pálido.

—Hostia puta, Sasha. Está hablando de ti.

¿Qué? Se me erizó hasta el último vello del cuerpo. A Sasha se le desencajó el rostro, pero no dijo nada.

No. Era imposible.

—¿Qué quieres decir? —Los miré a ambos, esperando una respuesta. No dijeron nada. Sasha estaba casi totalmente doblada por la cintura y miraba a Robbie negando con la cabeza. Él le devolvía la mirada como si ella fuese una desconocida que le acabara de escupir—. ¿Qué cojones quieres decir? —exigí saber.

Sasha se agarró la garganta como si estuviera a punto de vomitar.

—Robbie, por favor.

Robbie la ignoró y siguió hablando:

—Sasha se cambió el nombre en Facebook por el de Natasha Jane cuando se rompió la pierna en octavo. Es su nombre completo. Unos meses más tarde, borró la cuenta una temporada.

Priya la miró boquiabierta al encajar las piezas. Yo me quedé inmóvil, congelada, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿Sasha había matado a mi hermana? ¿Sasha había sido la culpable todo este tiempo?

—No… no lo entiendo —dije—. Pensaba que Nat era tu hermana.

—Natalie. Se llama Natalie. —Una lágrima dibujó un camino brillante por la mejilla de Sasha—. Siempre nos dio mucha rabia

que nuestros nombres se parecieran tanto. Natalie y Natasha. Así que ella se hacía llamar Nat, y yo Sasha. Pero yo no quería que mis antiguas compañeras del equipo de gimnasia me encontrasen tras el accidente. Estaba tan enfadada… y muerta de la vergüenza… Así que las eliminé de mis amistades y cambié mi nombre *online* un tiempo.

A pesar de todo lo que ya sabía que había hecho, Sasha era todavía peor de lo que imaginaba.

—Tú… tú mataste a mi hermana —la acusé. Me temblaba todo el cuerpo—. Tú la acosaste. La torturaste. Le hiciste pensar que no había otra salida.

—Lo siento —contestó Sasha—. Lo siento mucho. No supe que era tu hermana hasta que vi la almohada de su cama. No lo había asociado hasta entonces. Ella solo usaba su última inicial *online* .

Recordaba ese detalle. Lo hacía porque no quería que nuestros padres encontrasen sus perfiles.

—¿Cómo… cómo narices llegaste a conocerla?

Sasha se frotó los ojos.

—La conocí un fin de semana en el que mis padres no estaban, en una de las fiestas de Nat. Yo iba a octavo. Todavía llevaba la escayola y no conocía a mucha gente, pero yo… quería integrarme. Así que… yo…

Se le apagó la voz, pero sabía adónde quería llegar.

—Te burlaste de ella para hacerte la interesante, aunque solo ibas a octavo.

Asintió.

—Y por algún extraño motivo, aceptó mi solicitud de amistad en Facebook. Era como si lo estuviera deseando.

—¡Y una mierda! —grité—. Eres una puta arpía.

Había acosado a Priya a sabiendas de que sus comentarios hirientes habían empujado a la muerte a otra chica.

—No —replicó—. Lo siento, lo siento mucho…

—No es verdad —la contradije—. Si lo sintieses, no habrías tratado tan mal a Priya. Sin embargo, esta vez lo hiciste más sutilmente, ¿verdad? La agasajabas con cumplidos malintencionados y después la ridiculizabas cuando creías que no te oía nadie. Pero la estabas acosando… y lo sabías. Sabías lo demoledoras que podían llegar a ser las consecuencias ¡y lo hiciste pese a todo!

—Priya… —Sasha se cogió las manos como si fuese a rezar—. Lo

siento, ¿vale? Lo siento mucho.

Por toda respuesta, Priya cruzó los brazos y negó con la cabeza.

—¿Lo dices de corazón o solo porque tienes miedo de morir? —preguntó Robbie, con una expresión atormentada en los ojos.

Sasha hizo una mueca, incapaz de hablar. Incluso su mejor amigo se había vuelto en su contra.

—No me creo ni una sola palabra —dijo Scott.

—¡Pues que alguien lo haga de una vez! —gritó Priya mirando el temporizador de la bomba—. Nos quedan menos de dos minutos.

Sasha negó con la cabeza y reculó hacia la chimenea de ladrillos, alejándose un paso de nosotros, pero acercándose un paso a la bomba. No tenía ninguna otra escapatoria.

—No. Por favor… Lo siento.

¿Qué sentía, exactamente? Tenía muchas cosas que lamentar. El temporizador rojo parpadeaba junto a ella. Faltaba un minuto y cincuenta y siete segundos. Cincuenta y seis. Cincuenta y cinco.

Pero nadie salió a defenderla. Ni siquiera Robbie.

—Yo lo haré, pelirrojilla —anunció Scott en tono áspero y estiró la mano hacia mí—. Ayúdame a levantarme. Yo lo haré. No voy a pedirte que mates a tu amiga.

—Hostia puta. —Robbie se acuclilló y se tapó la cara con ambas manos.

Tras un momento de duda, tomé la mano de Scott, lo ayudé a volverse a levantar y dejé que se apoyase en mi hombro para que pudiera cruzar la habitación.

—No es mi amiga. Ahora ya no.

Tragué la bilis que me subía por la garganta y cerré los labios con fuerza, esforzándome por no vomitar. Un minuto treinta y ocho. Treinta y siete. Treinta y seis.

—Ya puedo solo, pelirrojilla —dijo Scott. Le solté, di un paso atrás y él renqueó el resto del camino que lo separaba de Sasha. El sudor le goteaba del rostro y tenía el corte de la frente cubierto de sangre ya seca, pero le impulsaba una determinación inquebrantable.

Sasha profirió un grito ahogado y lo miró con los ojos desorbitados.

—¡Por favor, Robbie! ¡No dejes que lo hagan!

Pero Robbie no se levantó para detenerle. Diego apareció de repente junto a mí y entrelazó los dedos con los míos.

Sin perder ni un instante, y antes de tener tiempo de echarse atrás, Scott arrojó a Sasha contra la pared, levantó la jeringuilla y

presionó la aguja contra su hombro descubierto mientras la sujetaba para que no se moviese. El pulgar de Scott quedó suspendido por un momento sobre el émbolo y Sasha emitió un chillido gutural.

—¡No, por favor!

Un minuto veintisiete. Veintiséis. Una parte de mí quería ocultar la cara en el pecho de Diego, pero tenía que verlo. Tenía que ver cómo acababa esto. Un minuto veinte. Diecinueve. Dieciocho.

—¡Scott! ¡Hazlo! —gritó Priya.

—¡No! —chilló Sasha.

Se agazapó abrazada al estómago, incapaz de moverse porque Scott presionaba la aguja contra su piel. Sasha empujaba los ladrillos con la espalda con tal fuerza que parecía que estuviera intentando disolverse en ellos.

Scott se estremeció y cerró los ojos. No era un asesino, pero estaba dispuesto a serlo para salvar al resto. Gritó mientras bajaba el brazo y hacía desaparecer la aguja de nuestra vista, y Sasha gritó cuando este presionó el émbolo.

El silencio se adueñó de la habitación. Scott abrió los ojos con una expresión de asombro en el rostro. Un líquido descendía por el brazo de Sasha. Todos lo miramos fijamente. Sasha sollozaba. Le flaquearon las piernas y se deslizó hacia el suelo por la pared de ladrillos.

—¿Le has clavado la aguja? —preguntó Diego.

—Por supuesto. —Scott inspeccionó la jeringuilla y vio que tenía algo del líquido en los dedos—. ¡Ah! —Dejó caer la jeringuilla y se frotó las manos en la camisa frenéticamente. Diego corrió a la mesa, cogió una servilleta de tela y la usó para recoger la jeringuilla. La hizo rotar entre los dedos y frunció el ceño mientras negaba con la cabeza. Finalmente, usó un trozo de la servilleta de tela para empujar la punta de la aguja y exhaló ruidosamente—. Guau.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es una aguja retráctil. —Me sonrió—. Es totalmente falsa.

—Joder, tío. —Robbie se pasó las manos por el pelo—. Habría jurado que era real.

Abracé a Diego.

—Es falsa, es falsa. No era real.

Priya vino corriendo hacia nosotros y se sumó al abrazo colectivo. Todos reíamos y gritábamos de alivio.

Scott tenía la mano húmeda estirada como si estuviera contaminada, pero sonreía de oreja a oreja.

—Gracias a Dios —dijo, y entonces hizo una mueca de dolor y se tumbó sobre la alfombra—. Menuda broma más macabra.

—Se acabó —dijo Priya—. Se acabó.

Nos desenredamos de Diego para podernos abrazarnos las dos.

Robbie cogió la jeringa de Diego e inspeccionó la aguja.

—No sé, chicos. ¿Cómo sabemos que el líquido que contenía no era veneno de verdad?

—Es evidente que es de atrezo —respondí—. Es falsa. Se acabó.

Lo abracé, pero en lugar de devolverme el gesto siguió examinando la jeringuilla por encima de mi hombro.

Diego se inclinó hacia la bomba. El brillo rojo del temporizador iluminaba el interior de la chimenea.

—Esto… tíos, el temporizador no se ha detenido.

Se me hizo un nudo en el estómago. Ay, no. Se suponía que se había acabado, que habíamos sobrevivido y ya nos podíamos marchar.

—¿Cuánto tiempo queda? —preguntó Priya.

—Cincuenta y ocho segundos.

—¿Y si la jeringuilla estaba rota o algo así? —preguntó Robbie.

—Las jeringuillas no funcionan de este modo —respondí—. Las agujas no se retraen dentro del cilindro. Es falsa.

—No sé. —Robbie negó con la cabeza—. No me gustaría acabar volando por los aires solo porque la jeringuilla no haya funcionado bien.

—Genial. —Sasha se puso en pie tambaleándose, todavía temblando por la impresión de haber estado a punto de morir envenenada—. Pero sí estabas dispuesto a dejarme morir a mí.

Fue hacia la mesa a por una servilleta.

—Un momento, ¿qué intentas decir? —pregunté a Robbie.

—¿Y si todavía tenemos que matar a alguien? —dijo.

—¡No! —grité—. No era real. ¿No lo ves? —Agarré la jeringuilla que sujetaba Robbie, la pincé entre mis dedos y la levanté como si fuera una prueba en una vista judicial—. Es atrezo. Se acabó. Todos saldremos de aquí con vida. El contador se pondrá a cero y no pasará nada. Nada de todo esto es real.

—¡Sí es real! —dijo Sasha, que se frotaba la piel con la servilleta con tal fiereza que ya la tenía enrojecida y en carne viva—. Tengo que ir a un hospital. —El temporizador rojo parpadeaba. Treinta y nueve. Treinta y ocho. Treinta y siete—. La cuenta atrás de la bomba sigue en marcha. Alguien debe morir. Pero no seré yo.

Sasha arrojó la servilleta al suelo y corrió hacia la silla que Robbie había destrozado hacía unos minutos. Tiró de una de las patas, que se sujetaba al resto de la silla apenas por unas astillas, y la arrancó con facilidad.

—¡Esperad! —Priya se acercó al aparador de la cámara y agitaba los brazos por encima de la cabeza—. ¡Apagad la bomba! ¡El veneno no ha funcionado!

Sasha levantó la pata de la silla por encima de su hombro como si fuese un bate de béisbol.

—¡No! ¡Para! —exclamé levantando las manos—. Sasha, esto no es real.

—Cállate —replicó Sasha. Le temblaba todo el cuerpo de miedo… o rabia—. ¿Cómo podemos estar seguros de que la jeringuilla no era defectuosa? ¿Cómo sabemos que el veneno no me está matando lentamente? Crees que tienes razón en todo, te crees la más grande y poderosa, la puta salvadora de todo el mundo. —Desvió la mirada hacia la bomba—. ¿Pues sabes una cosa? No pienso morir aquí. No por culpa tuya. Ni por nadie.

Veinte. Diecinueve. Dieciocho.

—¡No vas a morir! —aulló Diego, pero Sasha lo ignoró.

Me examinaba el rostro como un animal rabioso. Había hecho pública la verdad sobre ella. La adicción a las drogas. La manipulación. Las mentiras. El asesinato a través del acoso. Todo el mundo sabía que no era perfecta ni por asomo. Y todo era por culpa mía.

Trece. Doce. Once.

Sin titubear ni un momento más, Sasha se abalanzó hacia mí echando hacia atrás la pata de la silla. Reculé rápidamente, pero antes de que nadie pudiera detenerla, lanzó un fuerte golpe con la pata. Intenté esquivarlo, pero la mesa me cortó el paso y la madera se estrelló contra mi hombro derecho. El dolor me descendió por el brazo mientras la sangre brotaba donde el borde irregular de la madera me había desgarrado la piel. Chillé, tropecé y caí de espaldas sobre los fragmentos de cristal. Uno de ellos me cortó la palma de la mano izquierda. Me sentía como si tuviera todo el cuerpo en llamas.

Dios. Me iba a matar.

El miedo me constriñó la garganta mientras me arrastraba de espaldas haciendo caso omiso de los gritos de todo el mundo, ignorando el dolor abrasador de la palma izquierda mientras me

impulsaba con el brazo bueno. Solo podía pensar en alejarme de Sasha. Mientras esta volvía a levantar la pata de la silla para lanzar otro golpe, apuntándome claramente a la cabeza, Priya esprintó hacia donde estábamos, placó a Sasha y la empujó hacia atrás.

Sasha recuperó el equilibrio rápidamente y, decidida, hizo una mueca de furia y dio un paso atrás para apuntar a Priya.

Jamás habría predicho lo que ocurrió a continuación.

Cuando Sasha se inclinó hacia delante para descargar el golpe con la pata de la silla, Priya se agachó y recogió el primer trozo de cristal que vio. La boca de Sasha dibujó una O silenciosa de sorpresa cuando la esquirla se le hundió en lo más profundo del estómago.

T

FALTAN CINCO SEGUNDOS

Todos observamos cómo la mancha de color rojo oscuro se extendía por el vestido rojo claro de Sasha a medida que la sangre brotaba de la herida. Dejó caer la pata de la silla y su mirada espantada fue de Priya al fragmento de cristal que le sobresalía del estómago. No. No. Aquello no podía estar pasando. No era posible.

Justo entonces, el temporizador rojo llegó a cero. Y no pasó nada. Por supuesto. La bomba era falsa desde el principio.

Priya soltó el cristal y dio un paso hacia atrás con una expresión de asombro, como si no se creyera lo que acababa de hacer. Miraba con los ojos desorbitados la mancha de sangre que se expandía por el estómago de Sasha.

—Tenía que hacerlo. No tenía más remedio. Iba a matar a Amber.

Me agarré el hombro que Sasha me había golpeado con la pata de la silla. Estaba hinchado y enrojecido, y tenía un corte profundo que sangraba abundantemente, pero todavía lo podía mover.

—Hostia puta —graznó Robbie.

Sasha tocó suavemente el extremo del fragmento con los dedos temblorosos e hizo una mueca de dolor.

—¿Qué… qué hago? ¿Qué hago, por favor?

Antes de que alguien pudiera contestar, las rodillas le flaquearon. Robbie la agarró antes de que cayera al suelo y la tumbó con delicadeza. La sangre borboteaba en la herida y Robbie acercó la mano al trozo de cristal.

—¡No lo toques! —Gateé hacia ellos tratando de no cortarme con más fragmentos de cristal y me arrodillé junto a Robbie—. Si lo haces, podría desangrarse más deprisa. —Miré a Diego—. ¿Verdad?

Diego exhaló lentamente, pensando la respuesta.

—No lo sé.

Miraba a Sasha conmocionado. Nadie se movió. Nadie sabía qué hacer.

Un hilo de sangre cayó de la comisura de la boca de Sasha y le

resbaló por la mejilla, mezclándose con su sudor. Ay, Dios. Aquello era una mala señal.

—No… —gimoteó Robbie, inclinado sobre ella.

Sasha lo miró con los ojos vidriosos y el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—No soy… un monstruo. Me ha podido el pánico… Lo siento.

Entonces me miró a mí.

—Yo no quería que tu hermana muriese. Cuando me enteré, pensé que quizá había sido una sobredosis accidental… —Hizo una pausa para respirar entrecortadamente— que quizá en realidad no había sido un suicidio.

Negué con la cabeza. Las lágrimas me nublaban la vista. Negar la evidencia no justificaba lo que había hecho a mi hermana.

—Lo sabías. Borraste todos los comentarios. Borraste tus cuentas.

—No lo sabía. Pero tenía miedo… —Contuvo la respiración un instante. Algo borboteaba en las profundidades de su estómago. Acercó los dedos al cristal, como si se lo quisiera sacar, pero le diese miedo tocarlo. Me agarró la mano con los dedos muy temblorosos —. No quería que… que…

Abrió la boca para decir algo más, pero solo emitió un sonido sibilante. Tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida.

—Sasha. —Sostuve su mano entre las mías a pesar del dolor que me atenazaba el brazo. A pesar de todo lo que había hecho, a pesar de que había acosado a mi hermana, había torturado a Priya y acababa de intentar matarme, no quería que muriese. Lo había hecho todo por miedo. Tal vez lo sentía de verdad—. Quédate conmigo, ¿vale?

—Yo no quería que… —volvió a empezar, pero un instante después clavó los ojos en el techo con una mirada vacía. Su brazo izquierdo cayó al suelo junto a ella y su mano izquierda se relajó entre las mías. Ya nunca sabríamos lo que iba a decir. Se había ido. Así de fácil. Se había ido. Robbie aulló y Priya se giró, se inclinó y vomitó en la esquina junto a la chimenea.

—No. No, Sasha. Quédate conmigo. —Le sacudí el hombro. Ladeó la cabeza por el movimiento, pero sus ojos permanecieron abiertos —. No tenías que morir. Nadie iba a morir.

No iba a poder despedirse de Zane ni de sus padres. Aquello no tendría que haber sucedido. Yo había fracasado. Todo el mundo debería haber salido ileso, pero yo había fracasado. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo narices había ocurrido?

Di un respingo al oír que algo se rasgaba a mi izquierda y una nueva oleada de dolor me recorrió el brazo y el pecho. Diego arrancó una de las botellas de plástico de la bomba. Olisqueó el interior y se acercó la botella a los labios para dar un sorbo. Retuvo el líquido en la boca un momento.

—*Ginger ale* .

—Mierda —maldijo Scott—. Ahora ya podemos estar seguros. Nada era real.

—Mierda —repitió Robbie negando con la cabeza sobre el cuerpo inerte de Sasha.

—No —confirmé en un tono árido—. Nada era real. Nadie debía morir.

—Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo —repetía Priya una y otra vez. Se agachó junto a la chimenea, al lado de su propio charco de vómito y se abrazó las rodillas—. Tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo. Iba a matarte. Iba a matarme a mí. Lo siento. Tenía que hacerlo. Si no lo hubiese hecho, ella habría matado a alguien.

—¡Cállate! —gritó Robbie—. Cállate, por favor.

Me arrodillé al lado de Priya y la rodeé con el brazo bueno. Ella me devolvió el abrazo enérgicamente. Temblaba de arriba abajo.

—Lo siento, lo siento —repetía sin parar.

—No es culpa tuya —la tranquilicé. Tras un año de tortura y humillaciones, esa noche Priya por fin había plantado cara a Sasha, pero quedaría traumatizada por ello toda la vida—. No tienes la culpa de nada de lo ocurrido. Tienes razón, me habría matado. Me has salvado la vida, Priya. Has hecho lo que debías…

El ruido de un portazo en el restaurante hizo que todo el mundo se volviese hacia la gran puerta de roble. Me levanté con dificultad, sujetándome el hombro derecho. Oímos unos pasos cada vez más cercanos al otro lado de la puerta. Miré el reloj de pulsera. Las ocho y media. Aguantamos la respiración mientras alguien trasteaba fuera.

—Joder —dijo Robbie—. ¿Ahora nos van a matar a todos?

Las venas me palpitaban por la expectación.

—No era real. No nos harán daño.

Crucé la habitación y apoyé una mano ensangrentada en la puerta de madera de roble. ¿Debería llamar a quien hubiese ahí fuera?

—¿Quién narices nos ha hecho esto? —preguntó Scott, y la cerradura emitió un chirrido cuando alguien insertó la llave.

Retrocedí hasta tropezar con la mesa.

La cerradura emitió un ruido metálico y todos miramos hacia la puerta cuando se abrió. Al otro lado había un joven de unos veinticinco años con el pelo apelmazado y por los hombros recogido en una coleta. Una corriente de aire fresco le acompañó al interior de la habitación. Instintivamente, di un paso hacia el lugar del que procedía el viento. El joven llevaba una gran caja rosa y, al entrar, se asomó a su rostro una expresión de sorpresa.

—Joder, qué calor hace aquí dentro…

—¿Quién coño eres? —preguntó Robbie, que se abalanzó gruñendo hacia el hombre.

El desconocido abrió mucho los ojos, desconcertado.

—¡No! —grité al tiempo que cerraba el paso a Robbie.

—¿Por qué no? —gritó Robbie—. ¿Quién eres? ¿Por qué has hecho esto?

El joven frunció el ceño.

—¿Por qué he hecho qué? Tío, yo solo vengo a hacer una entrega. Soy de Sweet Cakes —explicó y le enseñó la caja a Robbie.

—Sí, claro —replicó Robbie, furioso.

—Eh —dijo el repartidor al verme el hombro y el brazo manchados de sangre—. ¿Qué coño te ha pasado?

Robbie agarró la caja, se la pasó a Diego y se volvió hacia el repartidor sin hacer ningún caso a sus preguntas.

—¿Quién envía la caja?

—Déjame echar un vistazo. —El repartidor se sacó una tableta de la bolsa y desplazó hacia arriba la pantalla—. Pagaron en efectivo. A ver… deberían haber dejado un nombre para el pedido… sí, aquí está. Meagan Abbie pidió dos docenas de *cupcakes* de Sweet Cakes y dejó algunas instrucciones…

Robbie le quitó la tableta de las manos.

—Trae eso.

Siguió arrastrando la pantalla hasta llegar a las instrucciones y les echó una ojeada. A medida que leía iba abriendo más los ojos.

—¿Quién es Meagan Abbie? —preguntó Diego.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros.

—¿Qué dice? —preguntó Priya.

Robbie leyó en voz alta:

—Entreguen las dos docenas de *cupcakes* al Chesterfield, en el número 121 de Sherborne Lane a las ocho y media de la tarde. Es una sorpresa, así que no deben llegar antes. La puerta delantera estará abierta. Déjenlas en la sala de atrás, junto al bar. La llave

está al lado de la caja registradora de la barra. Por favor, no se salten este último paso o echarán a perder la fiesta.

El repartidor recuperó la tableta de las manos de Robbie.

—Pensaba que las instrucciones eran raras, pero sí, aquí estáis. —La arruga de su frente se volvió más profunda al ver las ventanas hechas añicos—. Esto… ¿estabais encerrados aquí dentro? —Entonces vio el cadáver de Sasha—. ¡Mierda! ¿Está…?

—Sí —respondió Robbie—. Está muerta. ¿Te importaría llamar a la policía?

El repartidor sacó el móvil.

—No hay cobertura —le dije mientras Diego dejaba la caja rosa en la mesa y la abría—. Tendrás que salir.

—Voy.

Salió corriendo y nos volvió a dejar solos.

Diego arrancó una nota pegada con cinta adhesiva al interior de la tapa, desdobló el papel y leyó en silencio las dos líneas de texto. Me miró con una expresión que era una mezcla de alivio, tristeza y *shock* , y leyó en voz alta:

—Enhorabuena por haber sobrevivido a esta hora. Ahora todos sabéis quiénes sois en realidad.

T

HACE CUATRO HORAS

Llevaba una hora preparándome para mis invitados.

No había tardado tanto como pensaba. Al salir del instituto volví a casa en bici, agarré dos macutos de mi cuarto, los lancé dentro del coche de mi padre y fui al supermercado que hay a un par de pueblos de distancia a comprar suficiente comida precocinada para que la cena de gala pareciera plausible: un par de pollos asados, verduras y boniatos asados, una bandeja de huevos rellenos, ensalada y un par de bolsas de panecillos. Estaba nerviosa por si alguien sospechaba al ver que no me quitaba los guantes mientras hacía la compra. No quería que mis huellas dactilares estuvieran por todas partes.

No es que quisiera que muriese nadie. No era el objetivo de ese pequeño experimento. Pero si causábamos algún daño al Chesterfield mientras intentábamos escapar, los padres de Maria tal vez tratarían de descubrir quién estaba detrás de todo y no quería que me trincasen por gastar la broma más épica de la historia del Brewster. Sin pruebas, nadie sospecharía de la inocente música Amber Prescott. Aun así, me pareció que toda precaución era poca.

Nadie parecía prestar atención a mis guantes innecesarios y al salir usé las máquinas de cobro automático y pagué en efectivo. Hasta ahí, ningún problema. Como llevaba todo lo demás en la bolsa de lona, mi siguiente parada era el Chesterfield.

Aparqué a un par de manzanas del restaurante para que nadie viese el coche de mi padre cerca de la entrada. Lo más peliagudo era meterlo todo en el restaurante. La entrada trasera del Chesterfield estaba en un callejón estrecho y si un vecino veía a una desconocida introduciendo el código cuando se suponía que el restaurante iba a permanecer dos semanas cerrado, probablemente sospecharía algo.

Mierda. Seguramente le estaba dando demasiadas vueltas al asunto. Lo más normal sería que pensasen que era una trabajadora

que iba a comprobar que todo estuviera en orden. Llevaba todo el día con los nervios de punta. Por la noche todo debía salir a la perfección.

Me bajé la capucha con el borde de piel sintética hasta los ojos y me ajusté el cierre bajo la barbilla. Había unos cuantos transeúntes dando vueltas, pero todos caminaban mirando el teléfono. Me colgué los macutos a los hombros y llevé las bolsas del supermercado al restaurante en un solo viaje, gruñendo por el peso. Había visto a Maria introducir los códigos de seguridad de la entrada muchas veces mientras hacía de vigilante cuando Sasha y ella entraban a escondidas a birlar alcohol. Tras abrir la puerta trasera, marqué el código de seguridad en el teclado que pitaba intermitentemente junto a la puerta. Los padres de Maria cerraban el restaurante cuando se iban de vacaciones. No tenía que preocuparme por si alguien me aguaba la fiesta.

De hecho, así se me había ocurrido la idea. Había sido en la biblioteca, cuando Maria había contado que Sasha y ella se habían quedado encerradas en la despensa durante su última expedición en busca de tequila. Todos los cerrojos de aquel lugar debían de ser antiquísimos. Las palabras de Sasha se me repitieron en la cabeza: «Si hubiese tenido una pistola, me habría pegado un tiro». Como si el suicidio fuese algo sobre lo que bromear.

Sin embargo, sí que me había inspirado aquella pequeña broma y había pasado las dos semanas siguientes dándole vueltas, planeando hasta el último detalle, imaginando cómo podía llevar la conversación durante el encierro para que, al final, todos se volviesen contra Sasha y todos la escogiesen a ella para morir. Sería la forma perfecta de darle una lección, de hacer que entendiese cómo trataba a todos los que la rodeaban, y de demostrar que yo no me parecía nada a ella.

Y en cuanto envié las invitaciones por correo, ya no hubo vuelta atrás.

Cargué con las bolsas por la cocina y salí al comedor principal. La puerta al comedor trasero privado ya estaba abierta. Lo dejé todo en el suelo junto a la chimenea y encendí la luz. La sala era perfecta. Era lo bastante grande para pasar un rato buscando una salida, pero también lo bastante pequeña para que todo el mundo sintiese claustrofobia. El escenario tenía que dar miedo. Tenía que parecer real.

Arrojé la chaqueta sobre una silla, saqué el teléfono del bolso y

revisé mis listas de reproducción de bandas sonoras de películas. La de música de batallas parecía adecuada para la ocasión. En cierto sentido, me preparaba para una.

Me puse los auriculares, me guardé el teléfono en el bolsillo trasero y sentí un escalofrío que combatí frotándome los guantes. Ahí dentro hacía frío. Los padres de Maria debían de haber apagado la calefacción para ahorrar electricidad mientras estaban de viaje. Encontré el termostato en el salón principal, junto al bar, lo activé y lo ajusté a poco más de veinte grados.

De vuelta en el comedor privado, abrí uno de los macutos y saqué varias bandejas con tapas cóncavas a juego que había encontrado en el HomeGoods. No estaba segura de que en el Chesterfield tuvieran bandejas con tapa y necesitaba cubrir al menos algunas bandejas para que la bomba y la jeringuilla quedasen ocultas cuando todo el mundo se sentase a la mesa. Tras rebuscar un poco, di con un mantel, más bandejas elegantes (¡con tapa!), cestas para los panecillos, fuentes, cubiertos, vasos, jarras y todo lo que iba a necesitar para dar al comedor el aspecto de una auténtica cena de gala. Los pollos asados olían de fábula. Cuando llegasen los invitados ya estarían fríos, pero nadie se iba a dar cuenta. Además, al menos así Priya podría comer algo si lo necesitaba. Serví verduras al vapor en las bandejas de pollo para completar el plato.

En cuanto hube servido el resto de la comida y llenado los vasos de agua, abrí la cremallera del otro macuto y coloqué los artículos más importantes en la bandeja más grande.

La bomba.

La jeringuilla.

Y el sobre.

Mi intención inicial era usar una pistola de atrezo como arma falsa, pero después de lo que le había pasado a Phil no fui capaz de comprar ninguna arma de fuego, ni siquiera falsa. Además, una pistola de imitación podía estropearlo todo de muchas maneras. Para empezar, sería demasiado fácil comprobar si era falsa. Con una jeringuilla de veneno, me bastaba hacer creer a todo el mundo que una sola gota podía matarlos. Sasha no querría arriesgarse a probarlo ni de coña.

Por ese motivo, pedí la jeringuilla falsa con una cuenta de Amazon creada para la ocasión: parecía auténtica. Casi era demasiado fácil. Si mis padres me la encontraban en la habitación, siempre podía decirles que era un juguete de cuando Maggie jugaba a los médicos.

Con una pistola no me habría servido esa excusa.

Activé el temporizador Bluetooth que había adherido a la bomba la noche anterior y cubrí la bandeja con la tapa abovedada. Entonces se me hizo un nudo en el estómago. Si ahí abajo no había cobertura, ¿funcionaría el temporizador Bluetooth? No necesitaba cobertura, wifi ni nada por el estilo, ¿verdad?

Dejé la tapa a un lado y me saqué el teléfono del bolsillo. Como de costumbre, en el Chesterfield no había cobertura. El temporizador estaba configurado en una hora y dos minutos. Necesitaba esos dos minutos de margen porque habría sido muy sospechoso que teclease algo en el teléfono justo al levantar la tapa. Abrí la aplicación del temporizador Bluetooth y miré la pantalla de la bomba mientras pulsaba la opción «Iniciar». La cuenta atrás se puso en marcha. Solté un suspiro de alivio, reseteé el temporizador y volví a tapar la bandeja. El plan todavía podía funcionar.

El siguiente reto era la puerta. Tenía que conseguir que la puerta se cerrase cuando todo el mundo estuviera dentro del comedor. La puerta se bloqueaba automáticamente al cerrarse, algo que había aprendido cuando se cerró detrás de Robbie y de mí, justo antes de nuestro primer beso. Saqué la llave de latón de la cerradura de la parte de fuera de la puerta. Tenía que dejarla en la barra para que el repartidor de *cupcakes* la encontrase cuando llegase el momento de dejarnos salir. Me mordí el labio y eché un vistazo a la habitación. ¿Habría alguna otra llave escondida por alguna parte? ¿Y si no se presentaba el repartidor? Entonces estaríamos atrapados de verdad.

Sin embargo, esconder otra llave dentro del comedor era demasiado arriesgado. Si alguien la encontraba, la broma acabaría antes de lo previsto. Tendría que arriesgarme a pasar sin ella.

Probé la cerradura interior con la puerta abierta para asegurarme de que podría salir después de comprobar que la puerta funcionaba y me guardé la llave en el otro bolsillo trasero.

Me faltaba probar el truco con el que pensaba cerrar la puerta desde la mesa. Si no funcionaba, posiblemente tendría que anular todo el montaje. Había comprado un ovillo de cuerda de nailon marrón oscuro *online* . Como Diego me dijo una vez, en internet puedes encontrar cualquier cosa. La cuerda marrón se camuflaba en el suelo de parqué y la alfombra oriental y apenas se veía. Con suerte, sería lo bastante fuerte para podérmela atar al tobillo y cerrar la puerta de un tirón desde mi sitio en la mesa del comedor.

Ya había hecho un lazo a un extremo de la cuerda para meter el pie dentro y, el fin de semana anterior, aprovechando que mis padres habían ido a hacer la compra, había estado practicando, deslizando el pie dentro del lazo y cerrando la puerta de mi habitación. Al principio parecía imposible, pero llevar zapatos de punta abierta me ayudó a notar la cuerda con los dedos de los pies y el truco parecía funcionar.

La gran puerta de madera de roble se abría hacia el bar. El plan era atar un extremo de la cuerda al pomo de la puerta y llevar la cuerda con mucho cuidado hasta mi asiento por debajo de la mesa. Tras meter el pie en el lazo y tensarla, bastaría con estirar la pierna para cerrarla de un portazo, pero la puerta de madera de roble era mucho más pesada que la de mi dormitorio. Respiré hondo. Si esa parte no funcionaba, el resto sería irrelevante, y tendría que recogerlo todo y sacarlo del comedor otra vez. Y eso por no mencionar que cuando los supuestos ganadores de una beca se presentasen esa noche no encontrarían a ningún anfitrión, ni a Amber, ni ninguna explicación de qué estaba pasando.

Tras colocar el lazo bajo mi asiento, desenrollé la cuerda hasta llegar a la puerta y dejé un margen necesario para que no quedase tensa al pasar por debajo de la puerta y atravesar el suelo del comedor, de modo que nadie pudiera tropezar con ella.

Con suerte.

Corté la cuerda con unas tijeras y até el extremo alrededor del pomo con un lazo lo bastante amplio para hacerlo caer desde dentro una vez hubiese cerrado la puerta. Tendría que ir corriendo a inspeccionarla antes de que nadie más pudiese llegar hasta ella, quitar la cuerda y esconderla en alguna parte. Eché un vistazo a la habitación. La podía tirar debajo de la mesa del comedor. Como el mantel rojo llegaba casi hasta el suelo, con suerte no la vería nadie. Pero parecía arriesgado. También había un aparador pegado a la pared que había junto a la puerta. Mucho mejor. Podía meter la cuerda bajo el aparador de una patada. Allí no la encontraría nadie.

Con suerte.

El sudor me perló la frente y me lo sequé con el dorso de la mano. Estaba confiando un montón de cosas a la suerte. No me gustaba depender de ella. Había demasiadas cosas que podían salir mal. Pero ya era demasiado tarde para acobardarme.

Me senté en la silla para ensayar. Metí el pie en el lazo sin mucho esfuerzo e hice un movimiento circular con el tobillo para tensar la

cuerda. A continuación, di una patada. La puerta se cerró violentamente detrás de mí.

Sonreí. Podía funcionar.

Volví a poner la cuerda y la puerta a punto y practiqué unas cuantas veces más. Tendría que esperar a que todo el mundo estuviera sentado y hablando para tensar la cuerda y evitar que alguien tropezase con ella, pero si me movía rápido… Si esperaba a un momento en el que todos estuvieran distraídos… Podía funcionar. Tras un ensayo final, volví a colocar la cuerda en posición por última vez e inspeccioné mi obra. La cuerda se camuflaba casi a la perfección con las vetas de la madera de roble de la puerta. Era imposible verla si no sabías que estaba ahí. A continuación, dejé la vieja llave de latón en la barra para que la encontrase el repartidor de *cupcakes* .

Pasé a los toques finales. Obviamente, aquella noche no habría servicio, así que pegué un cartel en el atril cercano a la entrada principal indicando a todo el mundo que se dirigiese a la sala Winona, con una flecha que señalaba hacia el comedor privado. Seguidamente saqué una cámara web a pilas del macuto, la coloqué en el estante superior de uno de los aparadores y la tapé con una servilleta roja de tela. Apenas quedaba visible una lucecita roja por debajo. Evidentemente, no grababa ni retransmitía nada, pero eso no lo sabrían.

Después retiré cualquier cosa que pareciera remotamente valiosa. Sustituí la delicada vajilla de cristal del aparador por una común, cerré con llave los armarios, retiré las llaves, saqué con cuidado los jarrones de cristal de las mesitas auxiliares y lo escondí todo debajo de la barra. Aunque no creía que los padres de Maria fuesen a descubrir que todo había sido cosa mía, tampoco quería que mi broma les costase una fortuna. Me había planteado la posibilidad de utilizar otras ubicaciones como el instituto, el teatro del pueblo y otros lugares parecidos, pero no se me había ocurrido ningún otro sitio con una sala aislada y sin recepción. Además, si la cosa se torcía de verdad, tenía ahorrada una parte del dinero que había ganado los últimos veranos haciendo de canguro que podía enviar anónimamente a los padres de Maria. Con suerte, bastaría para cubrir cualquier daño que pudiésemos causar.

Por último, coloqué las tarjetas con nuestros nombres en cada lugar de la mesa. Me asigné el asiento más cercano a la puerta, donde había colocado el lazo. Scott se sentaba al otro lado de la

mesa, frente a Sasha. Si no me equivocaba, Sasha le montaría un espectáculo por haber ido a la cena. Cuando todo el mundo los mirase, tendría la oportunidad de cerrar la puerta.

Y el resto se desarrollaría sin necesidad de más ayuda.

Con suerte.

Lo que más me preocupaba no era ni la puerta, ni el temporizador ni ninguno de los elementos técnicos de la broma. Era yo misma. Estaba orquestando mi propia obra, una en la que era la única actriz. Y generalmente mentir se me daba fatal. ¿Tenía lo necesario para fingir que todo era real? En caso contrario, acabaría encerrada en una habitación y cinco personas me estarían lanzando su odio durante toda una hora. ¿Sería capaz de ocultar lo que sentía por Diego? Si no, Robbie podría abalanzarse sobre él y echar a perder la broma. ¿Sería capaz de llevar la conversación por el cauce adecuado para que todo acabase como esperaba? De otro modo, ¿quién sabía lo que podía pasar?

Metí las bolsas de plástico del supermercado vacías en el macuto y me lo colgué al hombro. No estaba segura de que el plan funcionase, pero con una jeringuilla de atrezo y una bomba rellena de *ginger ale* , nadie podía salir herido.

Ah. Aquello me recordó un detalle. Tenía que despejar la habitación de cualquier objeto… afilado. O peligroso. Dejé caer el macuto, abrí los cajones de los aparadores, recogí todos los cuchillos que encontré y los trasladé a uno de los cajones para la vajilla del comedor principal. A continuación, arrastré el juego de herramientas decorativas de latón para la chimenea al mismo lugar.

Como ya he dicho, no quería que nadie saliera herido. Era un ejercicio psicológico, no una sentencia de muerte. Cuando crees que te enfrentas a la muerte, en una hora pueden pasar muchas cosas.

Quería que Robbie supiera que sus sueños no valían automáticamente más que los de una chica. Al enfrentarse a la elección imposible de esa noche, entendería por fin que no se puede poner precio a la vida o las ambiciones de otra persona. Y la bomba a punto de estallar le enseñaría que el tiempo no es algo que tengamos garantizado.

Quería que Diego dejase de permitir que la gente le saboteara y que se plantase frente a alguien que intentaba seguir el camino fácil e inmoral hacia la cima. Esa noche pensaba ayudarlo a desenmascarar a Sasha por su actitud tramposa frente a la vida. Esa noche íbamos a hacerle frente juntos.

Quería que Scott se diese cuenta de que ciertos secretos eran demasiado peligrosos. Al ponerle en una situación de máxima tensión junto a Sasha, pretendía demostrarle lo inestable que era ella. Así entendería por fin las consecuencias de venderle pastillas y lo equivocado que había estado al guardarle el secreto.

Quería que Priya viese que todavía la quería como a una hermana. Aunque hasta entonces había ignorado todas mis llamadas y mensajes, aquella noche tendría que prestarme atención. Pensaba ponerme de su lado frente a Sasha en cada oportunidad que se me presentase para que viese lo mucho que me importaba. En parte detestaba la idea de obligar a Priya a pasar por esto, pero se merecía más que nadie vengarse de Sasha. Y si todo salía según el plan, con suerte, Sasha le pediría disculpas…

Porque, por encima de todo, quería que Sasha se diera cuenta de que era una acosadora egoísta y quería hacer públicas su malicia, sus mentiras y sus manipulaciones. Tras la conversación con Maria, me di cuenta del motivo por el que el nombre de la hermana de Sasha, Nat, me resultaba tan familiar. Debía de ser la abreviación de Natasha Jane, la chica que torturó a Maggie en internet. Aquella noche, en la habitación de Maggie, Sasha había reconocido su nombre. Vi la impresión en sus ojos. Sabía que conocía la verdad. Y a pesar de todo, torturó a Priya consciente de las consecuencias letales que puede tener el acoso.

No pude salvar la vida a Maggie. No la pude salvar de la acosadora que la asediaba. Pero podía salvar a Priya de seguir sufriendo la inquina de Sasha. Y esa noche iba a enseñarle a Sasha lo que más debería haberse esforzado por perfeccionar: la empatía.

Esa noche iba a matar varios pájaros de un tiro. Conduciendo la conversación mientras nos enfrentábamos a aquella decisión imposible, pensaba enseñarles a todos y cada uno de ellos la lección que más necesitaban.

Al principio, animaría a todo el mundo a trabajar en equipo para encontrar una forma de salir. Sería una especie de prueba para comprobar quiénes escogían la compasión por encima del miedo, quiénes escogían la vida por encima de la muerte y quiénes se mostraban generosos, y todos podrían ver la reacción de los demás. Les propondría todo lo que podíamos hacer para sobrevivir juntos a la situación y después les mostraría que nada iba a funcionar.

Al final, tendríamos que elegir a alguien.

Tarde o temprano, cundiría el terror. Era inevitable. Estaba

dispuesta a apostar a que Sasha sería la primera en entrar en pánico. Y cuando sucediese, yo sería su némesis y exhibiría una determinación inquebrantable para conseguir que todos saliéramos de allí con vida. Pensaba encauzar la conversación para obligar a que todos ellos hicieran salir sus demonios interiores, para que llegasen a entender sus defectos más profundos y, con suerte, también a superarlos.

Y para acabar, trataría de unir a todos contra Sasha. Si todos intentaban averiguar quién nos había encerrado, explicaría cómo había perjudicado Sasha a cada sospechoso. Pero las personas a las que más había perjudicado estarían en la habitación. Desvelaría que había acosado a Priya, que había saboteado a Diego, que había comprado pastillas a Scott y que me había manipulado. Dejaría al descubierto todos sus secretos, de uno en uno. Tal vez cuando la gente dijese al fin no a Sasha Harris, incluso Robbie, alguien que ella daba por descontado que siempre estaría de su parte, ella se daría cuenta de lo equivocada que estaba. Esa noche, todos podríamos ajustar cuentas. Y preparada para que la aguja le perforara la piel y el veneno le inundase las venas, cuando supiese que sus acciones tenían consecuencias, cambiaría por completo.

Sí, tal vez estuviera exagerando un poco las cosas. Probablemente había un millón de maneras distintas de dar una lección a cada uno de ellos.

Supongo que me gusta el drama.

Sin embargo, para dar una lección a Sasha se requería algo más que palabras. Las personas como Sasha y Natasha convertían las palabras en armas para arruinar la vida de otras personas y después las aplastaban como si fuesen mosquitos. No prestaba atención a nada que no fuese su objetivo egoísta de ser perfecta, y las broncas, los gritos, el chantaje emocional o las discusiones racionales no obrarían ningún cambio en ella.

Hay personas que no ven la luz hasta que las encierras a oscuras. Sasha necesitaba darse cuenta ella sola de que su egoísmo sería su perdición.

Esa noche no podría salir de la habitación abriéndose paso a codazos. Esa noche se vería tal como era. Esa noche se resolvería todo de un plumazo.

Y una hora sería suficiente.

T

TREINTA Y CINCO MINUTOS DESPUÉS

Me apoyé en la parte trasera de uno de los coches patrulla, envuelta en una manta de lana de color azul claro de una de las ambulancias. Un paramédico me había limpiado la herida, que no era tan grave como parecía al principio, y me había vendado el hombro y la parte superior del brazo con gasas. Mi chaqueta seguía dentro porque no podíamos tocar nada de la escena del crimen. Por fin había dejado de llover a cántaros, pero seguía chispeando y el pelo empapado se me pegaba a la cara y el cuello. Me entró un escalofrío cuando dos paramédicos metieron la camilla en la que iba Scott en la parte trasera de una de las ambulancias.

La otra esperaba a Priya, pero la policía quería interrogarla antes y había pedido al resto que saliésemos a tomar el aire. ¿La iban a detener? La última vez que la había visto, estaba sentada en una de las mesas rojas del comedor principal y hablaba con uno de los agentes de policía.

«Ay, Priya». No pretendía convertirla en una asesina. Una nueva oleada de náuseas me revolvió el estómago y estuve a punto de inclinarme y vomitar al pensarlo. ¿Qué había hecho? ¿Qué narices había hecho?

Inspiré aire fresco para no perder los nervios. Inspira. Espira.

Había varios coches de policía alineados en la calle tras las ambulancias, y las luces azules y rojas rebotaban en los edificios de ladrillos. La acera frente al restaurante estaba cortada y dos policías corpulentos esperaban junto a la puerta supervisando las operaciones y asegurándose de que todavía no abandonábamos la escena. Todos parecían tremendamente desconcertados. A sus ojos, todos éramos víctimas de algo… pero ¿de qué? ¿De un complot para matar a uno de nosotros? ¿De una broma que se había torcido? Aunque habíamos allanado el restaurante y habíamos causado daños, habíamos recibido unas invitaciones que no teníamos ni idea

de que eran falsas, y una vez nos habíamos quedado encerrados en el interior, no habíamos tenido otra alternativa que tratar de encontrar una salida.

Había otra ambulancia en camino para llevarse a Sasha, pero antes debía terminar su trabajo el fotógrafo forense. Me pregunté vagamente adónde se la iban a llevar. Si ya estás muerto, no necesitas ir al hospital. ¿Se la llevarían directamente al depósito? ¿El depósito estaba en el hospital? No estaba segura de adónde se habían llevado a Maggie después de mi llamada a emergencias, porque mis padres me habían hecho esperar en casa de Priya mientras iban a… dondequiera que hubiesen llevado su cadáver. En ese momento me preguntaba adónde iban a enviar el cadáver de Sasha. De algún modo, conseguí mantenerme en pie y no derrumbarme hecha un ovillo, presa del arrepentimiento, pero me sentí como atrapada en una gigantesca cuba de gelatina fría, completamente entumecida y con las fuerzas justas para soportar mi propio peso. Inspira. Espira. Lo único que podía hacer en ese momento era seguir respirando.

Robbie estaba sentado bajo la marquesina, apoyado en la pared, junto a Diego y su familia, y enviaba mensajes de texto a alguien, probablemente a su madre o su padre. Cuando me miró, fingí que estaba mirando a los policías o los paramédicos. No pretendía cortar con él en la fiesta; quizá una parte de mí le quería dar otra oportunidad cuando comprendió que sus sueños no valían más que los míos. Pero, tal como me temía, había descubierto lo que yo sentía por Diego.

Los padres de Diego fueron los primeros en llegar. Su padre prácticamente había atropellado a los policías exigiendo respuestas, mientras su madre abrazaba a Diego con todas sus fuerzas. No parecían entender que su hijo no había corrido un peligro real en ningún momento.

Al menos… se suponía que no estaba en peligro.

Había sido cuidadosa. Mucho. Había despejado la habitación de cualquier objeto peligroso. Había repasado mil veces cada posibilidad mentalmente, ensayando cómo reconducir la conversación. Y las cosas habían ido según el plan durante un buen rato. Había desvelado secretos que quería desvelar y había dejado claros puntos que deseaba enfatizar. Pero entonces la conversación se me fue de las manos y la hora había transcurrido de un modo distinto a como lo había imaginado. Había olvidado de lo que son

capaces las personas cuando están desesperadas. Era imposible predecir que la caldera se iba a estropear y el calor nos iba a hacer enloquecer. Era imposible prever que Scott se iba a caer y se iba a romper el tobillo. Era imposible predecir que alguien usaría un fragmento de cristal de una ventana rota como un arma letal.

Era imposible predecir cualquiera de estas cosas.

Pero yo era responsable de todas ellas.

Se me cerró la garganta y apenas podía respirar cuando Diego se separó de su madre y vino a verme.

—Hola. —Se apoyó en el coche patrulla, a mi lado, mientras sus padres interrogaban a los policías—. ¿Cómo lo llevas?

—No lo sé —conseguí balbucear—. Sigo pensando que me despertaré y todo esto no será más que una horrible pesadilla. No me puedo creer que Sasha esté…

No logré terminar la frase. No había pensado en ningún momento que alguien iba a morir aquella noche. En teoría, no debía suceder.

Diego me rodeó con un brazo, con cuidado de no tocarme la herida, me acercó a él y apoyó la sien en la mía.

—Lamento lo que le pasó a tu hermana. No sabía que la habían acosado de esa manera.

Resoplé.

—Cuando corrió la voz, Nat, o mejor dicho Sasha, revisó todos sus comentarios en redes sociales y los borró. Debería haber contado lo que vi, pero mi familia estaba destrozada.

Visto en perspectiva, debería haberme esforzado más para desenmascarar a la acosadora de Maggie, pero tenía mucho miedo de ser la siguiente víctima del acoso. Y si la salud mental no estuviera tan estigmatizada, tal vez Maggie habría acudido a nosotros para que la ayudásemos. Y quizá nada de esto habría pasado.

—Sí, claro. Y también siento que hayas perdido a tu amiga esta noche.

—No era amiga mía. Al menos al final. —Negué con la cabeza—. Dios, no tenía ni idea de que había sido ella quien había torturado a Maggie. Pero incluso sabiéndolo… no quería que muriese.

—Has hecho todo lo que has podido para que todos saliéramos vivos de ahí. Has sido la voz de la razón entre el caos. ¿Y sabes una cosa? Has sido muy valiente… más que cualquiera de los demás.

Una lágrima me descendió al fin por la mejilla y cambié de postura para mirar a Diego. Me miraba con sus ojos cobrizos llenos

de admiración y… ¿podía ser amor?

Me hubiera gustado disolverme en un charco de vergüenza. El único motivo por el que había parecido valiente era porque sabía que todo era falso. No pensaba que nadie fuese a morir, al menos hasta que el calor se volvió abrasador y me di cuenta de que podíamos estar realmente en peligro. Entonces empecé a sentir pánico, sobre todo tras la caída de Scott. Pero para entonces ya estábamos demasiado metidos en harina y, de todos modos, no podíamos salir hasta que el repartidor de *cupcakes* nos liberase. Tenía que acabar lo empezado. De lo contrario, todo habría sido en vano.

Sin embargo, eso era exactamente lo que debería haber hecho. Debería haber pisado el freno. Debería haberlo detenido todo cuando las cosas habían empezado a torcerse. Todo aquello era culpa mía. Todo era por mi culpa.

—Siento todo lo que ha pasado —dije—. Lo siento mucho.

Diego me tocó la mejilla.

—No ha sido culpa tuya. Has hecho todo lo que has podido.

Se inclinó más hacia mí y estuve a punto de estallar y confesar que yo estaba detrás de todo lo sucedido y que todo era culpa mía. No obstante, antes de que pudiera hablar, sus labios se posaron en los míos, me puso las manos en las mejillas y sentí como si hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo se activase.

La sensación me dificultó mucho más separarme de él. El corazón me implosionó de pena cuando me aparté y le puse las manos en el pecho para que no pudiera volver a tirar de mí hacia él. No lo merecía. Y después de lo ocurrido, nunca podría estar con él.

Sasha estaba muerta por mi culpa.

Nunca podría redimirse. Se había ido para siempre.

Me incliné hacia delante y sollocé descontroladamente.

—Lo siento —mascullé—. Lo siento mucho.

Diego se me acercó más y me acarició la espalda en silencio hasta que las lágrimas me empaparon el rostro y me tuve que sorber los mocos. En un momento dado se metió en la ambulancia vacía para darme un puñado de pañuelos. Debía de estar hecha un cuadro, pero aquella era la menor de mis preocupaciones.

—Dios mío —balbuceé después de sonarme la nariz—. Sasha está muerta. Muerta. Por muy egoísta que fuese y por muy mal que se portase con Maggie, no merecía morir así. ¿Y qué le pasará a Priya? ¿La van a detener?

—Ha sido en defensa propia. —Diego me acarició los omóplatos trazando círculos con la mano—. Bueno, quizá no ha sido defensa propia exactamente, pero lo ha hecho para salvarte a ti. No creo que vaya a tener problemas. El auténtico asesino es quien nos ha metido ahí dentro.

Hice una mueca, negué con la cabeza y miré fijamente una apertura entre las nubes por la que se asomaban las estrellas. El cielo y yo nos quedamos sin lágrimas a la vez. Mi cuerpo temblaba contra el de Diego cuando dos paramédicos aparecieron en el umbral de la puerta llevando a Priya en una camilla entre ambos. Priya tenía las mejillas surcadas por lágrimas secas. Al vernos a Diego y a mí, sollozó y extendió los brazos hacia mí sin decir ni una palabra. No llevaba esposas. Gracias a Dios. Corrí hacia ella y la abracé con fuerza, haciendo caso omiso a las protestas de los paramédicos. Lloramos abrazadas y cerré los ojos con fuerza, pensando que ojalá se me hubiese ocurrido cualquier otro modo de recuperarla. Pero no se me había ocurrido nada mejor. Esa era nuestra realidad actual. De algún modo, debíamos integrarnos en ella.

Finalmente, Priya me soltó y se limpió la nariz. Diego vino con nosotras.

—¿Estás bien? —Miré a una de las sanitarias con preocupación—. ¿Está bien?

—Está bien —dijo resoplando y arreglándose el moño desaliñado —. Es por pura precaución. La hidrataremos y le haremos algunas pruebas. Y tú eres Amber, ¿verdad? Te vienes con nosotros —anunció señalándome el hombro—. Eso precisa puntos.

—Un momento —repliqué—. Tengo que hablar con la policía.

Sabía lo que debía hacer.

—Ya hablarás con ellos en el hospital.

—No, tiene que ser ahora. —No podía esperar. No podía arriesgarme a acobardarme. Ya no confiaba en mí misma—. ¿Puedo hablar con Priya a solas un momento, por favor?

A la paramédica se le ensancharon los orificios nasales, pero asintió y se alejó unos pasos con su compañero.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Priya mirando a los agentes de policía que hablaban cerca de la puerta—. ¿Qué les has dicho?

—Se lo he dicho todo —dijo entrecortadamente—. Pero los policías quieren seguir interrogándome en el hospital. Han aceptado esperar a que llegue mi madre. Pero, Amber… La he matado. He

matado a Sasha. Mi vida ha terminado.

No era verdad. Yo había intentado hacer justicia para Priya, ayudarla a vengarse de una acosadora. Pero Priya no necesitaba mi ayuda. Era una tía dura capaz de defenderse sola. Había sacado a la tóxica Sasha de su vida y me había sacado también a mí cuando me convertí en una mala amiga. Nunca sería capaz de librarla del trauma de aquella noche, ni de la sangre que mancharía sus manos para siempre. Nunca podría borrar de su memoria el recuerdo de haber apuñalado a otra persona, ni las pesadillas que sin duda la iban a atormentar durante años.

Pero podía entregarme y contar la verdad a la policía. Podía decirles que todo aquello era obra mía. Que Priya no había tenido nada que ver. Que ella solo había matado a Sasha en defensa propia y que deberían acusarme a mí de asesinato. Si me detenían, probablemente jamás podría ir a la USC. Nunca compondría bandas sonoras. Nunca vería mis sueños hechos realidad.

Durante el año anterior había puesto esos sueños por encima de cualquier otra cosa; incluso por encima de Priya, nuestra amistad y su dolor. Y acababa de causarle todavía más daño, y no me podía arriesgar a que se metiera en problemas por algo que había hecho yo. Tenía que hacer lo mejor para mi mejor amiga. Al menos podía hacer eso por ella.

Le puse una mano en el hombro.

—Me has salvado la vida. Lo has hecho para defenderme. Lo verán. Nada de todo esto ha sido culpa tuya. —Respiré hondo y me obligué a pronunciar las palabras siguientes—: Ha sido culpa mía.

—No es verdad.

—Sí lo es. Ha sido literalmente culpa mía. —Bajé la voz para que solo me escuchasen Priya y Diego, y el estómago se me cerró mientras hablaba—: He sido yo. Yo os he encerrado ahí dentro.

Priya abrió los ojos como platos.

—¿Qué? Pero… ¿Cómo? ¿Por qué?

—No. —Diego negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás—. No puedes hablar en serio.

—Es… es una larga historia. Creo que me pasé un poco con el asunto de la bomba…

Diego soltó una risotada y se agarró el cabello.

—¿Solo lo crees? Joder…

Priya estaba boquiabierta.

—No me lo puedo creer. No te creo capaz de hacer algo así.

—Un momento, deja que te lo explique… —Tragué saliva con dificultad—. Perdí la cabeza cuando quisiste que dejáramos de ser amigas. —Tomé la mano de Priya y ella no la apartó—. Eres como mi hermana… y no podía soportar la pérdida de otra hermana. Me culpaba a mí misma. Había ignorado tu dolor y lo que Sasha te estaba haciendo. Quería compensarte.

—Pero ¿por qué así? —Priya se agarró la garganta—. ¿Por qué has hecho esto?

Los paramédicos dieron un paso hacia nosotros, pero levanté un dedo.

—¡Esperen! Cinco minutos. —No podía permitir que Priya fuese al hospital sin oír una explicación—. Por favor. No está muy grave, ¿verdad?

La paramédica levantó dos dedos.

—Tenéis dos minutos —sentenció y sacudió la cabeza mirando a su compañero.

Volví a girarme hacia Priya y Diego y bajé la voz:

—Básicamente lo hice para vengarme de Sasha. Quería que todos pudiéramos vengarnos de ella. No quería matarla de ningún modo. Solo quería darle una lección. Es tan egoísta que sabía que sería la primera que querría matar a alguien. Pensaba que podía aprovechar esa certeza y desvelar todas las cosas horribles que ha hecho para volver a todos en su contra. —Me reí amargamente—. Resulta que hizo más cosas de las que pensaba.

Tenía planeado desde el principio desvelar que Sasha había acosado a Priya a pesar de que sabía lo que le había pasado a Maggie, convencida de que así todo el mundo decidiría elegirla a ella. Pero no tenía ni idea de que Sasha había acosado personalmente a Maggie.

—Pensaba que, si todo el mundo la elegía para morir, se daría cuenta al fin de lo horrible que era como persona. Pensaba que podía provocar que cambiase… que se disculpase. Y pensaba que valdría la pena pasar una hora de terror, una hora pensando que el fin podía estar cerca, porque esa hora pondría fin a años de abusos para todo el mundo.

»Pero yo no quería que nadie saliera herido; no calculé a fondo todas las posibilidades. La caída de Scott, el cristal, el calor… y tampoco pensaba que la gente iba a estar tan impaciente por clavarle el contenido de la jeringuilla a alguien. —Miré a Robbie, que seguía sentado, apoyado en el edificio y con la cabeza entre las

manos—. Pensaba que lo peor que podía ocurrir era que alguien intentase inocular el veneno a otra persona y lógicamente no habría pasado nada. Habría sido una lástima que ocurriese antes de dar la lección a Sasha, pero todo el mundo se daría cuenta de que todo era una broma, y el repartidor nos sacaría de la habitación transcurrida la hora.

»Lo que no supuse ni por un segundo era que alguien fuese a pensar que todo era real incluso después de derramar el veneno falso por todas partes. Estaba segura de que todo el mundo se daría cuenta de que todo era una broma. Fui una idiota. Incluso he sacado todos los cuchillos de la sala antes de empezar y no se me ocurrió en ningún momento que alguien fuera a intentar utilizar otras cosas para matar a otra persona o estrangular a alguien… No lo contemplé todo.

Diego cruzó los brazos y se tapó la boca.

—Dios mío.

No conseguía interpretar la expresión impasible de Priya.

—Ha sido una idiotez —dije—. Soy idiota. Pero cuando lo planeaba, todo tenía perfecto sentido… —Negué con la cabeza y me ajusté la manta sobre los hombros—. Bueno, a esta paramédica le dará un ataque si no te lleva al hospital. Y tengo que ir a contárselo a los policías antes de que lleguen mis padres.

Eché a andar hacia el agente de policía más cercano. La grava de la acera crujía bajo mis pies.

—Espera un momento. —Diego me agarró el brazo—. ¿Qué les vas a decir?

—Voy a contarles lo que he hecho. Les diré que yo estoy detrás de todo esto. Que todo ha sido culpa mía. —Miré a Priya, que tenía los ojos clavados en la sábana blanca que le tapaba el regazo y estaba cavilando—. No pienso permitir que Priya cargue con la culpa de lo que ha pasado. Yo soy quien nos ha encerrado ahí dentro.

Diego se frotó el labio superior.

—A lo mejor no hace falta que digas nada. Puede que no descubran nunca la verdad. Ya te he dicho que no creo que Priya vaya a tener problemas. —Lo miré con la boca ligeramente abierta, sin palabras. No podía creer que no me odiase después de descubrir la verdad. No podía creer que no quisiera que me metiese en problemas—. Lo has hecho para evitar que Sasha hiciera daño a más gente. No te niego que has usado un método más bien enfermizo, pero estabas intentando detener a una acosadora.

—Sin embargo, esta noche yo he sido la acosadora —le recordé señalándome el pecho con el dedo—. Tengo que decir la verdad. Aunque Priya no se meta en problemas… tendrá que vivir con esto el resto de su vida por mi culpa.

La expresión de Priya se suavizó.

—Pero… tú no tenías mala intención. Y si Sasha no hubiese perdido la cabeza al final como la niñata egoísta que era, y si yo no hubiese… —Cerró la boca un instante, como si tratase de no vomitar. Priya no se iba a poner de parte de Sasha ni siquiera después de su muerte. Como una verdadera amiga. Estaba de mi parte como yo debería haber estado de la suya en todo momento—. En cualquier caso, tú no querías que muriese nadie.

Fruncí el ceño. Era como decir que Sasha no quería matar a Maggie. Sin embargo, en cierto modo, sí que la había matado. Aunque Maggie ya estaba enferma, Sasha puso el último clavo en su ataúd. En lugar de un gran alivio, las palabras de Priya despertaron en mí una enorme sensación de culpa. Sasha había muerto a consecuencia de mis actos. Aunque Priya había sido quien la había apuñalado, si no hubiese atrapado a todo el mundo en ese comedor, habría un ser humano vivo más en este planeta. Mis actos habían causado su muerte y, a pesar de sus defectos, y a pesar de lo que había hecho a mi hermana y a Priya, matarla no estaba justificado. Incluso Sasha merecía la oportunidad de redimirse, y yo se la había arrebatado. Todo era culpa mía. Si había destruido el futuro de Sasha, ¿por qué debía yo poder construir el mío?

Sería muy fácil refugiarme entre los brazos de Diego, volver a ser la mejor amiga de Priya y poner punto final a aquella noche espantosa, guardar el secreto en nuestros corazones, ir a la universidad y cumplir nuestros sueños.

Pero no podía seguir el camino fácil.

Era eso. Esa era la diferencia entre Sasha y yo. Las dos habíamos cometido errores. Las dos habíamos causado dolor a otras personas para salirnos con la nuestra. La diferencia era que ella, cuando entendió las consecuencias de sus actos, no se detuvo. Siguió acosando a otras personas. Siguió mintiendo.

Pero yo iba a parar. Quería solucionar las cosas.

—No. Tengo que entregarme. Ha sido cosa mía. No me puedo quedar callada y esperar que pase la tormenta. Tengo que confesar. Si intento salir impune de esto, seré tan mala como Sasha. Ha sido culpa mía. Tengo que aceptarlo. Con suerte… con suerte se darán

cuenta de que no pretendía que pasase lo que ha acabado ocurriendo.

—Amber —Priya me volvió a tomar la mano—, pase lo que pase… quiero que sepas que siempre serás mi hermana. Siempre.

Eso era lo que más deseaba conseguir esa noche. Y era cuanto necesitaba para saber que estaba haciendo lo correcto. La volví a abrazar hasta que los paramédicos se la llevaron y metieron la camilla en la ambulancia. En cuanto esta arrancó, me acerqué a los policías para entregarme.

—¡Espera! —exclamó Diego a mi espalda, y me volví a detener—. Tengo una pregunta. ¿Quién es Meagan Abbie? Ya sabes, la persona que pidió los *cupcakes* .

Me aparté el flequillo y me puse los mechones tras la oreja.

—Era el nombre de mi hermana. Maggie era como la llamábamos.

En cierto modo, todo aquello había sido por ella. Quería evitar que la gente hiciese daño a otras personas como habían hecho con Maggie. Pero la última hora había sido fruto de la ira, la desesperación y la venganza… y ahora debía encontrar el perdón.

Tenía que perdonar a personas como Sasha, que aplastaban a otros para sentirse mejor consigo mismas. Nunca sabría si Sasha era una auténtica narcisista, pero si lo era… quizá no podía evitar ser como era. Tenía que perdonar a Maggie por haberse quitado la vida en lugar de pedir ayuda y cuando nadie estaba preparado para su muerte. No estaba siendo egoísta. Estaba enferma. Estaba enferma y yo no había estado a su lado cuando me había necesitado.

La egoísta era yo. En mi cruzada para redimirme, vengarme de Sasha, recuperar la amistad de Priya y cumplir el resto de mis objetivos, había obligado a todo el mundo a pasar las de Caín.

No podía seguir siendo egoísta. Por muy difícil que fuese y por más graves que fuesen los problemas en los que me iba a meter, tenía que hacer lo correcto. Tenía que afrontar las consecuencias de mis actos, aunque eso supusiera no volver a componer una pieza musical. Incluso aunque supusiera tener que perder la plaza en la USC. Aunque comportara no hacer realidad mis sueños.

Y con suerte, un día aprendería a perdonarme a mí misma. Pero para eso iba a necesitar muchísimo más de una hora.

T

NOTA DE LA AUTORA

El suicidio es la segunda causa de muerte entre personas de edades comprendidas entre los diez y los veinticuatro años, a pesar de que cuatro de cada cinco adolescentes que tratan de suicidarse han dado claras señales de aviso. Si alguien que conoces lo está pasando mal, **puedes influir y cambiar las cosas** . Puedes conseguirle ayuda.

Aquí tienes una lista de las señales de aviso que pueden ayudarte a decidir si un amigo o un familiar está en riesgo:

- Habla de quitarse la vida, dice que se siente desesperanzado o atrapado, que no tiene motivos para vivir, que es una carga para los demás o que siente un dolor insoportable.
- Busca maneras de quitarse la vida (por ejemplo, investigando métodos en internet).
- Se distancia de familiares y amigos y se abstiene de hacer actividades.
- Muestra un carácter excesivamente cambiante, agresivo, depresivo o nervioso.
- Duerme demasiado o demasiado poco.
- Aumenta su consumo de drogas o alcohol.

Si tienes pensamientos suicidas, por favor, ten en cuenta que no es una señal de debilidad. Ten presente que no es culpa tuya y que no estás solo. Hay personas que te quieren y que te echarían muchísimo de menos, y también hay personas que pueden ayudarte.

Si has tenido pensamientos suicidas o conoces a alguien que muestre algunas de las señales de aviso de la lista, no te lo calles, por favor. Pide ayuda. Puedes contactar con el Teléfono de la Esperanza llamando al 717 003 717 o por correo electrónico a través de la dirección ayuda@telefonodelaesperanza.org. Para más información, consulta la página web de la organización en

www.telefonodelaesperanza.org.

AGRADECIMIENTOS

Llevo una hora mirando esta hoja en blanco y preguntándome a quién debería dar las gracias primero. El camino que me ha llevado a la publicación ha sido largo y sinuoso, y muchas personas me han ayudado a lo largo del viaje.

En primer lugar, quiero darte las gracias a ti. Gracias por elegir este libro y por pasar tiempo con mis personajes. Todavía me asombra que haya personas que quieran leer mis palabras y te agradezco mucho que seas una de ellas.

Este libro no sería un libro de verdad sin mi talentosa editora, Catherine Wallace. Gracias por amar esta historia, por defender este libro y por hacer realidad mis sueños. Eres una auténtica genio del desarrollo de personajes y tus consejos han logrado que esta novela eche chispas. Trabajar contigo ha sido una delicia y nunca te lo agradeceré bastante. Gracias también a Christina MacDonald, mi correctora con ojos de lince; a Alexandra Rakaczki, mi editora de producción; a Corina Lupp y Alison Klapthor, mi equipo de diseño; a Vanessa Nuttry, mi jefa de producción; a Audrey Diestelkamp, mi jefa de *marketing* ; y al resto del equipo de HarperTeen, EpicReads y HarperCollins por lo mucho que habéis trabajado para llevar este libro a las manos de las lectoras y lectores. Estoy encantada de que mi obra haya encontrado un hogar tan alentador.

Gracias a Jim McCarthy, extraordinario agente literario, por ayudar también a que mis sueños se hicieran realidad y por darle tanto amor a esta historia. Trabajar contigo es un placer inigualable. (Y me siguen asombrando tus respuestas a la velocidad del rayo. En serio, eres el mejor). Gracias también a mi agente de derechos en el extranjero, Lauren Abramo, al equipo de Dystel, Goderich & Bourret, y a todos los agentes de derechos que abogan por esta historia fuera de nuestras fronteras.

Gracias a Gotham Group, mi agencia de derechos audiovisuales, y a mi agente Shari Smiley, por defender este proyecto en Hollywood.

«¡Hoy me llama un estudio de producción!» son palabras que jamás imaginé que pronunciaría. Gracias también a AwesomenessTV por adquirir los derechos de este proyecto y a Melanie Krauss y Brin Lukens por querer tanto a esta historia. Estoy impaciente por ver qué nos depara el futuro.

Gracias a mis grandes amigos autores Shana Silver, Mike Chen, Dan Koboldt y Hannah Reynolds. Vuestra amistad lo es todo para mí. Gracias por soportarme en los peores momentos y por ayudarme a mantener la cordura a diario durante estos últimos años.

A todos mis lectores beta, como Shana Silver (que me ayudó durante la lluvia de ideas y estaba presente en el momento que decidí quién lo había hecho y me confirmó que sería «un giro argumental delicioso»), Sonia Hartl (mi primera lectora, cuyos brillantes comentarios me impulsaron a reescribir todos los capítulos con *flashbacks*), Hannah Reynolds, Mary Elizabeth Summer, Brianna Duff, Rebecca Phillips, Dannie Morin, Annie Stone, Kimberly Moy, Erica Boyce: muchas gracias por vuestros comentarios. Gracias también a Kate Brauning, Kaitlyn Johnson y Laurie Dennison por ayudarme a dar con un tono a la altura.

Estoy muy agradecida a los amigos, viejos y recientes, que me han acompañado a lo largo de los años: Chris, Alyssa, Ranjini, Kenna, Ed, Melanie, Sarah, Hartley, Sara, Danielle, Jennifer, Lauren, Carolyn, Merida y muchos más. Al resto de mis increíbles amigos, mis compañeros de BookBub, y los grupos de autores Clubhouse, Submission Swamp y Not-Secretly Agented —ya sabéis quienes sois —, gracias por vuestra amistad y vuestro apoyo. Estoy muy contenta de teneros a todos en mi vida.

Gracias a mis compositores de bandas sonoras favoritos, Howard Shore, John Williams, Hans Zimmer, Ramin Djawadi, James Newton Howard y también Lin-Manuel Miranda, por haberme regalado horas y horas de alegría y por ser una inspiración para los sueños de Amber.

Gracias a J. K. Rowling por ofrecer una vía de escape a un mundo tan mágico. Crecer con Harry me hizo pasar algunos momentos duros y tú eres mi mayor inspiración como autora. Me sorprendería que alguna de mis novelas no incluya algún tipo de referencia a Harry Potter.

A mis familiares Linda Urban, Kathy Urban y Paula Brzostowski, ¡gracias por el entusiasmo por leer mis historias! Y gracias a toda mi familia por estar siempre a mi lado.

A mi gata, Kitty, gracias por ser la perfecta compañera a la hora de escribir. Sí. Acabo de dar las gracias a mi gata. No me juzguéis, es la mejor e inspiró el personaje de Calcetines.

Gracias a mis padres, Mark y Lorri, por creer siempre en mí, por apoyarme en mis sueños, por leer todo lo que escribo y por introducirme en el mundo de Harry Potter (de la forma más hilarante posible). Perdonad que empezase a salir con chicos antes de los cuarenta y siete.

A mi marido, Bryan, gracias literalmente por todo. Las palabras no pueden expresar lo agradecida que estoy por tus inagotables ánimos, amor y apoyo en cada paso del camino. Te quiero muchísimo.

A veces recuerdo cuando era adolescente, cuando me sentía marginada y sola. Ahora miro esta lista de nombres, todas estas personas que me han querido y apoyado a lo largo de los años y me siento plena. Quiero decir algo a las lectores y lectores que vayan al colegio o al instituto y se sientan acosados, aislados o manipulados: **no estáis solos** . Un día encontraréis a vuestra gente y todo irá muchísimo mejor.